

HISTORIAS
EXTRAORDINARIAS,

POE E. A. POE,

TRADUCIDAS

PARA EL FOLLETIN DE LAS NOVEDADES.

MADRID.—1860.

IMPRESA DE LAS NOVEDADES, A CARGO DE J. TRUJILLO,
calle del Barco, número 2.

11288

HISTORIAS
ESTRAORDINARIAS,

POR E. A. POE,

TRAUCIDAS

PARA EL FOLLETIN DE LAS NOVEDADES.



MADRID.—1860.

IMPRESA DE LAS NOVEDADES, A CARGO DE J. TRUJILLO,
calle del Barco, número 2.

HISTORIAS EXTRAORDINARIAS.

I.

DOBLE ASESINATO EN LA CALLE DE LA MORGUE.

¡Qué canción cantaban las Sirenas? ¿Qué nombre había tomado Achiles cuando se ocultaba entre las mujeres? Preguntas son esas un poco embarazosas, ó si se quiere, difíciles de adivinar; pero que no están fuera del alcance de una penetración regular.

Las facultades del espíritu que se designan con el título de analíticas, son por sí mismas muy poco susceptibles de análisis. Nosotros no las apreciamos sino por sus resultados. Lo que sabemos de ellas, entre otras cosas, es que son una fuente abundosa de vivas satisfacciones para los que tienen la dicha de poseerlas en alto grado. Así como el hombre forzado se regocija en su aptitud física, en su robustez, y se complace en los ejercicios que requieren actividad y resistencia muscular, del

mismo modo el analista se gloria en esta actividad intelectual, cuya función es des-embrollar lo confuso y penetrar en la oscuridad de los misterios. Encuentra fruición aun en las más triviales ocasiones que ponen en juego sus talentos. Se despepita por los equívocos enigmas y geroglíficos: despliega en cada solución una perspicacia que en la opinión vulgar toma un carácter sobre natural. Los resultados, hábilmente deducidos por el alma misma y por la virtud de su método, tienen efectivamente todo el aire de una intuición.

Esta facultad de *resolución* toma quizás una gran fuerza del estudio de las matemáticas, y muy particularmente del alto ramo de esta ciencia, que muy impropriamente, y sin más razón que la de sus operaciones retrógradas, se ha llamado el análisis, como si lo fuera por excelencia. Porque, en suma, todo cálculo es pura y simplemente un análisis. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, hace muy bien lo uno sin lo otro, de donde se deduce que este juego está muy mal apreciado en sus efectos sobre la naturaleza espiritual.

No es mi ánimo escribir aquí un tratado de *análisis*, y si solo presentar al frente de una recitación, tal cual estraña, algunas observaciones hechas al acaso para que le sirvan de introducción.

Aprovecho, pues, esta ocasión para proclamar que la alta facultad de la reflexión se ejercita mucho más activa y más prove-

chosamente en el modesto juego de las damas que en la laboriosa futilidad del ajedrez. En este último juego, en que las piezas están dotadas de movimientos varios é irregulares, y representan valores diversos y variados, la complejidad se toma, error muy comun, por profundidad. La atención se pone en actividad con insistencia y constancia, porque si se distrae un instante ó se comete una equivocación, el resultado inevitable es la pérdida de una partida ó una derrota. Como los movimientos posibles son, no solamente varios, si no desiguales en potencias, las ocasiones de errar son muy numerosas, y en nueve casos de diez, el jugador mas atento, y no el mas hábil, será el que gane la partida. Al contrario en el juego de damas, donde el movimiento es simple en su especie y no sufre sino muy contadas variaciones; las probabilidades de inadvertencia son mucho menores, y no estando absoluta y enteramente acaparada la atención, las ventajas que cada jugador consigue, no pueden atribuirse sino á mayor perspicacia.

Dejando á un lado las abstracciones, supongamos un juego de damas, donde la totalidad de las piezas se reduzca á cuatro damas, y donde naturalmente no haya lugar á tener distracciones. Es evidente que aquí la victoria no puede decidirse siendo los dos jugadores absolutamente iguales, si no por una táctica hábil, resultado de algún poderoso esfuerzo del entendimiento. Privado de los recursos ordinarios, el analista hábil, entra en el espíritu de su adversario, se identifica con él, y á veces descubre de una simple mirada el único medio, medio á veces mereciblemente sencillo de atraerle á una falta ó de precipitarle en un falso cálculo.

Se ha citado mucho tiempo el whist por su acción sobre la facultad del cálculo; y se han conocido hombres de mucha inteligencia que parecían encontrar un placer incomprendible en él, y desdeñaban como una trivialidad pueril el de ajedrez. En efecto, no hay juego alguno parecido

que ponga en ejercicio mas activo la facultad del análisis. El mejor jugador de ajedrez de la cristiandad, no puede mas que el mejor jugador de ajedrez. Mas la habilidad al whist implica la potencia ó facultad de prosperar en todas las especulaciones muy de otra manera importantes en que el génio lucha con el génio.

Cuando yo digo habilidad fuerza, quiero dar á entender esa inteligencia en el juego que comprende la inteligencia de todos los casos de que se puede uno aprovechar legítimamente. Son, no solamente diversos, si no complejos, y se ocultan á veces en las profundidades del pensamiento absolutamente inaccesibles á una inteligencia vulgar.

Observar atentamente, es acordarse distintamente; y bajo este punto de vista, el jugador de ajedrez, capaz de una atención muy intensa, jugará muy bien al whist, puesto que las reglas de Hoyle, basadas en el simple mecanismo del juego, son fácilmente inteligibles para todos.

Así es que tener una memoria fiel y proceder segun el libro, son los puntos que constituyen para el vulgo el *non plus ultra* del bien jugar. Mas donde se manifiesta el talento del analista es en los casos no comprendidos en las reglas, el silencio mismo es para él la ocasión de mil observaciones y deducciones. Sus compañeros hacen quizás lo mismo, y la diferencia de extensión de los datos así adquiridos, no consiste tanto en la validez de la deducción como en la cualidad de la observación.

Lo importante, lo principal, es saber lo que conviene observar. Nuestro jugador no se limita á su juego, y aunque este juego sea el objeto actual de su atención, no desecha por eso las deducciones que nacen de objetos extraños al juego. Examina la fisonomía de su compañero, y la compara con la de cada uno de sus adversarios. Considera la manera con que su compañero distribuye las cartas: cuenta á veces, gracias á las miradas que dejan escapar los jugadores satisfechos, los triunfos

y estuches uno á uno; observa los movimientos de la fisonomía á cada paso que el juego avanza, y recoge un capital de pensamientos en las expresiones variadas de certidumbre, de sorpresa, de triunfo ó de mal humor. En el modo de recoger una baza, adivina si la misma persona puede hacer otra en seguida: reconoce la que se ha jugado por ficción, en el aire con que se ha echado sobre la mesa, y una palabra accidental, involuntaria; una carta que se coge, otra que se vuelve por casualidad, la cual se recoge con ansiedad ó con indiferencia; el contar las bazas y el orden con que están colocadas; la indecisión, el embarazo, la vivacidad, el temblor, todo es para él síntoma, diagnóstico; todo auxilia á esta percepción, intuitiva en apariencia, del verdadero estado de las cosas.

La facultad de análisis no debe confundirse con la simple ingeniosidad, porque mientras que el analista es por necesidad ingenioso, se observa con frecuencia que el ingenioso no tiene nada de analista. La facultad de combinación, constructividad por medio de la cual se manifiesta generalmente la ingeniosidad, y á lo que los frenólogos sin razón, á mi parecer, asignan un órgano especial, en la creencia de que es una facultad primordial, se ha presentado en unos, cuya inteligencia era limitadísima, próxima casi al idiotismo, y no con poca frecuencia, puesto que ha fijado la atención de los psicólogos.

Entre la ingeniosidad y la aptitud analítica hay una diferencia considerable entre la imaginativa y la imaginación, pero de un carácter enteramente parecido.

En suma, se verá que el hombre ingenioso posee en alto grado la facultad imaginativa, y que el hombre verdaderamente imaginativo no es nunca otra cosa que un analista.

La narración siguiente será para el lector un comentario luminoso de las proposiciones que acabo de sentar.

Vivia en París en la primavera, y una parte del estío del 18... é hice conocimiento con un tal C. Auguste Dupin.

Este caballero pertenecía á una excelente y aun ilustre familia, pero por una serie de acontecimientos desgraciados, se encontró reducido á tal pobreza, que la energía de su carácter sucumbió en ella, á punto de retirarse del mundo y no ocuparse siquiera del restablecimiento de su fortuna.

Gracias á la deferencia de sus acreedores, quedó en posesión de un corto residuo de su patrimonio, y con la corta renta de él, encontró medio á favor de una vigorosa economía de sufragar á las necesidades de la vida, sin inquietarse por lo que se llaman superfluidades, que son después de todo las verdaderas satisfacciones de la existencia.

Los libros eran lo único en que tenía lujo, y esto en París se proporciona á muy poca costa.

Nuestra primer entrevista tuvo lugar en un retirado gabinete de lectura de la calle de Montmartre, por la casual coincidencia de ir buscando los dos un mismo libro muy notable y muy raro, cuya circunstancia nos hizo entablar nuestras relaciones. Desde entonces, nos vimos ya con alguna frecuencia, y me interesé sobremanera con su pequeña historia de familia, que me contó con muchos pormenores y con ese candor y abandono, con esa franqueza peculiar de los franceses cuando hablan de sus propios asuntos.

Muy pronto tuve ocasión de conocer la prodigiosa extensión de su erudición, y mas que todo, me sentí subyugado por la rarísima vivacidad y frescura de su imaginación.

Como que buscaba en París ciertos objetos de mi único estudio, comprendí que la compañía de tal hombre era para mí un tesoro inapreciable, y estreché con él una cordial amistad.

Nos decidimos, en fin, á vivir juntos, mientras residiera en aquella ciudad, y como mis asuntos particulares estuvieran en un estado algo mas satisfactorio que los suyos, me encargué de alquilar y de amueblar de una manera adecuada á la me-

lancolla fantástica de nuestros caracteres una casita antigua y rara que habian hecho casi abandonar supersticiones, cuyo origen no nos cuidamos de averiguar, la cual estaba situada en un rincon apartado y solitario del barrio de San Germaan.

Si el género de vida que hacíamos en ella hubiera sido conocido por las gentes, se nos hubiera tenido por locos, aunque tal vez de un género inofensivo. Nuestro retraimiento era completo; nadie nos visitaba.

El lugar de nuestro retiro era un secreto fielmente guardado para todos mis conocidos, y por lo que hace á los de Dupin, hacia mucho tiempo que no habia visto á nadie, ni se presentaba en donde le pudieran ver.

Mi amigo habia contraído una extravagancia de génio, porque ¿cómo definirlo? Esta extravagancia consistía en amar la noche porque era noche; y yo caí tranquilamente en esa misma extravagancia como en todas las demás que le eran peculiares, dejándome llevar de la corriente de sus extrañas originalidades, con un perfecto abandono.

La negra divinidad no podia vivir siempre con nosotros, pero para eso nosotros le simulábamos, puesto que en cuanto amanecía cerrábamos todas las puertas y ventanas, y encendíamos un par de bugías fuertemente perfumadas, que no proyectaban sino rayos muy débiles y descoloridos.

Envueltos en esta penumbra, nos abandonábamos á nuestros desvaríos: leíamos, escribíamos ó hablábamos hasta que el reloj nos decia que habia vuelto la verdadera oscuridad.

A aquella hora nos lanzábamos á las calles cogidos del brazo, continuando la conversacion del dia, rodando á la ventura hasta hora muy avanzada, y buscando al través de las luces desordenadas y de las tinieblas de la populosa ciudad esas escitaciones innumerables que el estudio apacible no puede proporcionar.

En esas ocasiones, no podia dejar de

advertir y admirar la aptitud analítica particular de Mr. Dupin, por mas que la viva idealidad de que estaba dotado hubiera debido prepararme á ello. Parecia tener una complacencia especial en ejercitarla, y tal vez de desplegarla, y confesaba sin rebozo todo el placer que en ello reportaba.

Me decia con una sonrisita muy familiar, que muchos hombres tenian para él una ventana abierta en el corazon, y por lo regular acompañaba estas aserciones con pruebas inmediatas y de las mas sorprendentes, sacadas de un profundo conocimiento de mi propia persona.

En tales ocasiones sus maneras eran glaciales y distraídas; sus ojos miraban á lo vacío, su voz hermosa de tenor habitualmente, llegaba hasta serlo de cabeza. Hubiera parecido petulancia, sin la absoluta deliberacion de su hablar y la perfecta certidumbre de su acentuacion. Yo le observaba en estos casos y pensaba á veces en la antigua filosofía del *alma doble*, divirtiéndome con la idea de dos Dupines, uno creador y otro analista.

No vaya á figurarse el lector, por lo que acabo de decir, que voy á descubrir un gran misterio ó á escribir una novela, pues lo que yo he reparado en este francés singular, era el resultado ni mas ni menos de una inteligencia sobrecitada y quizás enferma.

Pero un ejemplo dará mejor idea de la naturaleza de estas observaciones en la época de que se trata.

Estábamos engolfados una noche en una calle súa, próxima al palacio real, distraídos cada uno por nuestro lado, en apariencia al menos, puesto que desde un cuarto de hora antes no habíamos hablado una palabra. De repente Dupin dejó escapar estas palabras:

—Es en verdad un pobre muehacho, y mucho mejor estaria en el teatro de Variedades.

—No hay duda, repliqué yo, sin pensar ni reparar al pronto en el modo singular con que el interruptor habia adaptado su

palabra á mi reservado pensamiento, pues hasta ese punto llegaba mi distraccion. Un minuto despues volví en mí, y mi asombro fué profundo al pensar en ello.

—Dupin, le dije muy seriamente, cosa es esta que no puedo comprender; os confieso sin rodeo que estoy asombrado y que apenas puedo dar crédito á mis sentidos. ¿Cómo habeis podido adivinar que yo pensaba en...? á propósito, me detuve aquí para asegurarme de qué malamente habia adivinado lo que estaba pensando.

—¿En Chantilly? dijo, ¿por qué no lo decís? Estábais pensando que su corta estatura le hacia muy poco á propósito para lo trágico.

—Precisamente era ese el objeto de mis reflexiones. Chantilly era un ex-zapatero de la calle Saint-Dénis, frenético por la escena en que habia tomado á su cargo nada menos que el papel de Xerges en la tragedia de Crevillon. Sus pretensiones eran tan exageradas como absurdas, y entre los aficionados era motivo de ruidosas burlas y picantes críticas.

—Decidme, por el amor de Dios, el método, si es que método hay, con cuyo auxilio habeis podido penetrar en mi alma en el caso actual. En verdad, yo estaba mas asombrado de lo que hubiera querido parecer.

—Es el frutero, replicó mi amigo, quien os ha traído á esta conclusion de que el remendon de portal no era capaz de desempeñar el papel de Xerges ni otros del mismo género.

—¿El frutero!... me confundís, yo no conozco á frutero alguno.

—Aquel hombre que os dió un empujon al entrar en la calle, hará como cosa de un cuarto de hora.

En efecto, me acordé entonces que un frutero que llevaba á la cabeza una enorme banasta de manzanas, me habia derribado casi al suelo al pasar desde la calle C... á la en que nos encontrábamos á la sazón. Pero ¿qué relacion tenia eso con Chantilly? Esto me era absolutamente imposible {comprenderlo}.

—Voy á esplicaros eso, dijo, y para que lo entendais mejor, tomaremos desde luego la série de vuestras reflexiones desde el momento de que yo os hablo hasta el encuentro del frutero en cuestion. Los anillos principales de esta cadena se enlazan así: *Chantilly, Orion, el doctor Nichols, Epicuro, la Stereotomia, las cuñas del empedrado* y el *frutero*.

Pocas personas hay que no se hayan divertido en un momento cualquiera de su vida en buscar el origen de sus ideas y los caminos por donde su entendimiento habia llegado á ciertas conclusiones.

Muchas veces esta ocupacion es entretenida, y el que por primera vez la ensaya, se queda asombrado de la incoherencia y de la distancia, al parecer inmensa, que separa el punto de partida del de llegada.

Júzguese cuál seria mi asombro cuando oí á mi francés hablar, como lo habia hecho, y al verme obligado á reconocer que no habia discrepado un punto de la verdad.

—Si la memoria no me es infiel, continuó diciendo, hablábamos de caballos al salir de la calle C... ese era el último tema de nuestra conversacion. Al pasar á esta calle un frutero con un ceston enorme en la cabeza, pasó precipitadamente delante de nosotros, y os derribó sobre un monton de cuñas del empedrado que están componiendo. Pusisteis el pié en una de esas piedras movedizas, os escurrísteis y lastimásteis ligeramente el bolsillo: en consecuencia, os mostrásteis incomodado y refunfuñásteis algunas palabras: os volvísteis para mirar al monton, y habeis continuado desde entonces en silencio. Yo no estaba precisamente atento á lo que haciais, pero para mí la observacion se ha hecho desde antiguo una especie de necesidad.

Habeis seguido vuestro camino mirando siempre al suelo, como quien cuida con cierta especie de enojo, de evitar los agujeros y desigualdades del piso, de modo que yo veia bien que pensábais entretanto

en las piedras, hasta que hemos llegado al pequeño pasaje que se llama de Lamartine, donde se acaba de hacer el ensayo del empedrado de madera, un sistema de cuñas ensambladas y sólidamente unidas. Aquí vuestra fisonomía se ha aclarado; he visto agitarse vuestros labios y he adivinado sin género alguno de duda, que murmurábais la palabra *Stereotomía*, término aplicado muy presuntuosamente á este género de empedrado. Yo sabia que no podáis pensar en esa palabra, sin acordaros en seguida de los átomos, y de ahí á la teoría de Epicuro; y como en la discusión que tuvimos no ha mucho tiempo con este motivo, os habia hecho notar que las vagas conjeturas del sabio griego habian sido singularmente confirmadas sin que nadie se apercibiese de ello por las últimas teorías sobre las nebulosas y los recientes descubrimientos cosmogónicos, sentí que no podáis ya dejar de dirigir vuestra vista hácia la gran nebulosa del Orion. Yo lo esperaba con toda confianza, y como efectivamente lo hicisteis así, comprendí que habia penetrado perfectamente vuestra cavilación. Pero en la ácre censura sobre Chantilly, que apareció ayer en el Museo el escritor satírico haciendo alusiones picantes al zapatero cuando ha calzado el coturno, citaba un verso latino, de que nosotros hemos hablado con frecuencia. Me refiero al verso: *Perdidit antiquam littera prima sonum.*

Yo os habia dicho que se referia á Orion, que se escribía primitivamente Orion, y á causa de cierta acrimonia mezclada á esta discusión, estaba seguro de que no la habreis olvidado. Era claro, desde entonces, que no podáis dejar de asociar las dos ideas de Orion y de Chantilly. Esta asociación de ideas se me hizo manifiesta y evidente por el género de sonrisa que asomó á vuestros labios. Pensábais en la inmolation del pobre zapatero. Hasta aquel momento habia caminado con la cabeza baja y la espalda encorbada, mas entonces os ví enderezaros cuan alto sois y estaba seguro de que pensábais en la re-

ducida talla de Chantilly. En este momento fué cuando interrumpí vuestras reflexiones para haceros notar que era un pobre enano el tal Chantilly, y que estaria mucho mejor en el teatro de Variedades.

Poco tiempo despues de esta conversacion recorrimos la edicion de la tarde de la *Gaceta de los Tribunales*, donde los párrafos siguientes fijaron nuestra atencion: «DOBLE ASESINATO DE LOS MAS SINGULARES: Esta madrugada, á cosa de las tres, despertaron los habitantes del barrio de San Roque al ruido de gritos espantosos que procedian al parecer del cuarto piso de una casa de la calle de la Morgue, donde se sabia habitaba sola una viuda llamada l'Espanaye y su hija la señorita Camila l'Espanaye. Despues de una corta detencion causada por intimaciones y esfuerzos afectuosos para hacerse abrir á buenas, hubo que forzar la puerta con una barra y entraron ocho ó diez vecinos acompañados por dos gendarmes.

En tanto los gritos habian cesado; pero en el momento en que toda aquella gente llegaba en peloton al piso principal, oyeron dos fuertes voces, y quizá mas, de gentes que disputaban violentamente, cuyas voces procedian de la parte superior de la casa.

Al llegar al segundo piso estos ruidos habian cesado tambien, y todo estaba en perfecta tranquilidad.

Los vecinos se esparcieron de cuarto en cuarto, y llegados á una vasta pieza, situada en la parte posterior, en el piso cuarto, cuya puerta fué preciso forzar porque estaba cerrada por dentro, se encontraron al frente de un espectáculo que asombró á todos los circunstantes, y los produjo un terror no menos grande que su asombro.

La habitacion estaba en completo desorden, los muebles esparcidos y hechos pedazos en todas direcciones; no habia mas que una cama, cuyos colchones habian sido echados á la mitad de la sala. Se encontró sobre una silla una navaja de afeitar, cubierta de sangre, y sobre la chime-

nea tres largos y gruesos puñados de cabellos grises, que parecian haber sido violentamente arrancados con sus raíces; en el suelo habia cuatro napoleones ó piezas de cinco francos, un arillo de las orejas con un topacio, tres cucharas grandes de plata, otras tres mas pequeñas de metal blanco y dos saquitos que contenian como cuatro mil francos en oro. En un rincon estaban los cajones de una cómoda, que sin duda habia sido saqueada, bien que se encontrase varios artículos intactos: se encontró tambien bajo la ropa de la cama un cofrecito de hierro abierto, y con la llave puesta, en el cual no habia mas que algunas cartas antiguas y otros papeles insignificantes.

No se encontró vestigio alguno de madama l'Espanaye; mas se advirtió que habia una extraordinaria cantidad de ollin sobre el fogon. Se hizo una esploracion en la chimenea, y, cosa horrible de decir! se estrajo el cuerpo de la hija cabeza abajo, que habia sido introducido por fuerza y empujado por el estrecho agujero hasta una altura considerable. El cadáver estaba aun caliente, y al examinarle, se descubrieron numerosas escoriaciones, causadas sin duda por la violencia con que habia sido empujada y por la que hubo que hacer para extraerle. El rostro mostraba fuertes arañazos, y la garganta estaba marcada con oscuros cardenales y profundas huellas de uñas, como si se la hubiera quitado la vida por estrangulacion.

Despues de un exámen minucioso de todas las habitaciones de la casa, que no produjo descubrimiento ninguno, se introdujeron los vecinos en un reducido patio empedrado que habia en la parte posterior del edificio. Allí yacia el eadáver de la pobre anciana con el cuello tan perfectamente cortado, que cuando se trató de levantar la cabeza, se desprendió del tronco. El cadáver, lo mismo que la cabeza, estaba tan terriblemente mutilado, que apenas conservaba la cabeza principalmente figura humana.

Este suceso es un horrible misterio, y

hasta ahora no se ha descubierto, que nosotros sepamos, el menor indicio.»

En el número siguiente se leen estos pormenores:

«TRAGEDIA DE LA CALLE DE MORGUE. Muchos individuos han sido interrogados acerca de este extraordinario y horrible acontecimiento, pero ningun indicio nuevo se ha encontrado que pueda aclararlo. A continuacion, damos un extracto de las declaraciones tomadas:

«Paulina Dubourg, lavandera, dice que ha conocido á las dos víctimas hace tres años, durante los cuales las ha lavado la ropa sin intermision: la madre y la hija parecian vivir en la mejor armonía, y aun se las veia muy afectuosas una hácia otra. Eran excelentes parroquianas, y no puede decir nada respecto á su modo de vivir y medios de existencia, aunque se le figura que madama l'Espanaye echaba las cartas, y decia la buena ventura para vivir, y que pasaba por tener bastante dinero ahorrado. Nunca encontró á nadie en la casa, cuando iba á traer ó llevar ropa; sabe con toda evidencia que no tenian doméstico alguno de uno ni otro sexo, y la ha parecido que no habia muebles en ninguna parte de la casa, escepto en el cuarto piso.

Pedro Moreau, vendedor de tabaco, declara que proveia habitualmente á madama l'Espanaye y la vendia pequeñas cantidades de tabaco, algunas veces en polvo. El testigo ha nacido en el barrio, y ha permanecido siempre en él, por lo que sabe que la difunta y su hija ocupaban, hacia mas de seis años, la casa en donde han parecido sus cadáveres. Antes la tuvo arrendada á un bisuteró, que cedia los cuartos á diferentes personas. La casa era propiedad de madama l'Espanaye, que se habia mostrado muy descontenta de su arrendatario, porque no le cuidaba y habia venido á habitarle relusando alquilar ninguna habitacion. La pobre señora chequeaba, y el testigo no ha visto á la hija mas que cinco ó seis veces en el trascurso de esos seis años: ambas hacian una vida muy retirada.

da, y se creía en la vecindad que tenían dinero. Ha oído decir en la vecindad que madama l'Espanaye decía la buena ventura, pero él no lo cree, porque nunca ha visto pasar aquellas puertas mas que á la madre y á la hija, á un comisionista una ó dos veces, y á un médico ocho ó diez.

Otras personas de la vecindad declaran en el mismo sentido; nadie ha citado á persona alguna como relacion de la casa, ni se sabe si la señora y su hija tenían parientes vivos. Raras veces se abrían las ventanas de la fachada, y las de la parte posterior estaban siempre cerradas, escepto las de la pieza mas retirada del cuarto piso.

La casa es bastante buena y no demasiado antigua.

Isidoro Muset, gendarme, declara que ha sido avisado á cosa de las tres de la mañana, y que ha encontrado en la puerta de la calle unas veinte ó treinta personas, que se esforzaban por entrar en la casa. Que ha forzado la puerta con una bayoneta, y no con una barra, sin que le haya costado mucho trabajo abrir, porque la puerta era de dos hojas y no estaba asegurada por cerrojos ni fallebas por arriba ni por abajo.

Los gritos continuaron hasta que la puerta fué forzada, y cesaron repentinamente; se hubiera dicho que los daban una ó varias personas bajo la impresion de los mas vivos dolores; gritos muy altos, muy prolongados, no breves ni precipitados. El testigo echó á correr por la escalera, y al llegar al primer tramo, oyó dos voces que disputaban muy alto y muy agriamente: la una tenía una voz bronceada, ruda; la otra mucho mas aguda, muy particular; oyó distintamente algunas palabras de la primera: eran de un francés, y evidentemente no era voz de mujer; las palabras que pudo distinguir fueron: *sacre, diable*. La voz aguda de un extranjero, y no puede decir si era de hombre ó de mujer, ni ha podido adivinar lo que decía, mas presume que era español. Este testigo da cuenta del es-

tado de la habitacion y de los cadáveres en los términos que lo hicimos ayer.

Enrique Duvel, uno de los vecinos, artífice platero, declara que formaba parte del grupo de los que entraron primero en la casa, y en lo general, confirma el testimonio de Muset. En cuanto se hubieron introducido en la casa cerraron la puerta para contener á la multitud que se agolpaba, no obstante lo intempestivo de la hora mas que matinal. La voz aguda, al decir del testigo, era de un italiano, y evidentemente no era francesa; pero no puede decir á punto fijo si podría ser voz de mujer, aun cuando no lo niega. El testigo no está familiarizado con la lengua italiana, ni ha podido distinguir las palabras; pero está muy persuadido por la entonacion, que el individuo que hablaba era un italiano. Ha conocido el testigo á madama l'Espanaye y á su hija, y ha hablado con ellas muchas veces, por lo que está seguro de que la voz aguda no pertenecía á ninguna de las víctimas.

Odenlicimar, restaurador, se ofreció espontáneamente como testigo; no sabe francés, y se le interrogó por intérprete. Es natural de Amsterdam, y pasaba por delante de la casa en el momento de los gritos, que han durado algunos minutos, diez quizá; gritos prolongados, espantosos, desgarradores. El testigo es uno de los que penetraron en la casa, y conviene con el testimonio anterior, con la diferencia de que está seguro que la voz aguda era la de un hombre, y este hombre francés, bien que no pudiera distinguir palabra articulada: hablaban en voz alta muy de prisa con tono desigual, que espresaba el temor tanto como la cólera. La voz era áspera mas que aguda, al menos él no puede llamar á aquella voz aguda. La voz mas gruesa dijo varias veces *sacre diable*, y una vez *mon Dieu*.

Julio Mignaud, banquero de la casa Mignaud é hijo, calle de Lovaine, dice: que madama l'Espanaye tenía alguna cosa que le habia abierto cuenta en su casa ocho años antes por la primavera, y que

en ese medio tiempo hasta la fecha habia llevado algunas pequeñas cantidades mas; que nada le habian devuelto hasta tres dias antes de su muerte, en qué fue en persona á pedirle cuatro mil francos, cuya suma la fué enviada á su casa en oro por conducto de un comisionado.

Adolfo Lebon, comisionado en la casa Mignaud é hijo, dice que el día de que se trata, á cosa de las doce, acompañó á madama l'Espanaye, con los cuatro mil francos en dos taleguillos. Cuando entraron en la casa, la señorita l'Espanaye se presentó y tomó uno de los saquillos, mientras que la señora anciana le descargaba del otro, despues de lo cual las saludó y se fué sin que viese á nadie en la calle en aquel momento, pues es una calle muy solitaria y triste.

Guillermo Bird, sastre, dice que es uno de los que entraron en la casa y de los primeros que subieron la escalera y oyó las voces de los que disputaban, uno de los cuales era indudablemente francés, y pudo oír distintamente las palabras de *sacre* y *mon Dieu*. En aquel momento, oyó un ruido como de personas que luchan y de objetos que se rompen violentamente. La voz aquella era muy fuerte, mas que la voz bronceada, y está seguro de que no era voz de inglés; le pareció como de alemán, y quizá voz de mujer. El testigo no entien-

de el alemán. Cuatro de los testigos antes mencionados han sido llamados de nuevo: han declarado que la puerta del cuarto donde encontraron el cadáver de la señorita l'Espanaye estaba cerrada con llave por dentro cuando llegaron; que reinaba un silencio sepulcral, nada de gemidos ni ruidos de otra clase. Despues de haber forzado la puerta, no vieron á nadie.

Las ventanas de la habitacion de atrás y las de la fachada estaban cerradas y sólidamente aseguradas por lo interior; una puerta de escape estaba cerrada, pero sin llave, y la que conduce desde el cuarto anterior al corredor cerrada con llave y la llave puesta; en un cuartito de la parte an-

terior de la casa, en el cuarto piso á la entrada del corredor estaba abierta y la puerta entornada, toda llena de trastos viejos, bañes, etc., cuyos objetos fueron escrupulosamente examinados y removidos. Toda la casa de arriba á abajo se ha registrado con la mayor escrupulosidad, y se han hecho venir desollinadores, que se han metido por las chimeneas. La casa tiene cuatro pisos y buhardillas, y una trampa que habia en el techo estaba condenada y sólidamente asegurada con clavos, y con apariencias de no haberse abierto desde muchos años.

Los testigos no están conformes en la duracion del tiempo pasado entre el momento que se oyeron las voces que disputaban, y el en que se forzó la puerta del cuarto.

Algunos lo calculan como de dos ó tres minutos, otros llegan hasta cinco: de todos modos la puerta no pudo franquearse sinó con mucho trabajo.

Alfonso Garcia, empresario de pompas fúnebres, que habita en la calle de la Morgue, natural de España, dice que es uno de los que entraron en la casa; que no llegó á subir la escalera porque está muy delicado de los nervios y teme las consecuencias de una violenta agitacion ó de un espectáculo conmovedor, pero que oyó las voces de los que disputaban. La voz gruesa, era la de un francés, bien que no pudiera distintamente oír nada de lo que decían, pero que la voz aguda era la de un inglés, sin que de eso le quede duda. Añade que no sabe el inglés, pero que juzga por la entonacion.

Alberto Montañ, confitero, declara que fué de los primeros que subieron, que oyó las voces, de las cuales la mas bronceada era de un francés, habiendo oído distintamente algunas palabras que parecían de reconvenccion.

No pudo adivinar lo que decía la voz aguda, que hablaba de prisa y como á empujones, figurándosele ser la voz de un ruso.

Está conforme en lo general con las de-

claraciones precedentes. Es italiano y asegura no haber hablado nunca con rusos.

Algunos testigos mas, examinados, certifican que las chimeneas de todas las habitaciones del cuarto piso son demasiado estrechas para que pueda haberse sustraído por ellas un ser humano; que cuando han hablado de desollinajes, se referian á esas bruzas cilíndricas de que se sirven para limpiar las chimeneas, las cuales han hecho pasar de arriba abajo por todos los tubos de la casa, y que no hay en la parte posterior pasaje alguno que haya podido favorecer la fuga de un asesino, mientras que los testigos subian por la escalera. El cadáver de la señorita l'Españay estaba tan sólidamente encajado en la chimenea, que fué preciso para extraerlo, que cuatro ó cinco de los testigos reunieran sus fuerzas.

Pablo Dumas, médico, declara que ha llamado al amanecer para examinar los cadáveres que yacian sobre el fondo de correas de la cama en el cuarto donde se habia encontrado á la señorita l'Españay, cuyo cadáver estaba terriblemente lastimado y escoriado, cuyas particularidades se explican suficientemente por el hecho de su introduccion en la chimenea. La garganta, en particular, estaba muy desollada y tenia juntamente por bajo de la barba varios arañazos profundos con una fila de manchas lívidas que procedian evidentemente de la presion de los dedos; el rostro estaba horriblemente demudado, y los ojos casi se salian de las órbitas; la lengua cortada casi por en medio; un ancho cardenal se manifestaba en la boca del estómago, efecto, sin duda, de la presion de una rodilla; concluyendo con que, á su parecer, la señorita l'Españay habia sido estrangulada por uno ó por varios individuos desconocidos.

El cuerpo de la madre estaba horriblemente mutilado: los huesos de la pierna y del brazo izquierdo, mas ó menos quebrantados, y particularmente la tibia y costillas del mismo lado, que aparecen hechas añicos.

Todo el cuerpo aparecia espantosamente acardenalado, sin que se pueda decir cómo tales golpes han podido darse sinó con un enorme pison de madera, una gran barra de hierro ú otra cosa pesada y de mucho volúmen, y esto manejado por un hombre excesivamente robusto, sin que pueda comprenderse que haya una mujer tenido fuerzas para dar tales golpes.

La cabeza estaba enteramente separada del tronco cuando el testigo la vió, y como el resto del cuerpo tambien magullada, y en cuanto á la seccion de la garganta evidentemente debió hacerse con instrumento muy afilado, probablemente con una navaja de afeitar.

Alejandro Etienne, cirujano, ha sido requerido al mismo tiempo que M. Dumas al reconocimiento de los cadáveres, y confirma el testimonio y la opinion de su profesor.

Aunque se ha requerido el testimonio de otras varias personas, no se ha podido obtener indicio alguno de valor. Nunca se ha cometido en París un asesinato tan misterioso, si es que ha sido asesinato.

La policia está completamente desconcertada, cosa muy rara, particularmente en asuntos de esta naturaleza, y es verdaderamente imposible encontrar el hilo de este secreto.»

La edición de la tarde consignaba que habia una agitacion permanente en el barrio de San Roque; que se habia reconocido nuevamente con toda escrupulosidad la casa, que se habia temado nueva declaracion á los testigos, sin que ofreciesen las actuaciones resultado alguno nuevo, y sin embargo, añadia en un *pots scriptum* que habia sido detenido y puesto en prision al comisionado de la casa de banca Adolfo Lebon, aunque ningun hecho conocido pareciera suficiente para acriminarle.

Mi amigo Dupin parecia interesarse mucho en el curso de este negocio, á lo que me era permitido juzgar por el conocimiento que tenia acerca de sus modos de interesarse en esta clase de asuntos, que

consistia en no hacer comentario alguno.

Solo despues que el periódico hubo anunciado el encarcelamiento de Lebon fué cuando me preguntó qué opinion habia yo formado acerca de aquel doble asesinato.

Le contesté que me sucedia lo que á todos los habitantes de París, y que le consideraba como un misterio insofrible, sin ver medio de encontrar la huella del asesino.

—No debemos juzgar de los medios posibles, dijo Dupin, por ese sumario incipiente; la policia de París, tan decantada por su sagacidad, solo es muy maliciosa; procede sin método, ni mas que llevada por las impresiones del momento, y en este asunto se despliega un gran lujo de actividad, que solo pueden disimular lo que tienen de intempestivas por lo poco adecuadas que son al objeto, trayendo á la memoria sin querer aquel Mr. Jourdan que pedía *su bala* para oír la música mejor. Los resultados que á veces obtiene son sorprendentes, pero son debidos, en su mayor parte, á la actividad y diligencias extraordinarias que despliega. Cuando estas facultades son insuficientes, sus planes no conducen á nada.

Vidocq, por ejemplo, era bueno para adivinar y hombre de paciencia y perseverancia; mas su inteligencia, poco cultivada, le hacia dar mil pasos inútiles por el ardor mismo de sus investigaciones. A fuerza de mirar el objeto demasiado cerca, disminuía la fuerza de su vision, y si alcanzaba á ver uno ó dos puntos con una penetracion extraordinaria, por efecto necesario de su falso método, perdía la perspectiva del negocio, tomada en su conjunto. La verdad no siempre está en un pozo donde se empeñan en buscarla los que se dicen hombres de vista profunda; y á mi modo de ver, en lo que concierne á las nociones que mas de cerca nos interesan, se me figura que está invariablemente á la superficie; y si tenemos que buscarla en la profundidad del valle, es desde la cima

de la montaña que lo domina desde donde debemos inquirirla.

Se encuentran en la contemplacion de los cuerpos celestes ejemplos y muestras excelentes de este género de errores. Mirad á una estrella rápidamente de reojo, volviendo hácia ella la parte lateral de la retina, mucho mas sensible aun á lo débil que la parte central, y vereis la estrella distintamente, y tendreis la apreciacion exacta de su brillo, que se oscurece á proporcion que dirijais vuestra vista de lleno.

En el último caso, recibe el ojo un número mayor de rayos, mas en el primero hay una receptibilidad mas completa ó una impresionabilidad mas viva.

Una profundidad extraordinaria debilita el entendimiento, y lo hace confuso, y es posible hacer desaparecer al mismo Lucero de Venus del firmamento, mirándole con atencion muy sostenida, muy concentrada, muy directa.

En cuanto á este asesinato, veamos de hacer un exámen circunstanciado de los hechos antes de emitir una opinion.

Una investigacion personal nos procurará entretenimiento—espresion que me pareció poco adecuada al caso de que se trataba,—y además, debo recordar que Lebon me ha prestado un servicio que quiero devolverle.

Nos constituiremos en los sitios de la ocurrencia, los examinaremos por nosotros mismos, puesto que conozco á G... subprefecto de policia, que no nos negará la autorizacion necesaria.

En efecto, obtuvimos la autorizacion, y nos fuimos en seguida á la calle de la Morgue, que es una de esas miserables travesías que ponen en comunicacion las calles de Richelieu y de San Roque. Esto era despues del mediodia, y como el barrio donde nosotros habitamos está distante de los tales sitios, era ya bastante tarde cuando llegamos.

No tardamos en encontrar la casa, porque habia delante de ella una muchedumbre que contemplaba desde la acera de enfrente las ventanas cerradas de las ha-

bitaciones con una curiosidad extraordinaria.

Tenia la casa, como todas las de París, una gran puerta de dos hojas, y á uno de los lados un pabelloncito de puertas vidrieras con un ventanillo móvil, destinado á la estancia del conserje. Antes de entrar, continuamos la calle adelante hasta dar la vuelta á la esquina, y pudimos ver las espaldas de la casa. Durante este tiempo, Dupin examinaba sus alrededores con una atención minuciosa, cuyo objeto no pude adivinar.

Yo vimos atrás hácia la parte anterior de la casa, llamamos, exhibimos nuestra credencial, y nos dejaron paso. Subimos al cuarto donde habia sido encontrado el cadáver de la señorita l'Españaye, donde yacían aun los dos cadáveres; no se habia tocado al cuarto, como sucede en tales casos, y reconocí perfectamente el desorden que describía la *Gaceta de los Tribunales*.

Dupin analizaba minuciosamente cosa por cosa, sin exceptuar los cadáveres de las víctimas; recorrimos en seguida las otras piezas, y bajamos á los patios, siempre acompañados por un gendarme, en lo que invertimos un larguísimo rato, á punto de ser de noche cuando salimos de la casa. Al volver á la nuestra, mi compañero se detuvo algunos minutos en las oficinas de un periódico diario.

Ya he dicho que mi amigo tenia toda clase de extravagancias, que yo respetaba cuidadosamente, y ahora le sobreecogia el capricho de rehusar toda conversacion relativa al asesinato hasta el día siguiente á las doce, y fué á esta hora cuando me preguntó bruscamente si habia visto algo de particular en el teatro del crimen. Hubo en la inflexion de su voz al pronunciar la palabra *particular* un acento que me horripiló sin saber por qué.

—Nada de particular, le contesté, ó al menos que difiera de lo que ambos hemos leído en la *Gaceta de los Tribunales*.

—La *Gaceta*, repuso, no ha penetrado

por lo que veo el horror insólito de este asunto; pero dejemos á un lado las rontas apreciaciones de ese papel. El misterio se considera como insoluble por la razon misma que debia hacerlo considerar como fácil de resolver. Quiero hablar del carácter sucesivo, bajo el que aparece. Las gentes de la policia están confundidas por la falta aparente de motivos que legítimamente, no el asesinato en sí mismo, sino su atrocidad; están ofuscados tambien por la imposibilidad aparente de conciliar las voces que disputaban con el hecho de no haberse encontrado en lo alto de la escalera á otra persona que á la señorita l'Españaye, asesinada, y que no habia medio de salir sin ser visto por las gentes que subian por la escalera.

El extraño desorden de la habitación; el cadáver embutido cabeza abajo en la chimenea; la horrorosa mutilación del cuerpo de la anciana unido á las consideraciones que llevo referidas y á otras de que no hay necesidad de hablar, han bastado para paralizar la accion de los agentes del Ministerio, y para derrotar completamente su decantada perspicacia. Han cometido la muy grosera y la muy comun tontería de confundir lo extraordinario con lo obstruso, y justamente siguiendo estos desvíos del curso ordinario de las cosas por donde la razon puede encontrar su camino y marchar hácia la verdad.

En investigaciones del género de la que nos ocupa, no hay que cuidarse tanto de cómo las cosas hayan podido pasar como de estudiar en qué se distinguen de todo lo que ha acontecido hasta ahora. En una palabra, la facilidad con que yo llegaré, con que he llegado ya á la solucion del misterio, está en razon directa con su insolubilidad aparente á los ojos de la policia.

Yo miré á mi hombre con un asombro mudo.

—Esperando estoy ahora, continuó echando una mirada hácia la puerta de nuestro cuarto á un individuo, que sin ser el autor de esta carnicería, debe encon-

trarse complicado en parte en su perpetracion. Es mas que probable que esté inocente de la parte atroz del crimen, al menos yo espero no engañarme en esta hipótesis, porque es en ella donde fundo la esperanza de descifrar por completo el enigma. Espero á ese hombre aquí en este cuarto, y de un momento á otro. Es posible que no venga, pero hay muchas probabilidades para lo contrario. Si viene será preciso guardarle, y para eso tomé esas pistolas, que ya sabemos para qué sirven si llegan á hacerse necesarias.

Tomé las pistolas sin saber siquiera lo que hacia; pues apenas podia creer lo que estaba oyendo, mientras que Dupin continuaba casi como en un monólogo. Ya he hablado de sus distracciones en tales momentos.

Su discurso se dirigia á mí, mas su voz, aunque en un tono regular, tenia esa manera que se toma por costumbre cuando se habla á alguno desde lejos; y sus ojos, con una expresion vaga, estaban fijos en la pared.

Las voces que disputaban, decia, las voces que oyeron los que subian por la escalera, no eran evidentemente las de esas desgraciadas mujeres, lo cual aparece probado hasta la evidencia y nos desembaraza completamente de la cuestion de saber si la anciana habria podido asesinar á su hija, y ella en seguida se habria suicidado.

No me hago cargo de este supuesto sino por razon del método, porque la fura de la anciana l'Españaye era de todo punto insuficiente para embutir el cuerpo de su hija en la chimenea de la manera que ha aparecido, y por otra parte, la naturaleza de las heridas encontradas en su propio cadáver, excluye igualmente la idea del suicidio. De aquí se deduce que el crimen ha sido cometido por terceros, y que las voces de ellos son las que oían disputar los que subian por la escalera.

Permitidme ahora llamar vuestra atención, no sobre las declaraciones relativas á esas voces, si no lo que hay de particular

en esas declaraciones. ¿Habeis reparado algo de particular?

Yo notaba, le dije, que mientras todos estaban de acuerdo para atribuir la voz bronca á un francés, habia un gran desacuerdo en cuanto á la voz aguda, ó como uno solo habia definido, la voz áspera.

—Eso constituye la evidencia, replicó Dupin, pero no, no, la particularidad de la evidencia; vos no habeis observado nada de distintivo, y sin embargo habia algo importante que observar. Reparadlo bien, los testigos están de acuerdo; respecto á la voz gruesa, hay uniformidad. Pero respecto á la voz aguda, hay una particularidad, y esta particularidad no consiste en su desacuerdo, sino en que cuando un italiano, un inglés, un español, un holandés, tratan de describirla, todos hablan como de una voz de extranjero, estando seguros todos de que no es la voz de un francés ni tampoco de un compatriota.

Todos la comparan, no á la voz de un individuo, cuyo idioma le fuera familiar, sino al contrario. El francés presume que podria ser la voz de un español y *habria podido distinguir algunas palabras si estuviera familiarizado con el español*. El holandés afirma que era la voz de un francés, pero aparece desde luego que él *no sabe el francés*, puesto que ha sido interrogado por medio de intérprete. El inglés cree que era voz de alemán, bien *que no entienda el alemán*. El español está seguro que era la voz de inglés, mas lo deduce únicamente por la entonacion, porque *no tiene el menor conocimiento del inglés*. Al italiano se le figuró la voz de un ruso, bien que no haya oido hablar á ningun ruso. Otro francés en tanto difiere del primero, y está seguro de que era una voz de italiano, pero *no conoció este idioma*, lo deduce como el español *de la entonacion*. Esta voz, pues, debia ser muy extraña y muy insólita, cuando no se ha podido obtener, respecto á ella, otro testimonio. ¡Una voz! en las entonaciones de la cual no han podido reconocer algo que les fuera familiar, cinco ciudadanos pertene-

cientes á otras tantas partes importantes de la Europa, ¡es cosa por demás extraordinaria! Podrá decirse que era quizás la voz de un asiático ó de un africano, pero sin negar la posibilidad del caso aunque los africanos y los asiáticos no abundan en París, llamaría simplemente vuestra atención hácia tres puntos: un testigo pinta la voz de este modo: *áspera mas bien que aguda*; otros dos hablan con una voz *breve y entrecortada*; ninguno de ellos ha distinguido palabras ni sonidos que se parecen á ellas.

—No sé, continuó Dupin, qué impresión podrá haber hecho en vuestro entendimiento; mas no titubeo en afirmar que pueden sacarse deducciones legítimas de esta parte de las deposiciones, la parte relativa á las dos voces, la voz gruesa y la voz aguda, muy suficientes en sí mismas para crear una sospecha que indicaría el camino que hay que seguir en la investigación ulterior del misterio.

He dicho deducciones legítimas, pero esta espresion no traduce completamente mi pensamiento. Quería con ellas hacer entender que estas deducciones son las únicas admisibles, y que esta sospecha surge de ellas inevitablemente como el único resultado posible. De qué naturaleza sea esta sospecha, no os lo diré inmediatamente; solo sí deseo demostraros que era mas que suficiente para dar un carácter decidido, una tendencia positiva á la investigación que quería hacer en el teatro de las desgracias.

Transportémonos ahora en imaginación á aquel sitio, y el primer objeto de nuestras investigaciones serán los medios de evasión empleados por dos asesinos. Podemos afirmar, á lo que me parece, que ni uno ni otro cremos en acontecimientos sobrenaturales, sino que las señoras l'Españaye no han sido asesinadas por los espíritus, y que los autores del asesinato eran seres muy materiales, que muy materialmente han huido.

¿Pero cómo? Felizmente no hay mas que un modo de razonar sobre este pun-

to, y este modo nos conduciría á una conclusion positiva. Examinemos, pues, uno á uno los medios posibles de evasión.

Es claro que los asesinos estaban en el cuarto en donde se ha encontrado el cadáver de la señorita l'Españaye ó al menos en el cuarto adyacente, cuando el tropel subió la escalera. Por consecuencia, es en estos dos cuartos donde tenemos que buscar las salidas. La policía ha hecho levantar las baldosas, ha abierto los techos, sondado la mampostería de los muros, de modo que ninguna salida secreta ha podido ocultarse á su perspicacia. Pero yo no me he fiado de sus ojos, y he examinado con los míos, y en realidad no hay salida secreta. Las dos puertas que conducen desde las habitaciones al corredor estaban sólidamente cerradas y las llaves puestas; y las chimeneas, que son de una anchura ordinaria hasta una distancia de ocho ó diez pies por cima del fogon, no darian paso de allí á arriba á un gato de regular tamaño.

Demostrada de este modo la imposibilidad de la fuga, al menos por las vías indicadas, réstanos solo recurrir á las ventanas. Por las de la parte anterior, nadie ha podido huir sin ser visto por la muchedumbre desde afuera; ha sido preciso, pues, que los asesinos se escaparan por las del cuarto de atrás.

Habiendo llegado ya á esta conclusion por deducciones irrefragables, no tenemos derecho, en cuanto razonadores, á desecha la á causa de su aparente imposibilidad, y nos resta solamente demostrar que esta imposibilidad no existe.

Hay dos ventanas en la habitacion, una de las cuales no está obstruida por los muebles y ha quedado enteramente al descubierto; la parte inferior de la otra está oculta por la cabecera de la cama, que es muy pesada, y está pegada á ella. Se ha consignado que la primera estaba sólidamente sujeta por la parte interior, pues ha resistido á los esfuerzos mas violentos de los que han tratado de levantarla; se ha abierto en un bastidor, á la parte izquier-

da un gran agujero con una barrera ó herbiquí, y se ha encontrado un clavo metido hasta la cabeza.

Examinando la otra ventana, se ha encontrado un clavo parecido y un esfuerzo vigoroso para levantar el bastidor, y no ha tenido mas éxito que el otro. La policía estaba, pues, muy convencida de que esta fuga no habia podido verificarse por este camino, y se ha tenido por supérfluo extraer los clavos y abrir las ventanas.

Mi exámen fué un poco mas minucioso, y esto por la razon que os he indicado antes: era el caso donde se debia demostrar que la imposibilidad no era mas que aparente.

Yo he razonado así *á posteriori*: los asesinos se han evadido por una de estas ventanas, y siendo así, no podían haber cerrado los bastidores á lo interior como se han encontrado, cuya consideracion, á fuerza de evidente, ha limitado las investigaciones de la policía en este sentido. En tanto, es la verdad que estos bastidores estaban bien cerrados, de donde he deducido que pueden cerrarse por sí mismos; no hay modo de escapar á esta conclusion. Me fué, pues, á la ventana no obstruida, estraje el clavo con alguna dificultad, y traté de levantar el bastidor, que ha resistido á todos mis esfuerzos, como me lo figuraba. Deduje, en consecuencia, que allí habia un resorte oculto; y este hecho, corroborando mi juicio, me convenció al menos de la exactitud de mis premisas, por misteriosas que me pareciesen siempre las circunstancias relativas á los clavos.

Un exámen minucioso me hizo descubrir bien pronto el resorte secreto, le empujé, y satisfecho de mi descubrimiento, me abstuve de levantar el bastidor.

Puse entonces el clavo en su sitio, y lo examiné atentamente, dándome por resultado la observacion, el que una persona al pasar por la ventana podía haberla cerrado, y el resorte habria hecho su oficio, pero que el clavo no podia ser re-

Esta conclusion era clara, y circunscribía mas el campo de mis investigaciones, indispensablemente, los asesinos habian huido por la otra ventana; suponiendo, pues, que los resortes de ambas fuesen iguales, como era probable, la diferencia tenia que estar en los clavos ó al menos en la manera con que se habian fijado. Subí, pues, encima del entornado de la cama, y miré minuciosamente la otra ventana por cima de la cabecera. Pasé mi mano por detrás, y descubrí fácilmente el resorte, que era, como me lo habia figurado, idéntico al primero. En seguida examiné el clavo, que era tan grueso como el otro, y estaba fijo del mismo modo enterrado casi hasta la cabeza.

Os figurareis que me encontraría perplejo, mas si tal idea os ha ocurrido, es que no habeis comprendido la naturaleza de mis indicaciones. Para servirme de un término de juez, no habia cometido una sola falta, ni habia perdido la pista un solo instante, no faltaba ningun anillo á la cadena.

Habia seguido el secreto hasta su última faz, y esta faz era el clavo que se parecia en todos conceptos al de la otra ventana; pero por concluyente que fuera este hecho en aparicion, se hacia absolutamente malo al frente de esta consideracion dominante, á saber: que allí en aquel clavo acababa el hilo conductor. Fuerza es, me dije, que haya en este clavo algo de defectuoso: le toqué, y la cabeza, con un pequeño trozo de la arcilla como un cuarto de pulgada, se me quedó entre los dedos; el resto de la espiga estaba en el agujero donde se habia roto. Esta fractura era antigua, porque los bordes estaban oxidados y la rotura procedia de un martillazo que habia enterrado en parte la cabeza del clavo en el fondo del bastidor; reuní cuidadosamente la cabeza con el trozo que la continuaba y el todo figuró un clavo intacto, pues la figura era inapreciable. En seguida de oprimir el resorte, levanté suavemente la ventana: la cabeza del clavo vino con ella sin moverse de su agujero;

cerré la ventana, y el clavo ofreció de nuevo el aspecto de estar entero.

Hasta aquí el enigma estaba desembrollado: el asesino había huido por la ventana contigua al lecho. Sea que se hubiese cerrado por sí misma, ó que mano humana hubiese intervenido en ello, el caso es que estaba sujeta por el resorte y por el clavo como la policía lo había creído, y en consecuencia, dado por inútil toda investigación ulterior.

La cuestión ahora era averiguar el modo del descendimiento, acerca de cuyo punto había satisfecho mi entendimiento en el paseo que dimos alrededor del edificio. A cinco piés y medio próximamente de la ventana baja la cadena de un pararrayos, desde cuya cadena hubiera sido imposible á cualquiera llegar á la ventana, y con mucha más razón entrar por ella.

Sin embargo, he reparado que las maderas de aquel piso eran del género particular que los carpinteros parisienses llaman *ferrades*, muy poco usadas hoy, pero que no son raras en las casas antiguas de Lyon y de Burdeos, de la figura de una puerta sencilla, y no de dos hojas, con la diferencia de que la parte inferior está abierta y enreada, lo que suministra un excelente asidero.

Las del cuarto de que se trata son como de unos tres piés y medio de anchas. Cuando nosotros las hemos examinado desde la parte posterior, estaban medio abiertas, es decir, que hacían un ángulo recto con la pared. Es de presumir que la policía ha examinado como yo las partes posteriores del edificio, pero mirando estas ventanas en el sentido de su anchura, como inevitablemente las ha visto, no ha reparado en su anchura, ó al menos no ha dado á esta circunstancia todo su valor. En una palabra, cuando han creído los agentes demostrado que la fuga no había podido verificarse por aquel lado, lo han dejado pasar desapercibido.

Sin embargo, para mí es evidente que el cierre correspondiente á la ventana situada á la cabecera del lecho, suponiéndola

abierta enteramente, se encontraba á dos piés de la bajada de la cadena.

También era claro para mí que supuestos una energía y un valor extraordinario, se podía, con el auxilio de la cadena, verificar un escalamiento por aquella ventana.

Llegado á esta distancia de dos piés y medio, en el supuesto de estar la ventana completamente abierta, un ladrón hubiera podido encontrar un asidero sólido y habría podido, soltando la cadena y apoyando con sus piés contra el muro, lanzarse vivamente, caer en el cuarto y traer consigo la ventana en disposición de cerrarla, siempre en el supuesto de estar la ventana abierta.

Reparad bien, que he hablado de una energía muy poco común, necesaria para salir bien de una empresa tan difícil y tan aventurada.

Mi objeto es probaros primero, que la cosa no es imposible, y en segundo lugar, y esto con especialidad, haceros reparar el carácter verdaderamente *extraordinario*, casi *sobrenatural*, de la agilidad indispensable para ejecutarlo.

Direis, sin duda, sirviéndoos del tecnicismo forense, que para dar una prueba *a fortiori* debería más bien computar por lo bajo la energía necesaria en este caso, que reclamar su exacta apreciación. Esa es tal vez la práctica de los tribunales, pero no está muy en consonancia con las prescripciones de la razón. Mi objeto final es la investigación de la verdad, y lo que ahora quiero es induciros á combinar esa energía completamente insólita, con esa voz particular, con esa voz aguda ó áspera, con esa voz forzada, cuya nacionalidad no ha podido consignarse por dos declaraciones conformes, y en la cual nadie ha podido distinguir palabra articulada ni aun sílabización.

Al oír estas palabras pasó por mi mente algo parecido á una idea vaga embrionaria del pensamiento de Dupin: se me figuraba estar en los límites de la comprensión, pero sin comprender: como sucede, á

quienes rebuscan en su memoria un recuerdo familiar, que sin embargo no pueden formular. Mi amigo continuó su argumentación.

—Ya veis que he traído la cuestión de el modo de salida al de entradas, y es porque estaba en mi ánimo demostrar que se han verificado de la misma manera y por el mismo punto: volvamos ahora á lo interior del cuarto y examinemos todas las particularidades. Los cajones de la cómoda se dice han sido saqueados, y sin embargo se han encontrado varias prendas de vestir intactas. Esta conclusión es absurda; es una simple conjetura, y por cierto no poco vulgar, y un sí es ó no de tonta. ¿Cómo podemos saber nosotros que los artículos encontrados en los cajones no representan todo lo que contenían? Madama L'Esplanaye y su hija hacían una vida muy retirada; salían pocas veces, no visitaban á nadie, y por consecuencia tenían pocas ocasiones de mudar de traje, y desde luego las prendas que se han encontrado representaban ser de tan buena clase como las que probablemente acostumbraban á usar. Y si un ladrón hubiese tomado algunas, ¿por qué no habría tomado las mejores? ¿por qué no las habría tomado todas? En una palabra, ¿por qué habría abandonado aquellos cuatro mil francos en oro y cargado con un embarazoso lio de ropas? El oro ya hemos dicho que no había sido robado y que casi toda la suma designada por el banquero Mignaud había parecido por el suelo en los saquillos. No me parece que tendré que esforzarme gran cosa para probaros lo descabellado de la idea de intereses sugerida al juicio de la policía por el hecho de haberse podido observar por alguno la entrega del dinero hecha á la puerta de la calle. Coincidencias mucho más notables que esta, la entrega del dinero y la perpetración de un asesinato en la persona dueña del dinero, se presentan á cada momento en la vida, sin llamar nuestra atención ni siquiera por un minuto.

En general, las coincidencias son la

pedra de tope en la marcha de esas pobres gentes de juicio y reflexión mal dirigidos, que no saben siquiera la primera palabra de la teoría de las probabilidades, á que el saber humano debe sus más hermosas conquistas, sus más gloriosos descubrimientos.

En el caso presente, si el oro hubiese desaparecido el hecho de haber sido entregado tres días antes, crearía algo más que una coincidencia: corroboraría la idea de interés.

Más en las circunstancias reales en que estamos colocados, si supiéramos que el oro había sido el móvil del asalto, tendríamos que suponer también al criminal bastante indeciso y bastante idiota para olvidar al mismo tiempo su oro y el móvil que le había inducido á obrar.

Fijaos bien en los puntos sobre que he llamado vuestra atención: esa voz particular, esa agilidad incomparable y esa falta tan chocante de interés en un asesinato tan extraordinariamente atroz como este.

Ahora examinemos la carnicería en sí misma, y contemplemos á una mujer estrangulada por la fuerza de una mano y embutida en una chimenea cabeza abajo. Los asesinos ordinarios no emplean esos procedimientos para matar, y aun menos ocultan de ese modo los cadáveres de sus víctimas.

Convendréis conmigo que hay algo de excesivo y de extravagante, algo de absolutamente inconciliable con todo lo que conocemos en general de las acciones humanas, en esa manera de embutir el cadáver en la chimenea, aun suponiendo que los autores fuesen los más perversos y brutales de los hombres. Reparad también en la fuerza prodigiosa que ha sido preciso desplegar para empotrar aquel cadáver en tan exígua abertura, y empujarlo con tal fuerza que han sido precisos los esfuerzos de varios hombres para sacarlo.

Llevemos ahora nuestra atención á otros indicios de este vigor maravilloso. En el fognon se han encontrado unos mechones de cabellos, mechones muy gruesos

de cabellos grises que han sido arrancados con sus raíces. Bien sabéis qué fuerza tan extraordinaria se necesita para arrancar solamente veinte ó treinta cabellos de un tirón: habéis visto, ¿cosa horrible! adheridos á los bulbillos apclotonados fragmentos de cuero capilar, prueba indudable de la prodigiosa fuerza que ha sido necesario desplegar para arrancar de raíz quinientos ó mil pelos de un solo tirón.

No solamente el cuello de la pobre anciana había sido cortado, sino que la cabeza absolutamente separada del tronco, y está con una simple navaja de afeitar. Notad, os ruego, otra vez esa ferocidad bestial. No hablemos de las contusiones y cardenales observados en el cadáver de la pobre anciana, que MM. Dumas y su honorable colega Etienne han afirmado haber sido producidos por un instrumento contundente, en lo que estos señores han manifestado una inteligencia y una sagacidad superiores á todo elogio, porque evidentemente el tal instrumento ha sido el empedrado del patio en que la víctima ha caído desde la ventana que hay sobre el lecho.

Por simple que esta idea aparezca ahora, se ha escapado á la sagacidad de la policía por la misma razón que la ha impedido reparar en la anchura de los cierres, porque gracias á la circunstancia de los clavos, su percepción estaba herméticamente cerrada á la idea de que las ventanas se hubieran podido abrir.

Si ahora, subsidiariamente, habéis reflexionado convenientemente sobre el extraño desorden de la habitación, observareis que hemos adelantado bastante para combinar las ideas de una agilidad maravillosa de una ferocidad bestial, de una matanza cruel sin objeto, de una extravagancia ridícula en lo horrible del todo agena á la especie humana y de una voz, cuyo acento es desconocido al oído de hombres de varios países, de una voz desprovista de toda silabización distinta é inteligible.

Ahora bien, ¿qué deducís de eso? ¿qué

impresión han hecho mis observaciones en vuestra mente?

Al hacerme Dupin esta pregunta, me sobrecojió un escalofrío horripilante.

—Un loco, dije, habrá cometido ese asesinato, un maníaco furioso escapado de alguna casa de salud circunvecina.

—No vais del todo descaminado, replicó, vuestra idea es casi aplicable al caso. Pero la voz de los locos, aun en sus mas acerbos paroxismos, no se parece en nada á lo que se dice de esa voz singular oída en la escalera. Por otra parte, los locos han pertenecido á una nación cualquiera, y por incoherentes que sean sus palabras siempre hay modulacion en ellas. Además, los cabellos de un loco no se parecen en nada á los pelos que tengo yo ahora en la mano; miradlos, los saqué ayer tarde de los agarrotados y crispados dedos de madama l'Espanaye. Decidme ¿que os parecen?

—¡Dupin! dije yo completamente aturdido, esos pelos son muy extraordinarios: no pertenecen á la especie humana.

—Es que yo no he dicho que pertenezcan replicó; pero antes de decidiros sobre este punto, deseo que mireis el dibujo que he trazado en este pedazo de papel: es un facsímile que representa lo que ciertas declaraciones llaman verdugones negruzcos y profundas huellas de uñas observadas en el cuello de la señorita l'Espanaye, y que MM. Dumas y Etienne difinen una *serie de manchas lividas, causadas evidentemente por la impresion de los dedos.*

—Reparad, continué mi amigo desplegando un papel sobre la mesa, que este dibujo dá la idea de un puño sólido y firme, porque no hay indicio de que los dedos se hayan escurrido: cada dedo ha guardado quizá hasta la muerte de la víctima la terrible presa que había hecho, y en la cual se ha amoldado. Procurad ahora colocar todos vuestros dedos al mismo tiempo, cada uno en la manera análoga que veis.

Lo intenté, pero inútilmente.

—Posible es, replicó Dupin, que no hagamos esta observacion de una manera decisiva, porque el papel está desplegado so-

bre una superficie plana, y el cuello humano es cilíndrico. Aquí tenemos un rodillo de madera, cuya circunferencia es á poco mas ó menos la de un cuello; poned el dibujo en forma y reiteremos la observacion.

Obedecí, mas la dificultad fué aun mas evidente que la vez primera.

—Esta, dije, no es la huella de la mano de un hombre.

—Pues ahora, dijo Dupin, leed este pasaje de Cuvier.

Era la historia minuciosa anatómica y descriptiva del gran Orang-utang amarillo de las islas de la India oriental. Todo el mundo conoce suficientemente la gigantesca talla, la fuerza y la agilidad prodigiosas, la ferocidad salvaje y las facultades imitativas de este mamífero. Y comprendí de un solo golpe todo lo horrible del asesinato.

La descripcion de los dedos, dije cuando habé concluido la lectura, concuerda perfectamente con el dibujo, y veó que ningún animal, excepto el Orang-utang, y de la especie en cuestion, ha podido hacer señales como las que manifiesta ese dibujo: además, ese mechoncillo de pelos amarillentos es de un carácter muy parecido al animal que describe Cuvier. Mas no comprendo yo los pormenores de este espantoso misterio, mucho menos cuando se han oído dos voces que disputaban, una de las cuales era incontestablemente de un francés.

—Cierto, es verdad, y debeis recordar una espresion atribuida, casi unánimemente á esta voz, la espresion *Mon Dieu*. Estas palabras, en las circunstancias presentes, han sido caracterizadas por uno de los testigos, Montaini, el confitero, como espresando una reprension y una exclamacion de horror.

—Sobre estas dos palabras cabalmente he fundado yo la esperanza de descubrir completamente el enigma; un francés ha tenido conocimiento del asesinato, y es posible, y mas que posible probable, que esté inocente de toda participacion en este horrible asesinato. El Orang-utang ha

podido escapársele; es probable que haya seguido su huella hasta el cuarto, pero que en las circunstancias terribles que han seguido, no ha podido apoderarse de él. El animal anda libre aun.

No proseguiré en estas conjeturas, y no tengo derecho de llamar estas ideas con otro nombre, puesto que las sombras de reflexion que les sirven de base son demasiado profundas para que pretenda yo que sean apreciables por otra inteligencia, puesto que para mí mismo son muy oscuras. Llamaremos, pues, las conjeturas, y no las tomaremos sino por tales, y si el francés de que se trata es como creo inocente, el anuncio que dejé ayer tarde cuando volvimos á casa en las oficinas del periódico *El Mundo*, consagrado á los intereses marítimos, y muy particularmente basado por los marineros, le he de traer aquí. Me entregó entonces un papel, y leí:

«ANUNCIO. Se ha encontrado en el bosque de Boulogne, en la mañana del... corriente (que era el día del asesinato), muy de madrugada, un enorme Orang-utang amarillo de la especie de Borneo. El propietario (que es un marino de la tripulacion de un navío maltés), puede recoger al animal, despues de haber dado señas suficientes y reembolsado algunos gastos á la persona que lo ha recogido. Darán razon en la calle... número... barrio de San German, piso tercero.»

—Y cómo habéis podido averiguar, pregunté á Dupin, que el dueño es un marino, y que el tal marino pertenece á un navío maltés?

—Hombre, no lo sé, ó por mejor decir, no estoy seguro de ello; sin embargo, mirad aquí un pedacito de cinta, que por su forma y su crasitud ha servido evidentemente para asegurar las trenzas de una de esas largas colas de que los marineros muestran tan satisfechos y fanfarrones. Además, este nudo es uno de aquellos que pocas personas saben hacer, á escepcion de los marineros y es peculiar de los malteses. He recogido la cinta al pié de la eade-

na del para-rayos, y es de todo punto imposible que haya pertenecido á ninguna de las víctimas, y despues de todo, si yo me hubiese engañado deduciendo de esta cinta que el francés es un marino de la tripulacion de un navío maltés, á nadie habré perjudicado con mi anuncio. Si estoy en el error, supondré simplemente que he sido ofuscado por alguna circunstancia que no tomaré la pena de averiguar. Ma, si estoy en lo cierto, habré dado un gran paso, porque el francés que tiene conocimiento del asesinato, aun cuando inocente, vacilará en responder al anuncio, en venir á reclamar su Orang-utang. A poco mas ó menos, él se hará estas cuentas: Yo soy inocente y pobre, y mi Orang-utang es de un gran valor, casi una fortuna para un hombre de mis circunstancias; ¿por qué lo he de perder por algunas tontas aprensiones de peligro? Héle aquí, le tengo en la mano, ha parecido en el bosque de Boulogne, á gran distancia del teatro del asesinato. ¿Podrá sospechar nadie que una bestia haya podido hacer semejante atrocidad? La policia está desorientada, no ha podido recoger el mas remoto indicio, y aun cuando anduviera en busca del animal, es imposible probarme que yo haya tenido noticia de ese asesinato ó que me hagan un cargo porque le tenga. En fin, y sobre todo, *ya soy conocido*; el autor del anuncio me designa como dueño del animal, pero ignoro hasta qué punto se estiende su certidumbre. Si rehuso reclamar una propiedad de tan gran cuantía que se sabe ya me pertenece, puedo atraer sobre el animal una peligrosa sospecha, y será de mi parte una insignificante torpeza el llamar la atención sobre mí ó sobre la bestia. Así, pues, responderé decididamente al anuncio del periódico, recogeré mi Orang-utang y le encerraré bien aseguradito, hasta que este suceso se haya olvidado.

En este momento oímos pasos en la escalera, y Dupin me dijo:

—Disponéos, preparad vuestras pistolas,

mas no os sirvais de ellas ni las mostreis antes de una señal mia.

La puerta de la calle habia quedado abierta, y nuestro hombre habia entrado sin llamar y subido varios tramos de la escalera. Se hubiera dicho que vacilaba, porque le oímos bajar Dupin se dirigió aceleradamente hácia la puerta, cuando ya le sentimos que subia otra vez con paso decidido, y llamó á la puerta de nuestra habitacion.

—Adelante, dijo Dupin con voz alegre y cordial, y se presentó un hombre evidentemente, un marino alto, robusto, fornido, con una espresion de audacia y de resolucion, que no era del todo desagradable. Su rostro, fuertemente tostado estaba mas que á medias oculto por una enorme patilla y un bigote soberano; llevaba en la mano un baston de cucina, pero no aparentaba venir de otro modo armado; nos saludó á su manera, y nos dió las buenas noches con un acento francés, que aunque ligeramente bastardo de suizo, recordaba suficientemente su origen parisiense.

—Tomad asiento, amigo mio, dijo Dupin, supongo que vendreis á por vuestro Orang-utang. A fé, que es una alhaja; casi os tengo envidia, porque es notablemente hermoso y debe valer un dineral. ¿Qué tiempo suponeis que tendrá?

El marinero hizo una gran aspiracion, como quien se encuentra aliviado de un paso insoportable, y contestó con voz reposada:

—A punto fijo no os lo podré decir; sin embargo, se me figura que no ha de tener mas de cuatro años. ¿Acaso le teneis aquí?

—¡Oh! no; nos faltaba sitio cómodo en donde tenerlo encerrado, y lo tenemos en una cuadra de caballos á pupilo cerca de aquí, en la calle de Dubourg. Mañana se os podrá entregar, supuesto que acediteis ser su verdadero dueño.

—¡Oh! eso es muy razonable y muy justo.

—Sentiria mucho desprenderme de él en

este momento, y mas aun en favor de quien no tuviera mejor derecho que yo á poseerlo.

—No sé por qué os hayais de tomar tanta molestia por tan poca cosa, repuso el buen hombre: acreditaré mi derecho y satisfaré gustoso un hallazgo decente á quien haya recogido al animal.

—Está muy bien todo eso, replicó mi amigo; pero ¿qué teneis ánimo de dar? Y si no, mejor será que os diga yo lo que quiero: que me conteis todo lo que sepais relativo á los asesinatos de la calle de la Morgue.

Dupin pronunció estas últimas palabras con voz muy baja y con tono muy reposado. Se dirigió hácia la puerta con la misma placidez; la cerró, y se echó la llave en el bolsillo. Al propio tiempo, sacó un cachorrillo, y le puso en la mesa sin la menor emocion.

El rostro del marino se puso de color de grana, como si estuviera en las agonias de una sofocacion; se puso en pié, y echó mano á su baston, mas en seguida se dejó caer sobre su asiento, temblando como un azogado y descolorido como un muerto, sin poder articular una palabra. Yo, por mi parte, le compadecia en el fondo de mi corazón.

—Amigo mio, le dijo Dupin con acento lleno de bondad, os alarmais sin motivo; yo os lo aseguro. No es nuestro ánimo hacer os ningun mal, y á fé de caballero y como buen francés, os repito que no tenemos ningun pensamiento de perjudicaros. Sabemos perfectamente que estais completamente inocente de los horribles asesinatos de la calle de la Morgue; lo cual no quiere decir que dejéis de estar implicado en ellos. Lo poco que ya os he dicho debe probaros que tengo sobre este asunto medios de informacion que nunca hubierais podido imaginar. Ahora el hecho es claro para nosotros; vos no habeis hecho cosa que pudierais haber evitado; nada que pueda hacer os culpable; hubierais podido robar impunemente, y ni aun os ha pasado por la imaginacion la idea de robar. Así,

pues, no teneis nada que ocultar, no teneis al menos motivo para ocultarlo. Además todas las consideraciones de honor, de lealtad y de hombría de bien, os obligan á confesar espontáneamente todo lo que sepais, porque un hombre inocente está preso por sospechas del crimen, cuyo autor conoceis muy bien.

Mientras que Dupin hablaba, el marinero habia ido recobrando su serenidad y presencia de ánimo, pero su atrevimiento y decision habian desaparecido.

—Así Dios me ampare y proteja, dijo despues de una breve pausa, como yo voy á referiros todo lo que sé del desgraciado asunto de que se trata; pero se me figura que no vais á creer la mitad de lo que os diga, y muy necio me creería si otra cosa pudiera imaginarme. Sin embargo, os juro que soy inocente, y que voy á decir toda la verdad, aunque hubiera de costarme la vida.

Hé aquí, en sustancia, lo que nos refirió: habia hecho últimamente un viaje al archipiélago indico, y una partida de marineros de que hacia parte desembarcó en Borneo, y penetró en la isla para hacer una excursion de aficionados á ver. Él y otro camarada habian podido apoderarse de un Orang-utang. Su camarada murió, y el animal le perteneció desde entonces exclusivamente.

Despues de muchas penalidades causadas por la indomable ferocidad del cautivo durante la travesía, consiguió al fin traerlo á su casa en París, y para no atraer la insoportable curiosidad de los vecinos, le habia encerrado cuidadosamente con ánimo de curarle una herida que se habia hecho en un pié con una astilla durante el viaje, despues de lo cual su intento era venderlo.

Cuando volvió una noche, ó mejor dicho, una madrugada, la del asesinato de una corrobola con sus compañeros, encontró al animal instalado en su cuarto, habiéndose escapado de la pieza contigua donde creia tenerlo bien encerrado. Le encontré sentado á un espejo con una navaja

de afeitar en las manos, y todo embadurnado de jabon, tratando de afeitarse, como sin duda lo habia visto hacer á su amo por el agujero de la cerradura.

Alarmado al ver un arma tan peligrosa en poder de un animal tan feroz perfectamente capaz de servirse de ella, el hombre se quedó parado sin saber qué partido tomar.

De ordinario habia conseguido dominar al animal á fuerza de latigazos, y aquella vez recurrió tambien á este expediente.

Mas el Orang-utang, al ver el látigo, saltó al través de la puerta de la habitacion, bajó de cuatro brincos la escalera, y aprovechándose de la ventana desgraciadamente abierta, se lanzó á la calle.

El francés, desesperado, persiguió al mono: este, siempre con la navaja en la mano, se detenia de tiempo en tiempo, hacia gestos á su perseguidor, y cuando se le acercaba emprendia de nuevo la carrera. Esta caza duro así una porcion de tiempo al través de las calles solitarias; y á cosa de las tres de la madrugada al cruzar una traviesa de la calle de la Morgue, llamó la atencion del fugitivo una luz que partia de la ventana abierta de madama l'Españaye en el cuarto piso. Avanzó hácia la pared, vió la cadena del para-rayos y trepó con indecible agilidad; se asió de la contra ventana que estaba completamente pegada á la tapia, y apoyándose en ella saltó derecho á la cabecera de la cama.

Toda esta gimnástica solo duró un instante: la contraventana habia vuelto á su posicion, al apoyo que el Orang-utang hizo en ella para dar el salto y meterse en la habitacion.

En tanto el marinero estaba alegre, á la vez inquieto; porque tenia esperanza de recobrar su animal, que difcilmente podia escaparse de la trampa en que se habia metido, y cuya salida se le podia cerrar. Temia al mismo tiempo por el mal que pudiera hacer en la casa. Esta última consideracion le indujo á seguirle la pista, y empezó á preparar por la cadena del para-

rayos, cosa no muy difcil para un marinero; pero cuando hubo llegado á la altura de la ventana, situado bastante lejos á su izquierda, se encontró muy embarazado y todo lo que pudo hacer fué alargarse de manera que pudiese echar una mirada á lo que pasaba en la habitacion. Mas lo que vió estuvo á punto de hacerle soltarse del asidero que tenia en fuerza del horror que le produjo: era entonces cuando empezaron á oirse los gritos que en el silencio de la noche despertaron sobresaltados á los vecinos de la calle de la Morgue.

Madama l'Españaye y su hija, enaguas, estaban sin duda ocupadas en ordenar algunos papeles en el cofrecito de fierro, de que se ha hecho mencion, y que habian sacado al medio de la habitacion. Estaba abierto, y todo su contenido esparcido por el suelo.

Las víctimas estaban de espaldas, sin duda á la ventana, y á juzgar por el tiempo que pasó entre la invasion del animal y los primeros gritos, es probable que no lo apercibieran en seguida: el erúgido de la ventana lo debieron atribuir al viento.

Cuando el marinero miró á la habitacion, el terrible animal tenia cogida á madama l'Españaye por los pelos que tenia destrenzado como si se estuviera peinando, y agitaba la navaja de afeitar en torno de su rostro, imitando las actitudes de un barbero. La hija yacia desmayada, inmóvil: los gritos y los esfuerzos de la anciana, en medio de los cuales le fueron arrancados, cambiaron en furor las disposiciones, al parecer pacíficas, del animal, que con un golpe rápido de su brazo musculoso separó casi la cabeza del cuerpo. La vista de la sangre trocó el furor del animal en frenesí: rechinaba los dientes y echaba fuego por los ojos. Se precipitó sobre la señorita desmayada, le echó su terrible garra al cuello y la tuvo clavada hasta que murió.

Los ojos extraviados y salvages del animal se fijaron en aquel momento sobre la cabecera de la cama, por cima de la cual

pudo ver el rostro de su amo paralizado por el horror.

La furia de la bestia, que sin duda se acordaba del terrible látigo, se cambió inmediatamente en temor, y sabiendo que habia merecido castigo, parecia querer ocultar los vestigios sangrientos de su accion, y saltaba al través del cuarto en un acceso de agitacion nerviosa, echando á rodar y rompiendo los muebles en cada uno de sus movimientos y quitando los colchones de la cama. Finalmente, se apoderó del cadáver de la hija y lo metió cabeza abajo en la chimenea, donde fué encontrado, y luego el de la anciana, que tiró de cabeza por la ventana.

Cuando el mono se aproximaba hácia la ventana con el cadáver mutilado, el marinero, espantado, se bajó, y dejándose escurrir por la cadena, sin precaucion alguna, echó á correr y se metió en su casa, temiendo las consecuencias de aquella horrosa matanza, y abandonando gustoso en su terror todo cuidado por el destino del mono.

Las voces oidas por las gentes desde la escalera, eran sus exclamaciones de horror y de espanto, unidas á los ganidos diabólicos del Orang-utang.

Ya no tengo nada que añadir: el Orang-utan, por lo visto, se habia escapado del cuarto por la cadena del para-rayos en el momento sin duda de forzar la puerta, y por lo visto al salir por la ventana la habia cerrado.

Fué cogido luego por el dueño mismo, que lo vendió por una gran cantidad, con destino al jardin de plantas.

Lebou fué puesto inmediatamente en libertad cuando hubimos contado todas las circunstancias del caso razonadas con algunos comentarios de Mr. Dupin en el despacho mismo del Prefecto de policia. Este funcionario, por bien predispuesto que estuviera hácia mi amigo, no pudo dejar de manifestar el disgusto ni ocultar el mal humor que le causaba el ver que el asunto tomaba este sesgo, y aun se permitió uno ó dos sarcasmos á cuenta de la manía de

los que trataban de ingerirse en sus funciones.

—Dejadle que desfogue, me dijo Dupin, que no habia creido conveniente replicar: dejó nosle hablar que así aliviará su conciencia. Me basta haberle ganado la partida en lo que él se cree mas fuerte. Sin embargo, no hay que estrañar que no haya podido descubrir este misterio, porque en verdad nuestro Prefecto se paga de fino para que pueda ser profundo. Su ciencia no tiene base: es todo cabeza y no tiene cuerpo, como se dice de la diosa Laverna, ó si os parece mejor es todo cabeza y hombros como un bacalao. Pero fuera de eso es un sugeto excelente: yo le aprecio particularmente por un género maravilloso de canto, á que debe su reputacion de hombre de talento. Me refiero á su manía de negar lo que es y de esplicar lo que no es.

II.

LA CARTA ROBADA.

*Nisi sapientia ediosius
acumino nimis.*
SENECA.

Me encontraba en París, en 18... y en el barrio de San German, calle de Dunot, piso tercero, en el gabinete de estudio de mi amigo Dupin, despues de una tarde tempestuosa de otoño, gozando á la par del doble deleite de la meditacion y del aroma de un buen tabaco que fumábamos en una hermosa pipa de espuma de mar.

Durante una hora estuvimos sin hablar una sola palabra, y para el que nos hubicra observado en tan profundo y obstinado

silencio, hubiéramos pasado por estar exclusiva y profundamente preocupados en contemplar las espirales y caprichosas vueltas del humo que condensaba la atmósfera de la reducida estancia.

Por mi parte estaba meditando acerca de los objetos sobre que había versado nuestra conversacion en las primeras horas de la tarde, que lo fueron el asunto de la calle de la Morgue, y el misterio del asesinato de María Roget. Meditaba, pues, en la especie de analogía que había entre estos dos sucesos, cuando se abrió la puerta de nuestra habitacion y dió paso á nuestro antiguo conocido Mr. G... Prefecto de policía de París.

Le saludamos cordialmente, porque el hombre tenía su lado bueno y su lado despreciable, y no le habíamos visto hacia ya algunos años. Como estábamos á oscuras, pues la noche había ya cerrado, se levantó Dupin para encender una bugía; pero volvió á sentarse y no encendió luz al oír decir á M. G... que venía á consultarnos, ó mejor dicho, á pedir parecer á mi amigo, acerca de un asunto que le había causado una multitud de cavilaciones y penalidades.

—Pues si es un caso que requiere meditacion, observó Dupin absteniéndose de encender la luz, mucho mejor estaremos á oscuras.

—Esta es una de vuestras ideas extravagantes, dijo el Prefecto, que acostumbraba á llamar extravagancia á todo lo que no alcanzaba su comprension, y que por tanto vivía rodeado por todas partes de extravagancias.

—Teneis razon á fé mia, repuso Dupin haciendo rodar hácia él una butaca cómoda para que se sentara.

—Veamos ahora qué cosa es esa que tan preocupado os trae, indiqué yo. Supongo que no será del género trágico también.

—No, no, nada de eso. El negocio es muy sencillo en su fondo, y yo creo que podré salir de él por mí mismo, sin auxilio de nadie; pero se me ha figurado que Du-

pin sabría con gusto los pormenores de este negocio porque es extraordinariamente raro.

—Sencillo y raro!... dijo Dupin.

—Efectivamente, y sin embargo, esa expresion no es exacta, porque ó es lo uno ó lo otro, mas no ambas cosas á un tiempo. La verdad es que nos trae por allá abajo á mal traer el tal asunto, porque tan sencillo como es, nos trae locos á todos y completamente desorientados.

—Quizás sea su misma sencillez lo que os ha inducido á error, dijo Dupin.

—¿Qué logomaquia es esa, ó qué despropósito el que decís? replicó el Prefecto riendo como si hubiera dicho algo bueno.

—Que probablemente el misterio será demasiado claro, dijo Dupin.

—En mi vida he oído decir cosa que á eso parezca.

—Pues si así no os parece bien, diré que es demasiado evidente.

—Vaya, Dupin, exclamó nuestro huésped riendo á carcajadas; estais empeñado por lo que veo en hacerme pasar un buen rato esta noche.

—Pero, en fin, sepamos de una vez qué es lo de que se trata.

—Voy á decirlo, replicó el Prefecto soltando una larga, sólida y contemplativa bocanada de humo, y rellenándose en su butaca. Os lo diré en pocas palabras. Pero antes debo preveniros que es negocio que requiere la mayor reserva, y que probablemente me costaría el destino si se supiera que lo había confiado á alguno, quien quiera que fuese.

—Adelante, hablad, dije yo.

—Ó no habéis, añadió Dupin.

—Pues han de saber ustedes, que se me ha informado personalmente, y en muy elevado sitio, que se había sustraído cierto documento de la mayor importancia de la cámara real. Se sabe quién es el que lo ha sustraído sin género alguno de duda, pues se le ha visto apoderarse de él, y se sabe también que el tal documento no ha salido de su poder.

—¿Y cómo se sabe eso? preguntó Dupin.

—Se deduce claramente de la clase del documento de que se trata y de la no aparición de ciertos resultados que surgirían inmediatamente si saliera de manos del ladrón, ó lo que es lo mismo, se hubiera hecho uso de él, con el objeto que evidentemente debe proponerse.

—Explicáos un poco mas claro, si lo teneis á bien, insinué yo.

—Pues bien, me adelantaré hasta decir que el tal papel da á su detentador cierta preponderancia en un lugar donde esa preponderancia es de un valor inapreciable.

El Prefecto era muy apasionado por la música diplomática.

—Me dejais tan en ayunas como antes, dijo Dupin.

—¿De veras?... Vaya, no os hagais el inocente. Ese documento revelado á una tercera persona, cuyo nombre no hace al caso, pondría en grave riesgo el honor de una persona de la mas elevada clase; y esto da á su detentador un ascendiente irresistible sobre el alto personaje, cuyo honor y seguridad están en peligro.

—Mas ese ascendiente, interrumpí yo, depende, por lo visto, de que el raptor sabe que la persona interesada no ignora quién es el que le ha sustraído el documento. ¿Quién se atrevería?...

—El sustractor, dijo el Prefecto, es D... que se atreve á todo, así á lo que es indigno de un hombre, como á lo que es digno de él. El modo de la sustraccion ha sido tan ingenioso como atrevido. El documento de que se trata, una carta, para que nos entendamos, fué recibido por la persona interesada, encontrándose sola en el bufete de la real cámara, y mientras la estaba leyendo, fué sorprendida por la aparición repentina de otro ilustre personaje, á quien deseaba particularmente ocultarlo. Despues de haber ocurrido en vano guardarla en un cajón, tuvo que dejarla abierta sobre la mesa. La carta, sin embargo, estaba vuelta la firma al descubier-

to, y el contenido oculto, de modo que no llamaba la atencion. En esto se presenta el ministro D... su ojo de lince repara inmediatamente en el papel, reconoce la letra de la firma, observa el embarazo de la persona á quien iba dirigida, y penetra su secreto.

Despues de haber tratado de algunos asuntos despachados á la carrera, segun su costumbre, saca de su bolsillo una carta de letra parecida á la de que se trata, aparenta leerla, y la coloca al lado de la otra. Pónese en seguida á hablar, durante un cuarto de hora, de la marcha de los negocios, y en seguida se levanta á la ligera, y se despide tomando la carta que no le pertenecía. La persona robada lo vió, mas no se atrevió á llamar la atencion sobre la equivocacion aparente delante del tercer personaje que estaba á su lado. El ministro se retira, dejando sobre la mesa su propia carta, que nada tenía de particular.

—Así es como debia ser, dijo Dupin volviéndose á medias hácia mí, para hacer completo su ascendiente sobre la persona robada.

—Efectivamente, replicó el Prefecto, y hace algunos meses ya que se prevale ampliamente del predominio conquistado por esta sutil estratagemas, con un objeto político, hasta cierto punto muy peligroso. La persona robada está cada día mas convencida de la necesidad de recobrar su carta; pero, como es consiguiente, esto no puede hacerse de una manera directa, y ya por último, llevado por la desesperacion, me ha dado la comision de apoderarme de ella.

—No era posible, á lo que entiendo, dijo Dupin lanzando una gran bocanada de humo, escoger, ni aun imaginar un agente mas adecuado y sagaz.

—Me adulais, replicó el Prefecto. Pero es muy posible que se haya concebido en mí una idea parecida á esa.

—Es claro, como lo habeis dicho muy oportunamente, dije yo, que la carta está en poder del ministro, porque es el hecho

de la posesion, y no el uso de la carta, lo que sostiene el ascendiente, puesto que con el uso se desvanecería.

—Justamente es que la convicción bajo que he procedido, dijo M. G... Mi primer cuidado ha sido hacer un registro minucioso en la habitación del ministro, y la primera dificultad que salvar era la de hacerlo sin que él se apercibiese. Sobre todo, había que atender á que de ningún modo llegase á penetrar nuestro de signio.

—En cuanto os encontrábais completamente en vuestro elemento, pues la policía de París ha hecho eso mas de una vez, indiqué yo.

—¡Oh! sin duda, y en eso fundaba mis mejores esperanzas. Por otra parte, los hábitos del ministro me favorecían extraordinariamente, pues acostumbra á pasar muchas noches fuera de su casa, y sus domésticos no son muchos. Acreéntanse además lejos de las habitaciones de su señor, y como son napolitanos, se dejan emborrachar de muy buena gana. Yo tengo, como sabéis, llaves que abren todas las puertas, tanto exteriores como interiores de París, y por espacio de tres meses, no ha pasado una noche, cuya mayor parte no haya invertido en registrar personalmente la casa del ministro. Mi honor está interesado en ello, y para defroslo todo, bien que á condición de la mayor reserva, habeis de saber que la recompensa es enorme. Así es que no he parado en mis pesquisas, sino cuando he llegado á persuadirme de que el ladrón era mucho mas sagaz que yo. Por mi parte, estoy seguro de haber escudriñado todos los rincones y escondites de la casa en que era posible esconder un papel.

—¿Pero no es posible, indiqué yo, que aunque la carta esté, como indudablemente está en poder del ministro, la tenga oculta en otra parte?

—Eso no es posible, dijo Dupin. La situación particular de los negocios de la corte en los momentos presentes; y especialmente la naturaleza de la intriga en

que D... ha penetrado de la manera que sabemos, hacen un extremo de importancia casi igual á la posesion, la eficacia inmediata del documento, la posibilidad de presentarla en el acto.

—¿La posibilidad de presentarla?... dije yo.

—O si os parece mejor, de aniquilarla en el acto, añadió Dupin.

—Teneis razon, repuse. El documento está evidentemente en la casa, y en cuanto al caso de que la lleve el ministro consigo, me parece completamente que no hay que pensarlo siquiera.

—Ni por pienso, dijo el prefecto. Le he hecho detener dos veces por supuestos ladrones, y se le ha registrado escrupulosamente á mi propia vista.

—Pudierais muy bien haberos excusado ese trabajo, porque D... no es tan tonto, á lo que presumo, que no haya podido preveer esas asechanzas como cosas muy naturales.

—Absolutamente loco no diré que sea, dijo G... Sin embargo, es poeta, lo que á mi modo de entender, no dista mucho de eso.

—Teneis razon, dijo Dupin, despues de haber exhalado con aire pensativo una larga aspiracion de humo de su pipa de espuma, por mas que yo mismo me haya hecho culpable de cierta rap-sodia.

—Veamos, dije yo, contadnos los pormenores circunstanciados de vuestras investigaciones.

—El hecho es que hemos tenido tiempo á fondo, y que hemos rebuscado por todas partes, en lo cual ya tengo una esperiencia consumada. He registrado toda la casa cuarto por cuarto, y hemos destinado al registro de cada uno una semana entera. En primer lugar, hemos registrado los muebles; hemos abierto todos los cajones posibles, y supongo que sabreis que para un agente de policía, un *cajoncillo secreto* es una cosa que no existe. Quien en un registro de esta clase deja escapar un escondite, es un un bestia, porque su descubrimiento es tan sencillito! Hay en cada

pieza una cierta cantidad de volúmenes y de superficies de que puede cualquiera darse cuenta con la mayor evidencia, teniendo, como se tienen, reglas exactas para ello. Ni aun la quincuagésima parte de una litera se nos puede escapar.

Después de las habitaciones, la hemos emprendido con los asientos; los mullidos se han sondado con esas agujas largas y sutiles que me habeis visto emplear, y hemos levantado los tableros de las mesas.

—¿Y para qué?

—Algunos para ocultar una cosa levantan el tablero, agujerean las patas, la cosa que ocultan se coloca en el hueco, y se vuelve á encolar el tablero; lo mismo se hace con los montantes de un catre.

—¿Pero no se puede adivinar el hueco por medio de la ausentación? pregunté yo.

—No, si al dejar el objeto se tiene cuidado de embutir la cabida con una cantidad suficiente de algodón ú otra especie de borra, y además nos veíamos precisados en este caso á operar sin hacer ruido.

—Pero es imposible que hayais deshecho y desmontado todas las piezas del mueblaje donde se hubiera podido ocultar un depósito de la manera que decís. Una carta puede arróllarse en una espiral muy tenue, que se parccen mucho por su forma y su volúmen á una aguja gruesa de las de hacer media, y colocarse de este modo en el palo de una silla, por ejemplo. ¿Habeis desmontado todas las sillas?

—No, pero hemos hecho otra cosa, que es mejor; hemos examinado los palos de todas las sillas de la casa, y aun las pinturas de todas las piezas del mueblaje, con el auxilio de un poderoso microscopio. Si hubiese habido el menor vestigio de un desórden reciente, lo habríamos descubierto al instante; un solo grano de polvo causado por la barrea, por ejemplo, se hubiera presentado á nuestra vista como una manzana. La menor alteracion en la cola,

una sola hendidura en las juntas, hubiera bastado para revelarnos el secreto.

—Presumo que habeis examinado los espejos y el entarimado, que habeis registrado los colchones, los cortinajes y colgaduras, la tapicería, etc.

—Es claro, y cuando hemos pasado revista á todos los artículos de este género, hemos examinado la casa misma; hemos dividido la totalidad de su superficie en secciones ó compartimentos que hemos numerado para asegurarnos de que ninguno se nos pasara por alto; hemos hecho cada pulgada cuadrada el objeto de un nuevo exámen con el microscopio, y además hemos comprendido las casas adyacentes.

—¿Las dos casas adyacentes?... exclamé yo. Mucho trabajo debeis haberos tomado.

—Sí á fé mia, pero tambien la recompensa es enorme.

—En las casas habeis comprendido tambien los suelos.

—El suelo está todo cubierto de baldosa; hemos examinado el musgo de entre las juntas y estaba intacto é igual.

—Habeis tambien examinado los libros de la biblioteca y todos sus papeles.

—Seguramente hemos abierto y repasado todos los legajos, y no solamente hemos abierto los libros, sino que los hemos recorrido hoja por hoja, no contentándonos con sacudirlos simplemente como hacen muchos oficiales de policía. Hemos medido tambien el espesor de cada cubierta con la mas escrupulosa minuciosidad, y hemos aplicado á cada una la curiosidad minuciosa del microscopio. Si recientemente se hubiera introducido algo en los forros, indispensablemente hubiéramos dado con ello; y aun cinco ó seis volúmenes que acababan de venir de casa del encuadernador han sido sondados cuidadosamente con la aguja.

—¿Habeis explorado tambien el pavimento bajo las alfombras?

—Hemos explorado las alfombras, le vantándolas, y hemos examinado los entarimados.

—¿Y los papeles de las habitaciones?

—También.

—¿Y las cuevas?

También las hemos registrado.

—Pues entonces, dije yo, habeis perdido el tiempo, y la carta no está en la casa como os habeis figurado.

—Me voy figurando que tenéis razón, dijo el Prefecto. Y vos ¿qué me aconsejais? añadió dirigiéndose á Dupin.

—Hacer una pesquisa completa.

—¡Lo tengo por inútil! replicó G... tan cierto como estoy ahora aquí, es que la carta no está en la casa.

—Pues no puedo deciros cosa mejor, repuso Dupin. Por supuesto que tendreis una reseña completa de la carta.

—¡Oh! eso sí. Y en esto el Prefecto, sacando una carta, se puso á leernos en alta voz una descripción minuciosa del documento perdido, de su aspecto interior y muy particularmente del exterior. Poco tiempo despues de haber acabado la lectura de esta reseña, el buen hombre se despedía de nosotros mas confuso y con semblante mas desanimado que nunca le habia visto.

Cosa de un mes despues nos hizo otra visita y nos encontró ocupados lo mismo, al poco mas ó menos que la otra vez; tomó una pipa y un asiento y habló de varias cosas.

—Al cabo de un buen rato, yo le dije:

—M. G., ¿qué ha sido de la carta sustraída? Se me figura que al fin os habeis resignado á comprender que no es una cosa tan sencilla como á primera vista podría parecer, pegársela al ministro.

—El diablo cargue con él... sin embargo, he vuelto á hacer nuevas pesquisas, como Dupin me lo ha aconsejado; pero tambien, como yo me lo figuraba, ha sido un trabajo perdido.

—¿Y cuánto es la recompensa ofrecida? preguntó Dupin, creo que nos digis-teis...

—¡Oh! es muy cuantiosa, verdaderamente magnífica; pero no quiero decir cuánto á punto fijo; mas sí os aseguro que me obligaria á pagar de mi bolsillo cincuenta mil francos á quien me pusiera la carta en la mano. Porque la cosa urge mas cada día, y la recompensa se ha duplicado recientemente. Pero aun cuando la triplicaran, se me figura que no podria hacer mas de lo que he hecho.

—¡Oh!... sí... dijo Dupin dejando caer cada sílaba entre las bocanadas de humo... Yo creo... que en verdad... no habeis hecho... todavía... todo lo que podiais hacer. No habeis llegado aun al fondo de la cuestion... Por mi parte creo que aun podríais haber hecho... algo mas... ¿qué os parece?...

—Pero ¿cómo?... ¿En qué sentido?...

—Pero... (una bocanada de humo) vos podríais... (otra bocanada de humo) tomar consejo en esta materia. (Tres bocanadas de humo): ¿os acordais de la historia que se cuenta de Abernethi? (1)

—No. ¿Qué tengo yo que ver con vuestro Abernethi?

—Teneis razón. Llévelo el diablo si esto os place. Pero una vez, un cierto rico, muy avaro, concibió el designio de sustraer á Abernethi una consulta médica. Con este objeto entabló con él en medio de una sociedad, una conversacion ordinaria, al través de la cual insinuó al médico su propio caso, como el de un individuo imaginario.

—Supongamos, dijo el avaro, que los síntomas son tales y tales, y en ese caso qué le aconsejaríais, doctor, que tomase?

—Me decís, ¿que qué ha de tomar? contestó Abernethi. Que tome consejos.

—Pero yo estoy dispuesto, contestó el Prefecto un poco desconcertado, á tomar consejo y á pagarlo. Digo, y repito, que daré en buena moneda contante cincuenta mil francos á quien me saque del compromiso.

(1) Médico inglés muy célebre y muy es-céntrico.

—Pues en ese caso, replicó Dupin abriendo un cajon y sacando un libro de pagarés, estended uno á mi favor por la susodicha cantidad, y cuando lo hayais firmado, os entregaré yo la consabida carta.

Yo me quedé estupefacto, y por lo que hice al Prefecto, como si le hubiera tocado un rayo. Durante algunos momentos permaneció mudo é inmóvil mirando á mi amigo, con la boca abierta, con aire de incredulidad y ojos saltones como si quisieran salirsele de las órbitas. Por fin, pareció volver en sí, tomó una pluma y despues de varias vacilaciones, con la vista turbada, la mano trémula y la cabeza desvanecida llenó y firmó un pagaré de cincuenta mil francos, que alargó á Dupin por cima de la mesa.

Este lo examinó cuidadosamente, lo guardó en su cartera, y en seguida, abriendo un pupitre, sacó una carta y la entregó al Prefecto. Nuestro buen funcionario la cogió en un transporte de frenética alegría; la abrió con mano trémula, echó una mirada á su contenido, y en seguida, tomando la puerta, y sin mas ceremonia ni despedida, se lanzó fuera de la habitacion y de la casa, sin haber pronunciado una sílaba desde el momento en que Dupin le habia suplicado llenára el pagaré.

Cuando hubo partido, mi amigo entró en algunas esplicaciones.

—La policía parisien, dijo, es extremadamente hábil en su oficio. Sus agentes son perseverantes y poseen á fondo todos los conocimientos que requieren, especialmente sus funciones. Y así cuando G... nos detallaba su modo de pesquisa en la casa del ministro D..., tenia una completa confianza en sus talentos, y estaba seguro de que habia hecho una investigacion plenamente suficiente en el círculo de su especialidad.

—¿En el círculo de su especialidad? pregunté yo.

—Sí, dijo Dupin. Las medidas adoptadas no solo eran las mejores en su género, sino que fueron llevadas á una absoluta

perfeccion. Si la carta hubiera estado oculta en el radio de su investigacion, esos truanes la hubieran encontrado, sin que de ello me quepa la menor duda.

Yo me contenté con reir; mas Dupin parecia haber dicho esto con mucha formalidad.

—Las medidas, pues, continuó, eran buenas en su género y admirablemente ejecutadas. Su falta consistia en ser inaplicables al caso y al hombre en cuestion: hay todo un orden de medios singularmente ingeniosos para el Prefecto, una especie de lecho de Procusto, á que adapta y agarrota todos sus planes. Pero yerra continuamente por sobra de profundidad ó demasiada superficialidad en el caso presente, y mas de un estudiante lo razonaria con mas acierto que él.

He conocido yo un niño de ocho años, cuya infalibilidad al juego de pares ó nones hacia la admiracion de todos. Este juego es muy sencillo y se juega con fichas: uno de los jugadores tiene en su mano un cierto número de fichas, y pregunta al otro ¿pares ó nones? Si acierta el que responde gana una ficha, y si no pierde.

El niño de que hablo ganaba todas las fichas de la escuela, porque tenia un modo de adivinacion que consistia en la simple observacion y apreciacion de la agudeza de sus adversarios.

Supongamos que su adversario fuera un inocenton, y al levantar su mano cerrada preguntase ¿pares ó nones? Nuestro escolar responde nones, y pierde. Mas á la segunda prueba gana, porque se dice á sí mismo: el simplecillo ha puesto pares la primera vez, y toda su astucia no alcanza á mas que hacer impar la segunda: diré, pues, nones; lo dice y gana.

Pero con un adversario menos inocenton habria razonado de este otro modo: este muchacho ve que en el primer caso he dicho nones, y en el segundo se propondrá (esta es al menos la idea que le ocurrirá) una simple variacion de par á impar como lo ha hecho el primer tontuco. Mas, reflexionando todavía, encontrará que esa varia-

ción es demasiado sencilla, y finalmente se decidirá á decir par como la primera vez. Responderé, pues, par y ganaré. Este método de razonamiento de nuestro escolar, que sus compañeros llaman fortuna, ¿qué viene á ser en último análisis?

—Es, dije yo, una identificación del entendimiento de nuestro razonador con el de su adversario.

—Eso cabalmente pienso yo, dijo Dupin, y cuando pregunté á aquel niño que de qué modo verificaba él aquella perfecta identificación, que era la causa de su fortuna, me respondió lo siguiente:

—Cuando quiero saber hasta qué punto alguno es circunspecto ó estúpido, basta qué punto es bueno ó malo, ó cuales son sus pensamientos del momento, procuro acomodar mi semblante al suyo cuando me es posible, y espero entonces á ver qué pensamientos ó qué sentimientos se despiertan en mi espíritu ó en mi corazón como para emparejarse y corresponder con mi fisonomía.

Esta contestación del escolar va aun más allá que toda la profundidad sofisticada atribuida á la Rochefoucauld, á la Bruyere, á Maquiavelo y á Campanella.

—Y la identificación del entendimiento del razonador con el de su adversario, depende, si yo no os comprendo mal, de la exactitud con que el entendimiento del adversario es apreciado.

—Para la apreciación práctica, esa es en efecto la condición, replicó Dupin, y si el Prefecto y toda su banda se han engañado tan á menudo, es, en primer lugar, por falta de esta identificación; y en segundo, por una apreciación inexacta, ó mas bien la no apreciación de la inteligencia de los sujetos con que tienen que habérselas. Ellos no ven mas que sus propias ideas ingeniosas, y cuando buscan algo oculto, no piensan si no en los medios de que se habrían servido ellos para ocultarlas. Acertan muchas veces, porque su propia ingeniosidad es una representación fiel de la de la generalidad; pero cuando se encuentran con un malhechor particular, cuya agu-

deza difiere en especie de la suya, esto malhechor, naturalmente los desorienta, los envuelve, los arrolla.

Esto no deja de suceder jamás, cuando su agudeza es superior á la suya, y esto acontece con mucha frecuencia tambien, aun cuando es inferior. Ellos no varían su sistema de investigación; ó á lo mas, cuando son incitados por algun caso insólito, por una recompensa extraordinaria, exageran y elevan al extremo sus rutinarios procedimientos, mas sus principios fundamentales no varían.

En el caso de D... por ejemplo, ¿qué se ha hecho para cambiar el sistema de investigación? ¿Qué son todas esas perforaciones, esas ratas, esas sondeaduras, ese examen microscópico, esa división de superficie en pulgadas cuadradas, numeradas y clasificadas? ¿Qué es todo eso si no la exageración en su aplicación de uno ó varios de los principios de investigación que están basados sobre un orden de ideas relativo á la ingeniosidad ó agudeza humana y á que el Prefecto se ha habituado en la larga práctica de sus funciones?

—No veis que él considera como cosa demostrada que todos los hombres que quieren ocultar una carta se sirven, si no es de un agujero hecho precisamente con la barrena en la pata de una silla, al menos de algun agujero de algun rincón, de que han tomado la invención en el mismo orden de ideas que el agujero hecho con la barrena?

—Y no veis tambien que escondites tan originales no se emplean si no en las ocasiones ordinarias y no son adoptados si no por inteligencias vulgares, porque en todos los casos de objetos ocultos esta manera ambiciosa y forzada de ocultar el objeto es desde luego presumible y presumida? Así es que el descubrimiento no depende mas que del cuidado, de la paciencia y de la resolución de los investigadores.

Pero cuando la cosa es importante, ó lo que es lo mismo á los ojos de la policía, cuando la recompensa es grande, todas es-

tas bellas cualidades se las ve fracasar enteramente.

—Comprended ahora lo que yo quería decir cuando afirmaba que si la carta sustraída se hubiera ocultado dentro del radio de investigación de nuestro Prefecto, ó en otros términos, que si el principio inspirador de la ocultación estaba comprendido en los principios del Prefecto, lo hubiera descubierto infaliblemente? Sin embargo, nuestro funcionario ha sido completamente mistificado, y la causa originaria de su desorientación descansa en el supuesto de que el ministro es loco porque es poeta, en el concepto al menos de las gentes. Todos los locos son poetas: este es el modo de ver á la idea del Prefecto, y no es culpable de que una falsa distribución del término medio, infiriendo de ahí que todos los poetas son locos.

—Pero es efectivamente poeta? pregunté yo. Por mi parte, sé que son dos hermanos y que ambos tienen cierta reputación como literatos. El ministro, tengo entendido que ha escrito un libro muy notable sobre el cálculo diferencial é integral. Es el matemático, y no el poeta, quien ha escrito eso.

—Os engaños; yo le conozco muy bien. Es matemático y poeta, y como poeta y como matemático, ha debido razonar con acierto. Como simple matemático, no hubiese razonado absolutamente, y se habría puesto de este modo en manos del Prefecto.

—Esa opinión parece formulada para asombrarme; la veo desmentida por el mundo entero, y supongo que no será vuestro ánimo aniquilar un concepto madurado por la experiencia de los siglos. La razón matemática es considerada de siempre como la razón por excelencia.

—Hay que apartar, replicó Dupin citando á Chantre, que toda idea pública, que todo concepto universalmente recibido es una simplificación, porque ha convenido á se ha adoptado á la inteligencia del mayor número. Los matemáticos, no os lo negaré, han hecho todo lo posible para propagar el

error popular de que vos habláis, y que por mas que se haya propagado como una verdad, no por eso deja de ser un error consumado. Ellos, por ejemplo, nos han acostumbrado á aplicar el término análisis á las operaciones algebraicas, y lo han hecho con una habilidad digna de mejor causa. Los franceses son los mas culpables de esta mistificación científica; mas si se reconoce que los términos tienen una importancia real, si las palabras toman su valor de la aplicación que se las da, en ese caso, yo concederé que análisis significa álgebra, al poco mas ó menos que *ambitus* significa ambición; *religio*, *religion*; *hominum*, *honesti*; la clase de *hombres honorales*.

—Veo, dije, que vais á meteros en una ruda polémica con un buen número de algebraistas de París. Pero continuad.

—Niego la validez, y por consecuencia los resultados de una razón cultivada por otro procedimiento especial que el de la lógica abstracta. Yo niego sobre todo el razonamiento sacado del estudio de las matemáticas. Las matemáticas son la ciencia de las formas y de las cantidades; el razonamiento matemático no es otra cosa que la pura lógica, aplicada á la forma y á la cantidad. El grande error consiste en suponer, que las verdades que se llaman puramente algebraicas, sean verdades abstractas ó generales. Y este error es tan enorme, que maravilla la unanimidad con que lo veo acogido. Los axiomas matemáticos, no son axiomas de verdad general: lo que es verdad de una relación de forma ó de cantidad, es á veces un error grosero aplicado á la moral, por ejemplo. En esta última ciencia, es muy frecuentemente falso que la suma de las fracciones sea igual al todo. Hasta en la química es inexacto. En la apreciación de una fuerza motriz tampoco se realiza, porque dos menores, cada uno de los cuales es de una potencia dada, no tienen necesariamente cuando se hallan asociados una potencia igual á la suma de las dos potencias tomadas aisladamente. Hay otra multitud de

verdades matemáticas, que no son verdades si no en límites de relación. Pero el matemático argumenta incorregiblemente, según sus *verdades axiomáticas*, como si fue. an de una aplicación general y absoluta, valor que, por otra parte, el mundo les atribuye. Bryant, en su muy notable *Mitología*, hace mención de otra fuente análoga de errores, cuando dice que aunque nadie cree en las fábulas del paganismo, sin embargo, nos olvidamos de nosotros mismos á cada paso hasta el punto de sacar de ellas deducciones, como si fueran realidades vivas. Hay además entre nuestros algebristas, que son también paganos sin saberlo, ciertas fábulas paganas á que rinden fé, y de que se han sacado consecuencias, no tanto por un olvido, como por una incomprensible alucinación. En una palabra, yo no he conocido matemático en quien se pueda tener confianza, sacado de sus raíces y de sus ecuaciones; no he conocido á ninguno que no tuviese clandestinamente por artículo de fé que x^2+px es absoluta é incondicionalmente igual á q . Decid á uno de estos señores, por vía de prueba, ó si quereis divertirlos, que creéis en la posibilidad del caso, en que x^2+px no fuera absolutamente igual á q , y cuando le hayais hecho comprender lo que quereis decir, ponéos fuera de su alcance, y lo más pronto que podáis, porque indudablemente tratará de apalearos.

—Quiero decir, continuó Dupin, mientras yo me contentaba con reirme de sus últimas observaciones, que si el ministro no hubiese sido más que matemático, el Prefecto no habría tenido necesidad de suscribirme ese pagaré. Yo le conocía por matemático y por poeta, y había tomado mis medidas en razón de su capacidad, y teniendo en cuenta las circunstancias en que se encontraba, sabía muy bien que era un hombre de valor y un intrigante resuelto, y me dije: este hombre está evidentemente impuesto en las prácticas de la policía: y á no dudarlo debió prever, y los resultados lo han demostrado, las asechan-

zas y lazos que se le tenderían, y las pesquisas secretas y minuciosas que en su casa habían de hacerse.

Esas frecuentes ausencias nocturnas que nuestro buen Prefecto saludaba como auxiliares positivos de su futuro triunfo, las consideraba y simplemente como tretas para facilitar las pesquisas y persuadir á la policía de que la carta no estaba en su casa.

Yo veía también que toda la serie de ideas relativas á los principios invariables del procedimiento en los casos de pesquisa, ideas que os expliqué poco antes, no sin algún trabajo, había debido desarrollarse necesariamente en la imaginación del ministro.

Esto debía inducirle necesariamente á desdeñar todos los medios de ocultación vulgares. Ese hombre no puede ser de tan corto entendimiento que no adivinase desde luego que el escondite más complicado y más profundo de su casa, sería tan ostensible como una antesala ó un armario, á los ojos, á las sondas, barrenas y microscopios del Prefecto. En fin, comprendía yo que él debería optar por la sencillez, si es que no le había sido sugerido la idea por gusto ó inclinación natural. Creo que recordáreis las carcajadas con que el Prefecto acogió la idea que manifesté en nuestra primera entrevista, á saber, que si el misterio le embarazaba tanto, era quizás por su misma sencillez.

—Efectivamente, recuerdo muy bien su hilaridad, á punto de que llegue á temer se convirtiese en risa nerviosa.

—El mundo material, continuó Dupin, está lleno de analogías exactas con el mundo inmaterial, y es lo que da un viso de verdad á este dogma de retórica, que una metáfora ó una comparación puede fortificar un argumento, tanto como embellecer una descripción.

El principio de la fuerza de inercia, por ejemplo, parece idéntico en los docerinos, físico y metafísico; un cuerpo voluminoso se pone en movimiento mucho más difícilmente que otro pequeño, y su

cantidad de movimiento está en proporción de esta dificultad, lo cual es tan positivo como esta otra proposición análoga: Los entendimientos de gran capacidad son también más impetuosos, más accidentados y más constantes en su movimiento que los de un grado inferior; son los que se mueven menos cómodamente y los que se encuentran más embarazados por la incertidumbre cuando se ponen en acción. Otro ejemplo; ¿habeis notado alguna vez cuáles son las muestras de tienda que más llaman la atención?

—Nunca me ha ocurrido semejante observación, repuse yo.

—Hay, continuó Dupin, un juego de adivinación, que se juega con un mapa. Uno de los jugadores, ruega á alguno que adivine una palabra dada, un nombre de ciudad, río, estado ó imperio; una palabra, en fin, cualquiera, comprendida en la extensión abigarrada y confusa del mapa. Una persona novicia en el juego procura, en general, embarazar ó dar que hacer á su adversario, dándole á adivinar nombres escritos en caracteres imperceptibles; más los aficionados escogen palabras de griteros caracteres que se entienden de uno á otro lado del mapa. Estas palabras, como las de muestras y carteles de caracteres enormes, se escapan al observador por el hecho mismo de su enormidad ó de su excesiva evidencia, y aquí el olvido material es precisamente análogo á la inatención moral de un entendimiento que deja escapar las consideraciones demasiado palpables, evidentes hasta la vulgaridad y la simplicidad. Pues ese es uno de los casos, á lo que parece, superior ó inferior á los alcances del Prefecto: no ha creído nunca posible ó probable que el ministro hubiese guardado la carta justamente á la vista del mundo entero, como para mejor impedir á un individuo cualquiera el encontrarla.

Pero cuanto más reflexionaba yo sobre el audaz, distintivo y brillante género de D... sobre el hecho de que siempre debía tenerlo á la mano para hacer uso in-

mediato de él si llegaba el caso, y sobre este otro, de que después de las minuciosas pesquisas del Prefecto, este documento no estaba oculto en los límites de una pesquisa ordinaria y en regla; más me sentía convencido de que el ministro para guardar su carta había recurrido al medio más ingenioso del mundo, al más amplio, que era el de ni aun tratar de ocultarla.

Inducido por estas ideas, me calé un par de anteojos verdes, y me presenté una buena mañana, como por casualidad, en casa del ministro. Encontré á D... en su casa, bostezando, displicente, quejumbroso, suponiéndose agoviado por un fastidio supremo.

Hay que advertir que D... es el hombre más enérgico y activo que se conoce; pero es solamente cuando está seguro de que nadie le mira.

Para no ser menos que él, me quejé de la debilidad de mis ojos y de la necesidad de llevar gafas azules, pero al través de ellas inspeccionaba cuidadosa y minuciosamente toda la estancia, aparentando estar muy atento á la conversación de mi huésped.

Examiné con particular cuidado una gran mesa de despacho, al lado de la cual estaba sentado; y en la que yacían en confusión cartas varias y otros papeles con uno ó dos instrumentos de música y algunos libros. Después de un prolijo examen hecho con toda calma, nada reparé que pudiera fijar mi atención.

Al cabo de tiempo, recorriendo con la vista la estancia, reparé en un miserable porta-cartas con adornos dorados, colgado por una cinta azul, ya mugrienta, de un botoncito de cobre sobre el mármol de la chimenea.

Este porta-cartas, que tenía tres ó cuatro divisiones, contenía cinco ó seis tarjetas y una sola carta, muy sucia y deslucida, rasgada casi en dos por la mitad, como si hubiera habido la intención de rasgarla por completo, como se hace con un objeto sin valor. Tenía un gran sé-

llo negro con la cifra D... muy aparente, y con el sobre al ministro mismo. La firma era de letra de mujer, muy diminuta y parecía echada negligentemente, y aun al parecer con desden en uno de los senos superiores del porta-cartas.

Apenas hubo fijado la vista en esta carta, me figuré que era la que iba buscando, y lo era evidentemente por su aspecto absolutamente diferente del de la que el Prefecto nos había leído una descripción tan minuciosa. Aquí el sello era anejo y negro con la cifra D... en la otra era pequeño y encarnado, con las armas ducales de la familia D... Aquí la firma era de una letra diminuta y de mujer; en la otra el sobre llevaba el nombre de una persona real de letra gallarda, suelta y caracterizada, y solo, en fin, se parecían en una cosa: las dimensiones. Mas el carácter sucesivo de estas diferencias, fundamentales en suma, la suciedad, el estado deplorable del papel ajado y desgarrado que contradecían los hábitos de D... tan metódicos y que denunciaban la intención de desorientar á un indiscreto ofreciéndole todas las apariencias de un documento inútil ó indiferente, todo esto unido á la situación impudente del documento puesto á la vista de todos los que entrasen y concordando así exactamente con mis conclusiones anteriores, todo esto digo, estaba hecho para corroborar decididamente sospechas de cualquiera que viniese con alguna prevención.

Prolongué mi visita cuanto buenamente pude; y sosteniendo una discusión muy viva con el ministro sobre un punto que sabía era para él de interés siempre nuevo, guardaba mi atención fija en la carta; y examinándola reflexionaba sobre su aspecto exterior y sobre la manera en que estaba en el porta-cartas; y después de algún tiempo hice un descubrimiento que desvaneció el asomo de duda que pudiera tener aun: reparando en los cantos del papel, observé que estaban mas desbarbados que lo natural: presentaban el aspecto quebrantado de un papel

fuerte, que plegado y sentado por el cuchillo de marfil, se ha vuelto por los mismos pliegues que constituían su primera forma.

No necesitaba mas: era claro para mí que la carta había sido vuelta, replegada y resellada. Despedíme entonces del ministro, después de los saludos de costumbre, dejándome una caja de oro sobre la mesa.

A la mañana siguiente, volví con pretesto de recoger la caja, y continuamos la conversacion del día anterior con mucha animacion.

Durante la conversacion se oyó una detonacion muy fuerte como de un pistoletazo bajo las ventanas del ministro, detonacion que fué seguida de los gritos y vociferaciones de una multitud alarmada.

El ministro corrió hacia la ventana, la abrió y miró á la calle, al mismo tiempo que yo me dirigia al porta-cartas; cogí la carta, me la puse en el bolsillo y puse en su lugar otra, una especie de facsímil, en cuanto al exterior, que yo había cuidadosamente preparado, simulando la cifra D... por medio de un sello de miga de pan.

El tumulto de la calle había sido causado por el capricho insensato de un hombre armado con una escopeta: había descargado su arma en medio de una multitud de mujeres y de muchachos. Pero como no estaba cargada con bala se tomó á aquel truan por un loco ó un borracho y le dejaron marcharse en paz. Cuando se hubo marchado, D... se retiró de la ventana, á donde yo le había seguido tan luego como me hubé apoderado de la preciosa carta. Pocos momentos después me despedí. El supuesto loco era un hombre pagado é instruido por mí sobre lo que debía hacer.

—¿Pero cuál era vuestro objeto, pregunté yo á mi amigo, al reemplazar la carta por otra parecida? ¿No hubiera sido mucho mas sencillo desde la primera visita apoderarse de la carta sin otras precauciones y marcharse?

—D... es capaz de todo y además un hombre de fuerza que tenía tambien domésticos que le auxiliaran. Si yo hubiera

cometido la extravagante tentativa de que hablais, probablemente no hubiera salido vivo de su casa, ni el buen pueblo de París hubiera oído hablar de mí. Pero á parte de estas consideraciones, yo llevaba un objeto particular. Os son conocidas mis simpatías políticas y en el asunto de que se trata obraba como partidario de la señora interesada en él. Hace ya diez y ocho meses que el ministro la tenía subyugada, y es ella ahora quien lo tiene á su disposición, porque ignora que la carta no está ya en su casa, y que va á querer proceder á su garulería habitual. Infaliblemente él mismo va á acarrearle á la primera ocasión su ruina política, y su caída no va á ser ménos precipitada que ridícula. Se habla muy ligeramente del *facilis descensus Averni*; mas en materia de asaltos, se puede decir lo que la Catalani del canto: «es mal fácil subir que bajar.» En el caso presente yo no tengo simpatía ninguna ni aun lástima del que va á caer. D... es el verdadero *monstrum horrendum*, un hombre de talento sin principios. Os confieso, sin embargo, que me complacera conocer el carácter exacto de sus pensamientos, cuando, provocado por la que el Prefecto llama una cierta persona, se vea precisado á abrir la carta que he dejado para él en el porta-cartas.

—Pues qué habeis escrito en ella algo de particular?

—No me ha parecido conveniente dejar el interior en blanco, porque esto hubiera en cierto modo tenido algo de insulto. Una vez en Viena D... me hizo una jugarreta, y le dije en tono de chanza que la tendría siempre en la memoria; y como sabía que tendría una viva curiosidad por saber quién se la hubiese jugado de puño, me pareció que era lástima desaprovechar la ocasion de darle algun indicio. Él conoce muy bien mi letra y he copiado en el centro de la página en blanco estas palabras:

.....Intentó como este
si no es digno de un Atreo, esio de Thyeste.

Tomadas de la Atrea de Crebillon.

III.

EL ESCARABAJO DE ORO.

¡Oh! ¡oh! ¿Qué es eso?
¡Ese muchacho tiene la locura en las piernas! ¡Le ha picado sin duda la tarantula!

Hace algunos años me relacioné íntimamente con un tal Guillermo Legrand, hijo de una antigua familia protestante que había sido en otro tiempo muy rica, y ahora, por una serie de desgracias, vivía en la miseria.

Para evitar la humillacion de su estado, abandonó á Nueva Orleans, residencia de sus abuelos, y se estableció en la isla de Sullivan, cerca de Charleston, en la Carolina del Sur.

Esta isla es de las mas singulares, está cubierta por la arena del mar, y tendrá como unas tres millas de larga, y de anchura apenas un cuarto de milla. Está separada del Continente por un ancon ó arrecife visible apenas, que corre á lo largo de un bosque de cañas ó carrizos y de cieno, asilo predilecto de las pollas de agua.

La vegetación, como puede suponerse, es pobre, y por decirlo así, enana, y no se ve un árbol de medianas dimensiones. Hacia la estremidad occidental, junto al sitio donde se levantan el fuerte de Montrie y algunas miserables casuchas de madera, habitadas durante el estío por las gentes que huyen del polvo y de las calenturas de Charleston, se encuentran la palmera enana setigra. Pero toda la isla, á escepcion de este punto occidental y de un es-

pacio triste y blancuzco, contiguo á la orilla, está cubierto de espesas matas de mirto aromático, tan estimado por los jardines ingleses. Estos arbustos se elevan en algunas partes hasta quince y veinte piés, y forma un taller casi impenetrable que embalsama el aire.

En lo mas espeso de este taller, no lejos de la estremidad oriental, es decir, de la mas lejana, se habia construido Legrand, una chocita que habitaba, cuando por primera vez, y por casualidad hice conocimiento con él.

Este conocimiento llegó á hacerse una verdadera amistad muy luego, porque habia en el heremita mucho que inspiraba simpatías y conquistaba el afecto. Observé desde luego que habia recibido una buena educacion auxiliada felizmente por facultades intelectuales sobresalientes; pero que estaba infestado de misantropía y sujeto á desgraciadas alternativas de entusiasmo y de melancolía.

Aunque tenia bastantes libros, se servia de ellos pocas veces, y su principal distraccion consistia en pescar y cazar ó en vagar por la playa al través de los mirtos en busca de conchas y de ejemplares entomológicos; tanto, que su coleccion hubiera podido ser objeto de envidia para un Swammerdam. A estas escursiones se hacia acompañar por un negro anciano llamado Júpiter, á quien habia dado la libertad antes de sus desgracias, pero que ni por amenazas ni por promesas se habia podido decidir á abandonar á su señorito *masa will*, y que consideraba como un derecho suyo el seguirle á todas partes. No parece improbable que los padres de Legrand, juzgando que este tenia la cabeza un poco trastornada, se propusieran arraigar esta obstinacion de Júpiter, con el objeto de que el fugitivo tuviese á su lado una especie de guardian y de centinela.

Bajo la latitud de la isla de Sullivan, los inviernos no son rigorosos, y es cosa muy rara que hacia el fin del año sea necesario algunos dias encender fuego para calentarse. Sin embargo, como á

mediados de octubre de 18... hubo un dia de mucho frio. Momentos antes de ponerse el sol aquel dia iba yo abriéndome camino al través de los talleres en direccion á la cabaña de mi amigo, á quien hacia ya algunas semanas que no habia visto; vivia yo entonces en Charleston á distancia de unas nueve millas de la isla, y no habia la comodidad que hoy para ir y venir. Al llegar á la choza llamé, como de costumbre, y como no me respondiese nadie, busqué la llave donde sabia acostumbraban á dejarla escondida; abrí la puerta y entré. Flameaba un hermoso fuego en el hogar, lo cual fué un motivo de sorpresa para mí, y á decir verdad, muy agradable. Quiteme el paletot, acerqué un taburete á las astillas flameantes y esperé con paciencia la vuelta de mis huéspedes.

A poco de anochece, llegaron y me hicieron una afectuosísima acogida. Júpiter, riendo á todo reír, andaba de un lado para otro, y preparaba algunas gallinetas para la cena.

Legrand estaba en una de sus crisis de entusiasmo, porque, ¿qué otro nombre darle? Habia encontrado un bivalvo desconocido, que formaba un género nuevo, y lo que para él valia mas habia dado caza y cogido, con ayuda de Júpiter, un escarabajo, que creia tambien nuevo, y sobre el cual deseaba consultarme en la mañana siguiente.

—¿Y por qué no ahora mismo? pregunté yo frotándome las manos al fuego y dando al diablo interiormente toda la raza de los escarabajos.

—¿Si siquiera hubiese sabido que estáis aquí! dijo Legrand; ¡pero hace tanto tiempo que os he visto! ¿Y cómo podia yo adivinar que esta noche precisamente habiais de haber venido á visitarme? Al volver á casa, he encontrado al teniente G... el fuerte, y con sobrada ligereza le he prestado el escarabajo para que lo examine, de modo que os será imposible verlo hasta mañana. Quedaos esta noche con nosotros, y mañana al salir el sol enviaré

á Júpiter á buscarlo; os aseguro que es la cosa mas admirable de la creacion.

—¿Cuál? ¡la salida del sol?

—No, hombre... el escarabajo. Es de un color de oro brillante, del tamaño de una nuez gorda, con dos manchas de un negro de azabache en una de las estremidades dorsales, y otra algo mas prolongada en la otra. Las antenas son...

—Masa will, interrumpió el negro, el escarabajo es de oro, y oro macizo de cabo á rabo; por dentro y por fuera, excepto las alas. Yo no he visto jamás un escarabajo aun del mismo tamaño que pese la mitad que él.

Enhorabuena, Júpiter; supongamos que tienes razón, repuso Legrand con un poco mas de enojo de lo que el caso requería; ¿y será ese motivo para que dejeis que se achicharren las gallinetas? El color del insecto, continuó volviéndose hacia mí, bastaría en verdad para hacer plausible la idea de Júpiter. Jamás habreis visto un brillo metálico mas notable que el de sus élitros; pero esto sólo lo comprendereis mañana viéndolo. Entretanto procuraré daros una idea de su forma.

Así diciendo, arrastró hacia sí una mesilla, donde habia tintero y pluma, pero no papel; lo buscó en el cajon, y tampoco lo habia.

—No importa, dijo al fin; esto nos servirá.

Sacó entonces del bolsillo del chaleco algo que me pareció un pedazo de vitela muy sucia, y trazó una especie de croquis con la pluma. Yo seguia al lado del fuego, porque tenia frio, y cuando hubo hecho su dibujo, me lo alargó sin levantarse. Al tomar el pergamino, se oyó un ladrido, y en seguida que arañaban á la puerta: Júpiter abrió, y un enorme perro de Terranova que tenia Legrand saltó sobre mí, y empezó á abrumarme, porque me habia ocupado mucho de él en mis visitas precedentes. Cuando hubo concluido de darme carcehos, miré al papel, y á decir verdad,

me sentia poco preocupado por el dibujo de mi amigo.

—Efectivamente, dije despues de haberlo contemplado algunos instantes; es muy raro el tal escarabajo, completamente nuevo para mí; ni he visto cosa que se le parezca sino una calavera, á que se parece mas que á ninguna otra cosa de las que yo he visto.

—¿Una calavera! repitió Legrand. ¡Ah! sí, hay algo de eso en el papel, ya caigo. Las dos manchas negras de arriba figuran los ojos, y la longitudinal que está mas abajo figura la boca, ¿no es así? Además, el contorno es ovalado.

—Quizás sea eso, dije; pero me temo, Legrand, que no lo hayais dibujado muy bien. Será mejor esperar á ver el escarabajo mismo, para poderme formar una idea de sus caracteres.

—Pues no sé cómo eso podrá ser, dijo un poco amostazado; porque yo dibujo muy bien, ó al menos debería hacerlo, porque he tenido muy buenos maestros, y me precio de no ser demasiado torpe.

—Pues en ese caso, amigo mio, os estais chaceando, repliqué; porque esto es una calavera muy regular, y aun diria que esto es un cráneo perfecto, segun todas las ideas admitidas respecto á esta parte de la osteología, y vuestro escarabajo seria el escarabajo mas raro que hubiera en el mundo si se pareciera á esto. Nosotros podríamos establecer, con este motivo, una conseja supersticiosa, encantadora. Supongo que querreis bautizar á vuestro insecto con el nombre de *Scarabeus caput hominis* ó algo que á eso se parezca; porque hay en los libros de historia natural muchos nombres parecidos á ese. ¿Mas dónde están las antenas de que hablabais?

—¡Las antenas! dijo Legrand, que se iba ya amostazando formalmente, bien debeis verias; las he delineado tan distintamente como están en el original, y creo que es muy suficiente que yo lo diga.

—No negaré que las hayais hecho, pero el caso es que yo no las veo.

Y le alargué el papel sin decir una palabra mas, no queriendo apurar su paciencia; pero estaba muy admirado del giro que el asunto habia tomado; su mal humor me llamaba la atencion, y en cuanto al croquis del insecto, repito que no habia tales antenas visibles y que el conjunto aparentaba, sin equivocacion posible, la imagen ordinaria de una calavera.

Recogió su pergamino con aire de mal humor, y estaba á punto de arrollarlo y tirar al fuego, cuando habiendo fijado por casualidad su vista en el dibujo, su atencion apareció encadenada. En un instante, su rostro se puso encendido, y luego excesivamente pálido.

Durante algunos minutos sin moverse del sitio, continuó examinando el dibujo; luego se levantó, tomó la luz de sobre la mesa y fué á sentarse sobre un baul á la otra estremidad de la habitacion. Allí empezó á examinar de nuevo el papel, dándole vueltas en todos sentidos. Sin embargo, nada dijo, y su conducta me llenaba de admiracion; pero creí prudente no exasperar su mal humor con comentarios de ninguna clase.

Por último, sacó del bolsillo de su levita una cartera, guardó cuidadosamente el papel y la metió en un pupitre, que cerró con llave, metiéndosela en el bolsillo. Volvió en seguida á maneras menos bruscas y mas calmadas, pero su entusiasmo habia desaparecido completamente; su aspecto era de estar mas bien caviloso que de mal humor. A medida que la noche avanzaba, se absorbió mas y mas en sus cavilaciones, de que no me fué posible distraerle con mis preguntas y ocurrencias, por lo que, aun cuando mi ánimo habia sido pasar la noche en su compañía, como ya lo habia hecho mas de una vez, tuve por mas conveniente despedirme en vis a del mal humor de mi huésped. No hizo esfuerzo ninguno para que me quedase, pero al salir, me estrechó la mano con

una cordialidad aun mas viva que de costumbre.

Un mes despues de esta aventura, y durante este tiempo, no habia oido hablar siquiera de Legrand, recibí en Charleston una visita de su criado Júpiter. Nunca habia visto al pobre negro tan abatido, y temí al pronto no hubiese sucedido á mi amigo alguna desgracia considerable.

—¿Qué traes de nuevo? Júpiter le preguntó; ¿cómo está tu amo?

—A decir verdad, señor, no está tan bien como debería.

—Mucho lo siento, hombre; ¿pero qué tiene?

—Eso es lo que yo no puedo decir, señor. El no se queja de nada nunca, pero no por eso está menos malo.

—¿Cómo que no está menos malo. Júpiter? ¿Por qué no me lo has dicho desde luego? ¿Está en cama?

—No señor, no está en cama! El caso es que no para en ninguna parte, y eso es lo que á mí mas me apura. Me tiene con mucho cuidado, mi pobre señorito Guillermo.

—No entiendo una palabra de lo que me dices. Tú aseguras que tu señorito está enfermo. ¿No te ha dicho qué le duele ó qué siente?

—Señor, no hay que romperse la cabeza. El señorito dice que no tiene nada. Pero entonces, ¿por qué anda de un lado á otro pensativo, con la vista en el suelo, con la cabeza baja, encorvado y descolorido como un papel? ¿Y por qué, por qué está siempre haciendo números?

—¿Qué dices que hace Júpiter?

—Números con signos en una pizarra, signos los mas extravagantes que yo haya visto. Créa usted que empiezo á tener miedo; no puedo perderle de vista ni atender á nada mas que á él. El otro día antes de salir el sol se me escapó y no pareció en todo el santo día de Dios. Es preso para él, habia cortado una hermosa vara con que administrarle una buena correccion cuando volviera, pero como soy tan tonto, me faltaron las fuer-

zas para hacerlo, al verle con un aire de tanto padecer.

—¿De veras? Creo en tanto que hicisteis muy bien en ser indulgentes con el pobre muchacho. No conviene curarle á latigazos, Júpiter, porque probablemente no estará para soportarlos. ¿Pero no puedes tú figurarte qué sea lo que le haya ocasionado esa enfermedad, ó mas bien ese cambio de conducta? ¿Le ha ocurrido algo desagradable desde que yo le ví la última vez?

—No, señor; no ha ocurrido cosa particular desde entonces, pero antes, sí, mucho me lo temo, el día mismo que estuvisteis allí.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—¡Ah! señor, me refiero al escarabajo, y nada mas.

—¿A qué?

—Al escarabajo. Estoy seguro de que al señorito Guillermo le ha mordido ese maldito escarabajo en alguna parte de la cabeza.

—Y qué motivo tienes, Júpiter, para hacer semejante suposicion.

—¡Oh! tiene unas pinzas excelentes para eso y una boca que no es menos á propósito. En la vida he visto un escarabajo mas endemoniado; agarra y muerde á todo lo que se le arrima. El señorito Guillermo fué el primero que lo cogió, pero le soltó muy luego, yo os lo aseguro, y fué entonces sin duda cuando le mordió. El aspecto del tal escarabajo y su boca, en verdad, me gustan poco; y por eso no quise yo cogerlo con los dedos, sino que cogí un pedazo de vitela y con él lo agarré, en él lo envolví, teniendo el animalito siempre un pedazo de papel en la boca. De ese modo fué como yo le cogí.

—Segun eso, ¿tú te figuras que tu amo ha sido mordido realmente por el escarabajo, y que esta mordedura le ha ocasionado su enfermedad?

—Yo no me figuro nada; lo presento. Y si no, ¿por qué ese continuo pensar en el oro, si no porque ha sido mordido por

el escarabajo de oro? Yo ya habia oido hablar de esos escarabajos de oro.

—¿Pero cómo sabes tú que siempre está pensando en el oro?

—¿Cómo lo sé? Porque habla de ello aun estando dormido. Hé ahí cómo lo sé.

—En el hecho, Júpiter, podrias muy bien tener razon; ¿pero á qué buena fortuna debo el honor de esta visita hoy?

—¿Qué es lo que quereis decir, señor?

—Que si me traes algun recado, carta ó cosa parecida de Mr. Legrand?

Si señor, os traigo esta carta; y Júpiter me alargó un papel que leí, y decia: «Querido amigo: ¿Cómo no habeis venido á verme en tanto tiempo? Supongo que no sereis tan niño, que os incomodáseis por un arranque de humor mio; pero esto no es posible.

Desde entonces tengo un motivo grave de inquietud; tengo algo que decir, pero apenas sé cómo decirlo, ni aun sé si os lo diré.

Yo he estado estos días un si es no es indispuerto, y el pobre viejo Júpiter me fastidia insoportablemente con sus cuidados y todas sus buenas intenciones. El otro día, no lo querreis creer, habia preparado una hermosa vara á fin de darme una paliza, porque me habia sustraído á él y me habia pasado el día solo en el continente entre las colinas. Solo mi mala cara se me figura que me ha librado de una paliza.

No he enriquecido con un solo ejemplar mi coleccion desde que no nos hemos visto; os ruego que os vengais con Júpiter si podeis hacerlo sin mucha molestia ó gran inconveniente. Venid, venid, os lo suplico, que deseo veros para un negocio grave, os aseguro que es de la mayor importancia.—Vuestro afectísimo, Guillermo Legrand.»

Habia en el tono de esta carta algo que me causó una viva inquietud; el estilo diferia absolutamente del habitual de Legrand... ¿En qué diablos pensaria? ¿Qué

nueva mania se había apoderado de su demasiado escitable cerebro? ¿Qué asunto de tan alta importancia podía ser el que tuviera que desempeñar? Los informes de Júpiter no presagiaban nada bueno, y temía que la presión continua del infortunio hubiera acabado por trastornarle la cabeza de un modo particular, y así, sin vacilar un instante, me preparé para acompañar al negro.

Al llegar al muelle reparé en un dalle y tres azadas, todo nuevo, echados en el fondo del esquife en que íbamos á embarcarnos.

—¿Qué significan estas cosas, Júpiter? pregunté.

—Eso es un dalle y unos azadones.

—Ya lo veo.... pero ¿para qué los llevas?

—El señorito Guillermo me ha mandado comprarlos en la ciudad, y por cierto que me han costado muy caros: esto nos cuesta una porrada de dinero.

—Pero en nombre de todo lo que hay de misterioso, ¿qué es lo que tu amo Guillermo piensa hacer con esos instrumentos?...

—¡Oh, señor! me preguntais una cosa á que no puedo responderos: él mismo quizá no lo sabe mejor que yo. El diablo cargue conmigo si no es cierto lo que creo. Todo esto procede del escarabajo.

Viendo que no podía sacar partido alguno de Júpiter, cuyo entendimiento parecía completamente absorto por el escarabajo, me lancé al esquife y desplegué la vela. Una hermosa y fuerte brisa nos empujó muy luego á la enseñada del Norte del fuerte de Montrie, y después de un paseo de dos millas, próximamente, llegamos á la cabaña á cosa de las tres y media. Legrand nos esperaba con impaciencia; me estrechó la mano con un apresuramiento nervioso que me alarmó y reforzó mis sospechas nacientes. Su rostro estaba descolorido como el de un espectro, y sus ojos naturalmente muy hundidos, brillaban con fulgor anormal. Después de algunas preguntas relativas á

su salud le pregunté, no sabiendo por donde entrarle mejor, si el teniente G... le había devuelto ya su escarabajo.

—¡Oh! sí, contestó sonrosado vivamente: le he recobrado por fin esta mañana. Por nada en el mundo me desprendería ya de este escarabajo. ¿Sabeis que Júpiter tiene razon en lo que dice respecto á él?

—¿En qué? pregunté yo con un triste presentimiento en el corazón.

—Suponiendo que es un escarabajo de oro verdadero.

Y esto lo dijo con un tono de convicción tal, que me penetró profundamente en el corazón.

—Este escarabajo está destinado á hacer mi fortuna, continuó con una sonrisa de manifiesta satisfacción, y á reintegrarme en mis posesiones patrimoniales. ¿Os admirais en vista de esto que lo estime en tanto? Puesto que la fortuna ha tenido el capricho de concedérmelo, á mí no me queda mas que utilizarlo convenientemente, y yo llegaré hasta el oro de que es indicador. Júpiter, tráemelo.

—¿El qué, señorito? ¿El escarabajo? Yo no gusto, como sabeis, de tener cuentas con él, y así cojéldo vos mismo ya que sabeis cómo.

A esto, Legrand se levantó con un ademán grave é imponente y fué á buscar el insecto que tenía bajo una ampolla de cristal, donde lo tenía depositado. Era un magnífico escarabajo, desconocido en aquella época de los naturalistas y que debía tener un gran mérito bajo el punto de vista científico. Llevaba en una de las estremidades dorsales dos manchas negras y redondas, y en la otra una mancha de forma oblonga. Los élitros eran excesivamente duros y brillantes como si fueran de oro bruñido: el insecto era notablemente pesado, y todo bien considerado no se podía decir del todo irracional la opinión de Júpiter. Pero que Legrand conviniese con él en este punto, hé aquí lo que yo no podía comprender, y aun cuando me hubiera ido en ello la vida, no hubiera podí

do encontrar la solución de este problema.

—Os he mandado á buscar, dijo con un tono de imperio cuando hubo acabado de examinar el insecto, para pedirnos consejo y ayuda en el cumplimiento de las miras del destino y del escarabajo...

—Querido Legrand, exclamé yo interrumpiéndole: vos no estais bueno y me parece que os convendría mas tomar algunas precauciones para restablecer vuestra salud, y pensar en eso. Os vais á poner en cama y yo me estaré á vuestro lado algunos dias, hasta que os hayais recobrado. Estais calenturiento y...

—Pulsadme, dijo.

Lo hice, y á decir verdad, no encontré en el pulso el menor indicio de fiebre.

—Pero se puede muy bien estar enfermo sin tener síntoma de fiebre. Permitidme por esta sola vez hacer de médico con vos. Ante todo os vais á acostar... En seguida...

—Os engañais, me interrumpió; estoy tan bueno como puedo estarlo en el estado de excitación que experimento. Y si realmente quereis verme libre de esta excitación, en vuestra mano está el conseguirlo.

—¿Y qué tengo que hacer para eso?

—Una cosa muy sencilla. Júpiter y yo salimos para una expedición á las sierras del Continente y tenemos necesidad del auxilio de una persona de quien poder confiar absolutamente. Y la única persona que á mí me inspira esa absoluta confianza, sois vos, y sea que nuestra empresa fracase ó triunfe, la excitación que reparais ahora en mí se desvanecerá.

—Mi mayor satisfacción es la de complaceros en todo lo que de mí dependa, repliqué; pero ¿quereis decirme si este escarabajo infernal tiene alguna relación con vuestra expedición á las vecinas sierras?...

—Sí que la tiene.

—Pues entonces me es imposible prestar mi mano para una empresa tan perfectamente absurda.

—Lo siento mucho; lo siento, repito, porque me veré obligado á llevarlo á cabo sin auxilio de nadie.

—¡Sin auxilio de nadie!... ¡Infeliz, está loco! no hay que dudarlo, dije para mí; y luego añadí: Mas, en fin, ¿cuánto durará vuestra escursión?

—Probablemente toda la noche. Vamos partir en seguida, y en todo caso estaremos de vuelta al salir el sol.

—¿Y me prometeis, por vuestro honor, que satisfecho ese capricho, y el asunto del escarabajo, ¡buen Dios!... evacuado, volveréis á casa y seguireis cuidadosamente mis prescripciones como las de vuestro médico?

—Os lo prometo, y ahora partamos, que no hay tiempo que perder.

Acompañé á mi amigo con el corazón lacerado: á las cuatro nos pusimos en marcha, Legrand, Júpiter, el perro y yo. Júpiter cargó con la hoz y los azadones, é insistió en cargar con ellos mas bien á lo que me pareció, por no dejar tales instrumentos en manos de su amo, que por exceso de celo y deseo de complacer. Por otra parte, estaba de un humor endiablado y estas palabras, ¡maldito escarabajo! fueron las únicas que se le escaparon en todo el viaje. Yo iba cargado con dos linternas sordas, y Legrand se había contentado con llevar al escarabajo atado á la punta de una hebra de guita que hacia girar en torno de sí con los ademanes de un mago.

Cuando reparé este síntoma supremo de demencia en mi pobre amigo, apenas pude conenter las lágrimas. Pensaba en tanto que convenia mas llevar adelante su capricho, por el pronto, al menos, ó hasta que pudiera tomar algunas medidas enérgicas con probabilidades de éxito. Sin embargo de todo, yo procuraba sondar, bien que infructuosamente el objeto de la expedición. Habia conseguido persuadirme á que le acompañara en su expedición y pareció luego poco dispuesto á tratar conversación sobre un objeto de tan

escasa importancia. A todas mis preguntas se contentaba con contestar:

—Bien pronto lo hemos de ver.

Atravesamos en un esquife la barra por la punta de la isla, y trepando por los terrenos montuosos de la ribera opuesta, nos dirigimos hacia el Noroeste al través de un paisaje desolado y áspero, donde no era posible ver el vestigio de la huella humana. Legrand seguía su camino con decisión, deteniéndose solamente de vez en cuando para consultar ciertas indicaciones que parecía haber dejado él mismo en una ocasión precedente.

Marchamos de este modo dos horas próximamente, y estaba á punto de sepultarse bajo el horizonte, cuando llegábamos á una region mucho mas siniestra que todo lo que habíamos dejado atrás. Era una especie de meseta cerca de la cima de una montaña horriblemente escarpada, cubierta de bosques desde la base á la cima, y sembrada de enormes bloques de piedra que parecían esparramados en confusión, muchos de los cuales hubieran rodado al fondo del valle sin los árboles que los contenían. Profundas ramblas surcaban el suelo en distintas direcciones, y daban al conjunto un carácter de solemnidad mas lúgubre.

La plataforma natural á que habíamos llegado estaba cubierta de zarzas tan espesas que pudimos comprender que sin el dalle nos hubiera sido imposible de todo punto abrirnos paso. Júpiter, siguiendo las instrucciones de su señor, comenzó á abrir paso hasta el pie de un tulipero gigantesco que se levantaba entre ocho ó diez encinas, y sobresalía entre todos, así como sobre los demás árboles que había visto hasta entonces, por la belleza de sus formas y de su follaje, por el inmenso desarrollo de su ramaje, y por la majestad general de su aspecto.

Cuando hubimos llegado al pie de este hermoso árbol, Legrand se volvió hacia Júpiter y le preguntó si se creía capaz de trepar á él.

El pobre viejo pareció un poco sorpren-

dido por la pregunta, y tardó algunos instantes en contestar: entretanto se acercó al enorme tronco, dió una vuelta en torno muy despacio, y lo examinó minuciosamente. Cuando hubo concluido su exámen, dijo simplemente.

—Sí, señorito: Júpiter no ha visto todavía árbol á que no pueda trepar.

—Pues entonces sube, y pronto, pronto, porque se va á hacer de noche oscuro, y necesitamos ver lo que se ha de hacer.

—¿Y hasta dónde hay que subir, señorito? preguntó Júpiter.

—Trepa primero hasta las cruces, y luego te diré qué camino has de seguir. ¡Ah! mira, toma el escarabajo.

—¡El escarabajo! señorito Guillermo, ¡el escarabajo de oro! exclamó el negro retrocediendo de espanto. ¿Para qué necesito llevar conmigo el escarabajo de oro? ¡No me salve Dios si lo hago!

—Júpiter, si tú tienes miedo, siendo un negro como un roble, fuerte, robusto, á tocar un pobre insecto muerto ya é inofensivo, puedes llevarlo con esta cuerdecita. Pero si te obstinas en no llevarlo de una manera ni de otra, me veré precisado á romperle la cabeza con ese azadon, lo que sentiré extraordinariamente.

—¡Dios mio! ¿Qué motivo hay para eso? dijo Júpiter, á quien la vergüenza mas que el miedo hacía complaciente. ¿Cuándo llegará el caso, señor, de que entendais á vuestro pobre negro? Era eso una chanza, porque yo no tengo miedo á ese escarabajo ni vivo ni muerto.

Tomó, pues, con cuidado el extremo de la guita de que pendía, y llevando el insecto á tanta distancia de sí como las circunstancias lo permitían, empezó á trepar.

En su juventud, el tulipero ó *Liriodendron tulipiferum*, el mas grandioso de los árboles forestales de la América, tiene un tronco muy liso, y se eleva á una altura enorme, sin echar ramas laterales; pero cuando llega á su madurez, la corteza se hace rasgosa y desigual; y brotan nume-

rosos rudimentos de ramas en su tronco. Así es que el escalamiento, en el caso actual, era mas dificultoso en apariencia que en realidad. Abrazando lo mejor que pudo el enorme cilindro con sus brazos y rodillas, asiéndose con las manos algunos brotes, y apoyando sus piés descalzos en otros, Júpiter, despues de haber estado á punto de caer dos ó tres veces, se izó hasta la primera cruz, y aparentó desde entonces mirar la tarea como virtualmente concluida.

En efecto, la mayor dificultad de la empresa estaba superada, por mas que el valiente negro se encontrase á sesenta ó setenta piés de altura.

—¿Por dónde he de ir ahora, señorito Guillermo? preguntó.

—Sigue siempre la rama mas gruesa, la de ese lado, dijo Legrand.

El negro le obedeció prontamente, y al parecer sin gran trabajo; subió y fué subiendo hasta que ya su cuerpo desapareció entre la espesura del follaje completamente. Entonces su voz lejana se dejó oír preguntando:

—¿Hasta dónde hay que subir todavía?

—¿A qué altura te encuentras? preguntó Legrand.

—Tan alto, tan alto, respondió el negro, que puedo ver el cielo al través de las ramas del árbol.

—No te ocupes del cielo, mas atiende á lo que te digo. Mira al tronco, y cuenta las ramas que haya por cima de tí de ese lado. ¿Cuántas ramas has contado?

—Una, dos, tres, cuatro, cinco; cinco he pasado ya, señorito.

—Pues entonces sube otra todavía.

Al cabo de algunos minutos, se dejó oír su voz de nuevo, anunciando que ya había subido á la sétima rama.

—Pues ahora, Júpiter, gritó Legrand, presa de una emoción manifiesta, es preciso que encuentres el medio de avanzar á lo largo de esa rama todo lo posible, y si ves algo de particular, me lo dirás.

Desde entonces, las algunas dudas que

me quedaran respecto al estado de la cabeza de mi amigo, se desvanecieron completamente, y no podía dejar de considerarle como atacado de enajenación mental, y comencé á inquietarme seriamente por el modo de volverlo á su habitación; y mientras que yo meditaba sobre esto, se dejó oír de nuevo la voz de Júpiter.

Tengo ya miedo de aventurarme mas á subir por esta rama, que está muerta ya desde su nacimiento casi.

—¿Estás seguro de que es una rama muerta, Júpiter? exclamó Legrand con la voz mas conmovida aun que antes.

—Sí, señorito, tan muerta como un clavo lleno de roña; no hay duda, muerta completamente.

—En nombre del cielo, ¿decidme qué hacer? preguntó Legrand sobrecogido por una emoción vivísima, próxima á la desesperación.

—Nada mejor que volvernos á casa y acostarnos, respondí yo satisfecho de aprovechar la ocasión de hacer oír una palabra de razón. ¡Ea, vámonos! sed condescendiente, puesto que ya es tarde, y además debeis acordaros de lo que me prometisteis.

—Júpiter, gritaba sin hacer caso de lo que yo le decía, ¿me oyes bien?

—Sí, señorito; os oigo perfectamente.

—Corta un poco con la navaja, y mira si está muy podrida esa rama.

—Podrida, sí señor, bastante podrida, replicó muy luego el negro, pero no tanto como podría estarlo. Aun podría subir un poco mas, pero yo solo.

—¡Tú solo! ¿Qué es lo que quieres decir?

—Quiero decir que con el escarabajo no, porque es muy pesado. Si, pues, lo dejo caer, la rama sostendrá bien, y sin romperse, á un negro solo.

—¡Grandísimo bribon! gritó Legrand con rostro mas sereno, ¿qué sandeces son las que me estás diciendo? Si dejas caer el insecto, te retuerzo el cuello. Escucha, Júpiter, ¿me oyes?

—Sí, señor, y por eso no hay motivo de maltratar á un pobre negro.

—Está bien. Escucha ahora. Si subes tolo lo que puedes, sin correr riesgo de que la rama se rompa, y sin soltar el escarabajo, te doy un duro en cuanto bajas.

—Voy allá, señorito. Ya estoy aquí, replico el negro; estoy casi en la punta.

—En la punta, exclamó Legrand, muy dulcificado. Mira bien, y dime lo que hay en la punta de esa rama.

—Ya estoy en la punta, señorito. ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Qué es lo que hay aquí? ¡Misericordia! ¡misericordia!

—¿Qué es lo que hay? gritó Legrand en el extremo de la alegría.

—¡Oh! ¡no hay mas que una calavera! Alguno ha dejado aquí su cabeza, y los cuervos le han comido toda la carne.

—¿Una calavera dices? Está bien, mira ahora cómo está sujeta á la rama; ¿qué es lo que la retiene?

—¡Oh! está bien agarrada; pero hay que ver con qué. ¡Oh! ¡es una cosa atroz! Es un clavo enorme lo que la sujeta.

—Está bien. Ahora escucha: ¿me oyes bien?

—Sí, señorito.

—Pues mira bien; busca el ojo izquierdo del cráneo.

—¡Oh! esto sí que es gracioso; no tiene ojo izquierdo.

—¡Maldita estupidez! ¿Sabes tú cuál es tu mano izquierda y cuál tu derecha?

—Vaya sí lo sé. Mi mano izquierda es la de que me sirvo para partir la leña.

—Pues es claro, como que eres zurdo. Pues tu ojo izquierdo, es el que está del lado de tu mano izquierda. Ahora ya supongo que sabrás acertar con el ojo izquierdo. ¿Le has encontrado?

Aquí hubo una pausa. En fin, el negro preguntó:

—¿El ojo izquierdo del cráneo está del mismo lado que la mano izquierda del cráneo? ¡Pero es el caso que el cráneo no tiene manos! Mas no importa: ya he encon-

trado el ojo izquierdo. Si este es el ojo izquierdo, ¿qué hay que hacer ahora?

—Deja pasar el escarabajo al través, tanto como dé de sí la cuerda; pero cuidado, no vayas á saltar la cuerda.

—Ya está hecho, señorito; era cosa fácil hacer pasar la cuerda por el agujero. Ahí va.

Durante este diálogo, la persona de Júpiter permanecía invisible, mas el insecto que iba descendiendo aparecía ahora en el extremo del hilo, y brillaba como una bola de oro bruñido, reflejando los últimos rayos del sol poniente, alguno de los cuales iluminaban aun la altura en que nos encontrábamos. El escarabajo pendía ya por bajo de la copa, y si se le hubiera soltado, habria caído á nuestros piés. Legrand tomó inmediatamente la hoz, y aclaró un espacio circular de tres á cuatro varas de diámetro, exactamente bajo el insecto, y cuando hubo concluido esta tarea, mandó á Júpiter que soltara la cuerda y se bajara del árbol.

Mi amigo clavó un piquete en el sitio mismo donde el escarabajo habia caído, y sacó de su bolsillo una cinta de medir. La aseguró por una punta en el sitio del tronco mas inmediato al piquete, la des envolvió y dió una vuelta con ella á la clavija, y continuó en seguida desarrollándola en la dirección indicada por los dos puntos, es decir, el tronco y el piquete, hasta la distancia de cincuenta piés.

Júpiter, en tanto, franqucaba el camino con el dalle, y quitando á derecha é izquierda las rozadas malezas. Encontrado del modo dicho el punto, clavó mi amigo otro piquete, que tomó como centro, y en torno de él describió un círculo como de cuatro piés de diámetro. Tomó en seguida un azadon, nos dió otro á Júpiter y á mí, y nos rogó que cabásemos tan de prisa como fuese posible.

Para hablar francamente, diré que nunca he tenido gran afición á este trabajo, y en el caso presente, me hubiera escusado de muy buena gana, porque la noche se venia encima, y me sentia no poco can-

sado por el ejercicio que habia hecho. Pero no veiamos de sustraerme á este trabajo y temía turbar con una negativa la prodigiosa serenidad de mi amigo. Si hubiera podido contar con el auxilio de Júpiter, no habria titubeado en intentar volver por fuerza á su casa al pobre loco; pero conocia demasiado bien el carácter del negro para poder esperar nada de él en el caso de una lucha personal con su amo, cualquiera que fuese el motivo.

Yo no dudaba ya de que Legrand estaba preocupado por alguna de las innumerables supersticiones del Sur, relativas á tesoros ocultos, y que esta monomanía habia sido avivada por el hallazgo del escarabajo, y aun quizás por la obstinacion de Júpiter en sostener que era un verdadero escarabajo de oro.

Un cerebro tan propenso á la locura podia muy bien dejarse arrastrar por tales sugerencias, sobre todo cuando estaban en armonía con sus ideas favoritas preconcebidas; y despues de todo, me acordaba de las palabras del pobre mozo, relativas al escarabajo, *indicio de su fortuna*. Yo estaba terriblemente atormentado y confuso; en fin, me resolví á hacer de tripas corazón, y acabar con ahinco, para convencer á mi visionario lo mas pronto posible por una demostración ocular de la vaciedad de sus desvarios.

Encendimos las linternas, y nos dedicamos á nuestra faena con un ahinco y un celo dignos de causa mas racional, y como la luz reflejaba sobre nuestras personas y nuestros útiles, no pude dejar de pensar en que compondríamos un grupo interesante y verdaderamente pintoresco, y que si algun extraño nos hubiera estado observando, le habria parecido extraña y no poco sospechosa la tarea que estábamos haciendo.

Cayamos durante dos horas, casi sin hablar palabra. Nuestro principal cuidado eran los aullidos del perro, que parecía interesarse mucho en nuestra tarea. Al fin se puso de tal modo turbulento, que llegamos á temer no llamase la atención de

algunos vagabundos de las inmediaciones, ó mas bien este era el gran temor de Legrand; pues por lo que á mí hacia, me hubiera alegrado de toda interrupcion que me hubiera facilitado volver á mi loco á su casa.

Al fin aquel ruido fué acallado, gracias á Júpiter, que echándose fuera del hoyo con ademán decidido, amordazó al animal con uno de sus tirantes, y volvió luego á la tarea con una sonrisa de triunfo muy grave.

A las dos horas habiamos profundizado unos cinco piés, y no se mostraba ningun indicio de tesoro. Hicimos un alto general, y empecé á esperar que la farsa estuviese para concluir. Sin embargo, Legrand, aunque evidentemente muy desconcertado, se enjugó la frente con aire pensativo, y tomó de nuevo su azadon. El agujero ocupaba ya toda la estension del círculo trazado; aun lo traspasamos y cavamos todavía á dos piés mas de profundidad. Nada pareció. Mi buscador de oro, á quien compadecia muy de veras, saltó, en fin, fuera del agujero con el aire de despecho mas marcado, y se decidió lentamente, y como á pesar suyo, á recoger y ponerse la levita que se habia quitado al ponerse á la faena. Yo me guardé muy bien de hacer la mas leve observacion, y Júpiter, á una señal de su amo, empezó á recoger la herramienta. Esto hecho, y el perro desembozalado, emprendimos nuestra marcha en el mas profundo silencio.

Quizá no habiamos andado doce pasos, cuando Legrand, echando un terrible juramento, se avalanzó á Júpiter y le echó las manos al cuello. El negro, estupefacto, abrió los ojos y la boca cuanto punto, soltó las herramientas y se puso de rodillas.

—¡Bribon! gritaba Legrand haciendo silbar cada sílaba entre sus dientes; ¡negro infernal! ¡picaro negro! dime, habla, respóndeme al instante, y sobre todo no me mientas, ¿cuál es tu ojo izquierdo?

—¡Ah, perdon, señorito Guillermo! ¿No es este, por ventura, mi ojo izquierdo? bal-

buceaba el pobre diablo espantado y señalando con su mano izquierda el ojo derecho, y sosteniéndola con la obstinación de un desesperado, como si temiese que su amo se la fuese á arrancar.

—Ya me lo figuraba yo esto, ya lo sabía, exclamó Legrand soltando al negro y haciendo mil coreobos y piruetas con grande asombro de su criado, y al levantarse paseaba su mirada de su amo á mí y de mí á su amo.

—Pues señor, hay que volver á empezar, dijo este; aun no hemos perdido la partida.

Y esto diciendo se dirigió al lúspero.

—Júpiter, dijo cuando hubimos llegado al árbol, ven aquí, la calavera está clavada en el árbol con la cara vuelta hácia afuera ó hácia adentro?

—La cara está hácia fuera, de modo que los cuervos han podido comerse los ojos sin trabajo alguno.

—Segun eso, ¿es por este ojo ó por aquel por donde has hecho pasar la guita y el escarabajo?

Legrand tocaba alternativamente los ojos del negro.

—Por este ojo, señorito, por el ojo izquierdo, ni mas ni menos.

Aun esta vez el pobre negro señalaba á su ojo derecho.

—Vaya, vaya, tenemos que empezar de nuevo.

Entonces mi amigo, en cuya locura veía ahora ó creía ver ciertos indicios de método, clavó de nuevo la estaquilla que marcaba el sitio donde el escarabajo había caído, ó tres pulgadas hácia el Oeste de su primera posición, y fijando de nuevo la cinta al punto mas inmediato del tronco y dando con ella una vuelta al piquete, como lo hizo la otra vez, la fué desarrollando y marchando hasta cincuenta pies en línea recta; marcó de nuevo un sitio, apartando algunas varas del en que habíamos estado cabando.

Trazó un círculo en torno de este nuevo punto, un tanto mas estenso que el pri-

mero, y nos pusimos en seguida á la faena. Yo me sentía horriblemente fatigado, sin darme cuenta de lo que ocasionaba el cambio que experimentaba en mis ideas, pues no sentía ya aversión á la ruda faena que me imponía. Al contrario, me interesaba en ella lo que no es decible, y aun diré francamente que me sentía asestado. Acaso veía en la extravagante conducta de Legrand cierto aire deliberado, cierto proceder profético que me impresionaban extraordinariamente. Cayaba, pues, con verdadero entusiasmo, y de tiempo en tiempo me sorprendía buscado, por decirlo así, con los ojos, con un sentimiento que tenía algo de espectación, el tesoro imaginario, cuya ilusión había trastornado el juicio de mi amigo. En uno de esos momentos en que estas ilusiones se habían apoderado mas obstinadamente de mí, y cuando ya habíamos trabajado hora y media, fuimos de nuevo interrumpidos por los violentos ahullidos del perro. Su inquietud, en el primer caso, no era evidentemente mas que el resultado de un capricho ó de una basca de alegría porque esta vez tomaba un tono mas violento y caracterizado.

Cuando Júpiter intentó de nuevo ponerle el bozal, se resistió furiosamente, y saltando al hoyo, se puso á escarbar frenéticamente en la tierra. En pocos momentos había descubierto una masa de osamientes humanas que formaban dos esqueletos completos, mezclados con algunos botones de metal y algo que nos pareció lana podrida y desmenuzada. Uno ó dos azadonazos hicieron saltar la hoja de una navaja española; seguimos cabando y aparecieron unas cuantas monedas de oro y de plata.

Al verlas Júpiter pudo apenas contener su alegría, mas la fisonomía de su señor manifestaba un despecho horrible. Nos suplicó, sin embargo, que continuáramos nuestros esfuerzos. Apenas había concluido de hablar, oscilé yo y caí de bruces, porque la punta de mi azadon se había trabado en una enorme anilla de hierro

que estaba medio enterrada, bajo un montón de tierra fresca.

Nos pusimos, pues, al trabajo con nuevo alícuo, pudiendo decir que no he experimentado en mi vida diez minutos de mayor ansiedad y de mas febril exaltación. Durante este tiempo desenterramos completamente un arcon de madera de figura oblonga, que á juzgar por su perfecto estado de conservación y su pasmosa dureza, había sido sometida á algun procedimiento de mineralización, quizás el bicloruro de mercurio. Este arcon tenía tres pies y medio de largo, tres de ancho y dos y medio de profundidad. Estaba sólidamente guarnecido por abrazaderas de hierro forjado, remachadas y formando como una especie de estrejado. Á cada lado del arcon, poco por bajo de la tapa, había tres fuertes anillas de hierro, en todo seis, por medio de las cuales podían cojerlo seis personas á la vez. Nue tros esfuerzos reunidos no fueron bastantes para moverlo, y nos convencimos desde luego de la imposibilidad absoluta de cargar con tan enorme peso. Afortunadamente la tapa no estaba asegurada mas que por dos cerrojos, que descorrimos trémulos y jadeantes de ansiedad, y un momento despues se mostraba á nuestros ojos deslumbrados un tesoro centelleante de incalculable valor. La luz de las linternas estaba reconcentrada en el foso abierto y hacian centellear de aquel montón confuso de oro y alhajas rayos y esplendores que nos desvestaban materialmente.

No trataré de describir los sentimientos con que yo contemplaba aquel tesoro: el asombro dominaba á todos los demás, como cualquiera puede figurárselo. Legrand parecia anonadado por la misma excitación, y no profirió sino algunas palabras, y en cuanto á Júpiter, se puso tan descolorido, cuanto es compatible con una cara negra.

Parecia como petrificado ó herido por un rayo.

Muy luego se puso de rodillas, y metiendo sus brazos desnudos en el oro hasta

los codos, permaneció así un buen rato, como si experimentara los goces de un baño salútilero. Ultimamente exclamó dando un profundo suspiro, y como si hablara consigo mismo:

—¡Y todo esto viene por el escarabajo de oro!... ¡Oh, bendito escarabajo! ¡mil veces bendito, á quien yo injuriaba y calumniaba tan bestialmente! ¡Avergüénzate de tí mismo, miserable negró!... ¿Qué tienes que decir ahora?

Fué preciso que yo despertase, por decirlo así, al amo y al criado, y que les hiciese comprender que era urgente llevarse el tesoro. Se hacia tarde y era preciso que no nos descuidásemos y desplegásemos mucha actividad si queríamos ponerlo todo en seguridad antes de que amaneciese. No sabíamos qué partido tomar, y perdíamos mucho tiempo en inútiles discusiones: tanto era el desorden que había en nuestras ideas. Finalmente, aligeramos el arcon sacando los dos tercios de su cantidad, con lo cual pudimos ya, aun que no sin mucho trabajo, sacarlo del hoyo. Los objetos que sacamos fueron depositados entre la maleza y confiados á la guarda del perro, á quien Júpiter inimó muy formalmente la orden de no moverse del sitio por ningun motivo y de no ladrar hasta que volviésemos. En seguida nos pusimos precipitadamente en marcha con el arcon, y llegamos á la cabaña sin novedad, pero horriblemente cansados, á la una de la noche. Abruñados como estábamos por la fatiga, descansamos hasta las dos y cenamos entre tanto, porque emprender de otro modo la tarea hubiera sido cosa superior á las fuerzas de la humana naturaleza; y así repuestos, volvimos á salir para las montañas, provistos de tres costales que tenía por fortuna mi amigo entre los objetos de su ajuar. Llegamos algo antes de las cuatro á la escavación, compartimos tan por igual como pudo ser el resto del botín, y sin tomarnos la pena de rellenar los ojos, nos volvimos á poner en marcha hácia nuestra caja, donde echamos sucesivamente la preciosa carga, en el momento

mismo que empezaban á rayar en el Oriente los primeros albos.

Estábamos materialmente molidos por la fatiga, mas la escitacion nos impidió conciliar el descanso. Despues de tres ó cuatro horas de descanso, nos levantamos los tres á la par como si un mismo estímulo nos hubiese inducido, y procedimos al exámen y reconocimiento de nuestro tesoro.

El arcon estaba ahora colmado y pasamos todo el dia y la mayor parte de la noche siguiente inventariando su contenido sin órden ni sistema alguno; todo lo habíamos dejando amontonado. Cuando luego se hizo una clasificacion general, nos encontramos en posesion de una fortuna muy superior á todo lo que nos habíamos podido figurar. Habia en dinero mas de 450.000 duros, estimando el valor de las piezas por el curso corriente en el dia, y en todo ello no habia una sola moneda de plata. Todo era oro viejo y muy viejo de antigua fecha y mucha variedad, monedas francesas, españolas y alemanas, algunas guineas inglesas y otras de que no habíamos visto hasta entonces modelo ninguno, habia entre ellas algunas de tamaño y peso disformes, pero tan desgastadas que nos fué imposible descifrar sus inscripciones. No habia ninguna americana.

La apreciacion de las alhajas era cosa algo mas difícil: encontramos brillantes, muchos de ellos preciosos por su limpidez y tamaño, en todo ciento diez, ninguno pequeño: diez y ocho rubíes hermosos, trescientas diez esmeraldas, todas notables: veintiun zafiros y un solo ópalo. Todas estas piedras estaban sueltas, y sus engarces, de que hicimos una categoría aparte del otro oro parecian habersido deshechas á martillazos como para hacer imposible su reconocimiento. Fuera de esto habia porcion enorme de adorno y alhajas de oro macizo, cerca de doscientas sortijas y arillos macizos, hermosas y pesadas cadenas en número de 30, si la memoria no me es infiel, cinco incensarios de oro de muchísimo precio: ochenta y tres

crucifijos de mucho tamaño y peso: un gigantesco bol como para porché, adornado con hojas de parra y figuras de vacantes cinceladas: dos guarniciones de espada de trabajo maravilloso y otra porcion de artículos de menos valor, que ya he olvidado. El peso de todas estas piezas pasaba de trescientas cincuenta libras, y en este avalúo he omitido ciento noventa y siete relojes de oro magníficos, tres de los cuales valian por lo menos 500 duros. Algunos de ellos eran muy antiguos y de poco valor, como piezas de relojería, pues su maquinaria habia padecido mas ó menos de resultas de la humedad; pero todos estaban engarzados de piedras preciosas de buen tamaño, y las cajas eran de mucho valor. Valuamos aquella noche por alto el contenido total del arcon en millon y medio de duros, y cuando mas tarde dispusimos de las alhajas y la pedrería, despues de haber reservado no poco para nuestro uso, nos encontramos con que habíamos valuado, muy por lo bajo nuestro hallazgo.

Cuando hubimos concluido, despues de mucho tiempo, nuestro inventario y nuestra escitacion calmada en gran parte, Legrand, que veia mi impaciencia por poseer la solucion de este prodigioso enigma, entró en una explicacion completa de todas las circunstancias que tenian alguna conexión con el hallazgo.

—Os acordais, supongo, de la noche en que os hice ver el grosero diseño que habia hecho del escarabajo de oro. Os acordareis tambien de lo medianamente que me divertia vuestra persistencia en hacerme creer que mi dibujo se parecia á una calavera. La primera vez que me hicisteis esta insinuacion, me figuré que os chancabais, mas recordé las manchas particulares que tiene el escarabajo en el dorso ó sea coraza, y reconocí que vuestra observación tenia algun fundamento. Sin embargo, vuestra ironía, respecto á mi habilidad gráfica, me irritó, porque se me reputa un artista muy regular, y tan de mal humor me pusisteis, que al devolverme el

pedazo de vitela, mi intención primera fué arrollarlo haciéndole una pelota, y arrojarlo al fuego.

—Os referís al pedazo de papel, dije yo.

—Papel no, repuso, aunque tenia todas las apariencias de ello, y yo mismo suponía que lo era. Pero cuando quise dibujar en él, descubrí en seguida que era un pedazo de pergamino muy delgado, es decir, un papel vitela. Estaba muy sucio, como recordareis; pero en el momento que lo iba á arrollar, mis ojos repararon el dibujo que habiais mirado, y podeis figuraros cuánta seria mi sorpresa al apereibir la imagen positiva de una calavera en el sitio mismo donde yo me figuraba haber delineado el escarabajo. Al pronto me sentí demasiado impresionado para poder pensar con rectitud; yo estaba seguro de que mi croquis diferia esencialmente de lo que veia en todos sus pormenores, por mas que hubiese cierta analogía en los contornos. Tomé entonces una bugía, y yéndome á sentar al otro extremo de la habitacion, procedí á un exámen del pergamino. Al volverlo, vi mi propio bosquejo en el envés, ni mas ni menos que como yo lo habia hecho. Mi primera impresion fué simplemente la de la sorpresa; habia evidentemente una analogía notable en el contorno, y ya era una coincidencia particular, en el hecho de que el dibujo de una calavera de que yo no tenia idea y que ocupaba un lado del papel, cayese debajo precisamente del que habia yo hecho de un escarabajo, y que la tal calavera se pareciese tan exactamente á mi dibujo, no solamente en sus contornos, sino que tambien en sus dimensiones. Repito que la singularidad de esta coincidencia me sorprendió grandemente al pronto, y este es el efecto primero de tales coincidencias. El espíritu se esfuerza por establecer una relacion, una razon de causa á efecto, y encontrándose incapaz de encontrarla, sufre una especie de parálisis momentánea. Pero cuando volví de este estupor, sentíse formando gradualmente una convic-

cion que me impresionó de una manera muy distinta que aquella coincidencia. Empecé á acordarme distinta y positivamente de que no habia dibujo alguno en el pergamino cuando yo tracé el del escarabajo, y adquirí de ello una certidumbre perfecta, porque me acordé vuelto una y dos veces para ver cuál era el sitio menos sueio. Si la calavera hubiera sido visible, yo la hubiera visto indefectiblemente; habia, pues, en eso un misterio que no me creia capaz de desenvolver. Mas en aquel instante me pareció ver apuntar prematuramente una débil luz en las regiones mas profundas y mas secretas de mi entendimiento, una especie de luciérnaga intelectual, un concepto embrionario de la verdad de que nuestra aventura de la noche pasada nos ha suministrado tan esplendente demostracion. Me levanté decididamente, y guardando con mucho cuidado el pergamino, aplacé toda reflexion ulterior para cuando me encontrase absolutamente solo.

Cuando os marchásteis, y Júpiter se hubo dormido, me entregué á una investigacion mas metódica de la cosa: primero, traté de dar cuenta de cómo el pergamino habia llegado á mis manos. El sitio donde descubrimos el escarabajo está en la costa del continente, á una milla próximamente al Este de la isla, pero á poca altura sobre el nivel de la marea alta. Cuando me apoderé del escarabajo, me dió un mordisco horrible, que me obligó á soltarlo. Júpiter, con su prudencia habitual, antes de coger el insecto que se habia dirigido hácia donde él estaba, buscó en torno suyo una hoja ó cosa parecida con que poder cogerlo sin ser tambien mordido.

Fué en aquel momento cuando sus ojos y los míos vinieron á fijarse en el pedazo de pergamino que entonces me pareció papel, que estaba medio enterrado en la arena, y la punta descubierta, moviéndose pesadamente y de vez en cuando al impulso de la brisa. Cerca de este sitio, vimos el casco de un buque de gran porte,

á lo que pude juzgar, cuyos despojos del naufragio debian estar allí hacia mucho tiempo, porque apenas se podia encontrar la fisonomía de una construccion de buque.

Júpiter recogió el pergamino, se apoderó con él del insecto, y me lo entregó en esta forma. Poco tiempo despues, nos pusimos en marcha para nuestra cabañita, y encontramos al teniente G... á quien enseñé el insecto, que me suplicó se lo dejara llevar al fuerte para estudiarlo. Consentí en ello, se lo metió en el bolsillo de su chaleco sin el pergamino, que le servia de envoltura, y que yo conservaba en la mano mientras él lo estaba examinando. Acaso tuvo miedo de que yo mudase de parecer, y juzgó prudente asegurarse primero de su presa, pues sabeis que es un apasionado loco por todo lo que pertenece á historia natural. Es evidente que entonces fué cuando inadvertidamente doblé el pergamino, y lo metí en el bolsillo del chaleco.

Os acordareis tambien de que cuando me senté á la mesa para hacer un dibujo del escarabajo, no encontré papel en el sitio donde acostumbro á poner el que tengo; que miré en el cajon, y tampoco lo habia; que me registré los bolsillos con la esperanza de encontrar alguna carta ó sobre inútil, y que fué entonces cuando mis dedos tropezaron con el pergamino. Voy detallando todas estas minuciosidades relativas al hallazgo y uso hecho por mí del pergamino, porque todas estas circunstancias han impresionado vivamente mi imaginacion.

A no dudarlo, me considerais, amigo mio, como un visionario; pero ya habia establecido yo una especie de relacion y enlazado dos anillos de una gran cadena. Un buque arrojado á la orilla, y no lejos de aquel buque un pergamino, *no un papel*, y en él dibujada una calavera. Ahora quizás os ocurre preguntarme dónde está la relacion; á lo que yo os respondo que la calavera es el emblema ordinario de los piratas, porque siempre, en todos sus

combates, han izado su pabellon, y en el campamento esta imagen de la muerte.

Ya os he dicho que era un pedazo de pergamino, y no un papel, lo que habiamos encontrado; y el pergamino es una cosa durable, casi imperecedera. Raras veces se confian al pergamino memorias de poca importancia, puesto que responde mucho menos bien que el papel á las necesidades ordinarias de la escritura ó del dibujo, cuya reflexion me indujo á pensar que debia haber en la calavera alguna relacion, algun significado particular. Tampoco dejé de reparar en la forma del pergamino, y aunque uno de los lados estaba destruido por algun accidente, se veia bien que su forma primitiva era oblonga. Era, pues, una de esas tiras que se escogen para escribir ó consignar una cosa importante, una nota que se quiere conservar con mucho cuidado y para mucho tiempo.

—Pero me habeis dicho, le interrumpí yo, que cuando dibujásteis el escarabajo no habia vestigio de calavera. ¿Cómo podeis, pues, establecer la relacion que hay entre la calavera y el buque, puesto que aquella, segun vuestra indicacion ha debido ser dibujada. ¿Dios salve cómo ó por quién, con posterioridad á vuestro dibujo del escarabajo?

—Ahí es donde radica todo el misterio, bien que haya tenido que cavilar, comparativamente, muy poco para resolver ese punto del enigma. Mi marcha era segura y no podia conducirme mas que á un resultado. Para ello razonaba del modo siguiente: al dibujar mi escarabajo no habia vestigio de calavera en el pergamino; cuando concluí mi dibujo os lo hice pasar y no os perdí de vista hasta que me lo devolvisteis, y por consecuencia no fuisteis vos quien hizo ese dibujo, ni habia otra persona que pudiera hacerlo; no habia sido, pues, creado por la accion humana, y sin embargo tenia el dibujo á la vista.

Llegado á este punto de mis reflexiones, me dediqué á recordar, y recordé en efec-

to y con perfecta exactitud todos los incidentes sobrevenidos en el intervalo aquel. La temperatura era fria, y raro cuanto feliz acontecimiento, un hermoso fuego flameaba en el hogar. Yo estaba suficientemente recalentado por el ejercicio, y me habia sentado cerca de la mesa, mientras que vos os habiais arrinado al fuego. En el momento de entregaros yo el pergamino, y cuando os fuais á poner á examinarlo, entra Wol, mi hermoso perro de Terranova y se echa sobre vos, que acariaciéndole con la mano izquierda tratábais de quitaroslo de encima, dejando caer des-cuidadamente la mano derecha con que tenais el pergamino, sobre las rodillas que tenais muy cerca del fuego. Creí un instante que el papel iba á inflamarse y os iba á decir que tuviésteis cuidado, cuando cediendo el perro os pusisteis á examinarlo.

Cuando hube reflexionado sobre estas circunstancias, vine en conocimiento de que el fuego habia sido el agente que habia hecho aparecer en el pergamino la imagen del cráneo que tenia á la vista. Bien sabeis que hay y ha habido en todo tiempo preparaciones químicas, por cuyo medio se puede escribir en un papel común ó de vitela, caracteres que no llegan á hacerse visibles sino cuando están sometidos á la accion del fuego. Se emplea unas veces el galafre ó safre digerido en agua real y diluido en cuatro veces su peso de agua, de que resulta un color verde; el régulo de cobalto, disuelto en espíritu de nitró, ó sea ácido azótico, que da un color encarnado. Estos colores desaparecen mas ó menos tiempo despues que la sustancia, sobre que se ha escrito se ha enfriado, pero que reaparecen á voluntad, esponiéndoles de nuevo al calor.

Examiné entonces la calavera con el mayor cuidado: los contornos exteriores, es decir, los mas inmediatos al borde de la vitela, eran mucho mas visibles que los otros, lo que dependia de que la accion del calor habia sido desigual ó imperfecta. Encendí fuego inmediatamente y sometí su-

cesivamente todos los lados del pergamino á la accion de un calor vivo, lo que al pronto no produjo otro efecto que reforzar un poco las oscuras líneas del cráneo; pero continuando el experimento vi aparecer en una parte de la tira diagonalmente opuesta á la en que estaba delineada la calavera, una figura que supuse al pronto ser la de una cabra; mas en exámen mas detenido me hizo comprender muy luego que se habia querido representar un cabrito.

—No tengo en verdad derecho para burlarme de vos; porque millon y medio de duros es cosa demasiado formal para ser objeto de chanzas; pero no veo como vais á poder enlazar el tercer anillo de la cadena pues no encontrareis relacion alguna á lo que entiendo entre vuestros piratas y las cabras, porque los piratas no quieren gran cosa que digamos tales animales que estarian mejor en una hacienda de campo.

—Pero ya os he dicho que la imagen no era la de una cabra.

—Enhorabuena; pero me habeis dicho de un cabrito, que viene á ser lo mismo.

—Casi, casi, mas no idéntica, repuso Legend.

—Habeis oido hablar acaso de un capitán llamado Kidd: Pues yo consideré en seguida la figura del cabrito como una especie de forma geroglífica ó logográfica (Kid, cabrito). Y me lo figuré así porque el sitio donde estaba sujeta naturalmente esta idea. En cuanto á la calavera colocada en el ángulo diagonalmente opuesto, tenia el aire de un sello, de un membrete, de una estampilla. Mas me vi cruelmente desconcertado por la falta de lo demás, del testo del documento imaginado, por mí, del contenido de mi documento.

—Presumo que esperábais encontrar una carta entre el timbre y la firma, ¿no es así?

—O algo parecido á eso. El hecho es que yo me sentia irresistiblemente penetrado del presentimiento de una inmensa buena fortuna inminente. ¿Por qué? Eso es lo que no puedo deciros. Despues de todo,

tal vez seria mas bien un deseo que una creencia positiva. ¿Pero podreis creer que el dicho absurdo de Júpiter de que el escarabajo era de oro macizo, ha tenido una influencia notable en mi imaginacion? ¿Pero esa serie de incidentes y coincidencias era en verdad muy extraordinaria! ¿Habeis reparado en todo lo que hay de fortuito en este caso? Ha sido preciso que todas estas cosas concudiesen en el único día del año en que ha podido hacer bastante frio para necesitar del fuego, y sin ese fuego y sin la intervencion del perro en el momento que ha tenido lugar, sin vuestra venida, sin vuestras burlas, jamás hubiera tenido conocimiento de la cabeza de muerto ni habria encontrado ese tesoro.

—Hablad, hablad; me teneis impaciente.

Ahora bien; tendreis conocimiento de una multitud de historias que corren, de mil rumores relativos á los tesoros enterrados por todas partes en las costas del Atlántico por Kidd y sus consortes? Bien mirado, todos estos rumores debian tener algun fundamento, y si estos rumores subsistian y corrian con tanta persistencia, no podía depender, á mi juicio, sino de que el tesoro enterrado no habia sido descubierto todavía. Si Kidd hubiera ocultado su botin durante algun tiempo, y luego lo hubiese recogido, estos rumores no habrian llegado á nosotros bajo su forma actual é invariable. Reparad que estas historias giran siempre sobre buscadores y nunca sobre inventores de tesoros. Si el pirata hubiese recogido su tesoro, la anécdota habria concluido allí, y nadie se hubiera acordado ya de semejante cosa.

Me parecia que algun accidente, tal, por ejemplo, como la pérdida de la nota que indicaba el sitio preciso, habia debido privarle de los medios de recobrarlo. Suponia que este accidente habia llegado á conocimiento de sus compañeros, que de otra manera no habrian podido saber jamás que tal tesoro hubiese enterrado, y

que por sus infructuosas investigaciones, sin guías ni notas positivas, habian dado origen á este rumor universal y á estas leyendas hoy tan comunes.

—¿Habeis oído hablar alguna vez de algun tesoro que se haya descubierto junto á la costa?

—Jamás.

Pero es notorio que Kidd habia acumulado riquezas inmensas, y consideraba como cosa segura que la tierra las guardaba aun; y no es admirar demasado cuando os diga que yo sentia en mí una esperanza, esperanza que tenia muchos caracteres de certidumbre, y era que el pergamino tan casualmente hallado, contenia la indicacion perdida del sitio donde se habia hecho el depósito.

—¿Y cómo procedisteis para descubrirlo?

—Espuse de nuevo la vitela al fuego, despues de haber aumentado el calor, pero nada apareció. Supuse que la capa de mugre que la cubria era la causa de la falta de éxito; y así limpié cuidadosamente el pergamino con agua caliente, lo puse en una cacerola de hoja de lata, con la calavera hacia arriba, y todo junto al calor de brasas bien encendidas. Al cabo de algunos minutos, la cacerola se habia calentado vivamente, y retré la banda de vitela, donde vi con la mayor alegría que estaba mosqueteada en varios sitios de signos que parecian cifras colocadas en líneas. Volví á poner el pergamino en la cacerola, lo dejé todavía otro minuto, y cuando lo estraje estaba en la disposicion que vais á verlo, ni mas ni menos.

Al llegar á este punto, Legrand, despues de poner á calentar la vitela, la sometió á mi exámen.

Presentáronse entonces á mis ojos, de un color encharnado, una combinacion de números para mí incomprendible y rara, trazados groseramente entre la calavera y el cabrito. Signos matemáticos de todas clases, números, estrellas, todo presentaba en la tal combinacion un cálculo, sí, pero un cálculo para mí indescifrable.

—¡Oh, diablo! dije yo, ahí no veo nada de claro. Si todos los tesoros de Gelconda hubieran de ser para mí el premio de la solucion de ese enigma, seguro estaba de quedarme tan pobre como estoy.

—Pues sin embargo, dijo Legrand, la solucion no es tan difícil como á primera vista puede parecer. Esos caracteres, como cualquiera puede figurárselo fácilmente, forman una cifra, es decir, que tienen una significacion. Mas segun lo que nosotros sabemos de Kidd, no nos autoriza para suponerle capaz de formar una muestra de criptografía muy abstrusa ó complicada. Juzgué desde luego que esta era de una especie muy sencilla, tal, en tanto, que á la ruda inteligencia del marino debiese parecer absolutamente insoluble sin tener la clave.

—¿Y vos la habeis resuelto?

—Con la mayor facilidad: he resuelto otras diez mil veces mas complicadas. Las circunstancias y cierta aficion me han conducido á tomar mucho interés en esta clase de enigmas, y es, os lo aseguro, muy dudoso que el ingenio humano pueda llegar á apoderarse despues de una aplicacion suficiente. Así es que una vez que hubé conseguido establecer una serie de caracteres legibles, me digné apenas de pensar en la dificultad de descubrir su significacion.

En el caso actual, y en suma, en todos los casos de escritura secreta, la primera cuestion que se debe resolver es el idioma de la cifra; porque los principios de solucion particularmente cuando se trata de las cifras mas simples, dependen del genio de cada idioma y pueden modificarse en consecuencia.

En general, no hay otro medio que el de ensayar sucesivamente, dirigiéndose segun las probabilidades, todas las lenguas que os sean conocidas hasta llegar á la que hayais encontrado la buena, es decir, la del logogrifo. Mas en la que nos ocupa, toda duda sobre este punto estaba resuelta por la firma. El logogrifo ó ogerográfico sobre la palabra *Kidd*, no es posi-

ble sino en la lengua inglesa. Sin esta circunstancia, yo hubiera empezado mis ensayos por la lengua española y luego por la francesa, como que son los idiomas en que un pirata de los mares españoles habria debido naturalmente encerrar un secreto de esta clase. Mas en el caso actual, creí desde luego, por lo dicho, que el criptograma era inglés.

Reparareis que no hay espacios entre las palabras: si los hubiera habido, la tarea hubiese sido mucho mas sencilla. En ese caso, habria empezado por haber una coleccion y un análisis de las palabras mas cortas, y habria encontrado como es siempre muy probable una palabra de una sola letra *a* ó *y* (*un* ó *yo*), por ejemplo, y habria considerado la solucion como asegurada. Pero como no habia espacios, mi primer deber era entresacar las letras predominantes, así como las que se encuentran menos veces;

Mas la letra que en inglés se repite mas es la *e*; las demás se suceden por el orden siguiente:

a o i, d h n r s t u y c f q b m w b k p q x z E
predomina tan singularmente, que es muy raro encontrar una frase de cierta longitud de que no sea el carácter principal.

Tenemos, pues, para principiar una base de operaciones, que es ya algo mas que una simple conjetura. El uso general que se puede hacer de esta tabla es evidente, pero para esta cifra particular nosotros no nos serviremos sino muy medianamente. Puesto que el signo aquí predominante es ocho, lo tomaremos por la *e* del alfabeto natural. Para verificar esta suposicion, veamos si el ocho se encuentra á menudo duplicado, porque la *e* se duplica muy frecuentemente en inglés, como, por ejemplo, en las palabras *meet, fleet, speed, seen, been, agree*, etc. Mas en el caso presente, podemos ver que no se duplica menos de cinco veces, aunque el criptograma es muy corto.

8, por tanto, representa *e*. Ahora bien, de todas las palabras de la lengua inglesa, *the* es la mas usada; por consecuencia,

conviene ver si encontramos repetidas varias veces la misma combinacion de tres caracteres, siendo 8 el último, y si las encontramos, esas repeticiones representarán muy probablemente *the*. Hecha esa investigación, encontramos esa repeticion nada menos que siete veces, y los caracteres son 48; podemos, por tanto, suponer que, representa *t* y *h* y *e*, encontrándose de este modo confirmado el valor de la última cifra. Hay ya un gran paso dado.

No hemos determinado mas que una palabra; mas esta sola palabra nos permite dejar demostrado un punto mucho mas importante; es decir, los principios y las terminaciones de otras palabras. Veámos, por ejemplo, el penúltimo caso en que se presenta la combinacion 48 casi al fin de la cifra, sabemos que el ; que viene á continuacion es el principio de una palabra, y de los seis signos que siguen á ese *the* no conocemos ya menos de cinco. Reemplacemos, pues, esos signos por las letras correspondientes, dejando un espacio para la desconocida, y tendremos:

t e h

Debemos desde luego eliminar las letras *h* finales como incapaces de formar palabra que principie con *t*, puesto que vemos, ensayando todas las letras del alfabeto para llenar el hueco que es imposible formar una palabra que signifique algo, y así reduciendo los caracteres descubiertos á *t ee*, y recorriendo de nuevo el alfabeto, nos encontramos con que *tree* (árbol) es la única version posible.

De este modo, conoceremos ya otra letra, la *r*, representada por (, mas dos palabras segundas *the tree*, el árbol.

Un poco mas adelante, encontramos la combinacion 48, y nos servimos de ella como terminacion de la que precede inmediatamente lo que nos da la disposicion siguiente:

the tree; 4 + ? 3 4 *the*.

donde substituyendo las letras naturales

por los caracteres que nos son conocidos,

the tree thr + ? 3 *h the*;

y si ahora sustituimos tambien á caracteres desconocidos los puntos correspondientes, tendremos

the tre thr... the,

la palabra *through*, por á través de, se desprende ó presenta espontáneamente, por decirlo así. Este descubrimiento nos da tres letras mas, *o u* y *q*, representadas por

+ ? y 3.

Busquemos ahora en el criptógamo atentamente las combinaciones de los caracteres conocidos, y encontraremos, no lejos del principio, la combinacion siguiente:

83 (88 ó *egree*,

que es evidentemente la terminacion de la palabra *egree* (*escalón, paso, grado*), que nos revela aun otra letra *d*, representada por +.

Cuatro letras mas allá de la palabra *egree*, encontramos la combinacion

; 46 (; 88,

que traduciremos por los caracteres conocidos y representaremos por puntos el desconocido, lo que nos da

th. rtee,

combinacion que nos sugiere inmediatamente la palabra *thirteen* (*trece*), que nos descubre dos letras nuevas, la *i* y la *n*, representadas por 6 y '.

Volvamos ahora al principio del criptógamo, y encontraremos la combinacion

53 + + +

y traduciendo, como hecho anteriormente, obtenemos

good,

lo que nos muestra que la primera letra es una *a*, y que las dos primeras palabras son *a good* (*un buen ó una buena*).

Para evitar en adelante toda confusion, conviene formar una tabla de los descubrimientos hechos, que formará un principio de clave:

5	representa	<i>a</i> .
+	"	<i>d</i> .
8	"	<i>e</i> .
3	"	<i>g</i> .
4	"	<i>h</i> .
6	"	<i>i</i> .
'	"	<i>n</i> .
+	"	<i>o</i> .
("	<i>r</i> .
;	"	<i>t</i> .

Tenemos nada menos que diez letras de las mas importantes, y es útil que sigamos la operacion al través de todos sus detalles, sabiendo, como sabemos, el procedimiento.

Ya os he dicho bastante para convenceros que cifras de esta clase son fáciles de resolver, y para daros una idea del análisis razonado que sirve para descubrir las. Pero tened entendido que la muestra ó ejemplar que tenemos á la vista pertenece á la categoria mas simple de la criptografía. Réstame solo daros la traduccion completa del documento, como si hubiéramos descifrado sucesivamente todos los caracteres. Es como sigue:

A good glass in the bishop's hostel in the debil's seat forty one degrees and thirleen minutes no theast and by north main branch seventh limb east side shoot from the tree trough the shot fifty feet out.

«Un buen cristal en el palacio ó casa del obispo en la silla del diablo cuarenta y un grados y trece minutos nordeste cuarto al norte tronco principal sétima rama lado este tirad del ojo izquierdo de la calavera una línea a plomo del árbol al través la bala cincuenta piés de distancia.»

—Pero el enigma, repuse yo, me parece tan oscuro como antes, porque, ¿cómo

sacar sentido de esa jerga de *silla del diablo, cabeza de muerto, casa del obispo?*

—Convengo, replicó Legrand, que el asunto es medianamente grave, cuando se lo mira así en su conjunto. Mi primer cuidado fué tratar de encontrar en la frase las divisiones naturales que tenia en su mente el que lo escribió.

—¿De puntuarla querreis decir?

—O cosa parecida.

—¿Y cómo diablos lo hicisteis?

—Me figuré que el autor se habia propuesto reunir sus palabras sin division ninguna, pensando hacer de este modo la solucion mas fácil. Mas un hombre que no sea excesivamente sagaz se inclinará casi siempre en tales circunstancias, inclinado á exagerar las medidas. Cuando en el curso de su composicion llega á una interrupcion de sentido que exige naturalmente un punto ó una pausa cualquiera, se encuentra fatalmente obligado á pintar los caracteres mas que de costumbre. Examinad ese manuscrito, y descubriréis fácilmente cinco casos de ese género, donde hay, por decirlo así, acumulacion de caracteres, y guiándome por este indicio, establecí la division siguiente:

A good glass in the bisho'p hostel in the devil's seat forty-one degrees and thirleen minutes—northeast and by north—main branch seventh limb east side—shoot from the left eye of the deat't-head-abeer-line from the tree through the shot fifty feet out.

«Un buen cristal en el Palacio ó casa del Obispo en la silla del diablo --cuarenta y un grados y trece minutos—Nordeste cuarto al Norte—tronco principal sétima rama del lado Este—tirad del ojo izquierdo de la calavera—una línea á plomo del árbol al través la bala cincuenta piés de distancia.»

—A pesar de vuestra division, digo, siempre estoy en la misma oscuridad. Yo mismo me encontré confuso durante unos cuantos dias, replicó Legrand. Durante ellos hice mil averiguaciones en la vecindad de la isla de Sallivan acerca de un

edificio que debió llamarse el Palacio ó casa del Obispo, porque yo no me inquieté por la antigua dicción hostel. No habiendo encontrado indicio acerca de esto, iba ya á estender la esfera de mis investigaciones y á proceder de una manera mas sistemática, cuando una mañana me ocurrió que ese *Palacio del Obispo* podia referirse muy bien á una familia antigua llamada Bessop que de tiempo inmemorial estaba en posesion de un antiguo castillo á cuatro millas próximamente al Norte de la isla. Fui, pues, á la plantacion y empecé mis averiguaciones entre los negros mas ancianos de la localidad. En fin, una negra de las de mas edad me dijo que habia oido hablar de un sitio llamado Bessops Castle, ó Castillo del Obispo, y que se le figuraba que podria enseñármelo, pero que no era ni castillo, ni palacio, ni casa, ni posada, sino simplemente un sitio de rocas.

La ofrecí gratificarla bien por su trabajo, y despues de algunas vacilaciones consintió en acompañarme hasta el sitio mismo.

Llegamos á descubrirlo sin mucho trabajo, la despedí y empecé á examinar la localidad. El castillo era un laberinto de rocas y picos, uno de los cuales era tan notable por su altura como por su aislamiento y su forma casi artificial. Trepé hasta la cima y allí me sentí muy indeciso acerca de lo que habia de hacer despues.

Pensando en ello mis ojos se fijaron en un estrecho resalto que avanzaba como unas diez y ocho pulgadas, y no tenia de ancho mas de un pie; un nicho abierto en el pico justamente por cima de él le daba una remota semejanza á las sillas de respaldo cóncavo, que usaban nuestros antepasados. No dudé que aquella fuese la silla del diablo de que se hacia mencion en el logogrífico, y me pareció que ya tenia en la mano el descubrimiento del misterio.

El buen cristal ya sabia yo que no podia referirse sino á un buen anteojo, porque nuestros marinos emplean raras veces la palabra glass en otro sentido. Comprendí en seguida que habia que servirle

en este caso de un anteojo de larga vista, colocándose en un punto de vista determinado y que no admitiese ninguna variacion. Pero las espresiones *cuarenta grados y trece minutos y Nordeste cuarto al Norte*, no me dejaron duda de que indicaban la direccion en que debia apuntarse el anteojo.

Fuertemente impresionado por estos descubrimientos, me fui apresuradamente á casa, me procuré un anteojo y volví á la roca.

Me dejé escurrir hasta la cornisa y me apercí de que no se podia estar sentado allí mas que en una posicion: este hecho confirmó mi conjetura. Pensé entonces servirme del anteojo y los cuarenta grados y trece minutos allí no podian referirse sino á la altura sobre el horizonte sensible, puesto que la direccion horizontal estaba indicada por las palabras *Nordeste cuarto al Norte*. Establecí esta direccion por medio de una brújula de bolsillo, y en seguida, apuntando tan exactamente como pude por aproximarme á la altura de cuarenta grados trece minutos, hice mover el anteojo de abajo arriba y de arriba abajo hasta que mi atencion se detuvo en una especie de agujero circular ó de claraboya en el follaje de un árbol disforme que dominaba á todos los inmediatos en la estension visible. En el centro de este agujero distinguí un punto blanco que al pronto no pude comprender lo que era. Despues de haber ajustado el foco de mi anteojo, miré de nuevo y me aseguré de que era una calavera.

Despues de este descubrimiento, que me llenó de confianza, consideré el enigma porque la frase *tronco principal, sétima rama lado Este*, no podian referirse sino á la posicion del cráneo en el árbol, y las de *brad una linea á plomo del ojo izquierdo de la calavera*, no admitian tampoco mas que una interpretacion, puesto que se trataba del hallazgo de un tesoro enterrado. Comprendí que habia que dejar caer una bala desde el ojo izquierdo y que una línea vertical partiendo del punto mas próxi-

mo al tronco, pasando al través del punto por donde cayera la bala indicaba el punto preciso donde juzgaba que, por lo menos era posible, estuviese enterrado un depósito precioso.

—Todo esto, dije, es extraordinariamente claro, y á la vez ingenioso, sencillo y esplicito. ¿Y qué hicisteis cuando descubristeis el *asiento del diablo en el Palacio del Obispo*?

Despues de haber reseñado cuidadosamente el árbol, su forma y posicion me volví á casa. Apenas dejé la *silla del diablo* cuando el agujero circular desapareció y por mas vueltas que di ya me fué imposible distinguirlo por ninguna parte. Lo que me parece una muestra insignie de agudeza en todo este negocio es el hecho, (porque he repetido el experimento y me he convencido de que era un hecho), es la abertura circular en cuestion que no es visible sino desde un solo punto, y este punto es la estrecha cornisa del flanco de la roca.

En esta expedicion al Palacio del Obispo, fui seguido por Júpiter, que observaba sin duda hacia algunas semanas mi aire preocupado y ponía un cuidado particular en no dejarme solo. Pero al dia siguiente me levanté muy de madrugada, conseguí sustraerme á su vista y corrí á la montaña en busca de mi árbol. Trabajo me costó encontrarlo, y cuando á la noche volví á mi casa, encontré á mi criado prevenido para darme una paliza. En cuanto al resto de la aventura ya creo que estais suficientemente ilustrado y tan enterado como yo.

—Supongo, dije, que en la primera tentativa errasteis el golpe á consecuencia de la simpleza de Júpiter que dejó caer el escarabajo desde el ojo derecho en vez del izquierdo.

—Justamente. Esta equivocacion producia una diferencia de dos pulgadas y media próximamente, respecto á la bala, es decir, á la posicion del piquete ó estaca respecto al árbol. Si el tesoro hubiera estado enterrado bajo la bala, el error no

hubiese tenido importancia: mas la bala y el punto correspondiente del árbol, eran dos puntos que no servian sino para establecer una línea de direccion, y naturalmente el error, insignificante al principio, iba en progresion con la distancia, y cuando hubimos llegado á una línea de cincuenta pies, ya estábamos completamente desviados. Sin la idea fija, sin la conviccion íntima en que yo estaba de que indispensablemente estaba por allí enterrado el tesoro, nos hubiéramos cansado en vano.

—Pero vuestro énfasis, vuestras maneras solemnes, balanceando el escarabajo, y algunas estravagancias mas, me hicieron creer que estabais loco. ¿Y por qué el empeño de que fuese el escarabajo y no una bala el indicador?

—Para ser franco, os diré que me sentía un poquillo quemado por vuestras sospechas relativas al estado de mi cerebro, y resolví castigaros tranquilamente y á mi manera por un viso de mistificacion. Hé aquí por qué yo balanceaba de aquel modo el escarabajo, y por qué lo preferí á la bala para marcar el punto á plomo que yo buscaba. Una observacion que hicisteis sobre lo extraordinario de su peso me sugirió esta última idea.

—Ahora ya comprendo: solo hay un punto que todavía me preocupa, y es el hallazgo de los esqueletos que hemos encontrado sobre el arcon del tesoro.

—Esa es una cuestion á que no puedo responder con mas datos que vos; pero no encuentro modo verosímil de explicarlo sino uno, y este implica una atrocidad tal que apenas parece creíble. Es claro que Kidd, si es que fué el quien enterró el tesoro, lo que para mí es incuestionable, tuvo que buscar quien le auxiliara en su trabajo. Mas hecho el trabajo, pudo creer conveniente hacer desaparecer á todos los que estaban en su secreto. Dos buenos azadonazos han bastado quizás, mientras que sus ayudantes estaban ocupados en la faena de enterrarlo. Tal vez fueran precisos una docena, pero eso, ¿quién nos lo podria decir?...

AVENTURA SIN IGUAL,

DE UN TAL

HANS PFAALL,

O SEA

UN VIAJE A LA LUNA.

Avec un cœur plein de fantaisies
(delirantes)
Dont je suis le capitaine
Avec un lance de feu et un cheval
(d'air)
A través l'immense je voyage.
CHANSON DE TOM O'BEDLAM.

Segun las últimas noticias de Rotterdam, parece que la ciudad se halla en un estado de estraña efervescencia filosófica. Y no sin motivo, porque han ocurrido sucesos tan completamente fenomenales, tan inesperados, tan absolutamente nuevos y en contradicción con todas las opiniones mas acreditadas, que no vacilo en afirmar que dentro de poco la Europa estará revuelta, toda la física en fermentacion, y la razon y la astronomía andando al rodapelo.

Parece que en el dia... de... (no recuerdo muy bien la fecha) estaba reunida una multitud innumerable en la gran plaza de la Bolsa de la regaloná ciudad de Rotterdam, con un objeto que no se especifica. El dia estaba muy caluroso, para la estacion; apenas corria una brisa, y la muchedumbre no parecia recibir mal el que de rato en rato la rociase alguna ráfaga

pasajera que se desprendia de las grandes masas de nubes blancas, esparcidas acá y allá por la bóveda azul del firmamento.

A cosa del medio dia se manifestó entre la muchedumbre una ligera, pero notable agitacion seguida del murmullo de diez mil lenguas: un momento despues diez mil caras se levantaron hácia el cielo; diez mil pipas cayeron de entre los lábios á las manos, y un grito que no puede compararse sino con el rugido del Niágara, resonó larga, alta y furiosamente al través de toda la ciudad y de los alrededores de Rotterdam.

El origen de este alboroto se hizo muy pronto manifesto: se vió desembocar y entrar en uno de los espacios de la estension azulada, del fondo de uno de esos nubarrones de contornos vigorosamente definidos, á un ser estraño, heterogéneo, de apariencia maciza, de tan estraña configuracion, de organizacion tan fantástica, que la mayor parte de aquellos rotundos ciudadanos que lo miraban desde abajo con la boca abierta, no podia de ningun modo figurarse lo que era ni cansarse de admirarlo.

—¿Qué será eso? Por todos los diablos de Rotterdam, ¿qué será lo que eso presagia? Nadie lo sabia, nadie podia adivinarlo, nadie; ni aun el burgo-maestre Mynhee Superbus Vou Underdack, poseia el mas leve dato que pudiera hacerle venir en conocimiento de lo que aquello podia ser. De modo, que no sabiendo qué hacerse los buenos rotterdaneses, todos, sin exceptuar uno siquiera, volvieron á ponerse la pipa en la boca con un ojo fijo en el estraño fenómeno, y empezaron á fumar: hicieron una pausa, mudaron de posicion de derecha á izquierda, tosieron significativamente y luego cambiaron de nuevo su actitud de izquierda á derecha; tosieron, hicieron una nueva pausa, volvieron á chupar y á echar otra bocanada de humo al aire.

Entre tanto se veia descender constantemente y siempre en direccion de la venturosa ciudad de Rotterdam, al objetode

la gran curiosidad y al causante de aquella inmensa humareda de tabaco. Al cabo de pocos minutos, la cosa se aproximó ya lo suficiente para poderla ver con precision.

Parecía, ó era en efecto, una especie de balon, pero hasta entonces no se habia visto parecido balon ó globo en Rotterdam. Porque quien digo yo, ha oído hablar de un balon todo hecho con periódicos engrasados, Nadie, en Holanda por lo menos, y sin embargo á las narices del pueblo entero, ó mejor dicho, por cima de las narices de todos aparecia la cosa en cuestion, la cosa dicha, hecha con esos mismos materiales, en que nadie habia pensado con tal objeto. Era, pues, un insulto al buen sentido de los ciudadanos de Rotterdam.

La forma del fenómeno era mas reprensible aun: no era mas que una gigantesca caperuza de loco, patas arriba: y esta semejanza, lejos de aminorarse cuando al verle mas de cerca, pudo advertir la muchedumbre una especie de bellota enorme pendiente de la punta, y alrededor del borde superior ó de la base del cono una fila de pequeños instrumentos que se parecian á encerrillas de ovejas que sonaban sin cesar al compas de la cancion de Betty Martip.

Pero lo mas estraño todavía era, que suspendido por cintas azules á la punta de la fantástica máquina se balanceaba á manera de barquilla un inmenso sombrero de castor de alas á la americana, de alas desmedidamente anchas, de capa hemisférica con una cinta negra y una hebilla de plata. Cosa notable; en tanto, muchos ciudadanos de Rotterdam hubieran jurado que conocian ya aquel sombrero, y en verdad, toda aquella gente lo miraba ya con aire casi familiar, mientras que la señora Grettel Pfaal exhalaba al verlo una exclamacion de alegría y de sorpresa, y declaraba espresamente que era el sombrero de su querido esposo.

Pero habia una circunstancia tan o mas importante de notar, y era la de que Pfaall

con tres compañeros, habia desaparecido de Rotterdam hacia unos cinco años de una manera repentina é inesplicable, y hasta el momento en que empieza esta recitacion habian sido inútiles todos los esfuerzos hechos para averiguar su paradero. Es verdad que se habia descubierto recientemente en un sitio apartado de la ciudad al Este algunas osamentas que se habian creido de hombres mezclados á unos escombros de aspecto muy estraño, lo que algunos profanos llegaron á creer que fuese algun horrible asesinato cometido en aquel sitio, y que Hans Pfaal y sus camaradas habrian sido probablemente las víctimas. Pero volvamos á nuestra recitacion.

El globo, porque decididamente lo era, se hallaba ahora á unos cien piés de altura, y dejaba ver distintamente al personaje que lo ocupaba, que era en verdad un personaje muy raro. Apenas tenia dos piés de alto, mas su exigua talla no le hubiese impedido perder el equilibrio ni pasar por cima del borde de su diminuta barquilla, sin la intervencion de un rehorte circular que le llegaba á la altura del pecho, y estaba sujeto á las cuerdas del globo. El cuerpo del hombrecillo era voluminoso, fuera de toda proporcion, y daba al conjunto de su persona una apariencia de rotundidad singularmente absurda. Los piés no podian verse, pero sus manos eran monstruosamente gruesas: sus cabellos grises cogidos atrás, formando coleta; su nariz prodigiosamente larga, aguileña y amoratada; sus ojos muy rasgados, brillantes y vivos; su barba y sus mejillas, aunque arrugadas por la vejez, anchas, mofletudas y casi dobles, á causa de la papada, mas en los lados de la cabeza no se veia nada parecido á orejas.

Este caballero fenomenal venia vestido de un levisac de satin azul celeste y pantalón corrido ajustado y atado á la rodilla por una cinta con hebillas de plata. El chaleco era de un paño amarillo y brillante; un gorro de tafetan blanco lo llevaba caído al lado con cierta coquetería, y

para completar este equipo, rodeaba su cuello un gorbatín encarnado, formándole un lazo superlativo, cuyos puntas caían sobre el pecho con exuberancia pretenciosa.

Al llegar, como he dicho, á cien pies de altura, el pobre vejete se vió atacado repentinamente por un estremecimiento nervioso, y pareció poco cuidadoso de aproximarse mas á tierra. Vertió, pues, una cantidad de arena de un saco de tela que levantó con mucho trabajo, y quedó estacionario por un instante. Empezó entonces á sacar de los bolsillos de su levísac-paletot, de una manera agitada y precipitada una cartera en forma de tafeleta. La movió en la mano, como quien tantea cuidadosamente el peso, y la examinó con aire de estrema sorpresa. En fin, la abrió, sacó una carta enorme cerrada y sellada sobre lacre, cuidadosamente envuelta en hilo del mismo color, y la dejó caer á los pies precisamente del burgo maestro Suerbus Von Underduck.

S. E. se bajó para cogerla, mas el aeronauta, siempre muy inquieto, y no teniendo, á lo que parecia, otra cosa que hacer en Rotterdam, comenzaba á hacer ya precipitadamente sus preparativos de marcha, y como le fuese preciso descargar una porcion de su lastre para elevarse de nuevo, una media docena de saquillos, que soltó uno despues de otro, cayeron uno sobre otro sobre la espalda del burgo maestro, que le hicieron vacilar otras tantas á la vista de toda su ciudad.

No hay que suponer que el gran Underduck haya dejado pasar impunemente esta impertinencia de parte del vejete. Al contrario, se dice que á cada una de las seis volteretas, no soltó menos de seis bocanadas distintas y furiosas de su inseparable pipa, que conservaba en esta ocasión con todas sus fuerzas, y que se proponia conservar con el favor de Dios hasta su último suspiro.

En tanto, el globo ascendia como una pluma, y cerniéndose sobre la ciudad, acabó por desaparecer tranquilamente de

trás de una nube parecida á la de que habia salido de una manera tan particular, perdiéndose de este modo á la vista de los asombrados y buenos ciudadanos de Rotterdam.

La atencion de todos se dirigió entonces hacia la carta, cuya trasmision con los accidentes que la subsiguieron, estuvo á punto de ser tan fatal á la persona y á la dignidad de S. E. Von Underduck. Sin embargo, este funcionario no olvidó, durante sus movimientos giratorios, poner en seguridad el objeto importante, la carta que, segun el sobre, habia caído en poder de su legitimo dueño, puesto que iba dirigida al primero y al profesor Rudabub, en su calidad respectiva de presidente y vicepresidente del colegio astronómico de Rotterdam.

Fué, pues, abierta en el acto por estos dignatarios, y encontraron la comunicacion siguiente muy extraordinaria y á fé mia muy formal:

A SS. EE. Von Underduck y Rudabub, presidente y vicepresidente del colegio nacional astronómico de la ciudad de Rotterdam.

N. V. DE. se acordarán quizás de un humilde artesano, llamado Hans Pfaall, compositor de fueles, que desapareció de Rotterdam hace unos cinco años con otros tres individuos de una manera que ha debido mirarse como inexplicable. Es el mismo Hans Pfaall el autor de esta comunicacion, que espero reciban con bondad.

Es notorio entre la mayor parte de mis conciudadanos, que he ocupado, durante cuatro años, la casita de ladrillos situada en la callejuela de Sauerkraut, donde habitaba al tiempo de mi desaparicion. Mis antepasados vivieron siempre allí, y han ejercido constantemente, como yo, el muy respetable y muy lucrativo oficio de compositores de fueles; porque, entre paréntesis, hasta estos últimos años, en que todas las cabezas de la poblacion han sido volcanizadas por la politica, ninguna industria mas lucrativa podia ejercer un honrado ciudadano de Rotterdam, y nin-

gano en el arte me aventajaba á mí. Tenia crédito la parroquia era infumosa, y no faltaban ni dinero ni buena voluntad.

Pero, como ya lo he indicado, experimentamos bien pronto los efectos de la libertad, de los grandes discursos, del radicalismo y demás drogas de esta especie. Los parroquianos, hasta entonces mas asiduos y mejores pagadores, no tenían ya ni un cuarto de hora de lugar para pensar en nosotros; les bastaba apenas, para estudiar la historia de las revoluciones y para seguir en su marcha, los sucesos y las ideas del siglo.

Si tenían necesidad de un fuelle para encender el fuego, se hacia un aventador con un periódico, y á medida que el gobierno se hacia mas débil, adquiria yo la conviccion de que el cuero y el hierro se hacian mas indestructibles, y pronto no hubo en todo Rotterdam un solo fuelle que tuviese necesidad de ser remendado, re clavado ó emboquillado de nuevo. Era un estado de cosas insoportable, y me vi muy pronto mas pobre que una rata, y como tenia mujer é hijos que mantener, me fué imposible atender ya á mis obligaciones, y pasaba todas las horas del dia y de la noche, reflexionando sobre el modo mas cómodo de librarme del peso de la vida.

Mis pécaros acreedores, en tanto, ni aun tiempo para pensar en esto me dejaban: mi casa estaba materialmente asediada desde la mañana á la noche. Habia entre ellos particularmente tres gánapiros, que me atormentaban hasta lo increíble, haciendo alternativamente centinela á la puerta, y amenazándome siempre con la ley, y me propuse vengarme de ellos de una manera muy amarga, si alguna vez tenia la suerte de cogerlos bajo mi jurisdiccion, y creo que esta esperanza seductora fué la única que me impidió llevar á cabo inmediatamente mi proyectado suicidio, que era saltarme la tapa de los sesos de un trabucazo.

Juzgué despues que era mejor disimular mi desesperacion, y acallarlos con pro-

mosas y buenas palabras, hasta que por un capricho feliz de la fortuna se me presentase la ocasion que buscaba.

Un dia, que pude conseguir sustraerme á ellos y que me sentia mas abatido aun que de costumbre, anduve vagando sin objeto y mucho tiempo por las calles, mas oscuras, hasta que al fin llegué á parar á un puesto de libros viejos. Como encontrase á la mano una silla de brazos para uso de los parroquianos, me senté en ella desesperado y sin saber por qué me ocurrió abrir el primer volumen que me vino á la mano, el cual era un cuaderno de astronomía especulativa, escrito ó bien por el profesor Eucke de Berlin ó por un francés, cuyo nombre se parecia á este. Tenia yo alguna tintura de esta ciencia, y fui bien pronto absorbido por la lectura de éste libro, que repasé dos veces de cabo á rabo, antes de acordarme siquiera de lo que existia, ni mucho menos de lo que pasaba en derredor de mí.

Iba haciéndose ya tarde, y emprendí el camino para mi casa. Mas la lectura de aquel libro, coincidiendo con un descubrimiento neumático que recientemente me habia sido comunicado por un primo de Nantes como un secreto de gran importancia, hizo en mi imaginacion una impresion indeleble, y callejeando siempre ya en la hora del crepúsculo, repasaba minuciosamente en mi memoria los razonamientos extraños, y algunas veces ininteligibles, del autor.

Habia algunos pasajes que me impresionaron extraordinariamente, y cuanto mas reflexionaba sobre ellos, mas intenso se hacia el interés que me habian oscitado. Mi educación científica, en todo muy limitada; mi ignorancia especial, en todo lo relativo á filosofia natural, lejos de inspirarme desconfianza acerca de mi aptitud para comprender lo que habia leído, ó de inducirme á sospechar de las nociones confusas y vagas que habia surgido naturalmente de mi lectura; eran, por el contrario, un estímulo mas y mas incitativo para la imaginacion, y era bastante vano

ó tal vez bastante racional para preguntarme si esas ideas indigestas que surgen en la mente mal coordinadas, no contienen á veces en sí, como aparentan tenerla, toda la fuerza, toda la realidad y todas las demás propiedades inherentes al instinto y á la intuición.

Tarde era ya cuando llegué á mi casa, y me acosté en seguida. Pero mi imaginación estaba demasiado sobrecitada, y mi espíritu demasiado preocupado para poder dormir, y así pasé toda la noche cavilando. Me levanté muy temprano, y volví al puesto del librero, donde empleé el poco dinero que me quedaba en la adquisición de algunos libros de mecánica y de astronomía prácticas. Me los llevé á mi casa como si fueran un tesoro, y consagré á su lectura todos los instantes de ocio que me quedaban. Hice de este modo bastantes progresos en mis nuevos estudios, que me ayudaron á poner en ejecución cierto proyecto que me había sido inspirado no sé si por el diablo ó por mi ángel custodio.

En todo ese tiempo, hice todos los esfuerzos imaginables para conciliar ó acallar á los tres acreedores que me habían causado tantos sinsabores; y por último, conseguí, vendiendo una gran parte de mi moviliario para satisfacer la mitad de sus créditos, que prometiéndoles saldar la diferencia despues de la realización de un proyecto que había concebido, me prestasen sus servicios para plantearlo. Me reced á estos medios y á pocas esplicaciones, porque los cuitados eran muy ignorantes, no me costó mucho hacerlos entrar en mis proyectos.

Así dispuestas las cosas, me dediqué, con auxilio de mi mujer, con las más esquisitas precauciones y el sigilo mas perfecto, á disponer de los pocos bienes que me quedaban y á realizar por pequeños préstamos, y bajo diferentes pretestos, una bastante grande cantidad de dinero, sin cuidarme absolutamente, lo confieso para vergüenza mia, en los medios de devolverlo.

Gracias á este aumento de recursos, me procuré en diversas veces, varias piezas de muy buena batista de doce yardas cada una, cordoncillo, barraz de cautehue, un anchuroso y profundo ceston de mimbreros hecho de encargo, y algunos otros artículos necesarios para la construcción y equipo de un globo de extraordinarias dimensiones. Encargué á mi mujer lo confeccionara con la prontitud posible, dándole las instrucciones necesarias acerca del modo.

Al propio tiempo me dedicaba yo á hacer con el cordoncillo una red, de las dimensiones convenientes; adopté á ella un aró y cuerdas ó hice provision de los instrumentos necesarios y materias propias para hacer esperimentos en las mas altas regiones de la atmósfera.

Una noche trasporté sigilosamente á un sitio retirado de Rotterdam cinco barriles de hierro que contendían cada uno como cincuenta galones, y otro, además, de mucho mayores dimensiones; seis tubos de hoja de lata de unas tres pulgadas de diámetro y cuatro piés de largo, hechos *ex profeso*: una buena cantidad de *cierta sustancia metálica ó semi-metal*, que no nombraré, y una docena de garrafones llenos de un ácido muy comun.

El gas debía resultar de esta combinación, es un gas que nadie ha fabricado hasta ahora mas que yo, ó que por lo menos no se ha empleado hasta ahora con ese objeto.

Todo lo que puedo decir aquí es, que es una de las partes constituyentes del azoe, considerado hasta ahora como irreductible, y cuya densidad es menor que la del hidrógeno casi treinta y siete y media veces; insípido, inodoro y que arde cuando está puro con una llama verdosa, y deletéreo hasta un punto increíble. No tendria inconveniente en comunicar el secreto si no perteneciese, como ya lo he indicado, á un ciudadano de Nantes, por quien me ha sido confiado con esta condicion.

El mismo individuo me ha revelado, sin que tuviese conocimiento de mis pla-

nes, un procedimiento para fabricar globos con cierto tejido animal que hace casi imposible el escape del gas: pero encontre este medio demasiado dispendioso, y me pareció, por otra parte, que la batista con barniz de caoutchoué equivaliese. No hago mención de esta circunstancia, si no porque me parece probable que el individuo en cuestión ha de intentar estos dias una ascension con el nuevo gas y la materia de que ya he hablado, y no quiero privarle del honor de un descubrimiento tan original.

En cada uno de los sitios que debe ocupar uno de los pequeños toneles, abrí secretamente un hoyo, y los seis forman un círculo de 25 piés de diámetro: en el centro de este círculo, que es el lugar destinado para el barril de mayores dimensiones, abrí un agujero mas profundo: en cada uno de los cinco agujeros puse una capa de hoja de lata, llenas con cincuenta libras de pólvora, y en el del centro un barril que contenía ciento cincuenta. Enlaccé unas á otras las cajas y el barril por medio de un reguero cubierto, y habiendo puesto en comunicación con una de las cajas una mecha de cuatro piés de larga, llené el agujero y coloqué la barrica encima, dejando salir la otra punta de la mecha una pulgada fuera de la barrica y de una manera casi invisible: rellené del mismo modo los otros agujeros y coloqué cada barril en el sitio que le estaba designado.

Además de los artículos enumerados trasporté otros á mi depósito general, y los oculté en un aparato perfeccionado de Grim para la condensación del aire atmosférico. Aun descubrí que esta máquina tenia necesidad de singulares modificaciones para poderse adaptar al uso para que yo la necesitaba.

Pero gracias á un trabajo pertinaz y á mi perseverancia obstinada llegué á resultados excelentes en todos mis preparativos. El globo estuvo pronto concluido y su capacidad pasaba de cuarenta mil piés cúbicos, y según mis cálculos, sostenerme con todo el material necesario, y aun go-

bernándole convenientemente ciento setenta y cinco libras de lastre mas del necesario.

Le había dado tres manos de barniz y vi que la batista hacia perfectamente el servicio de la seda, que era no menos sólida y costaba muchísimo menos.

Todo ya preparado, exigí de mi mujer que me jurase guardar secreto acerca de todas mis acciones desde el dia de mi primera visita al puesto de libros viejos, y le prometí, por mi parte, volver tan luego como las circunstancias me lo permitieran. La di el poco dinero que me quedaba y me despedí de ella, no con mucho sentimiento á decir verdad, porque es mujer que puede valerse, por lo que comunmente se llama una señora mujer de ingenio y resolución, que podia y puede pasar sin mis auxilios. Y aun he llegado á figurarme, para no callar nada, que me había mirado siempre como un holgazan sin gracia, un simple completamente de canga, un rípio, un buen hombre lleno de ilusiones y nada mas, y que no veía ahora con desagrado el deshacerse de mí. Era de noche ya cuando me despedí de ella, y llevando conmigo á manera de ayudantes de campo á mis tres acreedores que me habían dado tan malos ratos, llevamos el globo con la barquilla y demás accesorios, por un camino escusado al sitio donde tenia depositados todos los demás objetos. Los encontramos allí intactos, y me puse inmediatamente á la tarea.

Estábamos en 1.º de abril: la noche era oscura, no se veía ni siquiera una estrella, y una llovizna espesa que caía por intervalos, nos incomodaba mucho. Pero mi mayor inquietud era el globo que, á pesar del barniz que lo defendía, empezaba á hacerse pesado con la humedad: la pólvora podia averiarse tambien. Hice trabajar rápidamente á mis tres gazuapiros: les hice amontonar hielo en torno de la barrica central y agitar el ácido en las otras. En tanto no cesaban de importunarme con preguntas para saber lo que quería hacer con todo aquel atalaje, y manifestaban un

vivo descontento por la pena que los condenaba.

—«No comprendamos, decían lo que puede resultar de bueno de hacernos mojar así hasta los huesos, para hacernos cómplices de tan abominable encantamiento. Comenzaba yo á temer, y procuraba adelantar la obra todo lo que podía, porque en verdad aquellos idiotas se habían figurado que había hecho un pacto con el diablo, y que en todo lo que yo había de hacer algo capaz de infundir recelo.»

Tenia, pues, mis tentáculos que me plantarán en aquel momento crítico; y me esforcé por apaciguarlos, prometiéndoles pagar hasta el último sueldo en cuanto hubieran concluido la obra. Naturalmente, ellos interpretaron mis palabras á medida de su gusto; imaginándose, sin duda, que de todos modos iba yo á hacerme dueño de una inmensa cantidad de dinero contante; y á condición de que les pagase su deuda, y además un buen rédito ó gratificación en consideración á sus servicios; me atrevo á afirmar que se inquietaban muy poco por lo que pudiera suceder de malo á mi alma ó á mi pellejo.

Al cabo de cuatro horas y media el globo me pareció suficientemente henchido: suspendí de él la barquilla, metí en ella todos los útiles y provisiones, un telescopio, un barómetro con algunas modificaciones importantes, un termómetro, un electrómetro, un compás, una brújula, un reloj de segundos, una campana, una bocina, etc., y por fin un globo de cristal, en que había hecho el vacío y herméticamente cerrado, sin olvidar el aparato condensador, cal viva, una gran barra de lacre, una abundante provision de agua y comestible, principalmente *pemmican*, que contiene una gran cantidad de sustancia plástica nutritiva en poco volumen, y por fin, un par de palomas y una gata.

Iba ya á amanecer, y creí que era tiempo de efectuar mi proyecto; dejé, pues, caer, como por descuido, un cigarró encendido, y bajándome para recogerlo, encendí, como quien no hace nada, la mecha,

cuya punta, como queda dicho, sobresalía un poco del borde inferior de uno de los toneles pequeños.

Hice esta manobra sin que se apercibiesen absolutamente de ello mis tres verdugos; salté á la navicilla, corté inmediatamente la única cuerda que me sujetaba á la tierra y me apercibí con mucha satisfacción de que me elevaba con increíble rapidez.

El globo llevaba con mucho desahogo sesenta y seis libras de lastre de plomo, y hubiera podido llevar otro tanto. Al partir de la tierra, el barómetro marcaba treinta pulgadas, y el termómetro 19 grados del centígrado.

En esto apenas había subido unas cincuenta varas, cuando sentí levantarse á mi alrededor un ruido y mugido espantosos de una densísima de fuego, tierra, rocas y metal inflamados, y envueltos en ella miembros humanos hechos pedazos; lo que me causó tan horroroso espanto, que me tendí en el fondo de la barquilla temblando de terror.

Comprendí entonces que había cargado bárbaramente la mina y que tenía que sufrir aun las consecuencias principales del sacudimiento.

En efecto, en menos de un segundo sentí refluir toda la sangre de mi cuerpo á las sienes, é inmediata é inopinadamente estalló en los aires una explosión al través de las tinieblas, que pareció desgarrar el firmamento. Jamás podré olvidar esta sensación.

Cuando mas tarde pude reflexionar acerca de ello, no dejé de atribuir la violencia de la explosión, respecto á mí, á su verdadera causa, es decir, á mi posición directamente por cima de la mina, y en la línea de su mayor actividad. Mas en aquel momento no pensaba mas que en salvar mi vida.

Al pronto el globo se aplastó, luego se dilató furiosamente, y empezó á dar volteretas con una velocidad vertiginosa; y finalmente, vacilante y cabeceando como un hombre ebrio, me despidió en una sacudi-

da por cima del borde de la barquilla, y me dejó enganchado á una espantosa altura cabeza abajo á un cabo de cuerda muy delgado de unos tres pies de largo, que pendía del fondo del cesto de mimbres, y en el cual, al caer, se me quedó enganchado providencialmente el pié izquierdo. Es imposible, absolutamente imposible formarse una idea cabal del horror de mi situación. Abría convulsivamente la boca para respirar: un escalofrío mortal, parecido al de un acceso de fiebre recorrió todo mi cuerpo, sentía saltarse los ojos del cráneo, me sobrevinieron náuseas horribles, me desmayé y perdí completamente el sentido.

No puedo decir cuánto tiempo estaría en tan angustiada situación; pero indudablemente estuve bastante tiempo, porque cuando recobré en parte el uso de mis sentidos ví ya apuntar el alba; el globo se hallaba á una prodigiosa altura sobre la inmensidad del Océano, y en los límites de este vasto horizonte, tan allá como podía alcanzar mi vista no apercibía señal de tierra. En tanto, mis sensaciones, cuando volví en mí, no eran tan extraordinariamente dolorosas como hubiera debido esperarlas: en realidad había mucho de locura en la contemplación placida con que examiné al pronto mi situación. Me miré las manos, una despues de otra, y me pregunté con asombro, qué accidente podía haber hinchado mis venas y ennegrecido tan horriblemente mis uñas; examiné luego cuidadosamente mi cabeza, la moví á uno y otro lado, adelante y atrás, y la toqué por todas partes con atención minuciosa, hasta que me hubo asegurado realmente de que no era, como me lo había figurado, en un estado de alucinación horrible, mucho mas grande que el globo. Luego, con el hábito del hombre, que sabe donde tiene los bolsillos, tenté los de uno y otro lado del pantalón, y al advertir que había perdido mi cartera ó libro de apuntes, y el alfilerero de mondadientes, me esforcé por darme cuenta de su desaparición, y no pudiendo conseguirlo, es-

perimenté por ello un indecible pesar. Me pareció entonces que experimentaba un vivo dolor en el tobillo del pié izquierdo, y una oscura conciencia de mi situación empezó á apuntar entonces en mi entendimiento.

Pero, ¡cosa admirable! no experimenté ni asombro ni horror; si es que experimenté alguna emoción, fué una especie de satisfacción ó de desahogo al considerar la destreza que me fuera preciso desplegar para salir de aquella singular alternativa, y no tuve ni un momento de duda acerca de mi salvación definitiva. Durante algunos minutos, permanecí absorto en la meditación mas profunda.

Me acuerdo perfectamente de que muy á menudo he apretado mis labios, que he llevado muchas otras el índice á las ventanillas de la nariz, y de que he hecho los gestos y tomado las actitudes propias de los que, repantigados cómodamente en una butaca, meditan sobre materias embrolladas ó importantes.

Cuando creí haber recogido suficientemente mis ideas, llevé con la mayor precaución y la mas perfecta deliberación las manos á la espalda, y desaté la gruesa hebilla de hierro que terminaba el ajustador del pantalón. Esta hebilla tenía tres dientes, que por estar algo oxidados, giraban trabajosamente sobre sus ejes; con mucha paciencia conseguí ponerlos formando ángulo recto con la armadura de la hebilla, y ví con alegría que se sostenían en esta posición. Cogiendo con los dientes esta especie de instrumento, me dediqué á desatar el nudo de la corbata, en cuya manobra me ví obligado á descansar mas de una vez, pero al fin lo conseguí: sujeté la hebilla á una de las puntas de la corbata, y para mas seguridad, anudé la otra punta á la muñeca. Levantando entonces mi cuerpo por un esfuerzo prodigioso, conseguí á la primer tentativa echar la hebilla por cima de los bordes de la barquilla y engancharla, como era mi intento, en el reborde circular de mimbres.

Mi cuerpo formaba entonces con las

paredes de la barquilla un ángulo de cuarenta y cinco grados próximamente; pero no hay que figurarse que estuviese cuarenta y cinco grados por bajo de la perpendicular; lejos de eso, yo estaba á la sazón en un plano casi paralelo al horizonte, porque la nueva posición que había conquistado, había tenido por efecto inclinar otro tanto el fondo de la barquilla, y por consecuencia, mi posición era de las más peligrosas.

Pero supóngase que al caer de la barquilla, hubiera quedado con la cara vuelta hacia el globo, y no al lado opuesto como había sucedido, ó en segundo lugar, que la cuerda de donde había quedado suspendido, en vez de pasar por un agujero del fondo, hubiese pendido del borde superior; en ambos casos, me hubiera sido imposible verificar el milagro que acababa de hacer, y estas y otras revelaciones hubieran sido perdidas para la posteridad. Tenia, pues, mil razones para bendecir la casualidad. Pero, en suma, yo me había de tal manera sobrecogido, que me sentí incapaz de hacer nada, y quedé suspendido en la nueva posición mas de un cuarto de hora, sin intentar otro esfuerzo, perdido en una calma que yo mismo no comprendo, y en un estado de beatitud ó de bienestar parecido al idiotismo. Mas esta disposición de mi ser se desvaneció muy luego, y dejó lugar á un sentimiento de honor, de espanto, de absoluta desesperación, y de destrucción.

En efecto, la sangre tanto tiempo acumulada en los vasos de la garganta y del cerebro, y que había creado hasta entonces un delirio saludable, cuya acción suplía á la energía, comenzaba ahora á refluxir y á recobrar su nivel, y el despejo que me proporcionaba aumentando el conocimiento del peligro, no servía sino para quitarme la sangre fría y el valor necesarios para arrostrarlos.

Dichosamente para mí, este abatimiento no fué de larga duración. La energía de la desesperación volvió oportunamente, y con gritos y esfuerzos frenéticos, me lancé

convulsivamente una y otra vez con un sacudimiento general, hasta que al fin asíndome del borde deseado con garras mas apretadas que un nesorte, énsertijé mi cuerpo y caí de cabeza jadeante y exánime en el fondo de la barquilla.

Solo despues de algun tiempo fué cuando pude hacerme cargo del estado del globo, que al fin ví no había sufrido averría, despues de un atento exámen: Todos los instrumentos estaban sanos y salvos, y afortunadamente, no había perdido ni lastre ni provisiones. Es verdad que lo había sujetado todo con tanto cuidado, que tal accidente parecia de todo punto improbable. Miré el reló entonces, y ví que eran las seis.

Continuaba subiendo rápidamente, y el barómetro me indicaba en aquel momento una altura perpendicular de tres millas y tres cuartos. Justamente aparecía por bajo de mí en el Océano un objeto negro, de forma ligeramente oblonga, de la dimension de una caja de dominó, y que se parecia mucho, bajo otros conceptos, á uno de esos juguetes. Le aseté el antejo, y ví que era un navío inglés de noventa y cuatro cañones, paseándose perezosamente en la mar, en la dirección casi del viento, y con dirección al Oeste-sudoeste.

A escepción de este navío, yo no ví sino mar y cielo, y el sol que se había levantado hacia mucho tiempo.

Hora es ya, en verdad, de que explique á V. E. el objeto de mi viaje. Ya he indicado cuán deplorable era mi situación en Rotterdam, y que á fuerza de mala, me había conducido á no pensar mas que en el suicidio. No es porque yo, en verdad, estuviese cansado de la existencia, sino porque estaba agobiado á mas no poder por las miserias accidentales de mi posición.

En tal disposición de ánimo, y deseando siempre vivir, no obstante estar aburrido y cansado de la vida, el tratado de astronomía que leí en el puesto de libros, apoyado por el oportuno descubrimiento de mi primo de Nantés, sugirió un recurso

á mi imaginación y me hizo tomar un partido decisivo. Resolví marchar, pero vivir; dejar el mundo, pero continuar mi existencia; en una palabra, para no andar con misterios, me decidí, sin cuidarme de nada mas, á buscar si podia un camino para la luna.

Ahora, para que no se me tenga por mas loco que lo que soy, voy á esponer al pormenor, y en la mejor forma que me sea posible, las consideraciones que me indujeron á creer que una empresa de esta clase, aunque muy difícil y peligrosa, no estaba absolutamente fuera de lugar.

Lo primero que para ello hay que tener en consideracion es la distancia positiva que separa la luna de la tierra. Según los cálculos mas exactos, la distancia media ó aproximativa de los centros de estos dos cuerpos es cincuenta y nueve veces mas una fracción, el rayo ecuatorial de la tierra ó sean unas 237,000 millas. Digo la distancia medio aproximativa; pero es fácil concebir que siendo la forma de la órbita lunar una elipse, cuya escentricidad no baja de 0,03484 de su semigrande eje, y ocupando el centro de la tierra el foco de esta elipse, si podia conseguir por cualquiera medio encontrar la luna en su perigeo, la distancia antes computada resultaria muy considerablemente disminuida.

Mas dejando á un lado esta hipótesis, era positivo que en todo caso tenia que deducir de las 237 000 millas, el radio de la tierra, es decir, 4.000, y el de la luna es decir 1.080, que en todo hacen 5.080, y por tanto, que no me quedarían que salvar sino 231,920 millas. Este espacio, pensaba yo que no era verdaderamente extraordinario. Se hacen muchas veces en la tierra viajes de una ligereza de 60 millas por hora, y en realidad hay motivo para creer que se llegará á obtener mayor velocidad. Pero contentándose con la ligereza de que hablaba, no necesitaría mas de 101 días para llegar á la superficie de la luna.

Habia numerosas circunstancias que me

inducian á creer que la ligereza aproximativa de mi viaje excederia mucho de la de 60 millas por hora, y como estas consideraciones produjeron en mí una impresión profunda, las explicaré mas entusiasmamente luego.

El segundo punto que examinar, era de otra importancia muy superior. Según las indicaciones suministradas por el barómetro, sabemos que cuando se eleva sobre la superficie de la tierra 1.000 piés se deja por bajo de sí una trigésima parte de la masa de la atmósfera; que á 10.000 piés llegamos casi á la tercera parte, y que á 18.000, que es casi la altura del Cotopari, hemos superado la mitad de la masa fluida, ó en todo caso, la mitad de la parte ponderable del aire que envuelve nuestro globo. Se ha calculado tambien que á una altura que no llegó á la centésima del diámetro terrestre, es decir, á 80 millas, la rarefaccion debe ser tal, que no puede sostenerse de ningun modo la vida animal, y además que los medios mas sutiles que tenemos para reconocer la presencia de la atmósfera á aquella altura eran completamente insuficientes. Pero yo no acé de observar que estos últimos cálculos estaban basados únicamente en nuestro conocimiento experimental de las propiedades del aire y de las leyes mecánicas que rigen su dilatacion y compresion, en lo que se puede llamar, comparativamente hablando, la proximidad inmediata de la tierra. Y al mismo tiempo, se mira como cosa positiva que á una distancia cualquiera dada, pero inaccesible, de su superficie, la vida animal es y debe ser esencialmente incapaz de modificacion.

Por tanto, todo razonamiento de este género, y fundado en tales datos, debe ser puramente analógico. La mayor altura á que el hombre haya llegado jamás es la de 25.000 piés, habla de la expedición extraordinaria de MM. Gaylussac y Biot, la cual es una cosa bastante mediana, aun cuando se la compare con las 80 millas en cuestion, y no podia nadie quitarme de la cabeza que la cuestión dejaba un lugar á

la duda y una gran latitud á las conge-
turas.

Mas de hecho, suponiendo una ascen-
sion verificada á una altura dada, cualquie-
ra la cantidad de aire ponderable atrave-
sada en todo período ulterior de la ascen-
sion no está en proporcion con la altura
adicional adquirida, como se comprende
por lo dicho anteriormente, si no en una
proporcion constantemente decreciente. Es
evidente, pues, que elevándonos tan alto
como sea posible, no podemos llegar, lite-
ralmente hablando, á un límite, del lado de
allá del cual la atmósfera deje absoluta-
mente de existir. *Debe existir, deducia yo,*
por mas que pueda existir en un estado de
rarefaccion infinita.

Por otra parte, sabia yo que los argu-
mentos no bastan para probar que existe un
límite real y determinado de la atmósfera,
del lado de allá del cual no hay ya aire ab-
solutamente respirable. Pero se ha omitido
una circunstancia por los que opinan para
este límite, que pareció, no una refutación
perentoria de su doctrina, sino un punto
digno de una série de investigacion. Com-
paremos los intervalos entre las vueltas
sucesivas del cometa de Euche á su peribe-
llo, teniendo en cuenta todas las pertur-
baciones debidas á la atraccion planetaria,
y veremos que los períodos disminuyen
gradualmente, es decir, que el grande eje
de la elipse del cometa va siempre acer-
tándose en una proporcion lenta, pero
perfectamente regular. Pero es precisamen-
te el caso que debe tener lugar, si suponé-
mos que el cometa sufre una resistencia
por el hecho de un medio *ethereo excesiva-
mente raro*, que penetra la region de su
órbita. Porque es evidente que tal medio
debe, retardando la ligereza del cometa,
acrecentar su fuerza centrípeta y debilitar
su fuerza centrífuga. En otros términos, la
atraccion del sol se haria mas y mas pode-
rosa, y el cometa se acercaria mas á él en
cada revolucion. Me parece que no hay
otro modo de explicar la variacion de que
se trata.

Por lo he aquí otro hecho; se observa

que el diámetro real de la parte nebulosa
de ese mismo cometa se contrae rápi-
damente á medida que se acerca al sol, y
que se dilata con la misma rapidez cuando
vuelve á partir para su aphélio. Por ven-
tura, ¿yo tenia yo alguna razon para su-
poner con M. Vals que esta aparente con-
densacion de volumen procede de la com-
presion de ese medio *ethéreo* de que ha-
blaba antes, y cuya densidad está en pro-
porcion de la proximidad del sol?

El fenómeno que afecta la forma lenti-
cular y se llama la luz zodiacal, era tam-
bien un punto digno de atencion. Esa luz
tan visible bajo los trópicos, y que es im-
posible confundir con una luz mateórica
cualquiera, se eleva oblicuamente del ho-
rizonte y sigue generalmente la línea del
ecuador del sol. Me parecia evidentemente
proceder de una atmósfera rara que se es-
tenderia desde el sol hasta mas allá de la
órbita de Venus al menos, y que á mi pa-
recer se eleva indefinidamente mas.

No podia suponer que este medio fuese
limitado por la línea que recorre el come-
ta ó que estuviese circunscrita á la inme-
diacion del sol. Era tan simple, por el
contrario, imaginar que invadia todas las
regiones del sistema planetario condensa-
do en torno de los planetas, en lo que nos-
otros llamamos atmósfera, y quizá modi-
ficado en algunos por circunstancias pura-
mente geológicas; es decir, variado en sus
condiciones ó naturaleza esencial por las
materias volatilizadas que emanan de sus
globos respectivos.

Habiendo tomado la cuestion bajo este
punto de vista, yo no tenia ya que titubear.
Suponiendo que en mi pasaje encontrase
una atmósfera esencialmente parecida á la
que envuelve la superficie de la tierra, re-
flexioné, que por medio del ingeniosísimo
aparato de Grimm podria condensarlo en
cantidad suficiente para las necesidades de
la respiracion.

Hé aquí lo que superaba la mayor di-
ficultad para hacer un viaje á la luna.
Habia, pues, gastado algun dinero y mu-
cho trabajo para adaptar el aparato al ob-

jeto que me proponia y confiaba absoluta-
mente en su aplicacion á condicion de que
pudiese hacer el viaje en un tiempo sufi-
cientemente corto, lo cual me trae á la
cuestion de la ligereza.

Todo el mundo sabe que los globos, en
el primer período de su ascension, se ele-
van con una velocidad comparativamente
moderada. Pero la fuerza de ascension
consiste únicamente en la pesadez del aire
ambiente, respecto al gas de que está lle-
no el balon, y á primera vista no parece
del todo probable, ni aun verosímil, que el
balon, á medida que gana en elevacion y
llega sucesivamente á capas atmosféricas
de una densidad decreciente, puede ganar
en ligereza y acelerar su velocidad primi-
tiva.

Por otra parte, yo no recordaba que
una relacion cualquiera de un experimento
anterior, se hubiese consignado una dismi-
nucion aparente en la ligereza absoluta de
la ascension, aunque tal hubiera podido
suceder, por causa del escape del gas al
través de un aparato mal construido, y ge-
neralmente poco ó mal barnizado ó por
otra causa cualquiera. Parecíame, pues,
que el efecto de este desperdicio podia
solo contrabalancear la aceleracion adqui-
rida por el balon á medida que se alejaba
del centro de atraccion. Pero yo consideré
que con tal que en mi travesía encontrase
el *medio* que me habia imaginado, y á
condicion de que fuese de la misma esen-
cia que lo que nosotros llamamos aire at-
mosférico, importaba relativamente bas-
tante poco que le encontrase en tal ó cual
grado de rarefaccion, es decir, relativa-
mente á mi fuerza ascensional; porque no
solamente el gas del balon estaria sometido
á la misma rarefaccion, y en este caso
no tenia que hacer sino soltar una canti-
dad proporcional de gas suficiente para
prevenir una explosion, sino por la natu-
raleza de sus partes integrantes, debia, en
todo caso, ser específicamente mas ligero
que un compuesto cualquiera de puro oxí-
geno y azoe.

Habia, pues, una probabilidad, y aun,

en suma, una gran probabilidad *para que*
en ningun período de mi ascension llegase á
un punto en que los diferentes pesos reuni-
dos de mi inmenso globo, del gas inconce-
biblemente raro que contenia, de la bar-
quilla y de su contenido, pudiesen igua-
lar á la pesadez de la masa de la atmósfe-
ra ambiente desalojada por él; y se con-
cibe fácilmente que era esa la única con-
dicion que pudiera detener mi fuga ascen-
sional. Pero si alguna vez alcanzaba este
punto imaginario, me quedaba la fa-
cultad de usar de mi lastre y otros pe-
ses que ascendian casi á un total de 300
libras.

Al propio tiempo, la fuerza centrípeta
debía de crecer siempre en razon del cua-
drado de las distancias, y así yo debía, con
una velocidad prodigiosamente acelerada,
llegar á la larga á esas regiones lejanas,
donde la fuerza de atraccion de la luna
fuera sustituida á la de la tierra.

Habia otra dificultad que no dejaba de
causarme alguna inquietud. Se ha obser-
vado que en las ascensiones llevadas á una
altura considerable, además de las dificul-
tades de la respiracion, se experimenta en
la cabeza y en el cuerpo un inmenso ma-
lestar, acompañado á veces de epístasis ó
flujos de sangre por la nariz y otros sínto-
mas tal cual alarmantes, y que se hacen
mas y mas insoportables, á medida que se
asciende. Era esa una consideracion me-
dianamente espantosa é imponente (1). ¿No
era probable que estas molestias fuesen
aumentando en intensidad hasta ocasionar
la muerte? Despues de una reflexion dete-
nida, concluí que no. Habia que buscar la
causa en la desaparicion sucesiva de pre-
sion atmosférica á que está acostumbrado
nuestro cuerpo, y en la dilatacion inevita-

(1) Despues de la primera publicacion
de Hans Pauli, que Mr. Green, el célebre
aeronauta del balon *Nassau* y otros experi-
mentadores niegan en este punto las aser-
ciones de Mr. Humbolt, y hablan, por el
contrario, de una incomodidad siempre de-
creciente, lo que conviene precisamente con
la teoria presentada aqui.—E. A. P.

aparecido. No juzgué conveniente al pronto ponerme en pié, pero habiéndome vendido el brazo lo mejor que fué posible, quedé inmóvil por espacio como de un cuarto de hora. Al cabo de este tiempo me puse en pié y me sentí mas libre, mas despejado y exento de toda especie de malestar del que habia experimentado hacia cinco cuartos de hora.

La dificultad de respirar no habia disminuido gran cosa, y supuse que muy pronto necesitaria hacer uso del condensador.

Al mismo tiempo reparé en la gata que se habia reinstalado muy tranquilamente en el capote, y con no poca sorpresa reparé que habia parido cinco gatitos. No esperaba á fé este refuerzo de pasajeros; pero, en suma, el efecto que me produjo la ocurrencia fué de placer, y además me proporcionaba la ocasion de verificar una conjetura que mas que otra alguna me habia decidido á verificar la ascension. Me habia figurado que el hábito de la presion atmosférica en la superficie de la tierra, era en gran parte la causa de los dolores que atacaban á la vida animal á alguna altura por cima de esa superficie. Si los recién nacidos experimentaban malestar como su madre al poco mas ó menos, podia suponer mi teoría como falsa, mas en el caso contrario podia considerarlo como una excelente confirmacion de mi idea.

A las ocho habia alcanzado una elevacion de diez y siete millas, por lo que me pareció evidente que mi ligereza ascensional no solo habia aumentado, si no que este aumento hubiese sido ligeramente sensible aun en el caso de no haber tirado lastre, como lo habia hecho. Los dolores de cabeza y de oídos se reproducian por intervalos con violencia, y de tiempo en tiempo sobrevenia el flujo de sangre por la nariz; pero en suma, padecía menos de lo que me habia figurado, aunque la respiracion se hacia mas difícil de momento en momento, y cada inhalacion iba seguida de un movimiento espasmódico del pecho terriblemente fatigoso. Desplegué enton-

ces el aparato condensador y le dispuse en actitud de empezar á funcionar en seguida.

El aspecto de la tierra en aquel periodo de mi ascension, era magnífico, grandioso. Al Oeste, al Norte, al Sur, tanto como alcanzaba mi vista se extendia una sábana sin fin de mar en apariencia inmóvil, que de segundo en segundo tomaba un tinte mas oscuro. Hasta una gran distancia al Oriente se prolongaban muy distintamente las islas británicas, las costas occidentales de Francia y de España, así como una parte del Continente africano. Era imposible distinguir vestigio de edificios particulares, y las mas orgullosas ciudades de la humanidad habian desaparecido absolutamente de la superficie de la tierra.

Me admiró muy particularmente el aspecto general de lo que veia á mis piés, la concavidad aparente de la superficie del globo.

Esperaba, muy neciamente por cierto, ver su convexidad real mas y mas distintamente cuanto mas me elevára; pero algunos segundos de reflexion me bastaron para explicarme esta contradiccion. Una línea perpendicular tirada desde el punto en que me encontraba habria formado la perpendicular de un triángulo rectángulo, cuya base habria extendido desde el ángulo recto al horizonte, y la hipotenusa del horizonte al punto ocupado por mí. Mas la elevacion á que yo me encontraba era nulo vel cuasi, comparada con la estension que abrazaba mi vista; en otros términos, la base y la hipotenusa del triángulo supuesto eran tan largas comparadas con la perpendicular, que podian considerarse casi como dos líneas paralelas. De este modo el horizonte del aereonauta lo aparece siempre al nivel de su barquilla; y como el punto situado bajo de él le parece y está en efecto, á una inmensa distancia, naturalmente le parece á él también á una inmensa distancia por bajo del horizonte. De ahí la impresion de la concavidad, cuya impresion durará hasta que la elevacion se encuentre respecto á la estension de la

perspectiva en una proporcion tal, que el paralelismo aparente de la base y de la hipotenusa desaparezca.

Como los pichones daban señales de padecer horriblemente, les di libertad. Desaté primeramente uno, hermoso palomo gris, pintado, y lo coloqué en el borde de la barquilla; daba señales de encontrarse muy á disgusto, miraba ansiosamente en torno de sí, batía sus alas y hacia oír un arrullo muy acentuado, pero no podia decidirse á lanzarse en los aires. Al fin lo cogí yo y lo arrojé á unas seis varas del globo, y lejos de descender, como yo me lo figuraba, hizo esfuerzos vehementes por volver á la barquilla, lanzando al mismo tiempo gritos muy agudos y penetrantes. Al fin consiguió conquistar su anterior posicion, mas apenas se hubo posado, cuando torció su cabeza y cayó muerto en el fondo de la barquilla. El otro no tuvo una suerte tan deplorable, pues para impedirle seguir el ejemplo de su camarada y dar la vuelta á la barquilla, le precipité con fuerza hácia la tierra y ví con placer que continuaba bajando con gran velocidad y haciendo uso de sus alas con gran soltura y naturalidad. A muy poco le perdí de vista y no dudo que llegara felizmente á su puesto. En cuanto á la gata, que parecia en gran parte repuesta de su crisis, se regalaba muy á su gusto con el palomo muerto, y acabó por dormirse con todas las apariencias de estar muy contenta, los gatitos estaban muy vivaces y sin señal alguna de malcstar.

No pudiendo respirar ya sin dolor insufrible, comencé á las ocho y cuarto á ajustar en torno de la barquilla el aparato complementario del condensador. Este aparato requiere algunas explicaciones: VV. EE. recordarán que mi objeto, en primer lugar, era encerrarme completamente dentro de la barquilla y aislarme de la atmósfera singularmente rarificada, en que me veia, y en segundo introducir por medio de mi condensador una cantidad de esa atmósfera suficientemente condensada para las necesidades de la respiracion.

Con este objeto habia preparado un anchuroso saco de caoutchouc, muy flexible, muy sólido, absolutamente impérmable; la barquilla entera se encontraba de este modo metida casi en ese saco, cuyas dimensiones han sido calculadas con ese fin, es decir, que pasaba por bajo del fondo de la barquilla, abrazaba todo su contorno, se extendia por la parte superior y subia á lo largo de las cuerdas hasta el cerco ó aro donde venian á terminar los cables de la red. En esta forma iba desplegado el saco, y cerrado herméticamente por todos lados, habia que sujetar ahora la abertura del saco, haciéndolo pasar el tejido de caoutchouc por cima del aro, en otros términos, entre el aro y las cuerdas.

Pero si desprendia del aro los cables de la red, ¿cómo podia sostenerse la barquilla? Por fortuna la red no estaba sujeta al aro de una manera permanente, sino cogido por una serie de bridas móviles ó de nudos corredizos. Deshice, pues, algunas de estas lazadas, dejando la barquilla suspendida de las restantes, y habiendo hecho pasar lo que pude de la parte superior del saco, volví á cojer las bridas sueltas, no al aro, porque la interposicion del saco me lo impedia, sino á una serie de grandes botones pegados al saco mismo á unos tres piés por bajo de la abertura misma, correspondientes al número y distancia de las bridas. Esto hecho desenlacé otras cuantas bridas, introduje una nueva porcion de la envoltura, y los tirantes desenlazados fueron á su vez sujetos á los botones respectivos, y de este modo conseguí al fin hacer pasar toda la parte superior del saco entre la red y el aro.

Es evidente que el aro debia caer entonces en la barquilla, no estando ya sujeto sino por la fuerza de los botones. A poca era vista parecia que este sistema no podia ofrecer garantía suficiente de seguridad; pero no habia razon suficiente para desconfiar, porque no solamente los botones eran bastante sólidos, sino que además estaban tan contiguos que cada uno

espíritu, solo al considerar que fuesen posibles.

Sin embargo, no podía permitir á mi imaginación fijarse demasiado tiempo en estas suposiciones, y me imaginaba juiciosamente que los peligros reales y palpables de mi viaje bastaban y sobaban para absorber toda mi atención.

A las cinco de la tarde, estando ocupado en renovar el aire de la cámara, tuve ocasión de observar á la gata y á sus hijuelos al través de la válvula. La gata parecía sufrir mucho, y no creí que su malestar procediese exclusivamente de la dificultad de respirar, y mis observaciones, respecto á los gatitos, habian tenido un resultado de los más extraños. Naturalmente esperaba yo verlos experimentar una sensación de malestar, aunque en menor escala que su madre, y esto habiera bastado para confirmar mi opinión relativa al hábito de la presión atmosférica. Pero no esperaba encontrarlos después de un examen escrupuloso, gozando de la más perfecta salud, sin revelar el menor síntoma de malestar.

No podía explicarme esto sino ampliando mi teoría y suponiendo que la atmósfera ambiente extraordinariamente rarefada, podía muy bien no ser químicamente insuficiente para las funciones vitales, y que una persona nacida en tal medio podría tal vez no experimentar incomodidad alguna para respirar, mientras que traída á las capas más densas contiguas á la superficie de la tierra, habia de experimentar dolores análogos, á los que ya habia experimentado viniendo desde las más densas á las más rarefadas. Ha sido para mí desde entonces ocasión de grande pesar que un accidente inesperado me privase de mi camada de gatitos y del medio de profundizar esta cuestión por una observación continua. Al pasar la mano por la válvula con una taza llena de agua para la gata, la manga de la camisa se me agarró á la hebilla que sostenia la cesta, y repentinamente la desprendió del botón.

Aun cuando la cesta y su contenido se

hubiesen evaporado instantáneamente, no hubiera desaparecido de mi vista de una manera más brusca é instantánea. De seguro no habia pasado la décima parte de un segundo entre el momento de desprenderse la cesta y el en que desapareció de mi vista. Les deseaba toda felicidad á los animalitos, pero no me parece que ni la gata ni sus hijuelos sobreviviesen para contar su odisea.

Acaso de las seis reparé que una gran parte de la superficie visible de la tierra hacia el Oriente estaba envuelta en sombras densas que avanzaban incesantemente con mucha rapidez; y en fin, á las siete menos cinco minutos, toda la superficie visible quedó sumergida en las sombras de la noche. Después de algunos instantes cesaron también de alumbrar el globo los rayos del sol poniente, y aun cuando esto me lo esperaba naturalmente, no dejé de causarme un placer indecible. Era evidentemente que á la mañana podría contemplar el sol saliente varias horas antes que los ciudadanos de Rotterdam aunque estuviesen situados mucho más al Oriente, y así que de día en día, al paso que fuera ganando en altura, gozaría ras tiempo de la luz solar. Resolví entonces llevar un diario de mi viaje contando los días de veinticuatro horas consecutivas sin cuidarme de los intervalos de tinieblas.

Sintiendo á las diez necesidad de dormir, resolví echarme durante el resto de la noche: pero aquí se presentó una dificultad, que aunque muy obvia, no me habia ocurrido hasta aquel momento. Si me echaba á dormir, como era mi ánimo, ¿cómo renovar el aire de la cámara durante el sueño? Respirar aquella atmósfera más de una hora, era cosa absolutamente imposible, y suponiendo que pudiera servir un cuarto de hora más, las consecuencias no podían dejar de ser funestas. Esta cruel alternativa no me causó poca inquietud, y se creará apenas que después de los peligros que habia corrido, tomase de tal modo la cosa por lo serio que desesperará de llevar por delante mi designio, y que última

mente no resignará á la necesidad de descender.

Pero esta vacilación fué solo momentánea; reflexioné que el hombre es el más perfecto esclavo del hábito y que mi caso de la rutina de su existencia son considerados como esencialmente importantes, y que si lo son porque se han hecho necesidades rutinarias. Era positivo que yo tenia necesidad de dormir, pero podía muy bien acostumbrarme á despertar sin conocimiento de hora en hora durante el tiempo que consagrara al descanso. No necesitaba más de cinco minutos para renovar completamente la atmósfera, y la única dificultad real consistia en inventar un procedimiento para despertar en el momento preciso; problema, cuya solución no me causaba un gran embarazo.

Habia oído hablar de un estudiante que para no dejarse rendir del sueño sobre sus libros, tenia en una mano una bola de cobre, cuya caída resonando en una calderilla del mismo metal colocada en el suelo al lado de su silla, servia para despertarle si alguna vez se dejaba vencer por el sueño. Mi situación era completamente distinta de la suya, y no dejaba lugar á la misma idea, porque yo no me proponia permanecer en vigilia, sino despertar á la hora dada y por intervalos regulares. En fin, imaginé el arbitrio siguiente, que por sencillo que parezca fué saludado por mí en el momento de su invención, como un descubrimiento comparable al del telescopio, de las máquinas de vapor y aun de la imprenta.

Es de notar que el globo, á la altura en que me encontraba, continuaba subiendo en línea recta con regularidad perfecta, y que la barquilla la seguia sin experimentar la más leve oscilación: circunstancia que me favorecia extraordinariamente para la realización del plan que me habia propuesto. Habia embarcado la provision de agua en barriles de cincogalones diez azumbres, sólidamente asegurados á las paredes interiores de la barquilla: desaté uno de estos barriles, y tomando dos cuerdas las até

al reborde de mimbres, de modo que atravesáran la barquilla paralelamente, á distancia de un pie una de otra, formando así una especie de mesilla, sobre la que coloqué el barril y lo sujeté en una posición horizontal. A ocho pulgadas próximamente por bajo de estas cuerdas, y á cuatro del fondo de la barquilla, fijé otra meseta, hecha de una tableta delgada, única de esta clase que tenia á mi disposición; y sobre esta mesilla justamente por bajo de uno de los bordes del barril, coloqué una cazuela de barro.

Abri entonces un agujero en el fondo del barril, y adapté á él una clavija de madera cónica ó en forma de bugía: metí y saqué esta clavija más y menos hasta que se adaptó después de varios tanteos, de modo que el agua, filtrando por el agujero y cayendo en la cazuela la llenase hasta el borde en sesenta minutos. Poco tiempo necesité para asegurarme de esto, bastándome observar hasta qué punto la cazuela se llenaba en un tiempo dado. Dispuesto esto en la forma dicha, lo demás se adivina fácilmente.

Mi cama estaba dispuesta en el fondo de la barquilla, de modo que mi cabeza, en la posición horizontal, se encontraría inmediatamente por bajo de la cazuelita. Era evidente que al cabo de una hora, la cazuela llena debia rebosar, y el agua, al caer, debia de mojar me, cuyo resultado era despertarme instantáneamente, aun cuando estuviera profundamente dormido.

Eran las once cuando concluí todos estos preparativos, y me eché en seguida lleno de confianza en la eficacia de mi invención.

Mi esperanza no fué defraudada: de sesenta en sesenta minutos me despertaba con la mayor puntualidad mi cronómetro de nueva especie. Volvia al barril el agua de la cazuelita, hacia funcionar el condensador y me volvia á echar. Estas intermitencias regulares en mi sueño, me causaron menos fatiga y enjío de lo que me habia figurado, y cuando me levanté, después de varias horas de descanso, eran las siete y el sol habia ya subido algunos gra-

dos por cima de la línea de mi horizonte.

3 de abril. Encontré que el globo había ascendido á una inmensa altura, y que la convexidad de la tierra se manifestaba ya de una manera evidente. Por bajo de mí, en el Océano, se mostraba una serie de puntos que evidentemente eran islas. Por cima de mí el cielo era de un negro profundo como de azabache, y las estrellas se veían claras y centellantes, y en realidad, siempre me parecieron del mismo modo desde el principio de la ascension. Lejos, hacia el Norte, apercibí al borde del horizonte una línea ó banda tenue blanca y excesivamente brillante, que me figuré desde luego ser el límite. Sur del mar de los hielos polares. Mi curiosidad fué vivamente excitada, porque tenía la esperanza de avanzar mucho mas hacia el Norte, y quizás, en cierto momento, encontrarme directamente por cima del polo mismo. Deploré entonces que la enorme altura á que me hallaba me impidiese hacer un exámen tan positivo como hubiera deseado. No obstante, había aun algunas buenas observaciones que hacer.

Nada de particular me ocurrió en aquel día: mi aparato continuaba funcionando con la mayor regularidad, y el globo ascendía sin vacilacion aparente. Cuando las nieblas cubrieron la tierra, me eché á dormir, aun cuando me quedaban todavía varias horas de día claro. Mi reloj hidráulico cumplió puntualmente su deber, y dormí profundamente hasta el día siguiente, salvo las interrupciones necesarias para la renovacion del aire.

4 de abril. Me levanté en buen estado de salud y de buen humor, y me he admirado del singular cambio sobrevenido en el aspecto del mar. Había perdido en gran parte el tinte azul oscuro que hasta entonces había ofrecido, y era de un blanco grisáceo y brillante, que casi deslumbraba. La convexidad del Océano se había hecho tan manifiesta, que la masa entera de sus aguas parecía correrse precipitadamente hacia el abismo del horizonte, y me sor-

prendí prestando oído y buscando los ecos de la inmensa catarata.

Las islas no eran ya visibles, sea que se hubiesen perdido bajo el horizonte hacia el Sudeste, ó que mi elevacion creciente las hubiese puesto ya fuera del alcance de mi vista, que era lo que me parecia mas probable. La zona de hielo al Norte se hacia cada vez mas aparente: el frio había perdido mucha de su intensidad, y no me ocurrió cosa importante. Pasé casi todo el día leyendo, porque había hecho al efecto provision de libros.

5 de abril. He contemplado el singular fenómeno de la salida del sol, mientras que todo lo que podía alcanzar de la tierra estaba envuelto en las sombras de la noche. Al fin la luz inundó la tierra, y volví á ver la línea de los hielos polares. Era ahora muy perceptible, y parecia de color mas oscuro que el mar. Evidentemente, me aproximaba á ella, y con muchísima rapidez: me figuraba que distinguía aun una banda de tierra al Este y otra al Oeste, pero me fué imposible asegurarme de ello. La temperatura era moderada. Tampoco me ocurrió cosa particular aquel día, y me eché á dormir muy temprano.

6 de abril. Me sorprendió grandemente encontrar la línea de los hielos á una distancia muy moderada y un inmenso campo de hielos estendiéndose por el horizonte hacia el Norte. Era evidente, que si el globo continuaba en su direccion actual, debía llegar muy pronto sobre el Océano boreal, y ahora tenía fundada esperanza de ver el polo. Todo el día continué acercándome á los hielos. Al aproximarse la noche, se estendieron repentinamente y muy sensiblemente los horizontes, lo que debía sin duda alguna á la forma de nuestro planeta, que es la de un esferoide complanado, y porque llegaba encima de las regiones deprimidas que se aproximan al círculo ártico. Cuando despues de algun tiempo me rodearon las nieblas, me acosté con grande ansiedad, temiendo pasar por cima del objeto de

tan gran curiosidad sin poderlo observar á gusto.

7 de abril. Me levanté temprano, y con gran satisfaccion contemplé lo que no me quedaba duda era el polo nortemismo. Estaba allí indudablemente á mis piés; pero me hallaba á tan inmensa altura, que no podía distinguir nada con claridad. En realidad, á juzgar por la progresion de las cifras que indicaban mis diversas alturas en momentos diferentes desde el 2 de abril, á las seis de la mañana, hasta las nueve menos veinte minutos, momento en que el mercurio descendió á la cubeta del barómetro, había verosmilmente razon para suponer que el balon debía ahora, en 7 de abril, á las cuatro de la mañana, haber alcanzado una altura de 7,254 millas por cima del nivel del mar. Esta elevacion puede parecer enorme; mas el cómputo sobre que estaba basada, daba un resultado muy inferior á la realidad. En todo caso, tenía indudablemente á la vista la totalidad del mayor diámetro terrestre; todo el hemisferio norte se estendia por bajo de mí como un mapa en proyeccion oslográfica, y el gran círculo mismo del Ecuador formaba la línea fronteriza de mi horizonte. VV. EE. concebirán, sin embargo, que las regiones inexploradas hasta ahora y confinadas en los límites del círculo ártico, aun que situadas directamente por bajo de mí, y por consecuencia, apercibidas sin apariencia de escorzo, estaban demasiado achicadas y colocadas á demasiada distancia del punto de observacion para poder ser examinadas con alguna minuciosidad.

Con todo, lo que veía era de un género particular é interesantísimo. Al Norte de esta inmensa orla de que he hablado, y que se puede definir, salva una ligera restriccion, el límite de la exploracion humana en estas regiones, continúa estendiéndose sin interrupcion, ó casi sin interrupcion una sábana de hielo. Desde el principio, la superficie de este mar de hielo se abate sensible, entre mas allá está deprimida hasta aparecer plana, y finalmente,

se hace singularmente cóncava, y termina en el polo mismo en una cavidad central circular, cuyos bordes están claramente definidos, y cuyo diámetro aparente sustentia entonces, respecto á mi balon, un ángulo de sesenta y cinco segundos próximamente.

En cuanto al color, era oscuro, variando su intensidad, siempre mas oscuro que ningun otro punto del hemisferio visible, llegando á veces al negro mas intenso. No podía disinguirse mas que esto. Al medio día, la circunferencia de este agujero central había disminuido considerablemente, y á las siete de la tarde, lo había perdido de vista por completo; el balon pasaba hacia el lado Oeste de los hielos, y se dirigia rápidamente hacia el Ecuador.

8 de abril. He observado una sensible disminucion en el diámetro aparente de la tierra, sin hablar de un cambio positivo en su color y aspecto general. Toda la superficie visible participaba entonces en diferentes grados del tinte amarillo bajo, y en algunos puntos tenía un brillo que casi lastimaba la vista. Mi vision estaba muy contrariada por la densidad de la atmósfera y la aglomeracion de nubes que rasaban la superficie, tanto, que apenas podía ver de tiempo en tiempo el planeta. En las últimas cuarenta y ocho horas, no había dejado de sentir mas ó menos la influencia de estos obstáculos; pero mi elevacion actual, que era excesiva, aproximaba y confundia estas masas flotantes de vapores, y el obstáculo iba en aumento progresivo á medida que me elevaba. No obstante, percibía que el balon flotaba por cima del gran grupo de los lagos de la América del Norte, y se dirigia al Sud, lo que debía llevarme muy pronto á los trópicos.

Esta circunstancia no dejó de causarme muy viva satisfaccion, y la saludé como un augurio feliz del buen éxito de mi empresa. La direccion que había seguido hasta entonces me había llenado de inquietud, porque era evidente que si la hubiera seguido mucho tiempo, no habría

podido llegar á la luna, cuya órbita no está inclinada sobre la elíptica, sino un pequeño ángulo de cinco grados ocho minutos cuarenta y ocho segundos. Por extraño que esto parezca, no fué sino en este período tardío cuando empecé á comprender la gran falta que había cometido no verificando mi partida desde algun punto de la tierra, situado en el plano de la elipse lunar.

9 de abril. Hoy el diámetro de la tierra aparece grandemente disminuido, y la superficie toma de hora en hora un tinte amarillo mas pronunciado. El balon continúa inclinandose hacia el Sud, y ha llegado á las nueve de la noche por cima de la costa del norte del golfo mejicano.

10 de abril. He sido despertado bruscamente de mi sueño á cosa de las cinco de la mañana, por un gran ruido, por un estampido terrible, cuya causa me ha sido imposible averiguar. Ha sido de corta duracion, pero mientras ha durado, no le he encontrado semejanza con ningun ruido terrestre de los que conservo memoria. Es inútil decir que me alarmé extraordinariamente, porque al pronto atribuí el tal ruido á una rotura del globo. Examiné todo el aparato con el mas escrupuloso detenimiento, y no pude descubrir avería ninguna. Pasé la mayor parte del dia meditando sobre un accidente tan extraordinario, pero no pude encontrar explicacion satisfactoria. Me eché á dormir muy descontento, y en un estado de ansiedad y de agitacion violentísimo.

11 de abril. Encontré una disminucion sensible en el diámetro aparente de la tierra y un incremento considerable que hasta entonces no había podido reparar en el de la luna, que estaba próxima al plenilunio. Empezó entonces para mí una ruda y penosa tarea para condensar en la cámara una cantidad de aire suficiente para las necesidades de la vida.

12 de abril. Se verifica un cambio singular en la direccion del balon, que aun cuando lo tuviese previsto, no dejó de causarme un placer vivísimo. Había llegado

en su direccion primera el vigésimo paralelo de latitud Sud, y había virado bruscamente hacia el Este, formando ángulo agudo, camino que siguió todo el dia, sosteniéndose casi, sino absolutamente, en el plano exacto de la elipse lunar. Lo digno de repararse en este caso es que el cambio de direccion ocasionaba una oscilacion muy sensible en la barquilla, cuya oscilacion duró con mas ó menos intensidad varias horas.

13 de abril. Me ha alarmado nuevamente la repeticion de aquel ruido de crujeo que me aterró el dia 10. Mucho tiempo he meditado acerca de lo que podria ser, pero no me ha sido posible tampoco llegar á una conclusion satisfactoria. Continúa disminuyendo el diámetro aparente de la tierra; no sustentia ya respecto al balon sino un ángulo de poco mas de 25 grados. En cuanto á la luna, me era imposible absolutamente verla, porque estaba en mi zénit; marchaba siempre en el plano de la elipse, pero hacia pocos progresos hacia el Oeste.

14 de abril. Disminucion sucesivamente rápida del diámetro de la tierra. Hoy me ha impresionado vivamente la idea de que el balon corria sobre las líneas de las absides, subiendo hacia el perigeo; en otros términos, que seguia directamente el camino que debia conducirme á la luna en aquella parte de su órbita mas próxima á la tierra. La luna estaba justamente sobre mi cabeza, y por consecuencia, oculta á mi vista. Continuaba siempre el gran trabajo indispensable para la condensacion de la atmósfera.

15 de abril. No podia distinguir ya claramente en el planeta los contornos de los continentes y de los mares. Hacia el medio dia, me hirió por tercera vez aquel ruido espantoso que ya me había alarmado tanto. Aquella vez, sin embargo, duró algunos momentos y tomó mayor intensidad. A la larga, estupefacto y yerto por el terror, esperaba no sé qué espantosa destruccion, cuando la barquilla osciló con estremada violencia, y una masa de ma-

teria que no tuve tiempo para distinguir, pasó al lado del balon gigantesca é inflamada, resonando y rugiendo como la voz de mil truenos.

Cuando mis terrores y mi asombro me dejaron reflexionar, supuse que seria algun fragmento volcánico enorme, vomitado por ese mundo á que me acercaba con tanta rapidez, y mas probablemente aun un pedazo de una de esas sustancias singulares que se recogen á veces sobre la tierra y que se llaman aerólitos, á falta de nombre mas adecuado.

16 de abril. Hoy mirando por bajo de mí, tanto como me fué posible por cada una de las ventanas laterales, observé con gran satisfacción mia una pequeña porcion del disco lunar que reysaba, por decirlo así, de todos lados la vasta circunferencia de mi balon. Mi agitacion fué estrema, porque ahora no podia dudar ya de que se acercaba el fin de mi peligroso viaje.

Y en verdad, la faena que exigia el condensador era tan continua, que casi no me daba tiempo para descansar. No había que pensar ya en dormir; me iba aniquilando, y todo mi ser temblaba de cansancio. La naturaleza humana no podia soportar por mas tiempo tal intensidad de sufrimiento. Durante el intervalo de las nieblas, ya muy corto, una nueva piedra meteórica pasó por la inmediacion, y la frecuencia de estos fenómenos me pezó á alarmarme.

17 de abril. Esta mañana ha hecho época en mi viaje: se recordará que el dia 13, la tierra sustentia respecto á mí un ángulo de 25 grados; el 14, este ángulo había disminuido; el 15, la disminucion fué mas rápida, y el 16, antes de acostarme, había calculado que el ángulo no era de mas de 7 grados y 15 minutos. Figúrese, pues, el lector cuál debió ser mi asombro, cuando al despertar en la mañana del 17, después de un sueño corto y turbado, noté que la superficie planetaria, colocada por bajo de mí, había tan inopinada y tan espantosamente aumentado

de volúmen, que su diámetro aparente sustentia un ángulo que no media menos de 39 grados. Quedé petrificado: no encuentro palabras con que expresar el horror estremo, absoluto y el estupor de que me sentí sobrecogido.

Mis rodillas vacilaron; empecé á tiritar; los pelos se me erizaron; porque lo que creia era que el balon había estallado. Tales fueron las primeras ideas que inundaron tumultuosamente mi espíritu: el balon ha reventado; caigo y me precipito con la mas impetuosa é incomparable velocidad. A juzgar por el inmenso espacio tan rápidamente recorrido, debía encontrar la superficie de la tierra en menos de diez minutos: dentro de diez minutos deba estar hecho una tortilla, aniquilado.

Al fin vino la reflexion en mi auxilio: hice una pausa, medité y empecé á dudar: la cosa era imposible: no podia en manera alguna haber descendido tan rápidamente. Además, aunque me acercase evidentemente á la superficie situada por bajo de mí, mi ligereza real no estaba en relacion con la espantosa velocidad que yo me había figurado.

Esta consideracion calmó eficazmente la perturbacion de mis ideas, y conseguí, finalmente, mirar el fenómeno bajo su verdadero punto de vista. Era preciso que el espanto me hubiese privado del uso de mis sentidos para no ver qué inmensa diferencia había entre el aspecto de la superficie situada por bajo de mí, y la de mi planeta natal. Este último, pues, estaba sobre mi cabeza, y completamente oculto por el balon, mientras que la luna, la luna misma en toda su gloria, se estendía por bajo de mí, se hallaba bajo mis plantas.

El asombro y el estupor producidos en mi espíritu por este cambio extraordinario en la situacion de las cosas, eran quizás, después de todo lo que había de mas asombroso y menos explicable en mi aventura; porque esta subversion, en sí misma, era no solo natural é inevitable, sino que después de mucho tiempo la había yo previsto como una circunstancia muy sencilla.

lla, como una consecuencia que debía producirse, cuando llegara al punto preciso de mi carrera, donde la atracción del planeta fuera reemplazada por la atracción del satélite, ó en términos más precisos, cuando la gravitación del balón hacia la tierra fuera menos poderosa que su gravitación hacia la luna.

Es verdad que yo salía de un profundo sueño, que todos mis sentidos estaban aun conturbados, cuando me encontré al frente de un fenómeno de los más sorprendentes, de un fenómeno que esperaba sí, pero no en aquel momento.

La revolución misma debía haberse verificado de la manera más dulce y más graduada, y tengo por cierto, que aun cuando hubiera estado en vigilia al verificarse, y hubiera tenido la conciencia del cambio que se verificaba, no habría experimentado síntoma alguno interior de la inversión, es decir, una incomodidad, molestia ó trastorno cualquiera, ni en mi persona ni en mi aparato.

Es inútil decir que al volver al conocimiento exacto de mi situación, y salir del terror que había absorbido todas las facultades de mi alma, mi atención se dirigió desde luego y exclusivamente á la contemplación del aspecto general de la luna. Se desplegaba por bajo de mí como un mapa, y aunque juzgase que estaba aun á una distancia muy considerable, las desigualdades de su superficie se delineaban á mi vista con una precisión muy singular que yo no podía explicarme. La falta completa de mar de lago y río me llamó la atención al pronto como el signo más extraordinario de su condición geológica.

Sin embargo, veía estensas regiones planas, de carácter positivamente aluvial, aunque la mayor parte del hemisferio visible estuviese cubierto de innumerables montañas volcánicas en forma de conos y que tenían más bien el aspecto de eminencias amoldadas por el arte que formaciones naturales.

La más alta de todas no pasaba de

tres millas y tres cuartos de elevación perpendicular. Un mar de las regiones volcánicas de los Campi Pelegrei, daría á VV. EE. una idea mejor de su superficie general, que cualquiera descripción siempre insuficiente que tratara yo de hacer.

La mayor parte de estas montañas estaban evidentemente en estado de erupción, y me daban una idea terrible de su furia y de su poder por las fulminaciones multiplicadas de las piedras impropriadamente llamadas meteoricas que ahora partían de abajo y volaban alrededor del balón con una frecuencia cada vez más terrorífica.

18 de abril. Hoy he encontrado un incremento enorme en el volumen aparente de la luna, y la ligereza evidentemente acelerada de mi descenso, ha empezado á alarmarme seriamente; se recordará que al principio, cuando empecé á aplicar mis cavilaciones hacia la posibilidad de un viaje á la linda luna, la hipótesis de una atmósfera ambiente, cuya densidad debía ser proporcionada al volumen del planeta, había tenido una parte muy principal en mis cálculos, y esto á despecho de muchas teorías contrarias á la existencia de una atmósfera lunar cualquiera. Pero además de las ideas que he emitido respecto al cometa de Encke y á la luz zodiacal, lo que me corroboraba en mi opinión eran ciertas observaciones de M. Schroeter de Lilienthal. Dice este autor que ha observado la luna á los dos días y medio de su edad, poco tiempo después de ponerse el sol, antes que la parte oscura fuese visible, y continuó observándola hasta que en parte se hizo visible. Ambos cuernos parecían prolongarse en punta muy aguda, cuya estremidad estaba débilmente iluminada por los rayos solares, cuando ninguna parte del hemisferio oscuro estaba visible.

Poco tiempo después todo el borde superior se iluminó. Yo pensaba que esta prolongación de los cuernos más allá del semicírculo procedía de la refracción de

los rayos del sol por la atmósfera de la luna: calculaba también que la altura de esta atmósfera, que podía refractar luz suficiente para poder producir un crepúsculo más luminoso que la luz reflejada por la tierra, cuando la luna está á los 32 grados de su conjunción, debía ser de 1356 pies de rey, según lo cual supuse que la mayor altura capaz de refractar el rayo solar era de 5376. Mis ideas sobre este punto se encontraban confirmadas también por un pasaje del volumen 92 de las *Transacciones filosóficas*, en que se dice que cuando tiene lugar una ocultación ó eclipse de los satélites de Júpiter, el tercero desaparece después de haber sido indistinto ó muy poco perceptible durante uno ó dos segundos, y que el cuarto se hace indiscernible al aproximarse al limbo. (1)

La esperanza de llegar yo sano y salvo á la luna, estaba fundada en la resistencia, ó mejor dicho, en que me sustentaba una atmósfera existente en un estado de densidad hipotética. Después de todo, si mi suposición hubiese sido absurda, nada tenía que esperar para fin de mi aventura, sino quedar hecho añicos contra la superficie rugosa y desigual de la luna. En suma, yo tenía todas las razones posi-

(1) Hevelio dice que ha observado algunas veces con la atmósfera perfectamente despejada donde brillaban ostensiblemente estrellas de sexto y sétimo tamaño, que supuesta la misma altura de la luna, la misma distancia de la tierra, el mismo telescopio se entiende sobresaliente, la luna y sus manchas no nos aparecen siempre tan luminosas. Dadas estas circunstancias, es evidente que la causa del fenómeno no está ni en nuestra atmósfera, ni el telescopio, ni en la luna, ni en la vista del observador, sino que debe buscarse en otra causa (una atmósfera) que existe alrededor de la luna. Casini ha observado fruentemente que Saturno, Júpiter y las estrellas fijas en el momento de ser eclipsadas por la luna, cambian su forma circular en un óvalo, mientras que en otros casos no la reparo o cambio ninguno de forma. Se podía, por tanto, deducir de esto en algunos casos, no siempre que la luna está circundada por una materia densa, donde se refractan los rayos de las estrellas.—E. P.

bles para estar lleno de miedo: la distancia á que me encontraba de la luna era relativamente insignificante, mientras que la faena exigida por el condensador no había disminuido gran cosa ni descubría indicio alguno de densidad creciente en la atmósfera.

19 de abril. Esta mañana, con gran satisfacción, á cosa de las nueve, encontrándome á poca distancia de la superficie lunar, y mis aprensiones escitadas hasta el extremo, el pistón del condensador ha dado señales inequívocas de alteración en la atmósfera. A las diez tenía razones para creer muy aumentada su densidad: á las once el aparato no exigía ya un trabajo sensible, y á las doce me aventuré, no sin algun recelo, á destornillar el torniquete, y al ver que no había inconveniente alguno, abrí decididamente la cámara de conchone y descubrí la barquilla. Como debía esperarlo, me asaltó un fuerte dolor con espasmos, resultado inmediato de una transición tan precipitada y tan llena de peligros. Pero con estos inconvenientes y otros relativos á la respiración no eran suficientes para poner mi vida en peligro: me resigné á pasarlos lo mejor que me fué posible, tanto más cuanto que tenía motivos para esperar que desaparecieran progresivamente, puesto que á cada minuto me aproximaba á capas más densas de la atmósfera lunar.

Sin embargo, esta aproximación se iba verificando con una impetuosidad excesiva, y pronto llegué á adquirir la certidumbre, muy alarmante por cierto de que, aun cuando muy probablemente no me hubiese engañado contando con una atmósfera, cuya densidad debía ser proporcional á la densidad del satélite, había hecho muy mal en suponer que esta densidad, aun á la superficie fuera suficiente para soportar el inmenso peso contenido en la barquilla de mi balón. Tal en tanto hubiera debido ser el caso, lo mismo que en la superficie de la tierra, si suponéis en uno y otro planeta la pesadez real del cuerpo en razón de la densidad de la at-

mósfera; pero este no era el caso, y mi caída precipitada lo demostraba suficientemente. Pero, por qué? Esto es lo que no puede explicarse, sino teniendo en cuenta esas perturbaciones geológicas, cuya hipótesis dejo apuntada.

De todos modos yo tocaba ya casi al planeta, y caía con la mas impetuosa violencia, y así, sin perder un instante, arrojé todo el lastre primero, luego las barricas del agua, en seguida el aparato condensador y la cubierta de cautchuoc, y por último, cuanto había en la barquilla. Pero todo esto no servía de nada, caía con espantosa rapidez y no estaba ya á mas de media milla de la superficie. Como último recurso, me desembaracé del sobre todo, del sombrero, de las botas, desprendí del balón la navecilla misma, que no era de poco peso, y agarrándome á la red con ambas manos, tuve apenas tiempo para observar que todo el país, cuanto mi vista podía alcanzar, estaba cubierto de habitaciones liliputienses; antes de caer como una bala en el centro mismo de una ciudad de aspecto fantástico y en medio de una multitud de ruin gentecilla, ninguno, de cuyos individuos, pronunció una sílaba, ni se tomó la menor molestia por socorrerme. Todos estaban en pie con las manos en las caderas, como un ejército de idiotas, gesticulando de una manera ridícula y mirando de reojo mi persona y el balón. Me aparté de ellos con un soberbio desden, y levantando mis ojos hacia la tierra que acababa de dejar y de que me había desterrado quizá para siempre, la apercibí bajo la forma de un vasto y sombrío calderon de cobre de un diámetro de dos grados próximamente fija é inmóvil en los cielos, y guarnecida en uno de sus bordes de una media luna de oro centelleante. No se podían descubrir allí señales de mares ni de Continentes, y el todo estaba salpicado de manchas variables y atravesado por las zonas tropicales y ecuatorial como por ceñidores.

Así, con perdón de ustedes, después de una serie de angustias, de peligros

inauditos y de incomparables perplejidades, me hallaba, diez y nueve días después de mi partida de Rotterdam, sano y salvo en el término de mi viaje; el mas extraordinario y mas importante que haya podido realizarse, emprenderse y aun concebirse por ningun habitante de ese planeta. Pero me falta todavía contar mis aventuras, porque en verdad, Excmos. señores, concebireis fácilmente que después de una residencia de cinco años en un planeta, que ya muy interesante por sí mismo, lo es mucho mas aun por su íntimo parentesco como satélite con el mundo habitado por el hombre, puedo yo muy bien entablar con el colegio nacional astronómico correspondencia reservada, muy de otra importancia que los simples detalles, por sorprendentes que sean, del viaje que he terminado felizmente.

Tal es, en suma, la cuestión verdadera. Tengo muchas cosas que decir, y tendría la mayor satisfacción en poderlas comunicar á la sabia corporacion. Tengo mil cosas que decir acerca del clima de este planeta; de sus asombrosas alternativas de frio y de calor; de esa claridad solar que dura quince dias, implacable, abrasadora, y de ese frio glacial mas que polar, que dura la otra quincena; sobre una traslación constante de humedad que se verifica por destilacion como en el vacío, desde el punto situado bajo del sol hasta el que está mas apartado; sobre la raza misma de los habitantes, sus usos, sus costumbres, sus instituciones políticas; sobre su organismo particular, su fealdad, su falta de orejas, apéndices superfluos en una atmósfera tan estremadamente modificada, y por consecuencia, sobre su ignorancia acerca del uso y propiedades del lenguaje; sobre el singular método de comunicacion que reemplaza á la palabra; sobre la incomprendible relacion que une á cada ciudadano de la luna con un ciudadano del globo terrestre, relacion análoga y sometida á la que rige igualmente los movimientos del satélite y del planeta, y por consecuencia de la cual, la existencia y el

destino del uno está enlazado á la existencia y al destino del otro, y sobre todo, Excmos. señores, sobre todo, los sombríos y horribles misterios relegados de las regiones del otro hemisferio lunar; que gracias á la concordancia casi milagrosa de la rotacion del satélite sobre sus ejes con su revolucion sideral en torno de la tierra, no han vuelto jamás hacia nosotros, y á Dios gracias, no se espondrán jamás á la curiosidad de los telescopios humanos.

Hé aqui lo que tendria que contar, y mucho mas aun; pero para precisar la cuestión, yo reclamo mi recompensa. Aspiro á volver á mi familia y á mi casa, y como premio de mis comunicaciones ulteriores, y en consideracion á la ilustracion que si me place puedo proporcionar á varios ramos importantes de las ciencias físicas y metafísicas, solicito por vuestra intercesion y la de la honorable corporacion, el indulto del crimen de que me he hecho culpable, dando muerte á mis acreedores al tiempo de salir de Rotterdam.

Tal es, en conclusion, el objeto de mi primera comunicacion: el portador, que es un habitante de la luna, á quien he decidido á ser mi mensajero á la tierra, y á quien he dado las instrucciones necesarias, aguarda las órdenes convenientes, y me traerá el perdón reclamado, si hay esperanza de conseguirlo. Con este motivo, tengo el honor de ser de VV. EE. humildísimo servidor --HANS PFAALL.

Al concluir la lectura de este extraordinario documento, el profesor Rudabub, en el colmo de su sorpresa, dejó, segun fama, caer la pipa al suelo, y Mynheer Superbus Vou Underduck, habiéndose quitado, limpiado y metido en el bolsillo sus anteojos, se olvidó de sí mismo y de su dignidad hasta el extremo de hacer tres aspavientos encogiéndose y estirándose en la quinta esencia de su admiracion y asombro.

Se obtendrá el indulto, de esto no hay que dudar. Al menos se hizo juramento de

ello por el buen profesor Rudabub, y lo hizo con un voto enorme, y tal fué tambien la opinion del ilustre Vou Underduck, que se colgó del brazo de su colega, y andubo sin proferir una palabra la mayor parte del camino para deliberar acerca de las medidas que con toda urgencia se deberian tomar.

Sin embargo, al llegar á la puerta de la casa del burgomaestre le ocurrió al sabio profesor, que el mensajero habia tenido por conveniente desaparecer, aterrado sin duda por el aspecto salvaje de los ciudadanos de Rotterdam, y que el perdón no serviria para gran cosa, puesto que no habia un hombre de la luna que pudiera arriesgarse á emprender un viaje tan largo.

En vista de una observacion tan sensata, el burgomaestre cedió, y el asunto no tuvo consecuencias ulteriores. No faltaron por eso rumores y conjeturas, pues publicada la carta, dió nacimiento á una multitud de opiniones y de burlas. Unos espíritus demasiado sábios, llevaron la burla hasta el punto de acreditar el negocio y presentarlo como un *canard*, es decir, una burla inventada para sondear la profundidad de los sábios y ver los límites de la credulidad pública. Pero yo creo que la palabra *canard* ó *cuento* es para esta clase de gentes un término que aplican sin criterio alguno á todo lo que traspasa los límites de su corta inteligencia. Por mi parte, no puedo comprender en qué ha fundado tal acusacion. Veamos lo que dicen.

Primero, sépase ante todo que ciertos farsantes de Rotterdam tienen especiales simpatías contra ciertos burgomaestres y astrónomos.

Segundo, que un enano estravagante, escamoteador de oficio, á quien se habian cortado al ras de la cara las orejas por cierto maleficio, habia desaparecido algunos dias antes de Brujas, que está á poca distancia.

Tercero, que los periódicos pegados alrededor del baloncillo eran *Cocotas* de

Holanda, y por consecuencia, que no podían haberse hecho en la luna. Eran papeles sucios, engrasados y muy engrasados y Gluck el impresor podía jurar sobre los Santos Evangelios que se habían impreso en Rotterdam misma.

Cuarto, que á Hans Pfaall mismo, el pícaro borracho y los tres personajes desocupados que llama sus acreedores, se les había visto tres ó cuatro días antes reunidos en una taberna sospechosa, cabalmente cuando volvían con los bolsillos llenos de oro de una expedición de Ultramar.

Y en último lugar, que es una opinión generalmente admitida, ó que debe serlo, que el colegio de Astrónomos de Rotterdam, así como todas las demás academias astronómicas de las demás partes del mundo, sin hablar de los colegios y de los astrónomos, en general, no es ni con mucho el mejor, ni el mas competente, ni aun tan lastrado como debiera.

LA VERDAD

ACERCA

DEL CASO DE MR. VALDEMAR.

No hay por qué admirarse de que el caso extraordinario de Mr. Valdemar haya suscitado una discusión. Hubiera sido un milagro que no hubiese sucedido así, particularmente en todas las circunstancias.

El deseo de todos los interesados en ocultar el suceso, al menos por ahora, esperando la oportunidad de nuevas investigaciones, y nuestros esfuerzos por conseguirlo han dado lugar á una recitación

truncada, exagerada, que ha circulado en el público, y que presentando el caso bajo los colores mas desagradablemente falsos, se ha hecho naturalmente la ocasion de un gran descrédito.

Es necesario ahora que publique los hechos en la forma misma que yo los comprendo, y que en resumen son los siguientes:

En estos tres años últimos, había llamado mi atención muchas veces el magnetismo, y haré como nueve meses que me ocurrió que en la serie de experimentos hechos hasta ahora había un vacío muy notable y muy inexplicable: nadie había sido magnetizado aun *in articulo mortis*. Quedaba que saber por de pronto si en tal situación había en el paciente una receptibilidad cualquiera del influjo magnético; luego, si en el caso afirmativo era atenuada ó aumentada por las circunstancias; despues, hasta qué punto ó por cuánto tiempo podía detener la operación, los pasos ó las consecuencias de la muerte. Otros varios puntos había que verificar; pero estos eran los que mas excitaban mi curiosidad, y particularmente el último, á causa del carácter inmensamente grave de sus consecuencias.

Buscando entre mis conocidos un sujeto por medio de quien pudiera ilustrar estas cuestiones, me fijé en mi amigo Mr. Ernesto Valdemar, el bien conocido compilador de la *Biblioteca forense*, y autor, bajo el pseudónimo de Issachar Mara, de las traducciones polonesas de *Whallenstein y de Gargantúa*.

Mr. Valdemar, que generalmente residía en Harlem (New-Yorck) desde el año 1839, es, ó mejor dicho, era particularmente notable por la demacración excesiva de su persona y tambien por la blancura argéntica de sus patillas, que contrastaban con su cabellera negra, que, en concepto de todos, era una peluca. Su temperamento era decididamente nervioso, y hacia de él un sujeto excelente para los experimentos magnéticos.

En dos ó tres ocasiones había conse-

guido dormirle sin gran dificultad, pero me vi defraudado en cuanto á los demás resultados que su constitución particular me había hecho esperar. Su voluntad no estaba nunca positiva ni completamente sujeta á mi influencia, y en cuanto á la *perbision*, nunca pude adelantar con él nada que valiese la pena. Había atribuido siempre mi falta de éxito en estos puntos al desarreglo de su salud. Algunos meses antes de hacer yo conocimiento con él, habían declarado los médicos que estaba atacado de una tisis perfectamente caracterizada. Era costumbre en él hablar de su fin próximo con mucha sangre fria, y como de cosa que ni podía evitarse ni debía sentirse.

Cuando las ideas á que antes aludo me ocurrieron por primera vez, era muy natural que pensase en Mr. Valdemar, porque conocía demasiado bien la sólida filosofía de mi amigo para temer algunos escrúpulos de su parte, ni tenia en América parientes que plausiblemente pudieran mezclarse en el asunto.

Habléle, pues, con franqueza, y con grande asombro mio, parecia tomar en ella el mas vivo interés; y digo con gran sorpresa, porque aun cuando me hubiese entregado sin interés alguno su persona á mis experimentos, nunca había experimentado simpatía ni interés por su buen éxito. Su enfermedad era de las que admiten un cálculo exacto respecto á la época de su desenlace, y quedó finalmente convenido entre nosotros que me enviaría á buscar veinticuatro horas antes del término señalado por los médicos á su muerte.

Hace ya mas de siete meses que recibí de Mr. Valdemar mismo la esquela siguiente:

«Mi querido P...

Podeis ya venir, pero pronto. D... y F... convienen en que ya no pasará de mañana á media noche, y creo que no se han equivocado, al menos en mucho.—VALDEMAR.»

Recibí esta carta una media hora des-

pues de escrita, y á los quince minutos de recibida, me hallaba ya en la estancia del moribundo. No le había visto hacia diez días, y quedé pasmado al ver los terribles estragos que la enfermedad había hecho en tan poco tiempo. Su cara era de color apiomado: los ojos apenas tenían brillo, y su demacración era tan notable, que parecia que los pomos de las mejillas habían roto la piel. La espectoración era escesiva; el pulso apenas perceptible, y sin embargo, conservaba todas sus facultades mentales y cierta fuerza física.

Hablaba distintamente; tomaba sin auxilio de nadie algunas drogas paliativas y cuando entré en su estancia estaba ocupado escribir algunas notas en una agenda, apoyado, ó mejor dicho, sostenido en la cama por una porción de almohadas. Los doctores D... y F... se hallaban presentes.

Despues de dar la mano á monsieur de Valdemar, llamé á los facultativos á parte, á fin de que me reseñaran minuciosamente acerca del estado del enfermo. Segun ellos, el pulmon izquierdo se encontraba desde diez y ocho meses en un estado semi-huesoso ó cartilaginoso, y por consecuencia absolutamente inhábil para toda función vital.

El derecho estaba tambien oxificado en su region superior, si no en toda, en mucha parte, mientras que la inferior no era ya si no una masa de tubérculos purulentos unidos unos á otros. Segun ellos había perforaciones profundas, y en ciertos puntos adherencias permanentes de las costillas. Estos fenómenos del lóbulo derecho eran de fecha comparativamente reciente.

La oxificación había marchado con rapidez poco acostumbrada, pues un mes antes no se advertía síntoma alguno de ella, y la adherencia no se había reparado hasta tres días antes. Independiente de la tisis se sospechaba un aneurisma de la aorta, mas los síntomas de oxificación hacian imposible todo diagnóstico exacto, relativo al

aneurisma. Los dos opinaban que M. Valdemar moriría á cosa de media noche. Estábamos en sábado y eran las siete de la tarde.

Al dejar la cabecera del moribundo los doctores D... y F... se habian despedido para siempre, pues su intencion era no volver; mas á ruego mio consintieron en venir á cosa de las diez de la noche.

Cuando hubieron salido hablé con M. Valdemar de su muerte próxima y muy particularmente del experimento que nos habiamos propuesto. Se mostró constantemente dispuesto, y aun mostró vivo deseo de hacer el ensayo instándome á que empezara en seguida.

Dos criados se hallaban presentes para su asistencia, mas yo no me creia completamente libre para empeñarme en una tarea de tanta gravedad, sin testimonios mas autorizados que los que pudieran producir tales gentes, caso de un accidente repentino.

Aplazaba, pues, la operacion para las ocho, cuando la llegada de un estudiante de medicina, á quien conocia un poco. M. Teodoro L... vino á sacarme de mi decision.

Primero me habia propuesto esperar la vuelta de los médicos; mas me resolví á empezar en seguida por los ruegos apremiantes de M. Valdemar y por la conviccion de que no tenia un instante que perder, porque evidentemente se acercaba á paso redoblado el momento supremo.

M. L... tuvo la amabilidad de acceder al deseo que le manifesté de tomar nota de todo lo que ocurriera, y sobre ellas, por decirlo así, calcó mi recitacion. Cuando no extrajo, copió literalmente.

Eran las ocho menos cinco minutos, cuando, tomando la mano del paciente, le rogué mas que manifestara á M. L... tan claramente como le fuese posible que de seaba formalmente él, Mr Valdemar, que hiciese un experimento magnético en su persona en sus últimos momentos.

Respondió débil, pero distintamente,

que deseaba ser magnetizado, añadiendo inmediatamente despues:

—Temo mucho que lo hayais demorado demasiado tiempo.

Mientras estaba hablando empecé los pases que tenia reconocidos por mas eficaces para dormirlo.

Evidentemente se sintió influido por el primer movimiento de mi mano que atravesó su frente; pero por mas que despleglaba toda mi energia y poder, no fué posible obtener otro efecto sensible hasta las diez y diez minutos, en que llegaron á la cita los médicos D... y F.. Les expliqué en pocas palabras mi designio, y como no hiciesen objecion alguna, añadiendo que el paciente estaba ya en su período de agonia, continué sin vacilacion, cambiando, no obstante, los pases laterales por los longitudinales y concentrando mi mirada en los ojos del moribundo.

En este tiempo el pulso se habia hecho imperceptible, y su respiracion obstruida marcaba un intervao de medio minuto.

Este estado duró casi sin alternativa alguna un cuarto de hora, despues del cual un suspiro natural, aunque horriblemente profundo, se exhaló del pecho del moribundo; cesó la respiracion esténtrea, ó al menos su crepitacion se hizo insensible, y los intervalos no disminuian. Sus estremidades estaban frias, de un frio glacial.

A las once menos cinco minutos, noté síntomas inequívocos de la influencia magnética: la vacilacion vitrea del ojo se habia cambiado en esa expresion penosa de *mirada á lo interior* que no se ve nunca sino en los casos de somnambulismo y que es imposible confundir con nada; con algunos pases laterales rápidos hice palpar los párpados como cuando nos abruma el sueño, é insistiendo un poco se los hice cerrar enteramente. Pero esto no bastaba todavía en mi concepto, y por tanto continué mis ejercicios con vigor, y la proyeccion mas intensa de voluntad me era posible, hasta que conseguí paralizar completamente los miembros del durmien-

te, de pues de haberlos colocado en una posicion aparentemente cómoda. Las piernas estaban tendidas naturalmente, los brazos ligeramente doblados y descansando sobre el hecho á una distancia regular de los riñones y la cabeza ligeramente levantada.

Cuando hube hecho todo esto eran las doce dadas, y supliqué á aquellos señores que examinaran la situacion de M. Valdemar, y despues de algunas pruebas reconocieron que se encontraba en un estado decatalepsia magnética extraordinariamente perfecto.

La curiosidad de los médicos estaba grandemente excitada. El doctor D... resolvió pasar toda la noche al lado del paciente; mientras que el doctor F... se despidió prometiéndonos volver por la mañana á primera hora. M. L... y los asistentes quedaron allí.

Dejamos á M. Valdemar absolutamente tranquilo hasta las tres de la mañana, á cuya hora me acerqué á él y le encontré exactamente en el mismo estado que cuando el doctor F... se despidió; es decir, tendido en la misma posicion, con el pulso imperceptible, la respiracion dulce, apenas sensible, á no ponerle un espejo á los labios, los ojos cerrados naturalmente y los miembros tan rígidos y frios como si fueran de mármol. Pero la apariencia general no era la de la muerte.

Al acercarme á M. Valdemar hice una especie de semiesfuerzo para determinar á su brazo derecho á seguir al mio en los movimientos que describia acá y allá suavemente por cima de su persona. En otras ocasiones, cuando habia intentado estos experimentos con el paciente, nunca lo habia podido conseguir, y ahora no lo esperaba tampoco. Pero con gran sorpresa mia su brazo siguió muy dulcemente aunque indécandolas apenas, todas las direcciones que le indicaba. Entonces me determiné á ensayar algunas palabras:

—M. Valdemar, le dije, ¿dormís?

No respondió; mas yo apercibí un cierto temblor en los labios, y me ví obligado

á repetir la pregunta hasta por tercera vez.

Entonces todo su cuerpo fué agitado por un estremecimiento, los párpados se abrieron por sí mismos como para descubrir una línea blanca del globo: los labios se removieron perezosamente y dejaron escapar estas palabras en un murmullo apenas inteligible:

—Sí, duermo ahora. No me despertéis, dejadme morir así.

Toqué sus miembros, que continuaban con la misma rigidez; el brazo derecho, como antes, obedecia á la direccion de mi mano, y pregunté de nuevo al sonámbulo:

—¿Continuáis sintiendo dolor en el pecho, M. Valdemar?

La respuesta no fué inmediata; fué menos acentuada aun que la primera:

—¿Mal? no, me muero.

No creí conveniente molestarle mas por el momento, y no se hizo ni se dijo nada nuevo hasta la llegada del doctor F... que precedió un poco á la salida del sol y se admiró mucho de encontrar aun vivo al paciente. Despues de pulsarle y de aplicar el espejo á los labios, me suplicó le hablara aun, y yo obedecí diciéndole:

M. Valdemar, ¿sigue usted durmiendo?

Como antes tardó algunos minutos en responder, y durante este rato pareció reunir toda su energia para responder. Reiteré la pregunta hasta por cuarta vez, y respondió muy débilmente, pero con toda claridad:

—Sí, continúo durmiendo: duermo, me muero.

Creyeron entonces los médicos, ó mas bien, manifestaron el deseo de que se dejase á M. Valdemar en este estado de aparente calma hasta que espirase, lo que segun ellos debía suceder antes de cinco minutos. No obstante, resolví á hablarle todavía una vez, y repetí simplemente la pregunta anterior.

Mientras estaba hablando sobrevino una mudanza muy marcada en el rostro

del paciente: los ojos rodaron en sus órbitas, lentamente descubiertas por los párpados que se entrecabrian; la piel tomó un tinte general cadavérico, menos parecida á un pergamino que á papel blanco, y las dos rosetas héticas de las mejillas, que hasta entonces habian estado fijas en el pomo de cada una, se apagaron bruscamente.

Me sirvo de esta espresion porque la instantaneidad de su desaparicion me hizo recordar una bugia apagada al soplo. El labio superior al mismo tiempo se remangaba, dejando al descubierto los dientes, mientras que la mandíbula inferior cayó con un ruido casi sensible, dejando la boca abierta cuan grande era y descubriendo completamente la lengua hinchada y negra.

Presumo que todos los circunstantes estaban familiarizados con los horrores de agonía y el momento de la muerte de un hombre; mas el aspecto de M. Valdemar en aquel momento era de tal manera deforme, tan horrible y extraño, que todos los circunstantes se retiraron por un movimiento involuntario de la cama mortuoria.

Veo que he llegado á un punto donde el lector me va á negar todo crédito, y sin embargo mi deber es continuar.

No habia ya en M. Valdemar sintoma alguno de vitalidad, y conviniendo todos en que estaba muerto, le íbamos á dejar al cuidado de los ministrantes ó asistentes, cuando percibimos un fuerte movimiento de vibracion en la lengua que duró casi un minuto. Al concluir el minuto brotó de entre las mandíbulas abiertas y distendidas una voz que seria locura tratar de describir.

Hay, sin embargo, dos ó tres epítetos que podrian aplicársela como para dar una idea, y así diré que el sonido era áspero, desgarrado, cavernoso: mas su horror, su parte repugnante no es definible por la razon de que tales sonidos no han impresionado jamás á oídos humanos. Habia en él dos particularidades que pensaba en-

tonces y pienso aun poderse tomar como características de la entonacion, y que son propias para dar alguna idea de su singularidad estraterrestre. En primer lugar aquella voz parecia llegar á nuestros oídos, á los míos al menos, como de una larga distancia ó de un abismo subterráneo. En segundo lugar, me impresionó, temo que me sea imposible hacerme comprender, como las sustancias viscosas ó glutinosas impresionan al tacto.

He hablado á la par del sonido y de voz, con lo que quiero decir que el sonido era articulado, silabizado distintamente, y aun diré mas, horrible, espantosamente silabizado. Valdemar hablaba evidentemente para responder á la pregunta que le habia dirigido algunos minutos antes. Se acordará el lector que le habia preguntado «si continuaba durmiendo,» y él me respondia ahora:

—Sí, no: *he dormido* y ahora... ahora *estoy muerto*.

Ninguno de los presentes trató de negar ni aun de reprimir la indescriptible, la horripilante impresion, que estas pocas palabras de aquel modo pronunciadas, eran capaces de producir. M. L... el estudiante se desmayó: los ministrantes echaron á correr materialmente de la estancia y no hubo fuerzas humanas ni reflexiones que bastaran á hacerlos volver, y en cuanto á mis propias reflexiones no intentaré siquiera hacerlas inteligibles para el lector. Casi una hora estuvimos ocupados, sin hablar una palabra de hacer volver en sí á M. L... y cuando lo hubimos conseguido volvimos á hacernos cargo del estado de M. Valdemar.

Habia quedado cual lo he dicho antes, y el espejo no daba ya señal alguna de respiracion; se intentó una sangría al brazo derecho, sin resultado alguno, y es de decir que ya tampoco este miembro obedecia á mi voluntad, pues me esforcé en vano para hacerle seguir la direccion de mi mano.

La única indicacion real de la influencia magnética se manifestaba ahora por el

movimiento vibratorio de la lengua. Cada vez que dirigia una pregunta á M. Valdemar parecia hacer un esfuerzo para responder, pero que su volicion no era suficientemente durable.

Permanecía insensible á las preguntas que le dirigiese otro que yo, por mas que hubiese tratado de hablar en relacion conmigo á cada uno de los presentes.

Se me figura haber dicho todo lo necesario para hacer comprender el estado del sonámbulo en este período. Nos procuramos otros enfermeros, y á las diez salí de la casa en compañía de los dos médicos y de M. L...

Despues de las doce volvimos todos á ver al paciente: su estado era absolutamente el mismo. Tuvimos entonces una discusion acerca de la oportunidad y la posibilidad de despertarle, pero convinimos muy pronto en que de ello no podia resultar utilidad ninguna. Era evidente que hasta entonces la muerte, ó lo que se designa con esta palabra *muerte*, habia sido paralizada por la operacion magnética, y nos pareció evidente á todos que despertar á M. Valdemar, hubiera conducido solo á acelerar su último momento ó al menos precipitar su descomposicion.

Desde entonces hasta el fin de la semana última, un *intervalo de casi siete meses*, nos reunimos diariamente en la casa de Mr. Valdemar, acompañados de los dos médicos y de otros amigos; durante cuyo tiempo, el sonámbulo permaneció exactamente tal cual lo he descrito. La vigilancia de los enfermeros era continua.

Fué el viernes último cuando ya nos decidimos á hacer el ensayo del despertar ó al menos de tratar de despertarle, y es el resultado, deplorable quizás, de esta tentativa lo que ha dado origen á tantas discusiones en los círculos privados, á tantos rumores, en los cuales no puedo dejar de ver el resultado de una credulidad popular injustificable.

Para sacar á Mr. Valdemar del estado de catalepsia magnética en que se encontraba, hice uso de los pases acostumbrados,

que durante algun tiempo no dieron resultado ninguno. El primer síntoma de vuelta á la vida, fué un abatimiento parcial del iris, y observamos como cosa muy notable que este abatimiento fué acompañado de un flujo muy abundante, de un humor amarillento de olor acre y fétido por bajo de los párpados.

Se me sugirió entonces tratar de influir el brazo del paciente como lo habia hecho, pero no pude conseguir nada. El doctor F... manifestó el deseo de que le hiciese una pregunta, y lo hice en la forma siguiente:

—Mr. Valdemar, ¿podéis explicarnos ahora cuáles son vuestras sensaciones ó deseos del momento?

Se presentaron de pronto los círculos héticos en las mejillas; la lengua osciló, ó mas bien rodó violentamente en la boca, aunque los labios y las mandíbulas permanecian inmóviles, y al cabo de un rato, la misma voz horripilante que yo he descrito se dejó sentir.

—Por amor de Dios, pronto, pronto hacedme dormir, ó bien despertadme pronto. ¡Ya os he dicho que estoy muerto!

Me encontraba yo completamente enervado, y durante un minuto, permíame indeciso sin saber qué hacer. Hice primero un esfuerzo para calmar al paciente, pero no permitiéndome adelantar nada en este sentido la parálisis completa de voluntad, operé en sentido contrario, y me esforcé tan vivamente como pude por despertarle. Bien pronto me persuadí de que esta tentativa tendria muy pronto un éxito completo, ó al menos me lo figuré, y estoy seguro de que todos los circunstantes esperaban ver despertar al sonámbulo.

Lo que ocurrió, en vez de esto, ningun sér humano se lo puede figurar; parece fuera de los límites de lo posible.

Como yo hacia rápidamente los pases magnéticos entre los gritos de ¡muerto! ¡muerto! que estallaban materialmente en la lengua y no en los labios del paciente todo su cuerpo, de repente, en el espacio de un minuto, y aun menos, se desvaneció,

se deshizo, se pudrió absolutamente bajo mis manos. En la cama, ante los testigos, quedaba una masa repugnante, casi líquida, una abominable putrefacción.

MANUSCRITO

ENCONTRADO EN UNA BOTELLA.

Quién no tiene ya más que un momento de vida, nada tiene que ocultar.

De mi país y de mi familia, poco tengo que decir; malos procedimientos y la acumulación de los años me han hecho extraño al uno y á la otra. Mi patrimonio me permitió aprovecharme de una educación poco común, y una propensión contemplativa de mi génio, me hizo apto para clasificar metódicamente todo ese material de instrucción diligente, acumulado por un estudio precoz.

Hacían sobre todo mis delirios las obras de los filósofos alemanes; lo que no procedía de una desacordada admiración de su elocuente locura, sino del placer que, gracias á mis hábitos de rígido analista, tenía en reconocer sus extravíos y sus errores.

Se me ha reprendido la avidez de mi génio; se me ha imputado como un crimen la falta de imaginativa, y el pirronismo de mis opiniones ha hecho de mí entre los que me conocían un hombre famoso. Lo que yo creo es que una exagerada afición á la filosofía física ha impregnado mi espíritu de uno de los defectos más comunes en este siglo; quiero decir, del hábito

de referir á esta ciencia aun las circunstancias menos susceptibles de semejante relación. Sobre todo, nadie estaba menos espuesto que yo á dejarse arrastrar fuera de la severa jurisdicción de la verdad por los fuegos fatuos de la superstición.

He creído conveniente hacer esta explicación preliminar por el recelo de que la increíble recitación que voy á hacer no se considere, mas bien como el frenesí de una imaginación estraviada, que como la esperiencia positiva de un espíritu para quien las elucubraciones de la fantasía han sido letra muerta y nula.

Después de varios años consumidos en un largo viaje, me embarqué en el año XVIII... en Batavia, en la populosa y rica isla de Java para visitar el archipiélago de las islas de la Sonda. Me puse en marcha como pasajero, sin otro objeto que una nerviosa inestabilidad que me atormentaba como un mal espíritu.

Nuestro buque era un bergantín como de cuatrocientas toneladas, forrado en cobre y construido en Bombay, en el astillero de Malabar. Iba cargado de algodón lanar y aceite de las Laquedivas. Llevábamos á bordo también jarca de cocotero, azúcar de palma, aceite de manteca hervida, nueces de coco y algunas cajas de opio. El *arrumaje* ó cargamento estaba mal hecho; y por consecuencia, el buque cargaba de costado.

Hicimos á la vela con una brisita escasa, y durante varios días, quedamos á lo largo de la costa oriental de Java, sin otro incidente para distraer la monotonía de nuestra marcha, que el encuentro de algunos pequeños barquichuelos del archipiélago en que nos encontrábamos engolfados.

Una tarde, estando apoyado en la balaustrada de la duneta ó toldilla, observé una nube muy extraña y aislada hacia el Noroeste, muy notable por su color y por ser la primera que habíamos visto desde nuestra salida de Batavia. Continué observándola hasta después de puesto el sol,

en cuyo tiempo se extendió casi repentinamente de Este á Oeste, cortando el horizonte como con una banda muy marcada de vapor y apareciendo como una línea muy baja de costa.

Me llamó después la atención el aspecto rojo oscuro de la luna, y el carácter particular del mar, que sufría un cambio rápido, y cuyas aguas parecían más transparentes que de costumbre. Podía ver distintamente el fondo, no obstante que la sonda nos marcaba quince brazas de profundidad. El aire se había hecho estremadamente frío y bochornoso, y se cargaba de exhalaciones parecidas á las que se levantan del hierro caliente ó de un brasero de carbón al encenderse. Al entrar la noche, cesó toda brisa, y fuimos cogidos por una calma chicha, como no es posible concebirla: la llama de una bugía se levantaba derecha y sin oscilar, y un cabello largo, cogido entre los dedos, caía perpendicular sin el menor movimiento. Sin embargo, como el capitán decía no ver síntoma ninguno alarmante, y como declinábamos hacia la costa por el través, mandó cargar las velas y echar el áncora. No se puso vigia de cuarteo, y como la tripulación se componía principalmente de malayos, se acostó deliberadamente sobre cubierta.

Yo bajé á la cámara, no sin el perfecto presentimiento de una catástrofe, porque, en realidad, todos aquellos síntomas me hacían temer un *sinoum*. Espuse mis temores al capitán; mas no hizo caso de lo que decía, y se apartó de mí, sin dignarse contestarme. Sin embargo, el desasosiego no me dejó dormir, y á cosa de media noche subí al puente. Al poner el pié en el último escalon, quedé aterrado al oír un murmullo parecido al que produce la revolución rápida de una rueda de molino, y antes de que pudiese averiguar la causa, sentí que el navío se estremecía por su centro. Casi al mismo tiempo, un golpe de mar nos echó de costado, y corriendo por cima de nosotros, barrió completamente el puente de adelante á atrás.

La estremada furia de aquella ráfaga fué, en gran parte, la causa de la salvación del buque en aquel instante; porque aun cuando fué absolutamente sumergido, como los mástiles se habían ido por cima de bordo, se levantó lentamente un minuto después, y vacilando algunos instantes bajo la inmensa presión de la tempestad, por fin llegó á enderezarse.

No puedo decir por qué especie de milagro me salvé en aquel momento de la muerte; aturdido por el choque de la ola, me encontré cogido, al volver en mí, entre el estambor y el gobernalle. Con mucho trabajo pude ponerme en pié, y mirando vertiginosamente en derredor mio, me asaltó al pronto la idea de que nos encontrábamos en un arrecife; tan espantoso era sobre toda ponderación el torbellino de aquella marejada enorme y espumosa, en que nos veíamos envueltos.

Al cabo de algunos momentos, oí la voz de un anciano sueco que se había embarcado con nosotros en el momento mismo de zarpar. Le grité con toda la fuerza de mis pulmones, y vino dando traspiés á reunirse á mí en la popa. Pronto reconocí que éramos los únicos sobrevivientes á la catástrofe: cuanto había sobre el puente, excepto nosotros, había sido barrido de la cubierta; el capitán y la tripulación habían sido arrebatados durante el sueño, pues los camarotes habían sido anegados por el mar.

Hartos de auxiliares, no podíamos esperar hacer gran cosa para la seguridad del navío, y nuestras tentativas quedaron paralizadas por la creencia en que estábamos de que íbamos á zozobrar de un instante á otro. El cable se había hecho pedazos como una hebra de hilaza al primer soplo del huracán; á no haber sido así, hubiéramos sido sumergidos instantáneamente. Hufamos ante el mar con una velocidad espantosa, y los golpes de mar nos causaban averías visibles; el maderaje de la obra muerta de popa estaba estrepeadísimo, y casi en todas partes, el buque había sufrido mas ó menos, pero co-

gran satisfaccion nuestra, vimos que las bombas no estaban destruidas, y que el cargamento no se habia descompuesto mucho.

Lo mas recio de la tempestad habia pasado, y no teniamos que temer ya la violencia del viento, pero pensábamos con terror en el momento en que llegara á cesar, bien persuadidos de que en el estado de descalabro en que todo estaba, no podriamos resistir á la espantosa marejada que habia de seguirse. Pero este muy fundado temor no parecia tan inminente.

Durante cinco noches y cinco dias cabales, no tomamos otro alimento que algunos pedazos de azúcar de palma, sacados con mucho trabajo del castillo de proa. Nuestro buque corrió con incalculable velocidad al impulso de las ráfagas de viento que se sucedian rápidamente, y que sin igualar á la violencia del sémun, eran, sin embargo, mas terribles que ninguna de las tempestades que hasta entonces habia corrido. Durante los cuatro primeros dias, nuestro rumbo era al Sudeste, cuarto al Sud, con ligeras variaciones, y de este modo íbamos á ser arrojados á las costas de la Nueva Holanda.

Al quinto dia, el frio se hizo estremado, aunque el viento hubiese girado un cuarto hácia el Norte; el sol apareció con un brillo amarillento y enfermizo, y se levantó algunos grados sobre el horizonte, sin proyectar una luz franca; no habia ninguna nube aparente, y sin embargo, el viento arreciaba y soplabá con accesos de furia. Cerca del medio dia, á lo que pudimos juzgar, llamó nuestra atencion la fisonomia del sol: no proyectaba luz, propiamente hablando, sino una especie de fuego sombrío y triste sin reflexion, como si todos sus rayos estuvieran paralizados. Antes de sumergirse en el mar, que iba hinchándose, su fuego central desapareció repentinamente, como si hubiese sido apagado por una potencia inexplicable; no era ya sino una rueda pálida de color argéntico cuando se precipitó en el insondable Océano.

Aguardamos en vano la llegada del sexto dia, que todavia no ha llegado para mí, que para el desdichado sueco no llegará jamás. Nos vimos sepultados en las mas densas tinieblas, tanto que no hubiésemos podido distinguir un objeto á veinte pasos del buque: envolvíonos una noche eterna que no templaba ni aun la claridad fosfórica del mar á que estábamos acostumbrados bajo los trópicos. Observamos tambien que aunque la tempestad continuaba con furia siempre igual, no descubriamos ya ni aun apariencia de esa resaca ni de esas borregas que hasta entonces nos habian acompañado. Todo era horror al rededor nuestro, densa oscuridad, un desierto infernal de azabache líquido. Un terror supersticioso se iba enseñoreando del espíritu del anciano sueco, y por lo que hace á mí me encontraba sumergido en una profunda estupefaccion. Habíamos abandonado por inútil todo cuidado del buque, y agarrándonos lo mejor que pudimos al maletero de mesana, mediamos con amargura la inmensidad del Océano. No teniamos medio alguno para medir el tiempo y no podiamos formar ninguna conjetura sobre nuestra situacion. Estábamos seguros, sin embargo, de haber avanzado al Sur mas que ningun otro navegante, y nos admirábamos de no encontrar los obstáculos ordinarios de hielo. En tanto, cada minuto amenazaba ser el último, y cada ola que venia era la destinada á devorarnos.

El oleaje escedia á todo lo que yo habia imaginado como posible, y era un milagro á cada instante el no ser sumergidos.

Mi compañero de infortunio hablaba de aligerar nuestro cargamento, y me recordaba las cualidades excelentes de nuestro buque; pero yo no podía dejar de sentir la absoluta falta de esperanza, y me preparaba melancólicamente á esa palabra, que en mi concepto, nada podía diferir mas allá de una hora, puesto que á cada nudo que avanzaba el buque, el oleaje de ese mar

prodigioso y negro se hacia mas lúgubremente terrorífico.

A veces á una altura mayor que la del Albatros, nos faltaba la respiracion, y otras nos sobrecogia el vértigo descendiendo con espantosa velocidad á un infierno líquido, donde el aire se habia estancado y ningun sonido podia turbar los sueños del abismo.

Estábamos una de las veces en el fondo de estos abismos, cuando un grito repentino de mi compañero estalla siniestramente en la oscuridad. ¡Mirad, mirad! me gritaba al oido. ¡Dios omnipotente! ¡mirad! ¡mirad! Mientras hablaba, percibí una luz rojiza de brillo sombrío y triste que flotaba en las paredes del golfo inmenso, en que estaban sepultados, y proyectaba á nuestro bordo un reflejo vacilante.

Al levantar los ojos, ví un espectáculo que heló mi sangre. A una altura terrorífica, justamente por cima de nosotros, y sobre la cresta misma del precipicio, se cernia un navío gigantesco de al menos cuatro mil toneladas, que aunque montado en la cresta de una ola que tenia cien veces su altura, parecia de una dimension mucho mayor que la de ningun navío de línea ó de los de la compañía de las Indias. Su disforme casco era de un negro oscuro, que no atemperaba ninguno de los adornos comunes en los navíos; una simple fila de cañones se prolongaba desde sus *portañolas* abiertas, y reflejaba por sus superficies pulimentadas los fuegos de innumerables faules de combate que se balanceaban en los aparejos.

Pero lo que nos inspiró mayor asombro y horror es, que marchaba á toda vela á despecho de aquella mar sobrenatural y de aquella tempestad desenfundada. Cuando le vimos, no podia reconocerse mas que la proa, porque no se levantaba sino muy lentamente del negro y horrendo golfo que dejaba en pos de sí. Durante un momento, momento de indescriptible terror, hizo una pausa sobre aquella cima vertiginosa como en la ebriedad de su propia elevacion; despues vaciló, se incli-

no, y en fin, se escurrió á lo largo de aquella pendiente.

No puedo decir qué sangre fria repentina sostuvo mi espíritu, echándome atrás cuanto pude, esperé sin temblar la catástrofe que debia acabar con mi existencia. Nuestro buque no luchaba ya contra la mar, y avecinaba por la proa. Por consecuencia, el choque de la masa precipitada le hirió en aquella parte de la cubierta, que estaba ya bajo el agua, y tuvo por resultado inevitable lanzarme al aparejo del extraño navío.

Cuando yo caia, el navío se levantó en un momento de reaccion, y luego viró de bordo, y á lo que yo presumo, es á la confusion que siguió á esto á lo que debí el no ser apercibido por ninguno de la tripulacion. No tuve gran trabajo que hacer para abrimé pasó sin ser visto hasta la principal escotilla que estaba entreabierta, y encontré pronto una ocasion propicia para ocultarme en la cala. ¿Por qué hice esto? No lo sé; quizás me indujo á ocultarme un vago sentimiento de terror que se apoderó de mí al pronto, á la vista de los nuevos navegantes; no me di prisa á mostrarme á una raza de géntes, que por el rápido exámen que habia podido hacer de ellos, me habian ofrecido el carácter de una indefinible extrañeza, y tantos motivos de duda y de aprension. Así es que mi primer cuidado fué procurarme un escondite en la bodega; quité una pequeña parte del falso bordaje de manera que me proporcionase un asilo cómodo entre las enormes cotillas del navío.

Apenas habia concluido mi tarea, cuando un ruido de pasos en la bodega me obligó á hacer uso de él: un hombre pasó al lado de mi refugio con paso débil y vacilante, á quien no pude ver bien el rostro, pero sí su porte y aspecto general. Reunia en su persona todos los caracteres de la debilidad y de la caducidad: sus rodillas se yacilaban bajo el peso de los años, y todo su cuerpo estaba trémulo; iba hablando solo, y refunfuñaba en voz baja y cascada palabras que no pude comprender y

rebuscaba en un rincón donde había apilados instrumentos de aspecto extraño y cartas marinas muy maltratadas. Sus maneras eran una mezcla inexplicable de la ridiculez de la segunda infancia y de la dignidad solemne de un Dios. Después de un buen rato volvió á subir al puente, y no le ví mas.

Un sentimiento, que no encuentro palabra con qué designar, se ha apoderado de mi alma, una sensación que no admite análisis, que no tiene su definición ni explicación en los diccionarios de lo pasado, y para lo cual temo que el porvenir no encuentre explicación. Para un espíritu formado como el mio, esta consideración constituye un verdadero suplicio, porque nunca podré, conozco que nunca me será posible descifrar la naturaleza de mis ideas actuales. No es, sin embargo, extraño que estas ideas sean indefinibles, porque traen su origen en fuentes tan completamente desconocidas. Un nuevo sentimiento, una nueva entidad se ha unido á mi alma.

Hace mucho tiempo que he puesto por la primera vez mi pié sobre el puente de este navío, y los rayos de mi destino van concentrándose y sumergiéndose en un foco. ¡Gentes incomprensibles! pasan á mi lado sin reparar en mí, absortos en meditaciones, cuya naturaleza no me es dado penetrar. Ocultarme es una tontería de mi parte, porque estas gentes *no quieren ver*. No hace mas que un instante, pasaba precisamente bajo los ojos del segundo capitán; poco tiempo antes me había aventurado á entrar en la cámara del capitán mismo, y es allí donde me he procurado recado para escribir esto y todo lo que precede; pienso continuar este diario, y por mas que no pueda encontrar medio de hacerlo llegar á conocimiento del mundo, quiero, sin embargo, hacer un ensayo, y en el último instante, lo meteré en una botella y lo arrojaré al mar.

Ha sobrevenido un incidente que me ha dado mucho que pensar. Tales cosas, ¿son el producto de una casualidad indisciplinada? Me había escurrido sobre el puente, y me había tendido, sin llamar la atención de nadie, sobre un montón de flechastes y de jarcias viejas al pié del palo mayor. Sin dejar de pensar en lo extraño de mi destino, borrajéala distraídamente con una brocha de la brea los bordes de unas bonetas cuidadosamente plegadas y puestas al lado mio sobre un barril. La boneta está ahora tendida sobre sus puntas exteriores, y los toques irreflexivos de la brocha figuran la palabra **DESCUBRIMIENTO**.

He hecho recientemente varias reflexiones sobre la estructura del buque; aunque bien armado, no es de guerra; su velamen, su estructura, sus aprestos excluyen esta suposición: lo que no es, lo comprendo perfectamente; pero lo que es, temo mucho me sea imposible decirlo.

Yo no podré decir cómo esto se haga, mas al considerar las extrañas formas de su arboladura, sus proporciones colosales, esa prodigiosa colección de velas, su proa severamente sencilla y su popa de un estilo antiquísimo, me parece algunas veces que la sensación de objetos que no me son desconocidos atraviesa mi espíritu como un relámpago, y á esas sombras flotantes de la memoria va unido un inexplicable recuerdo de antiguas leyendas muy raras y de siglos muy anteriores.

Me he hecho cargo del maderaje del navío, y observo que está hecho de materiales desconocidos: veo en la madera un carácter que me llama la atención, y que me parece la hace impropia para los usos á que está destinada. Me refiere á su estremada porosidad, considerada independientemente de los daños de los estragos hechos por la carcoma, que son una consecuencia de la navegación por

estos mares, y de la podredumbre, resultado de la vejestez.

Quizás parezca mi observación demandando suél; pero se me figura que ese maderaje tiene la apariencia de encina española, si la encina española pudiera dilatarse por navíos artificiales.

Al repasar la frase precedente, se me viene á la memoria un curioso apotegma de un antiguo marino holandés, que decía cuando se ponía en duda su veracidad: «Es tan positivo, como que hay un mar donde el navío mismo crece como el cuerpo vivo de un marino.»

Hará cosa de una hora, me he atrevido á mezclarme en un grupo de hombres de la tripulación. No se han dado por entendidos de mi presencia, y como el que había visto en la sala, parecían todos ancianos decrepitos.

Sus rodillas temblaban de debilidad; sus espaldas estaban encorvadas por el peso de los años; su piel arrugada tirataba; su voz era débil, cascada y temblona; sus ojos destilaban las lágrimas brillantes de la vejez, y sus cabellos grises flotaban terriblemente al aire de la tempestad. Alrededor de ellos, á uno y otro lado del puente yacían esparcidos instrumentos matemáticos de hechura antiquísima, completamente caída en desuso.

He hablado un poco mas arriba de una boneta ó vela supletoria que se había colocado desde este momento: el buque, impedido por el huracán, no ha interrumpido su acelerado rumbo derecho al Sur, cargado de todo el aparejo disponible desde la poma de los masteleros hasta sus puntas exteriores, tocando las puntas de las vergas de sus juanetes, en el mas espantoso infierno líquido que haya podido concebir cerebro humano. Acabo de dejar el puente, por ser imposible permanecer allí mas tiempo, y sin embargo, la tripulación no aparenta hacer gran caso de ello.

En mi concepto, es un milagro asombroso que tan enorme masa no se sumerja en segundos y para siempre. Estamos, por lo visto, condenados á estar eternamente en las riberas de la eternidad, sin llegar nunca á caer en el golfo.

Corremos con la velocidad de la góndrina de mar sobre montañas de agua mil veces mas terroríficas que todo lo que yo he visto, y olas colosales levantan sus masas sobre nosotros como demonios del abismo, pero como demonios que se contentan con simples amenazas ó á quienes estuviera prohibido ofendernos. Me siento inclinado á atribuir esta buena fortuna perpétua á la única causa natural que puede legitimar semejante resultado: supongo que el navío está sostenido por alguna fuerte corriente ó remolino submarino.

He visto al capitán cara á cara y en su propia cámara, y como me lo figuro no ha reparado, ó no ha hecho caso de mí. Aunque no haya en su aspecto general cosa que revele nada superior ó inferior al hombre, sin embargo, la admiración que experimenté al contemplarlo tenía mucho de un sentimiento de respeto y de terror irresistible: es al poco mas ó menos de mi estatura, es decir, cinco piés ocho pulgadas: es muy bien formado, tomado en su conjunto; mas esta complexión no anuncia ni vigor extraordinario ni nada de particular. Pero la singularidad de la expresión de su fisonomía, la intensa, la terrible y palpable evidencia de la senectud tan entera, tan absoluta, es lo que produce en mi espíritu un sentimiento, una sensación inexplicable. Su frente, aunque poco arrugada, parece lleva el sello de una miriada de años: sus cabellos plateados son archivos del pasado y sus ojos grises son síbilas de lo porvenir. El suelo de su cámara estaba obstruido por libros rarísimos infolio de agafas de hierro, de instrumentos de ciencia desgastados y mapas antiguos de eso lo desconocido: tenía la cabeza apoyada en sus manos y con ojo inquieto y ardiente devoraba un papel que

tomé por una comision, y que en todo caso llevaba al pié una estampilla real. Habla- ba consigo mismo ni mas ni menos que como he dicho del primer marinero que ví en la cala, y con voz quejumbrosa mur- muraba algunas sílabas de un dialecto desconocido, y aunque estaba á su lado llegaba su voz á mis oidos como si estu- viese á distancia de una milla.

El buque, con todo lo que contiene, está impregnado del espíritu de los anti- guos tiempos: las gentes de la tripulacion van y vienen como las sombras de siglos pasados, y en sus ojos vive un pensamiento ardiente é inquieto, y cuando al pasar sus manos caen en la luz vacilante de los fa- nales, experimento algo completamente nuevo para mí, aunque siempre haya sido afecto hasta el frenesí á las antigüedades y haya visitado las columnas arruinadas de Balbeck, Tadmor y Pé sépolis, hasta que mi alma misma ha llegado á convertirse en una ruina.

Cuando miro en derredor de mí, me avergüenzo de mis primeros terrores: si la tempestad que nos ha perseguido hasta ahora, me hacia temblar, ¿no deberia estar ahora petrificado de espanto ante esta batalla del viento y del mar, de que las pa- labras vulgares *torbellino*, *huracan*, *si- moum* no pueden dar una idea aproxima- da? El buque está cubierto, encerrado, aprisionado materialmente en las tinieblas de una eterna noche y en un caos de agua que no hace espuma; mas á una legua de distancia á cada lado podíamos ver confu- samente y á ratos, altísimas, prodigiosas murallas de hielo que levantan sus crestas hácia un cielo desolado, como si fueran las murallas del universo.

Como me lo habia figurado, el buque estaba indudablemente en una corriente, si es que puede llamarse así una marejada que va mugiendo y azotando al través de inmensos promontorios de hielo, y permite oír hácia el Sur un ruido mas precipita-

do que el de una catarata que cae á pieco.

Concebir el horror de mis sensaciones es á lo que creo una cosa absolutamente imposible; y sin embargo, el deseo de pe- netrar los misterios de estas espantosas regiones, domina mi desesperacion y basta á reconciliarme con el mas horrible aspec- to de la muerte.

Es evidente que nos precipitamos hácia algun descubrimiento vertiginoso, hácia algun incomunicable secreto, cuyo conocimiento implica la muerte; tal vez esta corriente nos conduce al polo Sud mismo, y por extraña que pueda parecer esta suposicion, lleva, sin embargo, todas las probabilidades á su favor.

La tripulacion se pasea por el puente con paso trémulo é inquieto; pero hay en todas las fisonomías una espresion que se parece mas al ardor de la esperanza que á la apatía de la desesperacion.

En tanto tenemos siempre el viento de popa, y como llevamos una gran masa de tela, el buque á veces se levanta sobre el mar. ¡Oh! ¡horror sobre horror! El hielo se abre á derecha é izquierda repentina- mente, y giramos vertiginosamente en cír- culos concéntricos inmensos en torno de las márgenes de un inmenso anfiteatro, cuyos muros se pierden de vista en las ti- nieblas y en el espacio. Pero no me queda sinó muy poco tiempo para pensar en mi destino! Los círculos se van estrechando rápidamente, nos hundimos locamente en la estrechura del torbellino, y al través del mugido y los truenos del Océano y de la tempestad el buque tiembla, se pierde, se va á pique. (1)

(1) El *manuscrito* encontrado en una botella se publicó por primera vez en 1831, y solo muchos años despues tuve conocimiento de los mapas de Mercator, en donde se ve al Océano precipitarse por una boca en el polo al Norte y sumergirse en las en- tranas de la tierra. El polo mismo está figu- rado por una roca negra que se eleva á prodigiosa altura.—E. A. S.

LOS RECUERDOS

DE

MR. AUGUSTO BEDLOE.

A fines de 1827, viviendo cerca de Car- lotteville en la Virginia, hice, por casuali- dad, conocimiento con Mr. Augusto Bedloe. Este caballero era notable en todos con- ceptos y escitaba en mí una gran curiosi- dad y un interés profundo. Juzgué imposi- ble darme cuenta de su ser tanto físico como moral: nunca pude obtener reseña alguna positiva. ¿De dónde procedía? Nun- ca llegué á saberlo.

Aun respecto á su edad, y aunque le he llamado un caballero, habia en eso algo que me preocupaba en alto grado. Segu- ramente parecia jóven y aun afectaba ha- blar de su juventud, y sin embargo habia momentos en que no hubiera titubeado en suponerle de una edad secular. Su este- rior sobre todo era el que tenia un aspec- to particular: era extraodinariamente alto y delgado, muy cargado de espaldas, bra- zos y piernas escesivamente largos y de macrados, frente ancha y comprimida, complexion absolutamente exangüe: boca grande y movable, y dientes, aunque sa- nos, mas irregulares que los que he visto en boca humana. La espresion de su son- risa no era del todo desagradable, como podia suponerse, pero no tenia ningun género de espresion, y si tenia alguna en su conjunto, era la de una profunda me- lancolía, de una tristeza sin alternativas ni intermitencia: sus ojos eran de un tama-

ño anormal y redondos como los de un gato: las pupilas mismas sufrían una con- traccion y una dilatacion proporcionales á la intensidad de la luz, ni mas ni menos que lo que se observa en las especies fé- lines.

En los momentos de escitacion las ni- ñas de sus ojos se hacían brillantes hasta un punto increíble, y parecían rayos lu- minosos de un brillo no reflejado, sino interior; propio como los de una bugía ó los del sol; mas en su estado normal eran apagadas, inertes y nebulosas á punto de parecerse á los de un cadáver enterrado desde mucho tiempo.

Estas particularidades personales pare- cían causarle mucho enojo, y hacia con- tínuamente alusion á ellas en un estilo se- miosplicitivo, semi-justicativo que me afectó muy desagradablemente la primera vez que lo oí.

Pronto empero me acostumbré á ello, y mi disgusto se desvaneció. Parecía tener la intencion de insinuar, mas bien que de afirmar positivamente, que no siempre ha- bía sido su físico lo que era, y que una sé- rie de ataques neorálgicos le habian traído desde una condicion de belleza personal muy notable, á lo que se veía.

Hacia varios años que le asistía un mé- dico llamado Templeton, anciano, de unos setenta años, á quien habia encontrado por primera vez en Saratoga, y de cuya asis- tencia reportó en aquellos tiempos ó creyó reportar, al menos, mucho alivio. El re- sultado fué que Bedloe, que era rico, hizo un convenio con el doctor Templeton, mediante el cual, este último, en cambio de una generosa renumeracion anual, se comprometió á consagrar esclusivamente su tiempo y su experiencia médica á la asistencia del enfermo.

El doctor Templeton habia viajado en su juventud y se habia hecho en París uno de los sectarios mas ardientes de las doc- trinas de Mesmer, y solo con el auxilio del magnetismo habia conseguido aliviar los dolores agudos de su enfermo, cuyo resultado habia inspirado naturalmente á

este último cierta confianza en las opiniones que servían de base á este tratamiento. Por su parte, el doctor, como todos los entusiastas, habia procurado por todos los medios hacer de su pupilo un prosélito, y últimamente, lo consiguió tan bien, que decidió al paciente á hacer numerosos experimentos.

A fuerza de reiterados, llegaron á producir efectos, que desde mucho tiempo se han hecho harto comunes para que puedan escitar la curiosidad, pero que en la época á que me refiero, se habian presentado muy raramente en la América.

Quiero decir con esto, que entre el doctor Templeton y Mr. Bedloe se habia llegado á establecer una relacion magnética muy distinta y fuertemente pronunciada.

No pretendo, sin embargo, afirmar que esta relacion fuera mas allá de los límites de la potencia somnífera; sino que esta potencia habia adquirido un alto grado de intensidad.

A la primera tentativa hecha para producir el sueño magnético, el discípulo de Mesmer fracasó completamente: á la quinta ó á la sesta, no consiguió dormirle sino muy imperfectamente, y despues de esfuerzos pertinaces; pero ya á las doce ó trece veces el casto fué completo. Desde entonces la voluntad del paciente sucumbió rápidamente á la del médico, tanto que cuando por primera vez los conocí, el sueño se producía casi instantáneamente por un simple acto de volición del operador, aun cuando el paciente no tuviese conciencia de su presencia. Ahora en 1843 cuando tales milagros son atestiguados diariamente por millares de hombres, es cuando me atrevo á citar esta aparente imposibilidad como un hecho positivo.

El temperamento de Mr. Bedloe era en sumo grado impresionable, escitable, entusiasta: su imaginación extraordinariamente creadora y vigorosa, sacaba sin duda una fuerza adicional del uso habitual del ópio, que consumía en grandes cantidades, sin las cuales era imposible

su existencia. Acostumbraba á tomar todas las mañanas una buena dosis inmediatamente despues de su desayuno, ó mejor dicho, despues de un enorme tazon de café puro y muy cargado, porque no comía nada antes de medio día; y luego salía solo ó acompañado por un perro, á dar un largo paseo al través de la cordillera de montañas lúgubres é incultas que corren al Oeste y Sud de Charlottesville, que aquí se conocen con el nombre de *Montañas desgarradas* *vagged mountains*, rama de las *montañas azules*, lado oriental de los *Meghamis*.

En un día cubierto, cálido y brumoso de últimos de noviembre, y durante e singular interregno de las estaciones que en América conocemos con el nombre de *verano indio*, salió Mr. Bedloe á dar su acostumbrado paseo por las montañas, paseo que duró todo el día.

A cosa de las ocho de la noche, estando ya muy alarmados por su ausencia prolongada, íbamos ya á ponernos en busca de él, cuando se presentó inopinadamente, sin novedad, al parecer, y aun mas animado que de costumbre. La relacion que nos hizo de su expedición y de los acontecimientos que le habian detenido, fué á mas no poder extraordinaria.

—Os acordareis, dijo, que eran como las nueve cuando salí de Charlottesville; me dirigí, como de costumbre, hácia los montes, y como á cosa de las diez, entré en una garganta completamente desconocida para mí. Seguí todas las sinuosidades de aquel desfiladero con mucho interés; porque el espectáculo que se me presentaba de todos lados, aunque no merece quizás el título de sublime, tenía en sí un carácter indescriptible, y para mí delicioso, de lúgubre desolación. La soledad parecia absolutamente vírgen; no podía menos de creer que el verde césped y las rocas grises que pisaba, no habian sido holladas hasta entonces por planta humana. La entrada de la rambla está tan completamente oculta, y de hecho es tan inaccesible, escepto al través de una serie de ec-

identes tales, que no hacian imposible que fuese yo el primer aventurero que habiera penetrado en aquellas soledades.

La densa y extraordinaria niebla ó humo que distingue el verano indio, y que se extendía á la sazón sobre todos los objetos, profundizaba sin duda las impresiones vagas que estos objetos creaban en mí. Esta bruma poética era tan densa, que no podía distinguir nada á doce pasos de mi camino. Este camino era muy sinuoso, y como no podía verse el sol, llegué á perder toda idea de la dirección en que marchaba.

En tanto, el ópio habia producido su efecto acostumbrado, que es el de revestir todos los objetos esteriore con un tinte de particular interés; en el movimiento de una hoja, en el color de un tallo de yerba, en el brillo de una gota de rocío, en el rumor de la brisa; en los vagos aromas que vienen de la selva, se producía todo un mundo de inspiraciones, una procesion ó serie magnífica de pensamientos desordenados y rapsódicos.

Distraído con estas elucubraciones, anduve varias horas, durante las cuales la niebla se condensó en torno mio á punto de obligarme á andar casi á tientas, y entonces se apoderó una desazon inexplicable, una especie de irritación nerviosa y de temblor febril.

Llegué á temer seguir adelante, por no caer en un precipicio, y me acordé al mismo tiempo de raras historias relativas á estos sitios y de razas de hombres estravagantes y salvajes que habitan sus bosques y cavernas. Mil pensamientos vagos se agolpaban á mi imaginación y me desconcertaban, cuya vaguedad misma los hacia mas dolorosos.

De repente, hirió mis oídos un toque redoblado de tambor. Mi estupefacción fué estremada, porque un tambor en aquellas montañas es una cosa desconocida, y me hizo tal efecto, que dudo pudiera haberme producido mayor el eco de la trompeta del Arcángel. Pero pronto se presen-

tó otra causa de interés y de perplejidad mas extraordinaria; oí aproximarse un rumor salvaje y un sonido parecido al de un manojo de llaves grandes, cogidas en un llavero, y al mismo tiempo, un hombre medio desnudo, de color cobrizo, pasó por delante de mí, dando un grito agudo. Tan cerca de mí pasó, que sentí el baxo de su respiración en mi rostro: llevaba en la mano un instrumento, compuesto de una serie de anillas de hierro que movía vigorosamente al paso que corría; apenas hubo desaparecido en la niebla, cuando ví detrás de él á un animal disforme jadeante, con la boca abierta y ojos centelleantes, cuya especie me era muy conocida, una hiena.

La vista de este monstruo alivió mas bien que aumentó mis terrores; porque estaba bien seguro ya de que soñaba, y en consecuencia, hice esfuerzos y me escité de varios modos para despertar. Marché deliberada y resueltamente hácia adelante; me froté los párpados, di grandes voces, me pellizqué en varias partes, y habiendo encontrado al paso una fuente-cilla, me detuve en ella y me lavé manos, cara y cuello.

Creí sentir desvanecerse las sensaciones equívocas que tanto me habian atormentado hasta entonces. Me pareció al levantarme que era otro hombre, y proseguí resuelto y satisfecho mi camino.

Luego, rendido por el cansancio y por la pesadez abrumadora de la atmósfera, me senté bajo un árbol. En aquel momento apareció un débil rayo de sol, y la sombra de las hojas del árbol se extendió por el césped, aunque ligera, suficientemente definida. Durante algunos minutos, estuve mirando fijamente aquella sombra, lleno de estupor, porque su forma me admiraba; levanté los ojos, y ví que era una palmera.

Me levanté precipitadamente y en un estado de agitación terrible, porque la idea de que soñaba no era suficiente para tranquilizarme. Veía, sentía que estaba en el uso completo de mi razón y de mis senti-

dos, y estos sentidos me llevaban ahora á un mundo de sensaciones nuevas y extraordinarias.

El calor se hizo de repente sofocante; un olor particular cubria la atmósfera, un murmullo continuo y profundo como el que procede de un rio caudaloso que corre majestuosamente, llegó á mis oídos, mezclado con el murmullo particular de una muchedumbre de voces humanas.

Mientras escuchaba una ráfaga pasajera, pero violenta, disipó como por arte de encantamiento la niebla densa que cubria la tierra, con un asombro de mi parte, que en vano procuraria describir.

Me encontré al pié de una alta montaña que domina á una estensa llanura, al través de la cual corre un majestuoso rio, y en la ribera de este rio se levanta una ciudad de aspecto oriental, como solemos encontrarla descrita en los cuentos de *Las Mil y una Noches*, pero de carácter mas singular que ninguno de los que se ven en ellas descritos.

Desde mi posicion, que era bastante elevada, podia distinguir todas sus calles y rincones, como si estuviera grabada en un mapa; las calles parecian innumerables, y se cruzaban irregularmente en todas direcciones, pero se parecian mas á calles que á largos pasos contorneados, donde materialmente hormigueaba la gente; las casas son muy pintorescas, y á ambos lados se ve una verdadera profusion de balcones, galerías altas, azoteas, minaretes, ornacinas y torrecillas fantásticamente cortadas; abundaban los bazares y toda clase de tiendas donde se ostentaba la mas rica variedad de sedería, muselinas, cuchillería y bisutería brillante, joyería y platería de una riqueza y gusto maravillosos.

Al lado de todas estas cosas, se veian por todas partes pabellones, palanquines, literas, donde se mantenian señoras cuidadosamente envueltas en velos; elefantes fastuosamente ataviados, ídolos grotescamente tallados, banderas y estandartes, lanzas, sables, mazas doradas y plateadas.

Y entre la muchedumbre, el clamor y la confusion general, al través de un millón de hombres negros, amarillos; de turbante y albornoz, con barba flotante, circulaba una multitud innumerable de bueyes santamente adornados con cintas, mientras que legiones de monos sucios y sagrados trepaban castañeteando sus dientes y haciendo gestos por las cornisas de las mosqueas ó se suspendian de los minaretes y de las torrecillas.

De las calles hormigueantes á los muelles del rio, bajaban escalinatas innumerables que conducian á baños; mientras que el rio mismo parecia abrirse con pena un paso al través de las apiñadas naves sobrecargadas que atormentaban su superficie en todos sentidos. Del lado de allá de los muros de la ciudad, se elevaban en muchas partes formando majestuosos grupos las palmeras, los cocoteros y otros árboles seculares, gigantescos y solemnes, y acá y allá se veian campos de arroz, las cabañas del labrador cubiertas de caña, un algibe, un templete aislado, un alfar ó yasería, y por acá y por allá graciosas jóvenes que marchan hácia el rio con cantarillos á la cabeza.

Ahora direis que yo soñaba, pero os engaños; lo que yo veía, lo que oía, lo que sentía, lo que pensaba, no tenia en sí nada de los caracteres ó idiosincrasia peculiar del sueño. Todo tenia una conexión lógica y formaba un cuerpo. Dudando yo mismo si estaba despierto ó soñando, me sometí á una serie de pruebas que me convencieron bien pronto de que estaba despierto. Pero cuando alguno sueña, y en medio de su sueño piensa que está soñando, tarda poco en despertar, la sospecha no deja nunca de realizarse, y el durmiente vuelve en sí.

Novalis no se engaña cuando dice: «Cerca estamos de despertar, cuando soñamos que estamos durmiendo.» Si la vision se hubiera presentado á mí tal cual la describo, sin que hubiese sospechado que estaba soñando, entonces hubiera podido ser un sueño; pero presentándoseme, como

acabo de decirlo, sospechada y verificada como lo fué, me veo precisado á clasificarla en otro orden de fenómenos.

—En esto no digo que dejeis de tener razon, observó el doctor Templeton. Mas proseguid. Os levantásteis y bajásteis á la ciudad.

—Me levanté, continuó Bedloe mirando al médico con aire de profundo asombro; me levanté como vos decís, y bajé á la ciudad. Al paso me encontré envuelto entre un innumerable pueblo que obstruia todos los caminos, dirigiéndose todos á un mismo punto y mostrando en sus ademanes la mas violenta agitacion. De repente, y yo no sé bajo qué prevision inconcebible, me sentí profundamente penetrado por un interés personal en todo lo que iba á suceder: me parecia que tenia un papel importante que hacer, sin darme cuenta exactamente de lo que era. Esperimentaba á veces un profundo sentimiento de animosidad contra la muchedumbre que me oprimia en todas direcciones. Me sustraje al fin de aquella baraúnda por un camino circular, y llegué apresuradamente á la ciudad, donde entré, y que encontré entregada á un tumulto violento y presa de la discordia.

Un pequeño destacamento de hombres equipados medio á la europea y medio á la manera india, mandados por caballeros que llevaban un uniforme á la inglesa casi, sostenia un combate muy desigual contra la muchedumbre, que hormigueaba en las avenidas. Me incorporé á aquella corta falange, me apoderé de las armas de un oficial muerto en el combate, y herí á diestro y siniestro con la ferocidad nerviosa de la desesperacion. Pronto nos vimos arrollados por el número y obligados á refugiarnos en una especie de kiosko, donde nos hicimos fuertes, y por de pronto nos quedamos en seguridad. Por una aspillera cerca de la cima del kiosko, ví á una multitud en agitacion furiosa, rodeando y asaltando un hermoso palacio que dominaba al rio; por una de las ventanas altas de palacio descendió muy luego un hombre

de apariencia afeminada, por medio de una cuerda hecha con los turbantes de sus domésticos, y en un buque que estaba próximo, se embarcó y ganó la orilla opuesta del rio.

Un nuevo objeto tomó en seguida posesion de mi alma: dirigí algunas palabras á modo de arenga á mis compañeros, y habiendo conseguido traer á algunos á mi designio, hice una salida furiosa. Nos precipitamos sobre la muchedumbre que sitiaba el kiosko, que huyó delante de nosotros mas se rehicieron, empezaron á pelear como desesperados y luego se retiraron de nuevo; en esto nos habiamos apartado demasiado del kiosko, y andábamos perdidos y embarazados en calles estrechas, ahogadas por altas casas, en el fondo de las cuales nunca habia penetrado el sol. El populacho iba estrechándonos cada vez mas; nos amenazaba con sus lanzas, y nos abrumaba bajo nubes de flechas. Estas últimas eran notables, y se parecian en cierto modo á los kris é ensortijados de los malayos que imitan el movimiento de una serpiente que se arrastra, largas y negras con la punta envenenada. Una de ellas me hirió en la sien derecha, di dos ó tres volteretas, y caí; un dolor de cabeza instantáneo y terrible se apoderó de mí; me agité, me esforcé por respirar y morí.

—No creo que os obstináreis ahora en creer que toda vuestra aventura no es un sueño, le dije yo sonriéndome. ¡Oh! ¿estais decidido á sostenerme que estais muerto? Cuando hubie dicho estas palabras esperé alguna buena ocurrencia de Bedloe por vía de contestacion; pero con gran asombro mio vaciló, tembló, se puso horriblemente descolorido y guardó silencio. Miré á Templeton y lo ví derecho, casi envarado en su silla, tiritando y con los ojos que casi se le iban de la cara.

—Continuad, dijo al fin á Bedloe con voz ronca.

—Durante algunos minutos, prosiguió este último, la única impresion, la única sensacion que esperimenté, fué la de la

noche y la del no ser, con la conciencia de que había muerto. Después de mucho tiempo me pareció que una sacudida violenta y repentina como la de la electricidad atravesó mi alma, y con esta sacudida vino el sentido de la elasticidad y de la luz. En cuanto á esta última yo la sentí, pero no la ví. De pronto se me figuró que volaba de la tierra, pero no poseía ya mi presencia corporal, visible, audible, palpable. La multitud se había retirado; el tumultuoso motín había cesado, la ciudad estaba comparativamente tranquila: por bajo de mí yacía mi cuerpo con la flecha en la sien y la cabeza hinchada y desfigurada. Pero todas estas cosas las sentía, pero no las veía; no tomaba interés por nada, y hasta el cadáver me parecía un objeto que nada tenía que ver conmigo. Ya no tenía ni voluntad ni deseo de ninguna clase, pero me pareció que estaba puesto en movimiento y que volaba ligero fuera del recinto de la ciudad por los mismos pasos por donde había entrado. Cuando hube alcanzado en la montaña el sitio del desfiladero donde había encontrado la hiena, experimenté de nuevo una sacudida como la de una pila galvánica: el sentimiento de la pesadez, el de la volición, el de la sustancia volvieron á mí y me hice yo mismo, mi propio individuo y me vine á toda prisa hácia casa. Mas lo pasado no ha perdido nada de la energía viva y de la realidad, y ahora mismo no puedo obligar á mi inteligencia, ni aun por un instante á considerar todas estas cosas como un sueño.

—No lo era, dijo Templeton con tono solemne, pero sería difícil decir que otro término le cuadre mejor. Supongamos que el alma del hombre moderno está al borde de algunos prodigiosos descubrimientos psicicos, y contentémonos con esta hipótesis. Por lo demás, tengo algunas aclaraciones que hacer. Ahí tenéis una pintura á la acuarela que ya os hubiera mostrado hace mucho tiempo, si un indefinible sentimiento de horror no me lo hubiera impedido hasta ahora.

Ambos miramos la pintura que nos presentaba: yo no ví en ella cosa que me llamara la atención, mas en Bedloe hizo un efecto prodigioso; apenas la hubo mirado estuvo á punto de desmayarse. Y sin embargo, no era mas que un retrato en miniatura hecho con extraordinario primor de su propia fisonomía tan original. Al menos éste fué el efecto que me hizo al mirarlo.

Reparad la fecha de este trabajo, dijo Templeton: ahí está apenas visible: 1780.

Es en ese año, cuando se hizo este retrato, que es el de un amigo difunto, monsieur Odel, con quien contraí íntimas relaciones en Calcutá, durante la administración de Varreag Hastings. Yo no tenía, á la sazón, mas de veinte años, y cuando por la primera vez os vi, Mr. Bedloe en Saratoga, fué el maravilloso parecido que encontré entre vos y el retrato, lo que me determinó á acercarme á vos á solicitar vuestra amistad y procurar esos arreglos que hicieron de mí vuestro compañero perpetuo. A hacerlo así me movieron en parte, y quizás muy principalmente los recuerdos llenos de doloroso afecto al difunto, y en lo demás una curiosidad inquieta respecto á vos, que no estaba exenta de terror.

En vuestra narración de la visión que se ha presentado á vos en las montañas, habeis descrito con todos sus detalles, la ciudad india de Benarés sobre Riosanto. Los agrupamientos, los combates, la mortandad eran los episodios reales y efectivos de la insurrección de Cheite-Sing, que tuvo lugar en 1780, en que Hastings corrió graves peligros: el hombre que se descolgaba por la ventana con la cuerda hecha con los turbantes de su doméstico, era el mismo Cheite-Sings y el destacamento del kiosko estaba compuesto de cipayos y de oficiales ingleses con el mismo Hastings á la cabeza.

Yo hacia parte de aquel destacamento é hice cuanto me fué posible por impedir aquella imprudente y funesta salida del oficial que cayó en el combate bajo la fle-

cha envenenada de un bengalí. Ese oficial era mi amigo mas querido, era Oldeb. Vereis por este manuscrito,—aquí el narrador sacó un libro de notas mas que cartera—algunas, de cuyas páginas parecían recién escritas, en que mientras que vos pensabais esas cosas en la montaña, estaban ocupado en describir las, ó de trasladarlas al papel.

Una semana después de esta conversación apareció en un periódico de Charlottesville el artículo siguiente:

«Tenemos el sentimiento de anunciar el fallecimiento de Mr. Augusto Bedloe, caballero que con su agradable trato y muchas virtudes se había granjeado el aprecio de los ciudadanos del Charlottesville.

«Mr. B. padecía desde algunos años una neuralgia que varias veces había puesto en riesgo su existencia, pero no puede considerarse como la causa inmediata de su muerte.

«Esta ha sido de un carácter raro y especial: en una escursión que hizo dias pasados á *Ragged Mountains*, contrajo un ligero pasmo con calentura á que sobrevino una congestión sanguínea. El doctor Templeton, para aliviarle, recurrió á una evacuación tópica de sangre, y se le pusieron sanguijuelas á las sienas. El enfermo murió á muy poco, en un tiempo horriblemente corto, y viendo qué causa habría podido acarrear tan inesperada catástrofe, se encontró en el frasquito que contenía las sanguijuelas, una de esas sanguijuelas vermiculares, venenosas que se encuentran de vez en cuando en los estanques circunvecinos.

«Esta sanguijuela se clavó espantosamente en un ramo de la arteria de la sien derecha: su mucha semejanza con la sanguijuela medicinal hizo que no se advirtiese á tiempo la fatal presencia del animalucho venenoso.

«N. B. La sanguijuela venenosa de Charlottesville puede distinguirse siempre de la medicinal por su color negro, y especialmente por sus giros ó movimientos ver-

miculares que se parecen mucho á los de la culebra.»

Me encontré con el editor del periódico en cuestión y hablamos de este extraño accidente, cuando me ocurrió preguntarle por qué se había impreso el nombre del difunto con la ortografía *Bedlo*.

—Presumo, dije, que tendríais alguna autorización para escribirlo así; pues yo tenía entendido que ese apellido debía escribirse con *e* final.

—¡Autorización! replicó, no. Es un simple error de caja. El apellido es *Bedloe* con *e* final; eso es sabido de todo el mundo, y yo jamás lo he visto escrito de otro modo.

—Es posible, repliqué yo despidiéndome y dando media vuelta para andar, que una verdad sea mas estraña que todas las ficciones, porque ¿qué viene á ser *Bedlo* sin *e*, sino *Oldeb* al revés? ¡Y este hombre dice que es un error de caja!

MORELLA.

El mismo, por sí mismo, consigo mismo, homogéneo eterno.

El afecto que yo experimentaba hácia mi amigo Morella, era un afecto muy profundo, pero muy extraño. Habiéndola conocido hace muchos años, por casualidad, mi alma desde nuestro primer encuentro ardió en fuego que jamás había experimentado. Pero este fuego no era de Eros, y fué para mí un amargo tormento la convicción creciente de que no podría nunca conocer su carácter ó índole particular, ni regularizar su intensidad errática. Sin embargo, nos convinimos y unimos nuestro

destino por medio del matrimonio. Jamás la hablé con pasión; ni pensé con ella en el amor, y sin embargo, hufa de la sociedad y consagrándose á mí toda, me llegó á hacer feliz.

Ser admirado, ¿no es una felicidad?—y soñar, ¿no es una felicidad también?

La erudición de Morella era vastísima, y como espero hacerlo ver, sus talentos no eran de un orden secundario, y el poder de su imaginación era gigantesco: Yo lo conocí, y en muchas cosas me hice su discípulo. Sin embargo, conocí bien pronto que Morella, como educada en Presburgo, hacia alarde ante mí de muchos de esos escritos místicos que se consideran generalmente como la espuma de la más elevada literatura alemana. Por razones que no podía concebir, estos libros eran el objeto de su estudio constante y favorito, y si con el tiempo vine yo á hacer lo mismo, no hay que atribuirlo sino á la simple, pero muy eficaz influencia del hábito y del ejemplo.

En todas estas cosas, si yo no me engaño, mi razón no tenía nada que hacer: mis convicciones, ó yo no me conozco, no estaban en manera alguna basadas sobre lo ideal, y á menos de que también me engañe grandemente, no se me figura que haya podido descubrirse tintura de misticismo en mis escritos, ni en mis acciones, ni en mis pensamientos.

Perseguido de esto me abandoné ciegamente á la dirección de mi mujer, y me engolfé con corazón despreocupado é impertérrito en el laberinto de sus estudios. Y cuando engolfándome en unas páginas malditas, sentía despertarse en mí un espíritu también maldito, venía Morella poniendo su mano fría sobre las mías, y removiendo en las cenizas de una filosofía muerta algunas graves y singulares palabras, que or su sentido extravagante se incrustaban en mi memoria: Y entonces, echado á su lado, me estaba horas y horas distraído, y me bañaba en la música de su voz, hasta que esta melodía á la larga se infestaba de terror, y caía sobre mi al-

ma una sombra que me hacia palidecer y estremecer interiormente al eco de esos sonidos demasiado extraterrestres. De este modo el placer se desvanecía en el horror, y el ideal de lo bello se hacia el ideal de lo horrible, como el valle del Hinom se ha convertido en la Gehenne ó cementerio.

Es inútil establecer aquí el carácter exacto de los problemas, que surgiendo de la lectura de los libros indicados hicieron durante mucho tiempo el objeto casi esclusivo de la conversacion entre Morella y yo.

Las gentes instruidas en lo que se puede llamar la moral teológica los supondrán fácilmente y los que son literatos no comprenderían en ese caso sino muy poca cosa. El estraño panteísmo de Fitché, la palingenesia modificada de los pitagóricos, y sobre todo la doctrina de la identidad, cual es presentada por Shelling, eran generalmente los temas de discusion que ofrecian mas encanto á la imaginación de Morella.

Esta identidad dicha personal, lo hace consistir Locke muy juiciósamente, á lo que creo, en la permanencia de ser racional. En cuanto que por persona entendemos una esencia pensadora dotada de razón, y en cuanto existe una conciencia que acompaña siempre al pensamiento, es esa conciencia la que nos hace ser lo que llamamos yo, distinguiéndonos así de los otros seres que piensan, y dándonos nuestra identidad personal. Mas el *principium individuationis*, la noción de esa identidad que al tiempo de morir es ó no perdida para siempre, fué para mí toda la vida un problema del mayor interés, no solo á causa de la naturaleza inquietante y embarazosa de sus consecuencias, sino también á causa de la manera apasionada con que hablaba de ella Morella.

Pero, en verdad, ha llegado el tiempo ahora en que el misterio de la naturaleza de mi mujer me oprimia como un encanto; yo no podia soportar el contacto de sus dedos pálidos, ni el timbre profundo de

su voz armónica, ni el brillo de sus ojos melancólicos. Ella sabia todo esto, y no me lo echaba en cara; parecia tener conciencia de mi debilidad, de mi locura, y sonriéndose llamaba á eso el destino. Aparentaba de este modo tener conocimiento distinto de la para mí desconocida causa de la alteracion gradual de mi afecto; pero no me daba esplicacion ninguna, ni aludia nunca á la naturaleza de esta causa.

Morella, en tanto, no era mas que una mujer, y se desmejoraba cada dia: con el tiempo llegó á fijarse en sus mejillas una mancha purpurina, y las venas azules de su frente pálida se hicieron prominentes. Yo me sentia á veces conmovido de lástima y dolor, pero un momento despues contraba el brillo de sus ojos, cargados de pensamientos, y entonces mi alma se encontraba á disgusto, y experimentaba el vértigo de aquel, cuya mirada se ha fijado en algun lúgubre é insondable abismo.

¿Me atreveré á decir que entonces deseaba con un deseo intenso y devorador la muerte de Morella? Así sucedió: mas su frágil espíritu se adhirió á su habitáculo de arcilla durante muchos dias, muchas semanas y muchos meses fastidiosos, tanto, que al fin mis nervios atormentados se sobrepusieron á mi razón y me puse furioso contra estas dilaciones, y con un corazón de demonio, maldije los dias, las horas y los minutos amargos que parecia se prolongaban sin cesar, al paso que su noble vida declinaba, como las sombras á la venida de la noche.

Mas una tarde de otoño, en medio de la calma mas profunda de los elementos, me llamó Morella á la cabecera de su cama. Habia una niebla intensa y un cierto vapor sobre las aguas, y al ver los esplendores de octubre en el follaje de los bosques, se hubiera dicho que un hermoso arco iris se habia dejado caer del firmamento.

—Hé aquí el dia de los dias, dijo al acercarme, el mas hermoso de los dias para morir ó para vivir; es un hermoso

dia para los hijos de la tierra ó de la vida, y mucho mas hermoso aun para los hijos del cielo ó de la muerte.

La besé en la frente, y continuó:

—Voy á morir, y sin embargo, viviré.

—¡Morella!...

—No han venido esos dias en que te hubiera sido permitido amarme, pero á la que viva aborreciste, muerta la adorarás.

—¡Morella!...

Repite que voy á morir. Mas en mí hay una prenda de ese amor ¡oh, qué escaso amor! que me has tenido á mí, á Morella. Y cuando mi espíritu se vaya, la criatura vivirá; tu criatura, mi criatura, Morella. Pero tus dias estarán llenos de amargura, de esa amargura, que es la mas durable de las impresiones, como el ciprés es el mas vivaz de los vegetales. Porque las horas de tu felicidad han pasado, y la alegría no se cosecha dos veces en una vida, como las flores del *pastum* no se abren dos veces en un año. No jugarás ya con el tiempo el juego del hombre de Teos; el mirto y el pámpano te serán desconocidos, y adonde quiera que fueres, llevarás contigo tu mortaja como el musulman de la Meca.

—¡Morella! exclamé yo, Morella... ¿cómo sabes tú eso?

Volvióse del otro lado: un ligero estremecimiento conmovió su cuerpo; murió, y ya no oí su voz.

Como habia predicho, la criatura que al morir habia dado á luz, y que no respiró hasta que la madre hubo espirado; su criatura, que era una niña, vivió y creció extraordinariamente en talla y en inteligencia, y se hizo el retrato la imagen misma de la que habia partido, y la amé con el mas ferviente amor que es posible tener á ninguna criatura de la tierra.

Pero antes de mucho tiempo, el cielo de este puro afecto se nubló, y la melancolía, el horror y la angustia desfilaron por él á manera de nubes. He dicho que la

criatura creció extraordinariamente en talla y en inteligencia.

Estraordinario fué en verdad el rápido desarrollo de su físico; pero terrible, ¡oh! muy terribles fueron los tumultuosos pensamientos que se amontonaron sobre mi espíritu, mientras observaba el desarrollo de su sér intelectual. ¿Podía ser otra cosa cuando todos los días descubría en los conceptos de la criatura la potencia adulta y las facultades de la mujer? ¿cuando las lecciones de la esperiencia caían de los labios de la infancia? ¿cuando veía á cada momento brotar la sabiduría y las inclinaciones de la edad madura de aquellos ojos grande y meditativos? Cuando todo esto, digo, hirió mis ojos espantados, cuando me fué imposible negarme á la evidencia, ¿se extrañará que sospechas de una naturaleza terrible, inquietante, se despertasen en mi mente y que mis ideas recayesen con horror en los cuentos estraordinarios y las penetrantes teorías de Morella? Sustraje á la curiosidad del mundo á un sér que el destino me mandaba adorar, y en el sistemático retraimiento de mi casa, velé con ansiedad mortal sobre todo lo que concernía á la criatura amada.

Y como los años pasaban, y como todos los días contemplaba su santo, su dulce, su elocuente rostro, y como iba estudiando sus formas al paso que se iban desarrollando, todos los días descubría nuevos puntos de semejanza entre la hija y la madre, entre la melancólica y la difunta.

Y de momento á momento, se iban condensando estas sombras de semejanza, cada vez mas completas, mas definidas, mas inquietantes y mas horrorosamente terribles en su aspecto. Porque que su sonrisa se pareciese á la sonrisa de su madre, podía pasar, y se concibe perfectamente; pero esta semejanza era una *identidad* que me horripilaba: que sus ojos se pareciesen á los de Morella, podía soportarlo; pero tambien penetraban muy á menudo en las profundidades de mi alma con el estraño

é intenso pensamiento de Morella; y en el contorno de su frente prominente y en los rizos de su sedosa cabellera, y en sus dedos pálidos que por *hábito* llevaba á ellos, y en el timbre grave y cadencioso de su palabra, y sobre todo, ¡oh! sobre todo en las frases y las expresiones de su madre, de la difunta, cayendo de los labios de la hija, de la muy amada, de la viva, encontraba pasto para un pensamiento horrible y devorador, para un gusano que no quería morir.

Así pasaron dos lustros de su vida, y todavia mi hija no tenia nombre en la tierra. *Mi hija* y *mi amor* eran los nombres que habitualmente me dictaba el amor paternal, y la severa reclusion de su existencia se oponía á otra relacion: el nombre de Morella no existía para ella; nunca habia hablado á la hija de la madre, porque me era imposible hablar de ella. En verdad, durante el corto período de su existencia, la hija no habia recibido impresion ninguna del mundo exterior, excepto las que hubieran podido serle suministradas en los estrechos límites de su retiro.

Con el tiempo, sin embargo, la ceremonia del bautismo se presentó á mi espíritu enervado y agitado como queda dicho, como la hora feliz de verme libre de los terrores de mi destino.

En las fuentes bautismales, vacilé acerca del nombre que la habia de poner, y una multitud de epítetos de sabiduría y de belleza, nombres tomados de los tiempos antiguos y modernos, de mi país y de fuera de mi país, vinieron á agolparse á mis labios con otra multitud de sobrenombres encantadores de nobleza, de felicidad y de bondad.

¿Quién me inspiró entonces agitar el recuerdo de la muerta enterrada? ¿Qué demonio me inspiró indicar un nombre, cuyo simple recuerdo hacia siempre refluir mi sangre á torrentes desde las sienas al corazón? ¿Qué mal espíritu habló desde el fondo de los abismos de mi alma, cuando bajo esas bóvedas oscuras y en el si-

lencio de la noche, murmuré á los oídos del santo varón las sílabas Morella? ¿Qué sér mas que diabólico puso en conyusion las facciones de mi hija y las cubrió con los tintes de la muerte, cuando estremeciéndose al oír este sonido apenas perceptible, volvió sus ojos límpidos del suelo al cielo, y cayendo de rodillas sobre el negro pavimento de nuestro enterramiento de familia, respondió: *aquí estoy?*

Estas simples palabras cayeron distintas, frias, tranquilamente distintas en mi oído, y de allí, como plomo derretido, rodaron silbando por mi cerebro. Los años podrán pasar; mas el recuerdo de aquel instante, jamás. ¡Ah! las flores y los pámpanos no eran cosas desconocidas para mí; mas el acónito y el ciprés me hacen sombra de día y noche.

Perdí todo sentimiento del tiempo y del espacio, y las estrellas de mi destino desaparecieron del cielo, y desde entonces la tierra se hizo tenebrosa, y todas las figuras de la tierra pasaron sobre mí como sombras chinescas, y entre ellas solo distinguía á una... ¡Morella! Los vientos del firmamento no suspiraron á mis oídos mas que un suspiro, y el oleaje del mar murmuraba incesantemente: ¡Morella! Pero ella murió, y con mis propias manos, la llevé á su tumba, y reí con amarga y prolongada risa cuando en el nicho donde deposité á la segunda, no descubrí vestigio ninguno de la primera Morella.

LIGEIA.

Está allí dentro la voluntad que no muere. ¿Quién conoce las misteriosas de la voluntad ni tampoco su poder? Porque Dios no es sino una gran voluntad que penetra en todas las cosas por la necesidad que le es propia. El hombre no es menos que los ángeles, y no se rinde enteramente á la muerte, sino por la debilidad *infermle* de su pobre voluntad.

JOSE GLAUVILLE.

No puedo decir, lo afirmo formalmente, cómo, cuándo, ni en dónde conocí por primera vez á Lady Ligeia. Muchos años hace y largos padecimientos han debilitado mi memoria, ó tal vez no puedo ya recordar ahora estos puntos, porque, en verdad, el carácter de mi muy amada, su rara ilustración, su género de belleza tan estraordinario, tan plácido, y la penetrante é imponente elocuencia de su profunda palabra armónica han penetrado mi corazón de una manera tan dulce, tan constante, tan furtiva que no me he percibido de ello ni tenido nunca conciencia de ello.

Creo, sin embargo, que la encontré por primera vez, y varias veces desde entonces, en una grande y muy mal parada ciudad de las orillas del Rin. De su familia, nunca, de seguro, me ha hablado; pero no me cabe duda de que era muy antigua.— ¡Ligeia! ¡Ligeia!— Empeñado, abstraído en estudios que por su naturaleza son mas propios que otro alguno para amortiguar las impresiones del mundo exterior, me basta esta voz dulcísima de Ligeia para traer á mi memoria la imagen de la que ya no existe. Y ahora, mientras estoy escribiendo, se me ocurre como una luz, que

jamás he sabido el nombre de familia de la que fué mi amiga y mi amante, la que se hizo luego mi compañera de estudios, y en fin, la esposa de mi corazón. ¿Fué á consecuencia de alguna orden caprichosa de mi Ligeia ó una prueba de la inmensidad de mi amor á ella, el no haber tomado ninguna reseña sobre este punto? ¿O mas bien era un capricho mio, una ofrenda extravagante y romántica presentada en el altar de la adoracion mas apasionada? Yo no recuerdo el hecho sino confusamente, y por consecuencia no hay que extrañar que haya olvidado enteramente las circunstancias que le dieron nacimiento ó que la acompañaron. Y en verdad, si alguna vez el espíritu novelesco; si alguna vez el pálido *Astophet* del idólatra Egipto de alas tenebrosas, han presidido, como se dice, á los matrimonios de siniestro augurio, sin duda alguna ha sido uno de ellos el mio.

Hay, sin embargo, un objeto muy querido, acerca del cual mi memoria no ha perdido un ápice, y este es la *persona* de Ligeia.

Era de aventajada estatura, algo delgada, y aun en sus últimos dias muy desgarnada: querría en vano describir la majestad y la soltura reposada de su andar, la ligereza incomprensible, la elasticidad de su paso; iba y venía como una sombra. Nunca me apercibí de su entrada en mi estudio, sino por la dulce melodía de su voz, clara y profunda, cuando ponía su mano marmórea sobre mis hombros. En cuanto á la hermosura de su rostro, ninguna mujer ha tenido semejante: de un sueño de ópico, una visión áerea y encantadora, mas estrañamente celestial que las visiones que voltean en las almas adormecidas de las hijas de Dalos. Sin embargo, sus facciones no estaban vaciadas en ese molde regular que falsamente se nos ha enseñado á reverenciar en las obras clásicas del paganismo. «No hay belleza aquí, dijo lord Verulam hablando con exactitud de todas las formas y de todos los géneros de belleza, sin una cierta estrañeza en

las proporciones.» No obstante, aunque yo viese que las facciones de Ligeia no eran de una regularidad clásica, aunque yo conociese que su belleza era verdaderamente esquisita y estaba fuertemente penetrada de esa estrañeza, de esa cosa particular, de ese *no se qué*, me he esforzado inútilmente por descubrir esa irregularidad y he perseguido hasta en su fondo mi percepción de lo estraño. Examinaba el contorno de su frente elevada y descolorida, una frente intachable,—cuanto esta palabra es descolorida, aplicada á unamagstad tan divina—el cutis rivalizando con el mas puro marfil, la actitud imponente, la calma, el gracioso realce de las regiones supra-siénicas; y por último, aquella cabellera de un negro azabache, lustrosa, exuberante, naturalmente rizada y demostrando toda la fuerza de la espresion homérica, *cabellera de Jacinto*. Consideraba el perfil delicado de la nariz,—y no recuerdo haber visto sino en las medallas hebreas semejante perfeccion—el mismo corte, la misma superficie unida y tersa, aque-la misma tendencia casi imperceptible á la aguilena, aquellas mismas aberturas armoniosamente redondeadas, revelando una respiracion fácil.

Si contemplaba su boca, encontraba en ella el conjunto de todas las perfecciones; el contorno glorioso del lábio superior un poco corto, el aire dulce voluptuosamente del inferior, las comisuras que formaban un hoyito á cada lado, y su coloracion tan espresiva; los dientes que reflejaban cada rayo de la luz bendita que caía sobre ellos de sus sonrisas plácidas y serenas, pero siempre radiantes y arrelatadoras. Analizaba la forma de la barba y encontraba en ella la gracia en la anchura, la dulzura y la majestad, la plenitud y la espiritualidad griegas, ese contorno que el Dios Apolo reveló solamente en sueños á Cleómenes, hijo de Cleómenes de Atenas. Últimamente miraba los rasgados ojos de Ligeia.

Para los ojos no encontraba en la antigüedad tipo de comparacion: acaso era en los ojos de mi queridísima Ligeia donde

se ocultaba el misterio de que habla lord Verulam. Eran, en mi concepto, mayores que los ojos ordinarios de la humanidad: mejor rasgados que los mas hermosos ojos de Gazelá de la tribu del valle de Nourjahad. Pero era solo á ratos, en los momentos de excesiva animacion, cuando esta particularidad se hacía especialmente reparable; en aquellos momentos, su belleza era tal, (al menos así se representaba á mi imaginacion fascinada) que escedía á la de las hurfes de los turcos.

Las pupilas de sus ojos eran de un negro brillante, guarnecidas de pestañas del mismo color, largas y arqueadas, y sus cejas de un dibujo ligeramente irregular, pero negras tambien. Sin embargo, la particularidad, la estrañeza que yo encontraba en sus ojos, era independiente de su forma, de su color, de su brillo, y debía atribuirse decididamente á su espresion. ¡Ah! palabra que no tiene sentido! ¡un puro sonido! ¡vasto espacio donde se atrinchera nuestra ignorancia completa de la espiritual!.. ¡La espresion de los ojos de Ligeia! ¡Cuántas y cuán largas horas he meditado acerca de eso! ¡Cuántas veces, durante noches enteras de Esto me he esforzado por sondarla! ¡Qué era, pues, ese yo no sé qué, era alguna cosa mas profunda que el pozo de Demócrito que yacía en el fondo de las pupilas de mi muy amada Ligeia? ¿Qué era? Yo estaba poseido por la pasion. ¡Esos ojos, esas anchas, esas brillantes, esas divinas niñas, se habian hecho para mí las estrellas gemelas de Leda, y yo era para ellas el mas ferviente de los astrólogos!

Quizás no hay caso, entre las muchas incomprensibles anomalías de la ciencia psicológica, que sea mas notable, mas esitante que aquel, descuidado á lo que creo en nuestras escuelas, que de nuestros esfuerzos por traer á la memoria una cosa olvidada desde mucho tiempo, nos encontramos á veces en el borde mismo del recuerdo, sin poder, no obstante, recordarlo. ¡Oh! ¡cuántas veces en mi ardiente análisis de los ojos de Ligeia, he sentido

aproximarse el completo conocimiento de su espresion!

¡Lo he sentido aproximarse, pero no ha llegado á hacerse mio, y á la larga ha concluido por desvanecerse enteramente! ¡Oh misterio! ¡el mas estraño de los misterios! he encontrado en los objetos mas comunes del mundo una série de analogías para esta espresion. Quiero decir que desde la época en que la hermosura de Ligeia penetró en mi espíritu y se instaló en él como en un relicario, encontré en varios seres del mundo material una sensacion análoga, á la que se esparcía sobre mí y en mí bajo la influencia de sus anchas y luminosas pupilas; y sin embargo, de eso no me siento menos incapaz de definir ese sentimiento, de analizarlo y aun de formar de él una percepción distinta. Le he reconocido á veces, lo repito, en el aspecto de una vid rápidamente formada, en la contemplacion de una mariposa, de un faleña, de una crisálida, de una corriente de agua precipitada: la he encontrado en el Océano, en la caída de un meteoro; la he sentido en las miradas de algunas personas estraordinariamente ancianas.

Hay en el cielo una ó dos estrellas, pero muy particularmente, una de sexto tamaño, doble y voluble que se encuentra cerca de la grande estrella de la lira, que vistas con el telescopio, me han hecho una impresion análoga.

Me he sentido lleno por ciertos sonidos de instrumentos de cuerdas, y algunas veces tambien por pasajes de lecturas. Entre los innumerables ejemplos que podría citar, me acuerdo muy bien de un pasaje de José Glauville, que quizás, á causa de su especialidad, ¿quién sabe? me ha inspirado siempre el mismo sentimiento: «Está allí dentro la voluntad que no muere. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad, ni tampoco su poder? Porque Dios no es sino una grande voluntad que penetra todas las cosas por la intensidad que le es propia. El hombre no es menos que los ángeles, y no se rinde enteramente á la

muerte sino por la debilidad de su pobre voluntad.»

A fuerza de tiempo y por reflexiones subsecuentes, he llegado á determinar cierta relacion remota entre este pasaje del filósofo inglés y una parte del carácter de Ligeia. Una *intensidad* particular en el pensamiento, en la accion, en la palabra, era quizás en ella el indicio, ya que no el resultado de ese gigantesco poder de volicion, que durante nuestras largas relaciones, hubiera podido dar otras y mas positivas pruebas de su existencia.

De entre todas las mujeres que yo he conocido, ella, la siempre plácida Ligeia, de exterior tan calmoso, era la presa mas atormentada por el tumultuoso buitre de la cruel prision. Y yo no podia valuar esa pasion sino por la prodigiosa expansion de aquellos ojos que me estasiaban y me aterraban á un mismo tiempo, por la melodía casi mágica, la modulacion, la limpidez y la dulzura de su voz profunda y por la salvaje energía de las extrañas palabras que pronunciaba habituamente, y cuyo efecto se duplicaba por el contraste de su expresion.

He hablado de la ilustracion de Ligeia: era inmensa, cual no la he encontrado igual en otra mujer. Conocia á fondo las lenguas clásicas, y en cuanto alcanzaban mis conocimientos en las lenguas modernas de Europa, no la he cogido una locucion viciosa ó impropia. Y cuando he encontrado débil á Ligeia, cualquiera que haya sido el tema de erudicion académica, tan decantada, tan admirada por la sola razon de que es mas abstrusa. ¡Cuánto me ha chocado y dado que pensar en este último perfido este rasgo característico y peculiarísimo de mi esposa! He dicho que su ilustracion excedia á la de todas las mujeres que yo habia conocido, pero dónde está el hombre que haya cultivado con éxito igual el vastísimo campo de las ciencias morales, físicas y matemáticas. Yo no veia entonces lo que veo ahora, á saber, que los conocimientos de Ligeia

eran gigantescos, asombrosos, abrumadores.

Esto no obstante, yo tenia conciencia suficiente de su infinita superioridad para resignarme, con la confianza de un escolar, á dejarme guiar por ella á través del mundo exótico de las investigaciones metafísicas de que me ocupaba con ardor en los primeros años de nuestro matrimonio. ¡Con cuánto orgullo, con qué placer, con qué esperanza etérea sentia yo, con mi Ligeia, inclinada sobre mí en medio de estudios tan poco conocidos, tan poco trillados, ensancharse gradualmente esa admirable perspectiva, ese largo camino espléndido y vírgen, por el cual debía al fin llegar al término de una sabiduría demasiado divina y preciosa para no estar prohibida. Y tambien con cuán vivo dolor no veia yo al cabo de algunos años tomar su vuelo y huir mis tan fundadas esperanzas! Sin mi Ligeia yo no era mas que un niño que andaba vagando á tientas en las tinieblas: solo su presencia y sus facciones podian iluminar con viva luz los misterios del trascendentalismo en que nos habiamos engolfado. Privada del lustre radiante de sus ojos, toda esta literatura alada y dorada antes, se hacia pesada, gruesa y fria como el plomo, y ya aquellos hermosos ojos iluminaban cada vez mas de tarde en tarde las páginas que yo descifraba. Ligeia cayó enferma: los extraños ojos flamearon con brillo demasiado espléndidos; los nacarados dedos tomaron el color de la muerte, el color trasparente de la cera: las venas azules de su gran frente palpitaban impetuosamente al impulso de la mas dulce emocion: vi que iba á morir sin remedio y luché desesperadamente en espíritu con el horrendo Azrael.

Y los esfuerzos de aquella mujer apasionada fueron con grande asombro mio, aun mas enérgicos que los míos. Habia, seguramente, en su gran naturaleza algo que hacia creer que la muerte vendria para ella sin su cortejo de terrores; pero no fué así.

Las palabras no bastan para dar una idea de la feroz resistencia que desplegó en su lucha con la sombra; yo me atorgaba de pena á la vista de este lamentable espectáculo.

Hubiera querido calmarla, hubiera querido entrar en razonamientos; mas en la intensidad de su salvaje empeño por vivir *nada mas que por vivir*, todo consuelo y todo razonamiento hubieran sido el colmo de la locura. Sin embargo, hasta el último momento en medio de los sufrimientos y de las convulsiones de su indómito espíritu, la aparente plácidez de su conducta no se desmintió. Su voz se hacia mas dulce y mas profunda; pero yo no queria reflexionar sobre el sentido raro de aquellas palabras pronunciadas con tanta calma.

Mi cabeza se perdía cuando presiaaba oído á aquella melodía sobrehumana á aquellas ambiciones y á aquellas aspiraciones que la humanidad no habia conocido hasta entonces.

Yo no podia dudar que ella me amase, y me era facil adivinar que un corazón como el suyo el amor no podia reinar como una pasion ordinaria. Pero solamente al morir pude comprender toda la estension y toda la fuerza de su amor. Durante muchas horas cogida á mi mano esplayaba ante mí su corazón, cuya adhesion mas que apasionada, rayaba en idolatría. ¿Cómo habia merecido yo la felicidad de oír tales manifestaciones? ¿Cómo habia yo merecido ser condenado al suplicio de que mi amadísimo Ligeia me fuese arrebatada en la hora misma en que ella me concedia el disfrute de esa felicidad? Pero no me es permitido estenderme sobre este punto: diré solamente que en el abandono mas que femenino de Ligeia á un amor, no merecido, otorgado gratuitamente, reconocí al fin el origen de su ardiente, de su desconsolado dolor de dejar esta vida que huía ya tan rápidamente. Es ese deseo desordenado, esa vehemencia en su deseo de vivir y de nada mas que vivir, es lo que

no podria yo explicar claramente, pues no faltarian palabras con qué hacerlo.

Al dar las doce de la noche en que murió, me llamó con imperio á su lado y me hizo recitar ciertos versos que habia compuesto ella misma pocos dias antes, y cuya traduccion es la siguiente:

«¡Mirad! es una noche de gala, despues de estos últimos años de desconsuelo; una multitud de ángeles alados y adornados con velos y anegados en lágrimas, va llenando un teatro para ver un drama de esperanzas y de temores, mientras que la orquesta suspira por intervalos la música de las esferas.

Bulones, hechos á la imagen de Dios altísimo, gesticulan y murmuran por lo bajo, y revolotean de uno y de otro lado: ¡pobres muñecos que van y vienen á la órden de grandes seres sin forma, que transportan la escena acá y allá sacudiendo de sus alas de condor la invisible desgracia! Este drama abigarrado, ¡oh! de seguro no será olvidado, con su tan asma eternamente perseguido por una muchedumbre que jamás lo alcanzará, al través de un círculo que siempre gira sobre sí mismo, exactamente sobre el mismo punto; y mucho de locura y mucho mas de pecado y de horror, hacen el nudo de la intriga!

¡Pero reparad, al través de la confusion de actores, una forma rastrea se presenta una cosa teñida de sangre, que viene retorciéndose del lado solitario de la escena. ¡Se retuerce y se retuerce! Con angustias mortales, los actores van siendo su pasto, y los Serafines sollozan al ver los dientes del gusano mascar cuajarones de sangre humana.

¡Todas las luces se apagan, todas, sin quedar una! y sobre cada forma tremulenta, el telon, gran mortaja, cae con la violencia de una tempestad, y los ángeles descoloridos y conturbados, levantándose y descubriéndose, afirman que esto drama es una tragedia que se titula EL HOMBRE, y cuyo héroe es el gusano vengador.»

—¡Oh, Dios mio! gritó casi Ligeia po-

niéndose en pié y levantando sus manos al cielo con un movimiento espasmódico, cuando hube concluido de recitar estos versos. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡oh, padre celestial! ¡Han de cumplirse irremisiblemente estas cosas! ¡Este vencedor nunca ha de ser vencido!—¡No somos una parte y una partícula de tí! ¿Quién, pues, conoce los misterios de la voluntad ni tampoco su poder? El hombre no es menos que los ángeles, y no se rinde enteramente á la muerte sino por la debilidad de su pobre voluntad.

Y luego como anonadada por la emoción, dejó caer sus brazos chúrnicos, y volvió solemnemente á su lecho mortuario; y cuando exhalaba sus últimos suspiros, se mezcló á ellos en sus lábios como un murmullo confuso. Presté oído, y reconocí de nuevo la conclusión del pasaje de Glauville: *El hombre no es menos que los ángeles, y no se rinde enteramente á la muerte sino por la debilidad de su pobre voluntad.*

Murió, y yo, anonadado, pulverizado por el dolor, no pude soportar ya la horrible soledad de mi morada en aquella sombría ciudad destartada de las orillas del Rhin. Ligeia me había llevado mas, mucho mas de lo que requiere el destino ordinario de los mortales, y así despues de algunos meses perdidos en una vagancia fastidiosa y sin objeto, me sepulté en una especie de retiro que compré, una abadía, cuyo nombre no quiero decir, en una de las partes mas incultas y menos frecuentadas de la bella Inglaterra.

La sombría y triste grandeza del edificio, el aspecto casi salvaje de la posesión, los melancólicos y venerables recuerdos unidos á él estaban en consonancia con el sentimiento de absoluto abandono que me había confinado á esta lejana y solitaria región. Sin embargo, dejando al exterior de la abadía su carácter primitivo, casi intacto, y el verdoso deterioro que tapizaba sus paredes, me puse con una perversidad casi infantil, y acaso con la esperanza de distraerme de mis pesares, á des-

plegar en lo interior un lujo casi régio. Desde la infancia, me había penetrado de un gran gusto, ó mejor dicho, afición á estas frivolidades, y ahora volvía á ellas como una chochez ó aberración del dolor. ¡Ay! yo conozco que se habría podido descubrir un principio de locura en estas espléndidas y fantásticas tapicerías, en aquellas solemnes esculturas egipcias, en aquellas cornisas y muebles raros, en los estravagantes arabescos de aquellos tapices todos floreados de oro.

Me había hecho un esclavo del opio, que me tenía en sus cadenas, y todos mis trabajos y mis planes habían tomado el color de mis elucubraciones. Pero no quiero insistir sobre estos desvaríos. Hablaré solamente de aquel cuarto, por siempre maldito, donde en un momento de enagenación mental, conduje al altar y tomé por esposa, ¡despues de la inolvidable Ligeia! á la señorita Rowena Trevanion de Tremain, de rubia cabellera y ojos azules.

Ni siquiera un detalle insignificante de arquitectura ó decorato de aquella cámara nupcial, deja de estar ahora presente á mis ojos. ¿Dónde tenía el sentido la altiva familia de mi esposa, cuando, movida por la sed de oro, permitió á una hija tan querida pisar el suelo de una habitación decorada de aquella extraña manera? He dicho que me acordaba hasta de los mas insignificantes detalles de aquella cámara, por mas que mi triste memoria olvide á menudo cosas de singular importancia; y sin embargo, no había en aquel lujo fantástico sistema ni armonía que pudiera imponerse á la memoria.

La cámara hacia parte de una alta torre de esa abadía, fortificada como un castillo, era de forma pentágona y de gran extensión: todo el lado Sud del pentágono estaba ocupado por una sola ventana, hecho de un inmenso cristal de Venecia de un solo pedazo y de un color sombrío, de modo que los rayos del sol ó de la luna, que lo atravesaban, proyectaban sobre los objetos interiores una luz siniestra.

Por cima de esta enorme ventana, se prolongaba el emparrado de una antigua vid que serpenteaba á lo largo de los macizos paredones de la torre; la techumbre, de encina casi negra, era escesivamente alta, vuelta á bóveda y curiosamente surcada por adornos de lo mas raro y mas fantástico que puede verse, de estilo semigótico y semidruidico; en el fondo de esta bóveda melancólica, del centro mismo, pendía de una sola cadena de oro hecha de largos anillos una gran lámpara del mismo metal en forma de incensario, de gusto arábigo y de calados caprichosos, al través de los cuales se veían correr y enroscarse, con la vitalidad de una serpiente, luces continuas de un fuego versicoloro.

Alguna que otra otomana y candelabros de forma oriental ocupaban diferentes sitios, y la cama tambien, como de matrimonio, era de gusto indico, bajo, esculpido de ébano macizo y cubierto por un pabellon que tenía cierto aire de paño mortuario, á manera de cama imperial. En cada uno de los rincones de la habitación, se levantaba un inmenso sarcófago de granito negro, sacado de las tumbas de los reyes de Lougior, con su antigua tapa, cubierta de esculturas inmemoriales.

Mas era en la tapicería donde resaltaba la estravagancia capital: los muros enormemente altos, fuera de toda proporción, estaban cubiertos de arriba abajo por una tapicería pesada y de apariencia maciza que caía en anchos paños, de la misma tela que se había empleado para la alfombra: las otomanas, el ocrato de ébano, el pabellon de la cama y los suntuosos cortinones que cubrían en parte la ventana.

Esta pañería era de un tisú de oro de los mas ricos, labrado á intervalos irregulares con figuras arabescas de un pié de diámetro próximamente; que resaltaban sobre el fondo á causa del color negro de azabache de sus dibujos. Estas figuras no presentaban el carácter arabesco, sino

vistas de un lado, pues por un procedimiento hoy muy comun, y cuya idea se remonta á la mas remota antigüedad, estaban hechas de modo que cambiaran de aspecto segun los puntos de vista que se tomaran.

Para quien entraba en la habitación parecían simplemente monstruosidades; pero á medida que se avanzaba, este carácter iba desapareciendo, y á cada paso, segun el observador, iba mudando de sitio, se veía rodeada de una procesion continua de formas horribles como las que han nacido de la supersticion del Norte, ó las que se representan en los sueños culpables de los monges. El efecto fantasmagórico se aumentaba por la introduccion artificial de una fuerte corriente de aire continuo por detrás de la tapicería, que daba al conjunto una horripilante y amenazadora animación.

Tal era la cámara nupcial donde pasé con la señorita de Tremaire las horas impías de nuestra primera luna de casados, que trascurrieron sin demasiada inquietud.

Yo bien conocia que mi esposa tenía mi mal humor habitual, que evitaba mi presencia, que me queria poco; pero esto casi me complacia: porque yo la aborrecia, que tenía mas de odio infernal que humano. Mi memoria me recordaba, ¡oh! ¡con qué intensidad de sentimiento! á mi Ligeia, la muy amada, la augusta, la hermosa, la difunta: hacia materialmente orgías de recuerdos, me deleitaba en su pureza, en su sabiduría, en su sublime naturaleza etérea, en su amor apasionado, idolátrico. Ahora mi imaginación ardía absolutamente por completo en un fuego mas ardiente y voraz que lo había sido el suyo. En el delirio de mis sueños opiáceos, porque habitualmente me encontraba bajo el influjo del veneno, la llamaba á gritos durante el silencio de la noche, y por el día en los mas umbríos bosquetes de los valles, como si por su energía salvaje, la pasión solemne, el fuego devorador de mi amor á la difunta, pudiera hacerla revivir en los senderos de esta vida que ella había abando-

nado *para siempre*. *¿Era esto posible?*

Al principio del segundo mes de nuestro matrimonio, Lady Rowena fué atacada pronto por una enfermedad de que tardó mucho en reponerse: la fiebre que la devoraba hacia sus noches penosas, y en la inquietud de sus entresueños, hablaba de sonidos y de movimientos que se sentían en diferentes puntos de la torre, y que yo no podía menos de atribuir al trastorno de sus ideas, y quizás á las influencias fantasmagóricas de la estancia. Al fin se mejoró, entró en convalecencia y se restableció.

Sin embargo, no había pasado mucho tiempo cuando un nuevo ataque mas violento que el anterior, la postró de nuevo en cama, desde cuyo acceso su constitucion siempre débil, no pudo recuperarse jamás completamente. Su enfermedad mostró desde esta época un carácter alarmante y recaídas mas alarmantes aun que desafiaban á toda la ciencia, y los esfuerzos de los médicos existentes. Al paso que avanzaba este mal crónico, que desde entonces se había apoderado de su constitucion sobrado bien para que manos humanas pudieran sustraerlas; no podía dejar de notar en su temperamento una irritacion nerviosa creciente y una escitabilidad tal, que las causas mas vulgares eran para ella objeto de pavor.

Habló aun, y con mas frecuencia ahora y mas tenacidad de ruidos, de ligeros ruidos y movimientos insólitos en los cortinajes.

Una noche, á fin de setiembre, llamó mi atención sobre este objeto alarmante con una insistencia mas viva que de costumbre: acabó en aquel momento de despertarse de un sueño agitado y yo había espionado con un sentimiento medio de ansiedad y medio de vago terror los movimientos de su demacrada fisonomía. Estaba sentado á la cabecera de la cama de ébano, en uno de los divanes de la India: ella medio se incorporó y me habló en voz baja con un cuchicheo de ansiedad, de ruidos que acababa de oír, pero que yo no podía percibir,

de movimientos que acababa de notar, pero que yo no podía ver. El viento corría detrás de las tapicerías y me dediqué á demostrarla que aquellos suspiros apenas articulados y aquellos cambios casi insensibles en las figuras de las paredes, no eran mas que el efecto natural de la corriente de aire habitual; lo que yo mismo confieso no podía creerlo enteramente. Pero una palidez mortal que cubrió su rostro vino á probarme que mis esfuerzos por tranquilizarla serian infructuosos. Parecia desmayarse, y yo no tenía allí doméstico alguno á quien recurrir.

Me acordé del sitio donde se había dejado una botella de vino clarete que el médico había preceptuado, y crucé apresuradamente la estancia para procurármelo; pero al pasar bajo la luz de la lámpara, llamaron mi atencion dos circunstancias de una naturaleza muy particular: había sentido que alguna cosa palpable, aunque invisible, había rozado, aunque ligeramente, conmigo, y ví en el tapiz de oro, en el centro mismo de la irradiacion proyectada por el incensario una sombra débil, indefinida, de aspecto angelical, cual puede figurarse la sombra de una sombra. Pero como había tomado una dosis exagerada de ópio, atendí poco á estas cosas y no hablé de ellas á Rowena.

Encontré el vino, crucé de nuevo la estancia y escancié un vaso que llevé á los labios de la enferma casi desmayada. En cuanto se repuso un poco tomé el vaso en sus manos, y yo me dejé caer en la otomana con los ojos fijos en ella. Fué entonces cuando sentí un ligero ruido de pasos sobre la alfombra, y cerca de la cama, y un segundo despues cuando Rowena llevaba el vaso á los labios, ví, quizás lo haya soñado, ví caer en el vaso, como de una fuente invisible suspendida en la atmósfera de la habitacion, tres ó cuatro gruesas gotas de un fluido brillante y de color de rubí. Yo lo ví, no me cabe duda. Rowena no lo vió.

Bebió el vino sin vacilacion y yo me guardé de hablarla de una circunstancia,

que debió despues de todo considerar como la sugestion de una imaginacion sobrecitada, cuya actividad mórbida contribuian á aumentar los terrores de mi esposa, el ópio y la hora en que nos encontramos.

En tanto yo no puedo disimularme, que inmediatamente despues de la caída de las gotas encarnadas, la enfermedad de mi esposa tomó un sesgo tan fatal, que á la tercera noche era un cadáver que preparaban sus sirvientes para el sepulcro, y que yo estaba sentado solo con su cadáver envuelto en la mortaja en aquella estancia fantástica que había servido de cámara nupcial poco tiempo antes.

Estrañas visiones engendradas por el ópio revoloteaban en torno mio como sombras: dirigí una mirada inquieta á los sarcófagos de los ángulos, de la estancia á las figuras móviles de la tapicería y á las luces vermiculares y cambiantes de la lámpara pendiente del techo. Mis ojos cayeron entonces, cuando procuraba recordar las circunstancias de una noche precedente en el mismo círculo del punto luminoso, donde había visto los vestigios ligeros de una sombra. Mas no existía, y respirando entonces con mas libertad volví mis ojos hacia el pálido y rígido rostro de la que yacía en la cama.

Sentí entonces caer sobre mí mil recuerdos de Ligeia, y refluir á mi corazon con la tumultuosa violencia de una marea, todo el inefable dolor que había experimentado, cuando la ví á ella tambien envuelta en su sudario.

La noche avanzaba, y con el corazon lleno de los mas amargos pensamientos de que ella era el objeto, ella, mi único, mi supremo amor, permanecí con la vista fija en el cadáver de Rowena.

Sería como media noche, tal vez mas temprano, tal vez mas tarde, porque no cuidé de mirar la hora, cuando un sollozo muy bajo, muy ligero, pero muy distinto, me sacó sobresaltado de mi distraccion. Sentí que procedía de la cama de ébano, del lecho mortuario: apliqué el oído en la

angustia de un terror supersticioso, mas el ruido no se repitió. Forcé mis ojos á percibir un movimiento cualquiera en el cadáver, pero nada ví; y sin embargo, era imposible que me hubiese engañado. Había oído el ruido, débil á la verdad, y mi espíritu estaba bien despierto, por lo que mantuve resuelta y tenazmente fija mi atencion en el cadáver. Pasaron algunos minutos sin que incidente alguno viniera que pudiera aclararme aquel misterio. Al fin se hizo evidente que una coloracion ligera, muy débil, apenas sensible, había subido á las mejillas y filtrádose á lo largo de las diminutas y deprimidas venas de los párpados.

Bajo la presion de un horror y de un terror inexplicables que el lenguaje humano no tiene palabras con que describirlos, sentí detenerse las pulsaciones de mi corazon y agarrotarse todos mis miembros.

El sentimiento del deber me devolvió pronto mi sangre fria, y me persuadí de que nos habíamos apresurado demasiado á hacer los aprestos funerarios. Rowena vivia aun: debian practicarse inmediatamente algunas tentativas; mas la torre de la abadía estaba bastante separada de los departamentos destinados á los domésticos; no había ninguno que pudiera oírme, ni tenia medio de amarlos en mi auxilio, á menos de abandonar la estancia por algunos minutos, y esto no podía aventurarme á hacerlo.

Me esforcé, pues, por hacer yo solo lo que el caso requería y por fijar la vida vacilante.

Mas al cabo de muy poco tiempo sobrevino una recaída; el color desapareció de las mejillas y de los párpados, dejando una palidez mas que marmórea: los labios se apretaron doblemente y se encojieron en la expresion espectral de la muerte: una frialdad y viscoridad repulsivas se esparcieron rápidamente en toda la superficie del cuerpo, y sobrevino inmediatamente la completa rigidez cadavérica. Me volví á sentar horripilado sobre el divan indico

de que tan bruscamente había sido arrancado, y me abandoné de nuevo á mis recuerdos apasionados de Ligeia.

Una hora pasó así, cuando, ¡será posible gran Dios! tuve de nuevo la percepción de un rumor vago que partía de la region del lecho mortuario. Escuché en el colmo del horror: el sonido se hizo sentir de nuevo: era un suspiro. Me precipité hácia el cadáver, y ví, sí, ví distintamente un temblor en sus labios, y un minuto despues, se retrajeron, descubriendo una doble fila de dientes de nácar.

La estupefaccion luchó entonces en mi espíritu con el profundo terror que hasta entonces le había dominado: sentí que mi vista se oscurecia y que mi razon se turbaba, y solo por un violento esfuerzo, encontré al fin el valor necesario para empeñarme en la tarea que el deber me imponia de nuevo. Tenia ahora un color imperfecto en la frente, las mejillas y la garganta; un color sensible penetraba todo el cuerpo, y aun una pulsacion ligera removia imperceptiblemente la region del corazon.

¡Mi mujer vivia, y con duplicado ardor me impuse el deber de volverla en sí; friccioné y fomenté las sienes y las manos, y puse en práctica todos los medios que la esperiencia y muchas lecturas medicas podian sugerirse. Pero fué en vano: el color desapareció; cesaron las pulsaciones; la expresion de la muerte volvió á los labios, y un instante despues, todo el cuerpo recobraba la frialdad glacial; su tinte livido, su rigidez completa, sus contornos amortiguados y toda la apariencia repugnante de lo que ha estado en la tumba varios dias.

Despues de esto, volví á recaer en mis sueños de Ligeia, y de nuevo ¡habrá quién se admire si me horripilo todavía al escribir estas líneas? de nuevo, digo, un sollozo ahogado vino á mis oidos desde la region del lecho mortuario. ¡Pero á qué detallar los horrores minuciosos de aquella noche. Referiré en tantas veces, unas despues de otras, casi hasta el amanecer, se

reprodujo el horrible drama de la resurreccion; que cada espantosa recaída se desvanecia en una muerte mas rígida y mas irremediable; que cada nueva agonía se parecia á una lucha contra algun invisible adversario, y que cada lucha era seguida de no puedo decir qué extraña alteracion en la fisonomía del cadáver? Me apresuro á concluir.

La mayor parte de la terrible noche había pasado, y la que estaba muerta se removió de nuevo, y esta vez con mas energía que en las anteriores, aunque despertando de una muerte más espantosa y mas irreparable. Habia cesada ya desde buen rato todo esfuerzo y todo movimiento, y yo permanecí clavado en la otomana, desesperadamente absorbido en un torbellino de emociones violentas la menos terrible de las cuales, la menos devoradora quizás era un indescriptible pavor. El cadáver, digo, se removia, y ahora mas activamente que nunca; los colores de la vida subian al rostro con rara energía; los miembros perdian su rigidez y se doblaban, y á no ser los párpados, que permanecian tenazmente caidos, y que el atavío y las colgaduras mortuorias que comunicaban todavía al semblante el aspecto sepulcral, hubiera creído que Rowena había roto definitivamente las cadenas de la muerte.

Mas si desde luego no acepté enteramente esta idea, no pude, no pude dudar ya cuando levantándose del lecho, vacilante, con paso débil y los ojos cerrados á la manera de un sonámbulo, el sér que estaba envuelto en el sudario, se adelantaba audaz y palpablemente en medio de la habitacion.

No temblé, no me moví; porque una multitud de pensamientos inexplicables, causados por el porte, la talla y el paso de la fantasma, se agolparon de improviso en mi cerebro y me dejaron paralizado, petrificado. No me movía, contemplaba la aparicion: habia en mi imaginacion un trastorno indecible, un tumulto imposible de apaciguar.

¿Era Rowena misma viva la que tenia delante de mí? ¡aquello podia ser en realidad Rowena Trevanion de Tremaine, de cabellera rubia y de ojos azules? Porque oí: ¿por qué dudaba yo? La fuerte venda oprimia la boca, ¿por qué no había de ser aquella boca que respiraba la de la señorita de Tremaine? ¿Y las mejillas? Las mejillas eran las rosas de los mejores dias de su vida, podian ser las mejillas de lady Tremaine viva. Y la barba con los oyitos de la salud, ¿no podia ser la suya? Pero entonces, ¿habría crecido durante su enfermedad? ¿Qué inexplicable delirio se apoderó de mí á esta idea? ¡De un salto me eché á sus piés! Ella se retiró al tocarla yo, y desprendió su cabeza del horrible sudario que la envolvía, y entonces se desbordó en la atmósfera agitada de la estancia una masa enorme de largos cabellos despeinados: eran mas negros que las alas de la noche en la hora de plumaje de cuervo; y entonces ví á aquel rostro que tenia delante de mí, abrir los ojos lenta, muy lentamente.

En fin: ¡Ahí está! grité yo con voz resonante; ¿podré ya dudar? Esos son los ojos adorablemente rasgados, los ojos negros, los ojos sin iguales de mi amor perdido, de lady, de LADY LIGEIA.

METZINGERSTEIN.

*Pestis eriam vivus—moriens
tua mors ero.*

MARTIN LUTHER.

El horror y la fatalidad se han reconocido en todos los siglos, y por consecuencia, ¿á qué asignar una fecha á la historia que voy á referir? Baste saber que en la

época de que hablo habia en el centro de Hungría una creencia secreta, pero muy esparcida y acreditada, relativa á las doctrinas de la Metempsicosis. Nada diré de las doctrinas mismas, ni tampoco de su falsedad ó probabilidad. Esto no obstante, afirmo que una parte de nuestra incredulidad procede, segun la opinion de Bruyere, que atribuye todas nuestras desgracias, de no poder estar solos (1).

Mas habia algunos puntos en la supersticion húngara, que tendian decididamente á lo absurdo: los húngaros diferian esencialmente de sus maestros de Oriente. El alma, por ejemplo, á lo que ellos creian, como los términos de un sutil é inteligente parisien, no reside mas que una vez en un cuerpo sensible; y así un caballo, un perro y hasta un hombre, no son sino la semejanza ilusoria de esos seres.

Las familias de Berlitzenzing y Metzengerstein habian estado en guerra ó enemistad desde siglos. Jamás se vieron dos familias tan ilustres recíprocamente animadas de un odio tan mortal, cuyo odio acaso podia tener su origen en las palabras de una antigua profecía, segun la cual, un gran nombre caerá con una caída terrible, cuando, como el caballero sobre su caballo, la mortalidad de Metzengerstein triunfe de la inmortalidad de Berlitzenzing.

En verdad, esas palabras tienen poco ó ningun sentido; pero las causas mas triviales han dado origen, y para esto no hay que remontarse mucho á consecuencias igualmente preñadas de acontecimientos. Además, las dos casas que eran vecinas, habian ejercido, durante mucho tiempo, una influencia rival en un gobierno tumultuoso.

(1) Mercier, en el año dos mil cuatrocientos cuarenta, sostiene formalmente las doctrinas de la metempsicosis y d'Israel dice que no hay sistema tan sencillo ni que repugne menos á la inteligencia. El coronel Ethan Allen, el Green mountain boy pasa tan bien por haber sido verdadero metempsicosisista.—E. A. F.

Por otra parte, vecinos muy próximos raras veces son amigos, y desde lo alto de los terrados macizos, los habitantes del castillo de Berlitzing podian sonar con sus ojos en las habitaciones mismas de Metzengstein. En fin, el alarde de una magnificencia mas que feudal, era poco á propósito para calmar los sentimientos irritables de los Berlitzing menos antiguos y menos ricos. No hay, pues, por qué admirarse de que los términos de esa prediccion, bien que completamente perdidos en la antigüedad de los tiempos, hayan creado y sostenido la discordia entre las dos familias, ya-predispuestas á los altercados y disensiones por todas las sugestiones de una rivalidad hereditaria. La profecía parecia implicar, si es que implicaba algo, un triunfo final de parte de la casa ya mas poderosa, y naturalmente vivia en la memoria de la mas débil y menos influyente, y la llenaba de una viva animosidad.

Guillermo, conde de Berlitzing, bien que de alta alcurnia, no era en la época de esta narracion sino un viejo caducó y valetudinario; y no tenia nada de notable, sino es una antipatía loca é inveterada contra la familia de su rival, y una afición tan decidida á la caza y á los caballos, que nada, ni aun sus achaques, ni su edad avanzada, ni la debilidad de su espíritu eran bastantes á impedirle tomar parte diariamente en las fatigas y peligros de este ejercicio.

De la otra parte, Federico, baron de Metzengstein, no era aun mayor de edad. Su padre, el ministro G... habia muerto muy jóven; su madre, madama María, le sobrevivió poco tiempo. Federico apenas tenia diez y ocho años, que si en una ciudad no son mucha edad, en soledad, y soledad tan magnífica como la de aquel antiguo señorío, el péndulo vibra con mas profunda y mas significativa solemnidad.

A consecuencia de circunstancias hijas de la administracion de su padre, el jóven baron entró en posesion de sus vastos do-

minios, inmediatamente despues de la muerte de aquel. Raras veces se habia visto á un noble húngaro en posesion de tal patrimonio; sus castillos eran innumerables, pero el mas espléndido y mas grande era el de Metzengstein; los límites de sus dominios nunca se habian determinado claramente, mas su parque principal abrazaba un circuito de cincuenta millas.

El advenimiento de un propietario tan jóven, de un carácter tan bien conocido y con una fortuna tan inmensa, dejaba entrever claramente cuál habia de ser por un órden regular su conducta. Y á decir verdad, en el trascurso de tres dias, la conducta del heredero hizo palidecer la fama de Herodes, y dejó muy atrás las previsiones de sus mas entusiastas admiradores. Vergonzosas orgías, flagrantes perfidias, atrocidades inauditas hicieron comprender muy pronto á sus vasallos, trémulos, que nada, ni la sumision servil de su parte, ni escrúpulos de conciencia de la de su señor podia garantizarlos en lo sucesivo de la ferocidad de este pequeño Calígula. Hácia la noche del cuarto dia, se notó que se habia prendido fuego en las caballerizas del castillo de Berlitzing, y entre los vecinos no se corrió otra especie que el título de incendiario podia añadirse á la lista, ya respetable, de los crímenes y atrocidades del baron.

El buen baron permaneció, durante el tumulto ocasionado por este accidente, sumergido, en apariencia, en profunda meditacion en lo alto del palacio de Metzengstein en una espaciosa estancia solitaria. La tapicería rica, aunque deslustrada, que pendia melancólicamente de las paredes, representaba las figuras fantásticas y majestuosas de mil antepasados ilustres.

Eran unos presbíteros ricamente vestidos de arminio, dignatarios, pontificios, estaban familiarmente sentados con el autócrata y el soberano, oponian su veto á los caprichos de un rey temporal, ó contenian con el fiat de la omnipotencia pa-

pal el cetro rebelde del Grande Enemigo, príncipe de las tinieblas.

Allí las sombras y grandes figuras de los príncipes Metzengstein, caracoleando sobre sus musculosos caballos de guerra entre los cadáveres de sus enemigos, conmovian los nervios menos sensibles con su fuerte espresion; y aquí, á su vez, voluptuosas y blancas como cisnes, los retratos de las damas de los antiguos tiempos flotaban á lo lejos en las grecas de una danza fantástica, al compás de una melodía imaginaria.

Pero mientras que el baron prestaba oído ó afectaba escuchar la barahunda, s. empre creciente de las cuadras de Berlitzing, y quizás meditaba alguna nueva fechoría, algun acto decidido de audacia, sus ojos se volvieron maquinalmente hácia el retrato de un caballo enorme, de alza-da comun, mejor diria extra-natural, representado en el tapiz como perteneciente á un antiguo sarraceno de la familia de su rival.

El caballero estaba en primer término, inmóvil como una estatua, mientras que en segundo término, detrás de él, su dueño desmontado moria bajo el puñal de un Metzengstein.

Surgió á los labios de Federico una espresion diabólica, como si se apercibiera de la direccion que su mirada habia tomado involuntariamente. Pero no desvió los ojos. Lejos de eso, no podia en manera alguna darse cuenta de la ansiedad abrumadora que parecia caer sobre sus sentidos como una mortaja. Conciliaba difícilmente sus sensaciones incoherentes, como las de los sueños, con la certidumbre de estar despiertos.

Cuanto mas miraba, mas absorbente y fascinador se hacia el encanto, mas le parecia imposible arrancar su mirada á la fascinacion de aquel tapiz. Pero como el tumulto exterior se hiciese mas violento, hizo un esfuerzo como con sentimiento y volvió su atencion hácia una esplosion de luz rogiza proyectada de lleno sobre las

ventanas de la estancia desde las cuadras en ignicion.

Sin embargo, la accion fué momentánea; su mirada se volvió involuntariamente al muro del tapiz, y con gran asombro suyo, la cabeza del gigantesco caballo, ¡cosa horrible! habia cambiado de posición. El cuello del animal, antes inclinado como por compasion hácia el cuerpo caido en tierra de su señor, estaba ahora tendido, rígido y en toda su longitud en direccion del baron. Los ojos, antes invisibles, mostraban ahora una espresion enérgica y humana, y brillaban con una rubicundez ardiente y extraordinaria, y los bezos entreabiertos y dilatados de este caballo de aspecto rabioso, dejaban entrever sus dientes sepulcrales y repugnantes.

Espantado el jóven baron ganó la puerta dando traspieses, y cuando la abrió, un torrente de luz rogiza inundó la sala que delineó claramente su contorno sobre la tapicería temblorosa, y como el baron vaciló un instante en el dintel, se horrorizó de nuevo al ver que aquella sombra tomaba la posición exacta y llenaba precisamente el contorno del implacable y triunfante del matador del Berlitzing sarraceno.

Para aliviar su pecho ahogado salió el baron Federico al aire libre con toda precipitacion, y á la puerta principal encontró tres escuderos, que con mucha dificultad, y no poco riesgo de su vida, sujetaban á un caballo gigantesco de color de fuego que daba saltos convulsivos.

—¿De quién es ese caballo? ¿Dónde lo habeis encontrado? preguntó el jóven con voz quejumbrosa y ronca, reconociendo inmediatamente que el misterioso corcel de la tapicería era el prefecto original del furioso caballo que tenia delante.

—Es vuestro, monseñor, respondió uno de los palafreneros, ó al menos nadie se ha presentado á reclamarlo. Le hemos cogido cuando se escapaba echando vaho y espuma por la boca, de las caballerizas que están ardiendo en el castillo de Berlitzing. Suponiendo que pertenecia á la parada de

caballos extranjeros del anciano conde, lo hemos traído como cosa perdida ó estraviada. Mas los caballeros le desconocen y no dicen que el animal pertenezca á la casa, lo que nos parece extraño, porque trae señales evidentes del fuego que prueba que ha escapado por milagro.

—Las iniciales W. V. B. se ven también manifestas en la frente; observó otro de los palafreneros y suponían que eran las iniciales de Wilhem Von Berlitzing, pero todos los de la casa afirman positivamente que no conocen tal caballo.

—¡Es cosa verdaderamente extraordinaria! dijo el joven baron con aire pensativo, y como quien no tiene conciencia de lo que dice: es, como decís, un caballo notable, un hermoso caballo, por mas que sea, como con razon afirmáis, de un género receloso é intratable. Ea, pues, que sea mio: me gusta; añadió despues de una pausa: tal vez un ginete como Federico Mitzengerstein pueda domar al diablo mismo de las cuadras de Berlitzing.

—Os engaños, monseñor, el caballo, como ya creemos haber dicho, no pertenece á las caballerizas del conde. Si así hubiera sido, sabemos demasiado bien nuestro deber para traerlo á la presencia de una persona noble de vuestra familia.

—Decís bien; repuso el baron secamente.

En este momento llegó un paje de palacio con el rostro encendido y á paso precipitado: cuchicheó á los oídos de su señor la historia de la desaparición repentina de un pedazo de la tapicería en una habitación que nombró entrando entonces en detalles de carácter minucioso y circunstanciado; pero como todo esto fué dicho en voz baja, ni una palabra sola llegó á oídos de los palafreneros que pudiera satisfacer su sobrecitada curiosidad.

Durante la conversacion, el joven Federico parecia agitado de emociones variadas:

No obstante, recobró pronto su calma habitual y una expresion de malignidad decisiva se manifestaba ya en su fisonomía,

cuando dió órdenes perentorias para que la estancia en cuestion se cerrase inmediatamente y se le trajeran á él mismo las llaves.

—¿Habeis sabido la muerte deplorable de Berlitzing, el viejo cazador? dijo el baron uno de sus vasallos despues de la marcha del paje, mientras que el enorme caballo, que el noble baron acababa de adoptar como suyo, se encabritaba y botaba con redoblado furor al través del largo paseo que conducia desde el palacio á las caballerizas de Metzengerstein.

—No: contestó el baron volviéndose bruscamente hácia el que le hablaba. ¿Que ha muerto, dices?

—Es la pura verdad, señor, creo que para un señor de vuestro nombre no es mala la noticia que os doy.

Una pasajera sonrisa vino á los labios.

—¿Y cómo ha muerto?

—En sus esfuerzos imprudentes por salvar la parte selecta de su caballeriza, pereció miseramente entre las llamas.

—¡Eso... es verdad!... exclamó el baron como impresionado lenta y gradualmente por alguna evidencia misteriosa.

—Lo que oís, señor, replicó el vasallo.

—¡Oh! ¡es horroroso! dijo el joven con mucha calma, y volvió á meterse en el palacio.

Desde aquel dia, se observó un cambio señalado en la conducta relajada del baron Federico Von Metzengerstein, lo cual frustraba todas las esperanzas y desvanecía las intrigas de mas de una madre. Sus costumbres y modales se hicieron mas y mas singulares y menos que nunca ofrecieron analogía simpática de ninguna clase con las de la aristocracia circunvecina.

Nunca se le veía fuera de los términos de sus posesiones, andaba siempre solo, sin compañía alguna, á menos que aquel gran caballo impetuoso, extra-natural, de color de fuego, que montó siempre á partir de aquel dia no tuviese en realidad al-

gun derecho misterioso al título de compañero y amigo.

Sin embargo, se le hacian frecuentes invitaciones de parte de los vecinos.

—¿El baron, nos honrará con su presencia? El baron, ¿se dignará de hacer parte de la batida de javalí que tenemos dispuesta? «Mertzengerstein no caza,» «Mertzengerstein no irá:» tales eran sus altivas y lacónicas respuestas.

Estos insultos reiterados no eran para sufridos por una nobleza imperiosa; tales invitaciones fueron menos cordiales, luego menos frecuentes, y con el tiempo cesaron de todo punto. Se oyó á la viuda del infortunado conde Berlitzing expresar el deseo de que el baron estuviese en casa cuando deseara no estar, puesto que desdénaba la compañía de sus semejantes, y que estuviese á caballo cuando quisiera no estar, puesto que prefería á la suya la compañía de un caballo.

Esto seguramente no era mas que la explosión necia de un resentimiento hereditario, y probaba que vuestras palabras son singularmente absurdas, cuando queremos darles una forma extraordinariamente enérgica.

Las gentes caritativas atribuian, sin embargo, el cambio de costumbres del joven baron al sentimiento natural de un hijo que pierde á su padre prematuramente, olvidando su atroz é indolente conducta durante los dias que siguieron inmediatamente á esta pérdida.

Hubo quienes lo achacaron simplemente á una idea exagerada de su importancia y de su dignidad; y otros á su vez, y entre ellos se citaba al médico de la casa, hablaron sin titubear de una melancolía móryida y de un mal hereditario. Entretanto, corrian entre la muchedumbre insinuaciones mas tenebrosas, de naturaleza mas equívoca.

Y en verdad, la adhesión perversa del baron á su caballo, recientemente adquirida, adhesión que parecia adquirir nueva fuerza en cada nuevo ejemplo, que daba el

animal de sus feroces y diabólicas inclinaciones, se hizo á la larga á los ojos de todas las gentes razonables una ternura horrible y *contra natura*. Al medio dia y á media noche, enfermo ó sano, en la calma ó en la tempestad, el joven Metzengerstein parecia clavado á la silla del caballo colonial, cuyas intratables maneras concordaban también con su propio carácter.

Habia además circunstancias que, sumadas con acontecimientos recientes, daban un carácter sobrenatural y monstruoso á la manía del caballero y á las facultades del animal.

El espacio que franqueaba de un salto habia sido medido con toda escrupulosidad, y se encontró esceder con una diferencia asombrosa las presunciones y cálculos mas exagerados. El baron además no se servia, respecto al animal, de *nombre ninguno* particular aun cuando todos los caballos de sus cuadras tuviesen sus nombres distintivos; este caballo tenia su cuadra separada á cierta distancia de las demás, y en cuanto á la limpieza y demás del servicio necesario, ninguno, á no ser su mismo dueño, se habia atrevido á intentarlo ni aun á entrar en el recinto donde se hallaba su cuadra particular.

Se observó también que aunque los tres palafreneros que se habian apoderado de él cuando huía del incendio del Berlitzing, hubiesen conseguido detenerle en la carrera con el auxilio de un lazo, ninguno de los tres podia afirmar que durante esta peligrosa lucha, ó en otro momento posterior, hubiese puesto la mano sobre el caballo. Pruebas de inteligencia particular en la conducta de un noble animal, no bastaban seguramente para excitar una atención tan poco razonable; mas habia en este caso ciertas circunstancias que hubieran violentado á los espíritus mas escépticos y flemáticos, y se dice que algunas veces habia hecho el animal retroceder de espanto á la curiosa muchedumbre ante la profunda y remarcable significación de su hierro, y que á veces el joven Metzengerstein habia palidecido y se habia sus-

traído ante la expresión repentina de sus ojos graves y casi humanos.

Entre la servidumbre doméstica del barón, no se encontró una siquiera que dudase del furor extraordinario de cariño que escitaban en su señor las brillantes cualidades del caballo, si se exceptúa un pajeillo insignificante, que todos encontraban extraordinariamente feo, de quien nadie hacía caso. Este paje tenía el descaro de afirmar, si es que sus dichos merecen la honra de tenerse en cuenta, que nunca su señor había puesto el pie en el estribo sin un inesplicable y casi imperceptible escalofrío, y que á la vuelta de cada una de sus escursiones largas y habituales, una expresión de triunfante malignidad se retrataba en todos los músculos de su cara.

Durante una noche de tempestad, Metzgerstein, al despertar de un pesado sueño, bajó como un loco de su estancia, y montando á caballo á toda prisa, se lanzó dando botes al través del laberinto del bosque.

Un acontecimiento tan común no podía llamar la atención de una manera tan particular; más su vuelta fué esperada con indecible ansiedad por todos los de la casa, cuando después de algunas horas de ausencia, los prodigiosos y magníficos muros del palacio de Metzengerstein empezaron á crujir y á temblar hasta sus cimientos, bajo la acción de un fuego inmenso é invencible, una masa espesa y lívida.

Como cuando se apercibieron las primeras llamas, había hecho ya tan terribles progresos el incendio, que todos los esfuerzos por salvar una parte cualquiera del edificio, hubieran sido inútiles; toda la población de los alrededores estaba en una estupefacción silenciosa si no apática. Mas

un objeto nuevo y terrible fijó bien pronto la atención de aquella muchedumbre y demostró cuánto más intenso es el interés que escita en los sentimientos de la muchedumbre la contemplación de una agonia humana, que la que pueden producir los más espantosos espectáculos de la materia inanimada.

En el largo paseo de encinas añosas que principiaban en el bosque y terminaban en la puerta principal del palacio de Metzengerstein un corcel con un jinete sin sombrero y casi perdidos los estribos venía corriendo con una impetuosidad que desafiaba al demonio de la tempestad ruin.

El jinete no era evidentemente dueño del caballo desbocado: la angustia de su fisonomía, los esfuerzos convulsivos de todo su ser, daban testimonio de una lucha sobrehumana; pero ningún sonido, á excepción de un solo grito se escapó de sus labios lacerados que mordía alternativamente en la intensidad de su terror. En un instante el golpe de los cascos resonaba con ruido agudo y penetrante más alto que el mugido de las llamas y el zumbido del viento: un instante aun y cruzando de un salto el foso y la puerta á un tiempo, lanzóse el caballo por las escaleras quebrantadas del palacio, y caballo y caballero desaparecieron en el torbellino del fuego caótico.

La furia de la tempestad se apaciguó de repente, y siguió una calma absoluta que la reemplazó solemnemente. Una llama blanca envolvía siempre el edificio como un sudario, y rutilando á lo lejos en la atmósfera tranquila, despedía una luz de brillo extranatural, mientras que una nube de humo se abatía densa sobre los edificios, bajo la forma distinta de un gigantesco caballo.